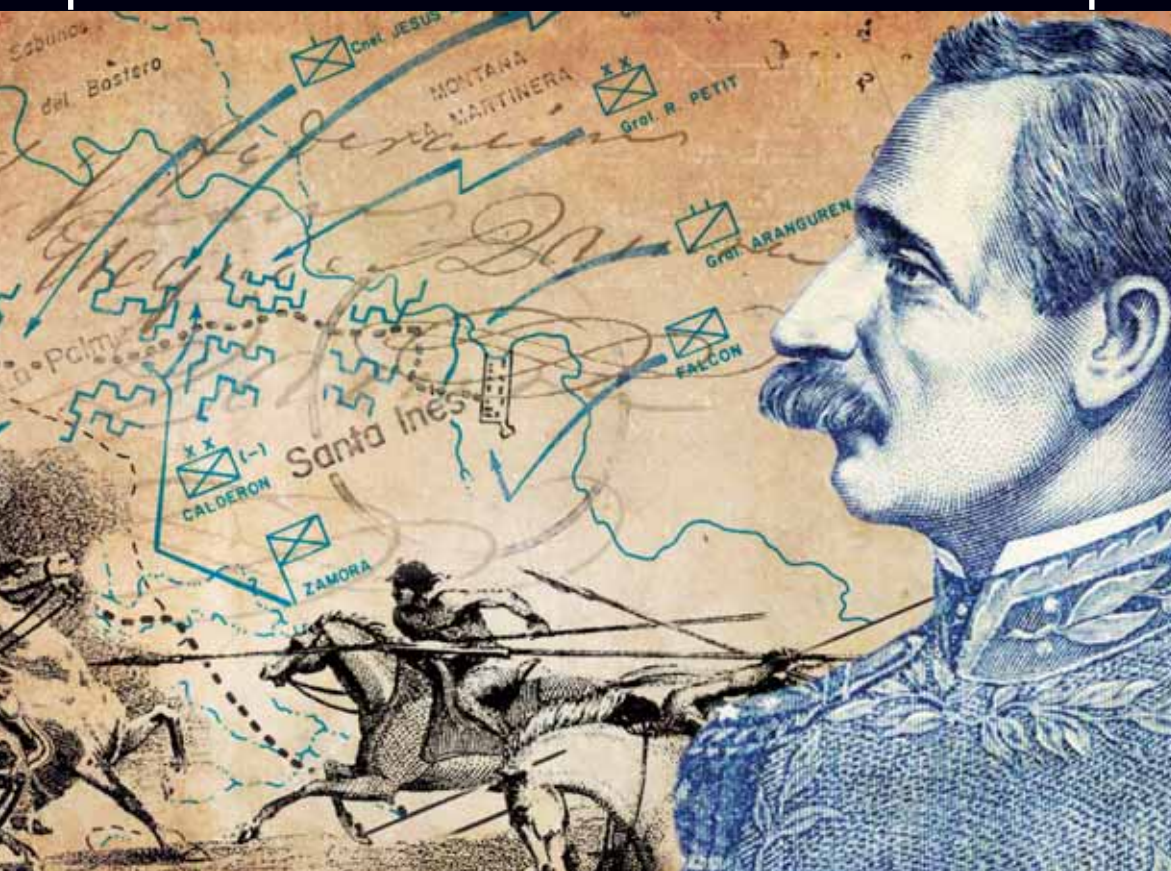


Lisandro Alvarado

EZEQUIEL ZAMORA Y LA REVOLUCIÓN



BIBLIOTECA



AYACUCHO

Claves Políticas de América es una colección creada por la Biblioteca Ayacucho con el propósito de mostrar lo más significativo de la historia de los movimientos y procesos políticos ocurridos en nuestro continente. Aborda su materia a partir del pensamiento de los liderazgos históricos, de los nombres y movimientos colectivos en torno a los cuales se forjaron procesos importantes en sus países de origen, pero que deben ser entendidos como conjunto dentro de la historia política y social latinoamericana y caribeña. La colección gira entonces alrededor de procesos con participación popular, la figura de estadistas, políticos y jefes de Estado, su pensamiento, documentos y todo material que garantice la conformación de una imagen lo más plena y objetiva posible. Recorre el siglo XIX, a partir del momento en que se consolidan las nacionalidades, y luego el siglo XX. En la selección de los materiales se tendrá, como siempre, el criterio más amplio y científico, toda vez que no se busca privilegiar un solo tipo de pensamiento sino mostrar la diversidad de tendencias.

MINISTERIO DEL PODER POPULAR
PARA LA CULTURA

Adán Chávez Frías
Ministro del Poder Popular para la Cultura

Christian Valles
Viceministra de la Cultura

José Benito Irady (E)
Viceministro de Identidad y Diversidad Cultural

Aracelis García
Viceministra para el Fomento de la Economía Cultural

FUNDACIÓN BIBLIOTECA AYACUCHO
CONSEJO DIRECTIVO

Humberto Mata
Presidente

Edgar Páez
Director Ejecutivo

Alberto Rodríguez Carucci
Rosa Elena Pérez
Mariela González de Agrella
Pedro Cabrera

EZEQUIEL ZAMORA
Y LA REVOLUCIÓN

Lisandro Alvarado

EZEQUIEL ZAMORA Y LA REVOLUCIÓN

12

ALEXANDER TORRES IRIARTE

MANUEL CARRERO

Prólogo

BIBLIOTECA



AYACUCHO

© Fundación Biblioteca Ayacucho
Derechos exclusivos de esta edición
Colección Claves Políticas de América, N° 12
Hecho Depósito de Ley
Depósito legal DC2017001417
ISBN 978-980-276-537-9
Apartado Postal 14413
Caracas 1010 - Venezuela
www.bibliotecayacucho.gob.ve

Dirección Literario: Edgar Páez
Coordinación de Edición: Shirley Fernández
Coordinación de Producción: Elizabeth Coronado
Coordinación de Multimedia: Jesús David León
Edición: Gladys García Riera y Anamaría León B.
Corrección: Henry Arrayago
Concepto gráfico de colección: DIGITALSPOT C.A.
Diagramación: Yessica L. Soto G.
Imagen de portada: David Montiel
Impreso en Venezuela/*Printed in Venezuela*

PREÁMBULO

Ezequiel Zamora acaba de vencer en su más reciente batalla. Acaba de derrotar a los historiadores y a la historiografía decimonónicas que le intentaron arrinconar en el olvido bajo el brutal etiquetado de “bandolero y asalta caminos”. Vuelve a cabalgar de nuevo el general del Pueblo Soberano y en esta remontada, acompañando a la revolución venezolana, llega hasta el propio Panteón Nacional. La normal curiosidad lectora nos impulsa, como habitantes de esta época patria, a querer saber más de aquel a quien habían despachado con tan infames apelativos. El recorrido que nos lleva al encuentro de Zamora desde su relampagueante accionar en la mitad primera del siglo XIX hasta su aniquilación física en 1860 constituye el eje central de este libro. Para este transitar por la epopeya zamorista, hemos seleccionado los capítulos centrales de la obra que sobre el prócer mirandino escribiera el insigne polígrafo larense Lisandro Alvarado.

¿Por qué ese convulso período de nuestra historia, que desencuadernó la aparental “normalidad” republicana y desencadenó un clima político vital tan cercano al caos, terminó siendo un nebuloso episodio, que la historiografía oficial se encargó de reducir a una especie de nota al pie para señalar un asesinato político? Para dar respuesta a este brumoso episodio de nuestro devenir patrio, los historiadores Alexander Torres Iriarte y Manuel Carrero Murillo nos guían en el pre-texto histórico que da inicio a la gesta zamorana desde su proclama¹ con que alienta a las tropas el 23 de febrero de 1859 hasta

1. “... la santidad de la causa que sostenemos, que no es otra que la verdadera causa de los pueblos, la república genuina, la Federación, vuestro heroísmo debe ser premiado con el triunfo de los principios y el derrocamiento consiguiente de la tiranía. ¡Viva la Federación! ¡Viva la verdadera república!

la fatídica mañana del 10 de enero de 1860, cuando la bala de la traición deja sin liderazgo a la Revolución que el empuje zamorano y su rescate independentista de la Federación había convertido en esperanza total del pueblo irredento.

Es este volumen entonces un atisbo al fulgor de una centella histórica llamada Ezequiel Zamora y su brevísimo tránsito por la gloria del triunfo. Hemos seleccionado de *Historia de la Revolución Federal en Venezuela* de Lisandro Alvarado los capítulos titulados “Libro Tercero, Libro Cuarto y Libro Quinto” identificados en esta edición como I, II y III, que recogen el accionar directo sobre el campo de batalla del “Valiente Ciudadano”, y hemos detenido nuestro recorrido en el suceder inmediato al de su asesinato².

Incorporamos en nuestra edición el mapa principal de la Campaña de Barinas, donde se grafica el desarrollo de la Operación militar y la Batalla de Santa Inés, cúspide inmortal del pensamiento estratégico de Ezequiel Zamora para ilustrar cómo un pueblo hecho General enfrenta, derrota y persigue al enemigo que huye despavorido ante un General hecho pueblo, como dice Pérez Arcay.

En este mapa podemos observar el ingenioso despliegue y la participación de ambos ejércitos en el desplazamiento y recorrido que va desde el 10 de diciembre de 1859 en El Bostero, hasta el 26 de diciembre en Curbatí, pasando por Maporal, Barinas y El Coroza. En una especie de juego de provocación, las tropas zamoristas presentan batalla y se repliegan, repiten la maniobra variando el lugar y posicionamiento de sus tropas para atraer al enemigo a Santa Inés. Repiten cuatro veces la maniobra retardatriz y logran el objetivo; cuando las tropas oficialistas se dan cuenta del dispositivo entrampador en el que han caído, ya era tarde, y huyen ya diezmadas, desordenadas, sin presentar la batalla final bajo la feroz e implacable persecución de Zamora y los suyos.

B.A.

¡Viva, y para siempre, la memoria de los patriotas de nuestra independencia, de los hombres del 5 de julio de 1811, los que en el acta gloriosa dijeron a los pueblos: federación! Que se cumpla, pues, después de tantos años...”.

2. Véase Jacinto Pérez Arcay en su *La Guerra Federal. Consecuencias*, Caracas, Ángel García e hijo, 1974, 288 p.

PRÓLOGO

I

Nacido en El Tocuyo el 19 de septiembre de 1858, Lisandro Alvarado fue hijo de Rafael Alvarado y Gracia Benigna Marchena. Sus primeras letras las hizo en su lar nativo bajo el ala protectora de una familia humilde simpatizante del Partido Liberal. Fue en el Colegio La Concordia, regentado por Egidio Montesinos, donde se identificaría su alma matinal con la literatura clásica y el latín, pilares de su estilo escritural que aflorará más tarde. De esa unidad educativa data la entrañable amistad que va a forjar con su paisano José Gil Fortoul, relación afectuosa e intelectual que será una constante a lo largo de su vida. En plena mocedad viaja a la ciudad de Trujillo para finiquitar su bachillerato. Es el tiempo en el cual los altibajos personales y las privaciones económicas del hogar lo obligan a interrumpir su formación académica y laborar como farmacéutico, pero ahora en Barquisimeto. Sin embargo, en víspera de su veintena de años, se muda a Caracas para estudiar medicina. Llegaba así el provinciano a la capital donde el guzmancismo campeaba transformando pomposamente a Caracas en el “París de un solo piso” y en donde la supremacía del positivismo monopolizaba las cátedras universitarias. Eran Adolfo Ernst y Rafael Villavicencio los pontífices de esta nueva religión laica casada con la noción del orden, el progreso, la raza, el medio, la herencia y la fe ciega en la educación, la inmigración selectiva y la transfusión sanguínea europea, como panacea de nuestros males seculares. De tal modo, que el clima de opinión del larense serán las ideas de Augusto Comte, Herbert Spencer, John Stuart Mill y otros pensadores reputados, aclimatadas en las realidades que distaban mucho del patrón a imitar. Ese positivismo, mezclado con otras corrientes y tendencias adaptadas a nuestra situación, servía

la mesa para una nueva interpretación de nuestro país dando respuesta con relativa organicidad al conflicto sociocultural fruto de la ruptura del colonialismo europeo. Es en este marco referencial positivista –pese a la influencia neoclásica, romántica y neoidealista que tendrá ulteriormente en su contacto con Cecilio Acosta y José Martí, respectivamente– que debemos ubicar a Lisandro Alvarado, contando con José Gil Fortoul, José Gregorio Hernández, Luis Razetti, César Zumeta, Luis López Méndez, José Rafael Revenga, Pablo Acosta Ortiz, Aníbal Santos Dominici, Francisco Rísquez, Antonio María Pineda, entre otros, como algunos de sus interlocutores naturales.

Ya como galeno sería la localidad de Ospino, estado Portuguesa, su nuevo horizonte de realizaciones. Lo dicho hasta ahora esboza parte de su carácter: andariego, itinerante, “patacaliente”. Caracterizado como una persona austera, ascética y humilde arrancaba su existencia trashumante. Es a partir de aquí cuando se intensifican sus errancias, hecho que ha mitificado su nombre. Como especie de taxidermista espontáneo se interna en la Venezuela profunda. De aldea en aldea, entre hojas y animales se regodea su temperamento inquieto. Recoge voces y golosamente las descifra, lee petroglifos, decodifica el universo indígena a la vez que va comparando tallos y raíces. Desde la vegetación hasta las tradiciones populares son materias vivas de sus pesquisas incansables. No hubo medio de transporte que no usara alcanzando insalvables distancias y lugares. Pero su búsqueda no solo es endógena, también cumple papel como diplomático, experiencia que alimenta su mundividencia. En 1891 regresa a casa y emprende la publicación de sus fructíferas investigaciones. Son los años cuando da a conocer sus estudios *Neurosis de hombres célebres de Venezuela* (1893), *Sobre las guerras civiles del país* (1894) e *Ideas sobre la evolución del español en Venezuela* (1903).

Alumbrado en vísperas del estallido de la Guerra Federal, como vimos, Lisandro Alvarado funge como especie de cronista de esa época cuyas secuelas indecibles se grabaron posiblemente en su mente de corta edad, y que a la postre, como científico social, serían las fuentes primarias de sus creaciones. Diagnosticar en las formas culturales del ser venezolano con un lenguaje directo, de forma muy descriptiva y cronológica, hoy modalidad fuertemente cuestionada, habla de un autor que dejó un legado poco conocido, no solo en cuanto al método utilizado, sino sobre la problemática tan sensible en la cual discurrió. Su tesis central, la federación constituyó una verdadera lucha por la

democracia y la diatriba centrofederal fue un asunto secundario, sigue siendo una premisa difícilmente debatible. *Historia de la Revolución Federal en Venezuela*, que publicara en 1909, está integrada por nueve libros, cuyo mérito más resaltante es la forma de aplicar el escalpelo metodológico en el cual el medio supera al personaje, propinándole así un fuerte golpe a la concepción individualista de la historia. De aquí que bien dijera Mariano Picón Salas:

De lecturas de periódicos y documentos de la época; de sus largas correrías por la provincia venezolana, de sus conversaciones con los últimos testigos longevos, y hasta de su regular conocimiento matemático que se detiene en planos y estrategias de batallas y marchas de guerrillas por la despoblada y dura Venezuela de los días de 1860, hubo de salir su *Historia de la Revolución Federal*. El hecho sociológico que deseaba entender debía rescatarse del tratamiento puramente biográfico (apología o execración de algún personaje) o sectario (defensa o descrédito de la causa liberal), que le imprimieron otros historiadores. Para un positivista como él, la revolución puede describirse como un terremoto, un asolador verano o catastróficas salidas de aguas.³

Para 1920 trabaja en la Dirección de Política Comercial (del Ministerio de Relaciones Exteriores). En estos años publica *Glosario de voces indígenas en Venezuela* (1921), *Alteraciones fonéticas del español en Venezuela* (1922, reelaborada en 1929) y finalmente su *Glosario del bajo español en Venezuela* (1929). Por su innegable contribución al pensamiento nacional se hizo acreedor de numerosas distinciones. Fue Individuo de Número de la Academia de Medicina (1905), de la Academia de la Lengua (1922) y de la Academia de la Historia (1923). Conocedor de diferentes idiomas y asediado por punzantes inquietudes intelectuales, tradujo obras del italiano, el alemán, el francés, el latín y el inglés. *Viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Continente* de Alejandro de Humboldt y Aimé Bonpland, y *De rerum natura*, poema filosófico de Tito Lucrecio Caro, se cuentan entre sus valiosos esfuerzos. Fue masón a grado 30. Lisandro Alvarado fallece en Valencia, estado Carabobo, el 10 de abril de 1929.

3. Mariano Picón Salas, "El doctor Lisandro Alvarado (*Historia de la Revolución Federal en Venezuela* otros escritos)", *Obras completas*, Caracas, Fundación La Casa de Bello, 1989 (2v.), v. 2, pp. 530-531.

La vida de Lisandro Alvarado resume un periplo vital consagrado a la investigación científica prohijada por una curiosidad insaciable, una inusual sensibilidad social y un deseo de comprenderlo todo. Como poseedor de una mirada caleidoscópica supo surcar distintos campos disciplinarios –que iban desde la medicina pasando por la historia y la etnografía, hasta llegar a la compleja lingüística–, lo que dice de sus heterogéneas ocupaciones, tan diversas como sus quebrantos espirituales. El cultivo de esa multiplicidad de saberes, no fue menoscabo de un agudo, excéntrico, apasionado y perspicaz observador.

II

Para comprender las razones de la Guerra Federal no podemos obviar que la república venezolana surgida de la desmembración grancolombiana fue diseño exclusivo de la oligarquía. Ese bloque poderoso, nunca homogéneo, detenía el poder económico legislando a favor de sus intereses de clases, es decir, en detrimento de campesinos, esclavos y trabajadores domésticos. Así para 1830 reinaban en el país los propietarios que habían birlado las demandas de los grupos subalternos y en el cual leyes censitarias eran herramientas primordiales. Tres décadas signadas de guerras civiles y un liberalismo mampuesto como ideología oficial, marcaba una crisis determinante, que desembocará en un conflicto armado de cinco años conocido como la Guerra Federal (1859-1863). Ya José Antonio Páez, otrora líder de la Independencia, había sido presidente de Venezuela en varias ocasiones. Como hegemón de turno regía los destinos de la nación. José María Vargas, Carlos Soublette y Andrés Narvarte, eran piezas básicas de su poder. Páez lidera el Partido Conservador, fracción que tiene como propósito mantener intacta las condiciones socioeconómicas de la Colonia. Los usureros, prestamistas, monopolistas del comercio exterior, la burocracia civil, los caudillos militares, los grandes latifundistas son partidarios de Páez. Es en este marco de lucha política y convulsión social que surge el Partido Liberal en 1840 encabezado por Antonio Leocadio Guzmán, con el periódico *El Venezolano* y su lema: “Más quiero una libertad peligrosa que una esclavitud tranquila”. Los dueños de hacienda sin dinero, terratenientes arruinados, caudillos y militares marginados del gobierno, intelectuales y políticos conservadores resentidos y jóvenes con ideas liberales, se pliegan a un Guzmán demagogo que cobra cada día más aceptación pública. Para 1846,

año electoral, aumenta el favoritismo de los liberales y comienza la represión de Carlos Soublette sobre todo en Caracas, San Juan de los Morros y Maracay. Antonio Leocadio Guzmán es apresado por el gobierno conservador y condenado a muerte. Por esos días los estallidos campesinos son un hecho y las figuras de Ezequiel Zamora y Francisco “el Indio” Rangel comienzan a ser afamadas. Páez impone la candidatura de José Tadeo Monagas, triunfador de las elecciones de ese año. Durante el gobierno de José Tadeo Monagas terminó el predominio de los conservadores y llegan al poder los liberales. Con la Constitución Nacional de 1857 se plantea la reelección presidencial de los Monagas lo que aceleró la caída del régimen. Era un país de disminuidas importaciones, de menguados ingresos al fisco, de estancamiento de la agricultura, de profunda pobreza y analfabetismo galopante, todo un caldo de cultivo para el caudillismo secular y telúrico:

No obstante —dice Alvarado—, donde más pareció condensarse ese descontento social fue en las provincias de Portuguesa, Barinas y Apure, en la primera sobre todo. Cierto es que en ellas se mantuvo un círculo de hombres dados al caudillaje, a la expropiación, a las intrigas, y que estos tales se aprovecharon de anchos créditos que abrió el comercio de Ciudad Bolívar a consecuencia de la exportación de pieles de res, precipitándose a concurrir también con sus productos y obteniendo por oscuros medios aquella mercancía; pero resulta de otras averiguaciones que los labradores andaban agobiados por los especuladores que medraban en el comercio del añil, y que muchos de estos mercaderes, más dolosos o menos afortunados, se desacreditaron al cabo y desacreditaron al comercio honrado de aquellas provincias; hecho lo cual, refugiáronse debajo de la bandera de la insurrección, y constituyeron lo que se llamó entonces la facción de los “indios de Guanarito”, aunque poquísimos eran los que en ella representaban la propia raza indígena, aun viviendo en sus propios resguardos. Sucedió esto cuatro meses después de la Revolución de Marzo (...). Como corriese la voz de que las fichas que hacían circular los comerciantes eran para vender al pueblo a los extranjeros, o para reducirlo a la esclavitud y que los hierros con que marcaban los zurrónes de añil eran para señalar a los esclavos, engrosaron pronto las filas de los rebeldes, y al grito de: “¡Todos somos iguales! ¡Mueran los blancos! ¡Abajo los godos! ¡Hagamos patria para los indios!” corrieron a alistarse en ellas mucha gente perdida, deudores fraudulentos no pocos, y acaso hostigados por la miseria la mayor parte. Un informe del general Escobar refiere cómo se alucinaron los indígenas con el resguardo de tierras que les ofrecían los leguleyos de las aldeas y cómo se persuadió a los libertos

de que el Gobierno iba a hacerlos otra vez esclavos; mientras que los pobres creían que se les quería vender a los ingleses para con sus carnes hacer jabón y con sus huesos cachas de cuchillos, bastones y sombrillas.⁴

Sin negar que en gran medida la Revolución Federal fue producto de las frustraciones igualitarias no alcanzadas por los sectores sociales explotados después de la emancipación, Lisandro Alvarado enfatiza las causas inmediatas y fundamentalmente políticas. Para ello, en su *Historia de la Revolución Federal en Venezuela*, examina los acontecimientos que van desde marzo de 1858 hasta la clausura de la Convención realizada ese mismo año, encontrando allí incubados los factores desencadenantes de la contienda.

El objetivo a vencer era el nepotismo oriental que alcanzaba en la segunda presidencia de José Tadeo Monagas grado sumo. Su estilo autoritario forzó a enemigos antes irreconciliables a cerrar filas para despojarlo del poder. En este contexto explota en Valencia, el 5 de marzo de 1858, una insurrección encabezada por Julián Castro que consiguió su propósito. En la Revolución de Marzo de 1858 encuentra Lisandro Alvarado el hito fundamental que abre las puertas a la Guerra Federal. Bajo el liderazgo de Julián Castro el grupo conjurado empeñaba su palabra de liberar a los explotados siempre y cuando estos abrazaran la causa insurrecta. Las deudas que tuvieran trabajadores, sirvientes y campesinos con sus patronos, serían honradas por el mismísimo Estado al lograr la victoria revolucionaria. Pero, una vez solidificado el nuevo gobierno, la preponderancia de los conservadores con un proceder revanquista contra la crítica liberal, encendió nuevamente el conflicto.

Lisandro Alvarado explica cómo la expulsión del país de Juan Crisóstomo Falcón, Ezequiel Zamora, Antonio Leocadio Guzmán y otros prometedores líderes del federalismo fue un catalizador del problema. También expone cómo los alzamientos campesinos en los valles de Aragua, en la sierra de Carabobo y en los llanos de Portuguesa bajo la conducción de hermanos de armas del recién bautizado “General del Pueblo Soberano”, fueron antecedentes directos de la conflagración.

Si bien el vendaval revolucionario cobraba terreno, el endeble gobierno de Julián Castro estaba incapacitado de neutralizar el descontento general,

4. Véanse: pp. 4-5 y 7, en esta edición.

y menos el de sus cercanos aliados. Ya la ruptura era un hecho. Después de la renuncia del canciller Wenceslao Urrutia se precipitaban los eventos. Un estallido en el cerro El Ávila y el bloqueo de La Guaira por el incumplimiento del Protocolo de Urrutia (asilo a José Tadeo Monagas) enturbiaban más el panorama. El chismorreo de un imprevisto retorno de la esclavitud enervaba el ánimo de las mayorías. Simultáneamente, en Valencia, una Convención Nacional aspiraba delinear un programa político inspirado en el pliego de peticiones expuestas en la Revolución de Marzo de 1858. La nueva Carta Magna sancionada el 31 de diciembre de 1858 pretendía cerrar las grietas evidentes entre liberales y conservadores. Sobre este aspecto Lisandro Alvarado afirma:

Por último, el 3 de febrero de 1859 terminó sus trabajos la Convención Nacional, después de haber sancionado 6 leyes, 20 decretos, 5 resoluciones, 10 acuerdos y 13 actos diversos. Obstáculos no dejaron de oponer para su reunión los adversarios del movimiento político de marzo, y hasta hubo de arrebatarse el vómito negro que hizo algún tiempo estrago en Valencia, a dos de sus miembros. Al lado de los conservadores sentáronse allí hombres liberales por filiación o por sus ideas (...). Puede calcularse la variedad de los ideales y las dificultades interiores de la Asamblea, comparando el número de sus actos con el de sus sesiones y la abundancia y prolijidad que reinó en la discusión. Creeríase que ella se escogió por el modelo a la gran revolución francesa; mas ¡qué diferencia en los tiempos y sobre todo en las reformas que se imaginaron y realizaron!

Los principios del sufragio general masculino, la abolición de la esclavitud y la fórmula centrofederal, no funcionan como muro de contención ante el descontento popular. La patria era un polvorín. Desde el exilio, en las cercanas islas de Curazao y Saint Thomas, las cabezas visibles del federalismo emergente preparaban sus aperos y pergeñaban sus principios doctrinarios para invadir a Venezuela. Se desataba la ira.

III

El control del poder en manos de las oligarquías fue una de las trabas para el desarrollo político y económico del siglo XIX en casi todas las repúblicas de “nuestra América”, una vez terminada la dominación española. Las pug-

nas entre los grupos de propietarios –identificados como conservadores o liberales–, impidieron los procesos que debían cimentar objetivos sociopolíticos en nuestros países, y por esa vía la anarquía se asentó durante décadas cobrando vidas, al tiempo que destruía la economía e imposibilitaba todo proyecto civilizador.

En Venezuela, la esperanza de las clases carentes de bienes materiales para tener patria, tierra y derechos como los poseía la oligarquía se diluyó entre la demagogia política y la soberbia de los propietarios, cuando hubo concluido la guerra por la independencia. La fe del pueblo para tener acceso a la justicia, la igualdad y a los derechos civiles quedó en los campos de batalla adonde fueron a conquistar las ansiadas prerrogativas; allá permanecieron abatidas junto a sus cuerpos y a las banderas españolas. Pero las necesidades fundamentales continuaron devastando a sus descendientes, herederos de la gloria y de la guerra social contra los dueños de la tierra, privilegiados de la ley y amos durante un tiempo de sus propias vidas.

La lucha del pueblo contra los embaucadores siguió, ahora bajo el mismo tricolor pero más dolorosa por ser contra sus coterráneos, estafadores de las esperanzas puestas para ir al combate contra el poder colonial. Guerrillas, montoneras, facciosos y partidas de asaltantes, llama a ese pueblo la historiografía cómplice que desnaturaliza la engañifa de los grandes comerciantes, latifundistas, hacendados, rúbulas al servicio de usureros y especuladores, entre otros beneficiarios de su sacrificio; olocracia la llamaba el general José Antonio Páez cuando advertía su horror a la posibilidad de un gobierno de origen popular.

Los reclamos del pueblo acaso recibían respuestas fundadas en las confusas doctrinas de liberales y conservadores, tras las cuales se encubrían los verdugos usurpadores de su confianza. Poco o nada representó la independencia, la patria o la soberanía para el sacrificio del proletariado; Páez y los Monagas se encargaron de controlar el poder con el propósito de acrecentar sus riquezas personales, ambos aprovechando su prestigio y ascendencia como innegables próceres de la Independencia mientras prolongaban el agravio y la desesperanza del pueblo durante sus mandatos presidenciales.

Páez aspiró mantenerse en el poder a través de José Tadeo Monagas, a quien impuso como ganador en 1847, pero poco después Monagas desconoció su influencia y se alzó con personalidad propia en el mando, desde el

cual empleó formas personalistas y autoritarias prolongadas por más de una “larga década” conocida como “monagato”.

En 1857 conservadores y liberales se fusionaron para derrocar a José Tadeo Monagas. Intereses puramente políticos de los dos bandos mediaron para sacarlo del poder y dar fin a la “larga década del monagato” y con él, al nepotismo que señoreaba impúdicamente desde su ascenso a la presidencia. Ambos grupos habían sido aislados del poder desde la elección de José Tadeo Monagas, pero lograron posponer sus diferencias centradas en las tesis del centralismo y federalismo para derrocarlo a través de una revolución en marzo de 1858. La inmediata convocatoria a la Convención Nacional retomó el debate por las formas de gobierno centralista y federalista como modelos a seguir por la prosperidad notoria de países europeos y norteamericano así gobernados, sin abordar lo medular económico y financiero contenido en la doctrina económica del liberalismo, que resultaba exitosa en esos países por el grado de desarrollo industrializado, avanzada ciencia, tecnología, producción tecnificada, sistemas bancarios y financieros, flotas comerciales y mercado nacional e internacional controlado, que no era precisamente el caso de nuestra nación.

Hacia pocos años que Venezuela independiente se había reinsertado de manera formal en el mercado internacional a través de Tratados y Acuerdos con varios países (Francia, Gran Bretaña, Estados Unidos, Ciudades Hanseáticas, Holanda, Dinamarca, España, Suecia-Noruega, Nueva Granada y México, entre otras), que eran los destinos naturales de nuestra producción agropecuaria, tal como se había asignado su papel en la división internacional de la producción y el mercado.

Aquella Venezuela de la primera mitad del siglo XIX aún padecía los efectos de la guerra de independencia con suelos férciles pero abandonados, escasa mano de obra para el cultivo, disminuidos rebaños de ganado vacuno y caballar, escaso circulante, exigua inversión extranjera y grandes deudas acumuladas; es decir, un panorama nada halagüeño. Solo tenía la tierra con vocación para diversos cultivos y cría ganadera, tupidos bosques madereros y alguna riqueza en producción de sal. A la tierra tenía que volver, no había alternativas sino la producción agropecuaria, pero el latifundismo se erigía como muro insalvable. Para completar el difícil cuadro, el país tenía una población enfermiza y famélica, analfabeta y urgida por las necesidades

fundamentales, según se lee en la prensa de la época; pero además, atenta a la deuda de las promesas por su sacrificio en la emancipación de la patria.

Al terminar la década de los años cincuenta, menesterosos de aldeas y caseríos rodeaban las principales ciudades del país debido a la crisis que en Europa y Estados Unidos había hecho reducir las importaciones, y que Venezuela resentía por el descenso de las exportaciones y la consecuente reducción de las finanzas públicas achicadas por los escasos impuestos aduanales, a cuyos aprietos se sumaban los compromisos de la deuda contraída para pagar la abolición de la esclavitud, el desorden administrativo y la suspensión en el pago de sueldos y salarios.

El derrocamiento de Monagas fue recibido con alborozo por los diferentes estratos sociales debido a los abusos del poder y el arbitrario nepotismo que hacía aparecer ese apellido en cualquier oficina pública donde familiares y amigos orientales copaban los cargos administrativos. Pero además porque los efectos de la crisis de 1857 calaban hondo en las provincias limitando las pocas rentas que solo alcanzaban para sostener gastos básicos y dejaban en suspenso el pago de sueldos a gobernadores, agentes de justicia, maestros de escuelas, empleados públicos y casi olvidados los óbolos eclesiásticos.

IV

Los conflictos políticos y las dificultades económicas tocaban todos los niveles sociales alterando la vida normal en aldeas, pequeños poblados y ciudades de mayor rango, cuando Tirso Salaverría lanzó la proclama federalista en Coro el 20 febrero de 1859 anunciando el inicio de la guerra que, a juicio de serios investigadores, significó la continuación de un proceso social no saldado con la batalla de Carabobo en 1821. Y de inmediato en el arco descrito desde los Valles del Tuy a Barinas, pasando por Valencia, Yaracuy, Barquisimeto y Portuguesa, brotaron grupos de guerrillas formadas por campesinos y gentes necesitadas de los sectores urbanos, animados por la prédica federalista mientras los convencionistas de Valencia discutían formas y fórmulas constitucionales.

Casi cuatro décadas habían transcurrido desde Carabobo cuando la Guerra Federal comenzó a gestarse formalmente con las tramas de la Revolución de Marzo y los forcejeos en la Convención Nacional de Valencia,

mientras el pueblo irredento esperaba expectante, porque en la práctica continuaba despojado de los derechos ciudadanos. La reforma constitucional de 1858, aunque moderaba los requisitos para ser diputado, reafirmaba la posesión de riqueza material para ser senador, y nada establecía sobre el derecho a la tierra anhelada y la educación pública. Mientras tanto el descontento social agravado por las dificultades económicas, continuaba asolando a la clase depauperada, cuyos brotes de agitación se manifestaban en todo el país, aunque con fuerza creciente en los llanos occidentales de Portuguesa, Barinas y Apure, donde caudillos regionales hacían de las suyas al tiempo que artesanos, pequeños propietarios y campesinos jornaleros eran apremiados por los usureros, cuyas presiones se dirigían principalmente contra comerciantes, exportadores de cueros y productores de añil.

Para el año fiscal 1857-1858, la Memoria de Hacienda informaba ingresos y egresos por Bs. 24.248.000,85 y 22.624.834,85 respectivamente; el año siguiente 1858-1859 las cifras descendieron levemente por ese mismo concepto a Bs. 22.144.720,35 y 19.575.416,10, pero el año 1859-1860, la Memoria respectiva registra una sensible baja con Bs. 14.089.702,25 y 10.653.857, que redujo los fondos públicos y golpeó la economía de los medianos y pequeños productores de provincia.

De modo que al terminar la Convención, y redactada la Constitución cuyo preámbulo establecía que era para “formar la más perfecta unión, establecer la justicia, asegurar la tranquilidad doméstica, proveer a la defensa común, promover la felicidad general y asegurar el don precioso de la libertad, para nosotros y nuestros descendientes”, ya “eran las causas del descontento más bien económicas que políticas”, las que atizaban el fuego de la guerra –según dice don Lisandro Alvarado–, y las banderas federalistas ondeaban con sus consignas en los campos del país. En su extensa *Historia de la Revolución Federal en Venezuela*, asigna el protagonismo inicial de ese acontecimiento a los pobladores llaneros del piedemonte andino, aunque en la provincia de Coro y las costas centrales ya se habían iniciado los alzamientos cuando Tirso Salaverría lanzó la proclama federalista el 20 de febrero de 1859.

Los problemas económicos por los cuales atravesaba Venezuela, eran repercusiones del llamado “pánico de 1857” iniciado a finales de ese año y que causó descalabros en la economía y finanzas de Estados Unidos y Europa

debido a la sobreexpansión de las economías internas y al descenso en la demanda del mercado internacional, que afectó al comercio mundial principalmente a las economías tributarias y altamente dependientes como la nuestra. No en vano en el año crítico de 1859-1860, cuando buena parte del país crujía entre las hogueras de la guerra, el ministro de Hacienda, dejó asentado en la Memoria que: “en Venezuela no es la política la principal bandera de discordia, son cuestiones económicas lo que alimenta la guerra entre nosotros”, confirmando que el fondo del problema era socioeconómico pero se expresaba políticamente y militarmente, tanto así, que por lo menos docena y media de ministros ocuparon la cartera de Hacienda durante los años de la Guerra Federal (1858-1864) sin resolver las dificultades porque su punto medular no se encontraba en Venezuela sino en los grandes centros de consumo y producción.

Se pregonaba que la federación fundaría la verdadera República y establecería la ansiada libertad, traería justicia para el pueblo, legítima independencia, garantías sociales y la imaginada democracia que desde los años de la guerra independentista eran parte de una quimera, solo monopolio de las oligarquías dueñas del poder. En ese contexto reapareció la figura del caudillo Ezequiel Zamora, ya experimentado en el debate liberal, en el campo de las armas y en los reclamos sociales.

Ezequiel Zamora se convirtió en el gran dirigente de la revolución y de la guerra. Cuando desembarcó en La Vela de Coro el 23 de febrero de 1859, su nombre ya era referencia como caudillo refractario a godos y oligarcas. De triunfo en triunfo avanzó por tierras de Coro, Yaracuy, Barquisimeto, Portuguesa y Barinas, fortaleciendo la prédica federalista contra los conservadores, que era decir contra los oligarcas, transformando entidades políticas en Estados federales. Frente a la triunfante campaña de las tropas federalistas formadas por el mismo pueblo, nada podían los ejércitos constitucionales mandados por los godos.

La guerra se animaba ideológicamente con los postulados y arengas que el general Zamora pregonaba en los campamentos, antes de los combates o en la celebración de los triunfos. Había tomado con criterio táctico los llanos occidentales donde la crisis económica se sentía con gran malestar y cuando la guerra y la consigna federal se habían adueñado de aquellos territorios. Una vez ganados para la causa federal esos espacios, se planteó la estrategia

de avanzar al centro del país, pero en ese camino, una bala enemiga dejó trunco el proceso en San Carlos; sin embargo la revolución alcanzó resultados importantes.

Un ligero cotejo deja ver que la guerra se extendió en poco tiempo por casi todos los lugares poblados del país, aunque dejó exentas las regiones selváticas, una parte de la cordillera andina y algunos poblados del sur donde el eco del fuego no tuvo respuestas. La fusilería, el filo del machete y la punta de las lanzas dejaron en los campos de batalla y en los caminos unas cincuenta mil vidas, que junto a la destrucción de hatos, haciendas, casas de comercio, pulperías, almacenes, templos y caseríos que se cruzaron en la senda de la turbación pasional, muestran la crueldad de esa guerra, y que pesaron tanto como los cadáveres y las unidades de producción destruidas, porque sembradoras, haciendas y plantaciones fueron consumidas por la vorágine del fuego, así como personalidades provinciales que quedaron expuestas en las picotas que a modo de vigía se erigían en las afueras de los poblados.

Buen número de esas víctimas hicieron falta para manejar el arado, plantar semillas o recoger frutos, pero además los sobrevivientes envanecidos con cualquier jerarquía militar pasaron a formar parte de la carga administrativa de la nación, presumiendo pertenecer a los justicieros que debían reparar las antiguas ofensas de la oligarquía. Sus vidas cambiaron de horizonte después de pasearse por los campos de la guerra; imaginaron ser más importantes luciendo broches o charreteras en un uniforme militar que manejando la escardilla o el machete en los campos productivos. Sí, la oligarquía quedó en situación de ruina, pero no todos los desheredados se hicieron con una parcela para cultivarla. La conducta de muchos calcaba las formas de codiciosos líderes que desde el fin de la “larga década del monagato”, y una vez encendida la mecha de la Guerra Federal, comenzaron a cobrar su botín.

No se debe confundir la guerra con la revolución. Fueron cosas diferentes. La Guerra Federal como toda guerra fue destructora, pero el espíritu de la Revolución Federal asestó un mazazo a la oligarquía y logró avances importantes en los derechos del pueblo venezolano. La Constitución de 1864 consagró, entre otros novedosos avances, la forma de estado para las antiguas provincias con los consiguientes grados de autonomía en las ejecutorias de gobierno regional y libre administración de sus productos naturales, libertad de sufragio y elecciones populares, directas y secretas. Ratificó la abolición de

la pena de muerte por cualquier motivo o razón, prohibió el reclutamiento forzoso, garantizó la libertad de enseñanza y la gratuidad de la educación primaria y de artes y oficios; certificó la igualdad ante la ley en virtud de la cual toda persona debía ser juzgada por una misma ley y sometida a un mismo proceso. Reiteró el desconocimiento y la supresión de los títulos de nobleza, y sancionó como único tratamiento a las personas el de ciudadano y usted. No condicionó la elección para ser diputado, y para senador, solo exigió ser venezolano por nacimiento y mayor de 30 años, e iguales requisitos estableció para ser presidente de la República; para ser ministro del Despacho ordenó ser venezolano por nacimiento o tener cinco años de nacionalizado y contar 25 años de edad; para ser magistrado de la Corte exigió ser venezolano por nacimiento o tener diez años de nacionalizado y 30 años de edad. Como se puede deducir, esta Constitución representó avances cualitativos respecto a los textos anteriores con varias conquistas que echaban al pasado los privilegios y exclusiones establecidas por las oligarquías.

En esa Constitución quedó forjado el igualitarismo venezolano, se ganó a costa de vidas y sacrificios incalculables, pero pasó a ser patrimonio de la sociedad venezolana. No sucedió así en otras naciones de “nuestra América”, que mantuvieron restricciones en los derechos políticos y sociales. Cuando se debatía la propuesta federal en Venezuela, gran parte del entusiasmo procedió de la Constitución neogranadina de 1853 –que cambió el nombre de República de Colombia a Nueva Granada–, muy significativa al propósito federalista venezolano porque aquella permitió en lo político la creación del estado de Panamá en 1855, el estado de Antioquia en 1856 y al año siguiente los estados de Santander, Cauca, Cundinamarca, Boyacá, Bolívar y Magdalena, sin embargo en lo social restringió avances que aún pesan en la nación colombiana.

A doscientos años del nacimiento de Ezequiel Zamora, el estudio de este personaje, símbolo de las luchas y conquistas sociales en la Venezuela del siglo XIX, se debe profundizar en la comprensión del tiempo, de las circunstancias y de su protagonismo para ampliar el conocimiento de nuestro proceso histórico, no como simple relato sino como fragua de nuestra historia enfocada en las relaciones sociales de producción, los problemas de la tenencia de la tierra, el papel de Venezuela en el mercado internacional de ayer y hoy, desde la transición del modelo económico precapitalista a las realidades del capitalismo.

Ezequiel Zamora forma parte del procerato nacional por la gesta que aquilató los valores del pueblo venezolano convertido en fuerza motriz para crear patria y reivindicar los derechos sociales, políticos, humanitarios y la solidaridad que le son inherentes.

Con la presente edición, la Fundación Biblioteca Ayacucho pone en nuestras manos valiosas páginas que dan cuenta del tránsito de Zamora en nuestro país, que despiertan ánimos y energía en los propósitos para conocer nuestra historia más allá de la narración.

Alexander Torres Iriarte
Manuel Carrero

CRITERIO DE ESTA EDICIÓN

Los textos agrupados en este volumen forman parte del libro *Historia de la Revolución Federal en Venezuela* del doctor Lisandro Alvarado. Se manejó para tal efecto la edición de las *Obras completas* (2 v.) de este insigne investigador, preparadas por Fundación La Casa de Bello en Caracas en el año de 1984. De la referida edición se tomaron los libros Tercero, Cuarto y Quinto, los que fueron identificados aquí bajo los capítulos I, II y III respectivamente. Por otro lado, fue suprimida la numeración en romano con que eran introducidos algunos de los párrafos. En la medida que nos fue posible, pudimos completar datos referenciales en notas a pie de página.

B.A.



EZEQUIEL ZAMORA
Y LA REVOLUCIÓN

CAPÍTULO I

Cuando regresó Castro a Caracas, terminadas que fueron las tareas del cuerpo legislativo, llevó consigo la idea de hacerse elegir presidente de la República, y para ello fomentó una división popular, que en gran manera favorecía su pensamiento, y que acá y allá manifestaba sus gérmenes en los sucesos que acaban de referirse. Debían practicarse, pues, las elecciones a la vista de uno o dos partidos, oficial el uno y adicto a Castro y consecuente el otro con los compromisos de la revolución y adicto a Tovar. Llamáronse los primeros reaccionarios, y fueron auxiliados por una fracción de los segundos, apellidada fusionista, que estableció su oposición al gobierno sentando el principio de que con la nueva constitución era imposible gobernar; y mientras que la otra fracción proclamaba la inviolabilidad de las formas protectoras, la estricta observancia del código fundamental y de las leyes, y su adhesión a los principios, los fusionistas se mancomunaron con el Ministerio en sostener la doctrina de la salud pública. En consecuencia, el curso de la guerra civil que movió la contrarrevolución estuvo subordinado desde febrero hasta agosto de 1859 al premeditado plan del Presidente, y en cuanto a los hechos que precedieron a esa guerra, son tan confusos y a la vez tan decisivos, que por fuerza llaman la atención de todos los historiadores patrios.

Tratemos de explicar este fenómeno funcional y en cierta manera crítico del organismo político en aquellas adversas horas de su vida. Al acabar sus trabajos la Convención, era ya del dominio público la inestabilidad de la paz y los planes reaccionarios que ponían por obra los vencidos de marzo. Sí, como se afirmó entonces, eran las causas del descontento más bien económicas

que políticas, los reaccionarios tuvieron sin embargo el cuidado de escoger al cabo una bandera, y esta bandera fue la Federación. Dibujábase una suerte de palingenesia del triste período de 1826 a 1830. La agrupación prematuramente hostil de estos nuevos revolucionarios era en extremo característica. “Los hombres del 46, dice un escritor, los que lanzaron a Zamora en aquella época, aunque sirvieron con Monagas, nunca creyeron triunfante al Partido Liberal”¹.

Mas esa bandera no fue de ningún modo el primer grito de los insurrectos. Una rápida narración de lo que lejos de la capital ocurría, luego que se instaló la Convención, habrá de llevarnos a examinar hechos algo informes y casi ignorados, aunque del todo singulares y concretos e indispensables para nuestro estudio. Ya han sido mencionadas las señales de una amenazante reacción en la región agrícola de los valles de Aragua. Hombres oscuros como Zoilo Medrano y Jesús González se rebelaron a principios de julio de 1858 en la sierra de Carabobo. Los rebeldes corrieron a reunirse en San Francisco de Tiznados, y allí fueron batidos el 20 de julio por el jefe de operaciones de Aragua, coronel P. Ramos². Medrano se mantuvo fugitivo, aunque sin desmayar en su propósito, mientras que González guió hacia la provincia de Cojedes, donde en contra de él fue destinado como jefe expedicionario el coronel Carlos Blanco. Fue este núcleo el que se llamó entonces la facción de la sierra, y contra el cual probó ser inútil el medio del indulto adoptado desde entonces por el Partido Conservador.

No obstante, donde más pareció condensarse ese descontento social fue en las provincias de Portuguesa, Barinas y Apure, en la primera sobre todo. Cierto es que en ellas se mantuvo un círculo de hombres dados al caudillaje, a la expropiación, a las intrigas, y que estos tales se aprovecharon de anchos créditos que abrió el comercio de Ciudad Bolívar a consecuencia de la exportación de pieles de res, precipitándose a concurrir también con sus productos y obteniendo por oscuros medios aquella mercancía; pero resulta de otras averiguaciones que los labradores andaban agobiados por los especuladores

1. Alejandro Calcaño. Citado por Domingo Antonio Olavarría [en el Apéndice de su], *Historia patria. Décimo estudio histórico-político. Refutación al “Manifiesto Liberal” de 1893*, 2ª ed., Valencia, Venezuela, Tip. Artística Mijares, 1895 (582 p.), p. 383.

2. *Boletín Oficial* (Caracas), N° 19 del despacho de Guerra y Marina.

que medraban en el comercio del añil, y que muchos de estos mercaderes, más dolosos o menos afortunados, se desacreditaron al cabo y desacreditaron el comercio honrado de aquellas provincias; hecho lo cual, refugiáronse debajo de la bandera de la insurrección, y constituyeron lo que se llamó entonces la facción de los “indios de Guanarito”, aunque poquísimos eran los que en ella representaban la propia raza indígena, aun viviendo en sus propios resguardos. Sucedió esto cuatro meses después de la Revolución de Marzo³.

Al cantón Guanarito, que era la parte meridional de la provincia de Portuguesa, baña por el norte el río Guanare, de márgenes montuosas y cuyo cauce ha cambiado gradual y considerablemente en varios puntos. Dilátase el bosque, ofreciendo pocas y reducidas praderas por el septentrión, hasta cerca de la serranía, y se enlaza con la espesa selva de Turén; mientras que hacia el mediodía cesa luego la vegetación arbórea, hasta limitar con extensos palmares las sabanas de Apure. Un banco arenoso, largo de muchas leguas, que dicen La Calceta, corre paralelamente al río por su orilla derecha, encontrándose en este trayecto los principales vecindarios del cantón, entre flores y garcitas; y esta disposición peculiar del terreno es análoga a la que en la provincia de Barinas media entre Sabaneta y Nutrias, que fue también después zona predilecta de la insurrección, a la banda derecha del río Chorroco. Los terrenos selvosos del cantón, aunque desfavorables al riego, eran bastante adecuados al cultivo, y así vemos que en la calificación que de ellos había hecho el Concejo Municipal diez años antes, en marzo de 1849, casi todos los de las parroquias de Morrones y Guanarito, y bastantes de los de Sabanaseca, fueron declarados de labor, quedando en esta como de cría hacia el sureste vastas soledades. Diremos por último, para terminar esta sucinta descripción que la parroquia cabecera fue fundada, a lo que es cuenta, obra de dos leguas más lejos bajando el río, donde llaman la Misión Vieja, siendo todavía posible rastrear algunos vestigios de los antiguos moradores de aquellos sitios. En varios parajes se encuentran restos de cerámica de los aborígenes y utensilios de piedra pulida; y en clase de monumentos prehistóricos, largos terraplenes construidos en varias direcciones al través de llanuras anegadizas y pequeños túmulos en todo semejantes a los mencionados por Humboldt

3. Materiales consultados: Antonio Batalla, *Revolución de Venezuela, 1858-1859*, manuscrito. También: *Expediente sobre orden público*, Caracas. Conservado en la Academia Nacional de la Historia; y declaraciones verbales de los señores Julián Ramos, Juan Piñango Ordóñez y Juan Manuel García.

en la provincia de Barinas; obras estas que en el lenguaje de la localidad responden a las denominaciones de “calzadas” o “lomos de perro” las unas, y de “cerritos” las otras⁴.

Volviendo ahora a la facción, diremos que fueron sus primeros cabecillas casi todos mercaderes, o traficantes de añil, y que varios de ellos, sujetando por la usura a algunos miserables y siendo ellos mismos deudores fallidos de sus relacionados, resolvieron, perseguidos por los tribunales, sublevarse a instigaciones de los “monaguistas” (que así decían a los partidarios de los Monagas) en la provincia. Recuérdanse los nombres de José Antonio Linares, Regino Sulbarán, Carlos Padilla y Miguel Santaella. Iniciador fue el segundo con el grado de capitán; pero Linares, porque sabía leer y escribir, fue reconocido como director, con el grado de comandante. Véase cuán modestas e ingenuas eran sus pretensiones. Alegaban para sincerarse que el Gobierno los llevaba maniatados al servicio al reclutarlos, cuando ellos podían ir voluntariamente.

Sulbarán se alzó el 14 de julio en la Boca del Monte, presentando unos cuantos campesinos armados de tercerolas, lanzas y flechas, y luego fue a unirse con Linares en el Carrao. Hubieron su primer encuentro el 30 de julio, con motivo de haber salido contra ellos una fuerza de Guanarito al mando del comandante Rafael Romero. En marcha este para Sabanaseca y acampado en Trapichito, bebían con descuido cierto licor fermentado en que adrede se había puesto una sustancia catártica vegetal⁵ que no tardó en hacer su efecto, cuando fue sorprendido por Linares y derrotado por completo. Muertos quedaron treinta soldados y un oficial; los restantes se dispersaron. El jefe político huyó a Morrones.

El gobernador de Portuguesa, señor León Cazorla, pidió, en cuanto supo lo ocurrido, auxilios de tropas al general Paredes. Enviose contra la facción al comandante Silverio Escalona, quien después de haber tenido varios encuentros con aquella, logró vencerla el 21 de agosto en Samán Blanco y ocupar el cantón militarmente con su columna; mas se dieron los vencedores a tan injustas persecuciones que se puso el grito al cielo con ello, en términos que hubo de ocurrir un jefe más caracterizado, el coronel Miguel Sagarzazu,

4. *Cfr. El Cojo Ilustrado* (Caracas), N° 280.

5. Frutos de una especie de *Sapium* llamada vulgarmente “pascualito” en la localidad.

jefe de operaciones de Barquisimeto, Yaracuy y Portuguesa, quien llevando de jefe de Estado Mayor al comandante Juan Piñango Ordóñez, por buenas maneras hizo deponer las armas a unos de los insurrectos, dio garantías a otros y mandó a Valencia a los culpables, regresando el 15 de octubre a Barquisimeto⁶. Sagarzazu se sabía de coro el Colón, mas parece ser que en Valencia se notó alguna falta en las formalidades del proceso, y con esa excusa los inculpados, entre quienes estaba un hijo del diputado Lacueva, fueron puestos en libertad.

Apaciguose el movimiento. Encabezado por hombres insignificantes, en cuyo plan no estuvo ciertamente el de cambiar las instituciones según el tenor de los federalistas de la Convención, no denunciaba tal vez él sino una opresión social. No obstante los facciosos no cesaban de ser provocados por el cura de El Regalo, presbítero Ramírez, miembro de un club revolucionario y ya depuesto del curato de Guanarito, “ignorantísimo ministro, especulador traficante con los negocios de su santo ministerio, cuanto cínico y mal pagador era en los negocios profanos en que se ocupaba”⁷.

Reapareció así la facción a mediados de noviembre. Como corriese la voz de que las fichas que hacían circular los comerciantes eran para vender al pueblo a los extranjeros, o para reducirlo a la esclavitud y que los hierros con que marcaban los zurrones de añil eran para señalar los esclavos, engrosaron pronto las filas de los rebeldes, y al grito de: “¡Todos somos iguales! ¡Mueran los blancos! ¡Abajo los godos! ¡Hagamos patria para los indios!” corrieron a alistarse en ellas mucha gente perdida, deudores fraudulentos no pocos, y acaso hostigados por la miseria la mayor parte⁸. Un informe del general Escobar refiere cómo se alucinaron los indígenas con el resguardo de tierras que les ofrecían los leguleyos de las aldeas y cómo se persuadió a los libertos de que el Gobierno iba a hacerlos otra vez esclavos; mientras que los pobres creían que se les quería vender a los ingleses para con sus carnes hacer jabón y con sus huesos cachas de cuchillos, bastones y sombrillas⁹. La facción se

6. *Boletín Oficial* (Caracas), N^{os} 23, 24, 29.

7. A. Batalla, *op. cit.*

8. *Ibid.*

9. Laureano Villanueva, *Vida del valiente ciudadano general Ezequiel Zamora*, Caracas, Imprenta Federación, 1898 (457 p.), p. 291; *Boletín Oficial* (Caracas), N^o 24.

dio entonces a cometer crímenes horrendos, que no eran mal retribuidos, en Valle Hondo, Sabana Nueva y otros puntos, con un furor sin ejemplo.

Linares apareció dominando el camino de Samán Blanco a El Baúl, y el 21 de noviembre se subleva el caserío de la Trinidad. La guarnición de Guanarito deserta y las autoridades abandonan otra vez el cantón el 20, y huyen a Guanare con el armamento, ocupando los facciosos por la noche la plaza, que fue ocho días después recuperada por el jefe político.

En un oficio del jefe político a El Baúl de 26 de noviembre se cuenta cómo mató a un vecino uno de los cabecillas, Martín Espinosa. Este fue el nombre del que llenó de terror, mediante su ferocidad salvaje e inhumana, a toda la comarca. Un cronista nos lo pinta como un bárbaro de ojos verdosos, de expresión hosca y espantable¹⁰. Su estatura más bien baja, su color avellanao tal cual o aindiado. Completamente analfabeto, miraba como enemigo a quien supiese leer o de color blanco. Vestía a la llanera, y hacía acompañar en lo ordinario de otro ignorante que le servía de agorero en cierto modo y que por esta razón llamaban el “Adivino”, cuyo papel era casi siempre designar las víctimas usando de una cruz negra que al cuello guardaba. Con las prendas sádicas de un inquisidor, saciaba su venganza antes de la inmólación con el tormento y después con la expiación: ora clavaba en la pared un cuerpo ya eventrado, ora lo aspaba con estacas sobre el suelo, ora obligaba al hijo de la víctima, porque velase el cadáver, a bailar de continuo en torno de este; que no parecía sino que había oído leer el “Infierno” de Alighieri. Mujeres, viejos y niños emigraban como podían.

Sobresaltado otra vez el gobierno, y habiendo invadido ya para mediados de diciembre dos partidas insurrectas la provincia de Cojedes, se dispuso que concurriesen a desbaratar la facción fuerzas de las provincias limítrofes. De Cojedes se destinaron 500 hombres del coronel Julián Ramos, jefe de operaciones de Portuguesa, que hubieron de batirse antes de llegar a Guanarito, el 11 de diciembre, en el paso del caño Liscano; de Barquisimeto fue despachado el comandante Pedro Segura, quien tropezó el 15 con facciosos en Río Viejo; de Barinas el comandante Wintila Navarro, quien ocupó el 20 a Valle Hondo. Dispersado a poco Espinosa en Valle Hondo situose Ramos en el Carrao y Segura en Sabana Seca, prometiéndose ambos combinar un

10. A. Batalla, *op. cit.*

ataque simultáneo; mas precipitándose el último en sus instrucciones o cayendo en alguna celada fue destruido por los rebeldes y muerto él mismo a flechazos cerca del pueblo el 29 de diciembre. Dos días después se acercaron a Guanarito los vencedores, metieronle fuego y cerraron con las pocas fuerzas que allí había. La población ardió en su mayor parte, pero los bárbaros fueron rechazados a las cinco de la tarde. Ramos con todo ocupó a Guanarito, aunque a los tres días supo el incendio de Sabana Seca por los rebeldes; impotente para sofocar la insurrección, acantonose Ramos en espera de refuerzos y pertrechos. Eran los primeros días de 1859. La insurrección, como un inmenso cáncer, extendía sus raíces en todas direcciones. Sobre el Apure hacía sentir en Santo Domingo; sobre el Acarigua, en la Florida y en Sabaneta. En efecto, Natividad Petit, venido del Aguasal de Cojedes se concertó el 9 de enero en Las Raíces, lugar de la selva de Turén, con Pedro Archila y ambos allí se sublevaron. Mandado de Araure el comandante Pedro Aranguren, Archila se retiró y Petit huyó hacia El Baúl.

El coronel Ramos obtuvo al cabo los auxilios y municiones que pedía. Consistieron en una columna de 240 maracaiberos llevada por el comandante Pedro Bracho, otra del comandante Reyes González, y 60 hombres enviados de Guanare por el gobernador el 17 de enero. No fue sino a los últimos del mes cuando se incorporaron estos refuerzos en Guanarito elevando a unos 1.500 hombres la guarnición, incluida la columna de San Carlos del comandante Luis Romero. Con estos recursos pudo despachar al comandante Jacinto López Mercado contra Espinosa. Una espantada emigración se preparaba.

Sobre todo esto prevalecía un concepto desventajoso del público acerca del tino y aptitudes de los gobernantes. De omiso y negligente fue acusado Cazorla, el gobernador, y de algo más Torrealba, el jefe político de Guanarito, según se colige de la correspondencia de Sagarzazu. El gobernador de Barinas, señor Ramón Ramos, era un rico hacendado del Mijagual. Hombre benévolo y honrado, junto con alguna tropa sostenida por el comercio, y la del jefe de operaciones del cantón Nutrias, comandante Pío León, allegó cerca de mil hombres de guarnición en el puerto. Pero su mismo carácter le hacía accesible a los reaccionarios, quienes a merced de ello solían hacerse sabedores de las operaciones militares. Habiendo sido atacado Navarro en El Regalo el 29 de enero, atribuyó su aislamiento a la inercia del coronel Ramos, que nada resolvía para obrar sobre la facción, creyendo insuficientes

sus tropas. Un riesgo mayor corrió el gobernador Ramos, porque el 28 de febrero sorprendieron los presidiarios de Barinas la guarnición y trataron de adueñarse de la plaza, que fue luego rescatada después de un tiroteo, por el gobernador. Los alzados abandonaron la ciudad y se incorporaron a unas partidas que en las inmediaciones merodeaban¹¹. Los de Guanarito se dirigieron entonces a la provincia de Barinas y en el Mijagual incendiaron la hacienda del gobernador.

Por último la provincia de Apure no andaba mejor servida. Su gobernador, señor Nicolás Silva, organizó algunas tropas y nombró al comandante Lino Pérez jefe de operaciones del Alto Apure. Silva decretó además empréstito y reclutamientos ilegales y expidió un decreto imponiendo la necesidad de pasaporte a los que entrasen en la provincia o saliesen de ella. Sospechoso a las andadas para los vecinos de San Fernando, por suponersele manejos ambiguos, abandonó el 22 de marzo la capital llevándose casi todo el armamento y tropa, y dirigiéndose al Alto Apure. En cuanto a Pérez, obraba con brutales maneras. Hacíase la organización de las fuerzas de la provincia con bárbaros procedimientos; los tenientes del gobierno obligaban a los naturales a empuñar las armas tratándolos con dureza y rigor desmedidos: no se les acordaba vestuarios, ni pre, ni rancho a los reclutas y a palos se les enseñaba la táctica: hacíanse *razzias* de caballerías, acémilas y bueyes y requisas de monturas, sin miramiento a la propiedad; y todo aquello sin señal ninguna de que el supremo gobierno velase por la paz de esas apartadas provincias¹².

Tal era el estado de las provincias occidentales del llano a principios de 1859, y tenemos que recordar aún otros pequeños sucesos, porque ellos en realidad no fueron preliminares de la revolución de febrero, sino la revolución misma.

Mientras López Mercado llevaba en jaque a Espinosa hasta La Cruz, presentábase a los comienzos de enero un hombre del Curibijure de parte de Cazorla a ofrecer a Ramos sus servicios. Llamábase Antolín Álvarez, y a pesar de las reticencias y embarazo con que se expresaba, fuéronle dadas

11. *El Monitor Industrial* (Caracas), Nº 216 (1859).

12. A. Batalla, *op. cit.*

algunas armas. Con ellas anduvo al principio al servicio del gobierno; mas cuando se le envió en auxilio de Barinas, lo primero que hizo fue pasarse a los rebeldes en Guerrilandia; con que unido a Juan Antonio Quintero y al Lcdo. Francisco Iriarte, que funcionó como jefe de Estado Mayor, púsole cerco a Guanare el 7 de marzo con 800 hombres mal armados¹³. Quienes entre ellos iban provistos de lanzas; quienes de una simple hasta armada con la hoja de unas tijeras; casi desnudos, contentábase alguno con echarse encima, a manera de casulla, una alfombra robada; mientras que en general llevaban como distintivo o divisa, a la manera de los revolucionarios del 93, ramas verdes arrancadas de los árboles, que servían también para marcar las casas amigas, fijando aquellas en las rejas de las ventanas. Tenía solo de guarnición la ciudad 40 soldados barquisimetanos del teniente Mariano Raldiriz, que poco antes habían marchado de Guanarito por exigencia de Cazorla, el cual tuvo tiempo de avisar un día antes al jefe político de Ospino, señor Luis Quintero, pidiéndole socorros; mas en vez de extender el despacho en tal sentido el Lcdo. Eugenio A. Rivera, que era el secretario, la redactó advirtiéndole que se pusiera en guardia, porque entre este inteligente abogado y el señor Juan Altuna, sujeto alegre, zumbón y apreciable, fomentaban las conspiraciones de la provincia, tal que poco antes había aparecido escrito en la pared y en cierta calle este pasquín: “El Secretario de la Gobernación — es partidario de la revolución”.

Quintero, sospechando engaño, despachó el día 8 una columna de 120 hombres, mitad infantería, mitad caballería, todo reclutado a la ligera, con el comandante Manuel Herrera, la cual topó el 9 con Raldiriz en momentos en que, después de haber capitulado, marchaba hacia Ospino por una línea de oteros que al norte del camino lo costean, tan luego como advirtió que gente de Álvarez le perseguía. Este fue entonces expulsado sin dilación de la ciudad¹⁴.

Álvarez e Iriarte huyeron hacia Guerrilandia, y de acuerdo con los de Guanarito, penetraron en la provincia de Barinas, se apoderaron de Libertad y llegaron el 26 de marzo a Nutrias. El comandante León que ocupaba esta

13. *El Monitor Industrial* (Caracas), N^o 217.

14. *Boletín Oficial* (Caracas), N^{os} 38, 39; *El Monitor Industrial* (Caracas), N^{os} 210, 216.

plaza, se retiró a Barinas el 25 por la noche, y el 26 muy temprano fueron ocupados por Álvarez la plaza y el puerto, situándose en seguida en El Caimán, por temor a las caballerías de Apure que estaban en San Vicente, pues el jefe de ellas había mandado auxilios a la guarnición de Nutrias. El comercio del puerto facilitó alguna pólvora y plomo a los federalistas, y el cantón fue declarado parte íntegramente del Estado Federal de Occidente, nombrándose en consecuencia jefe civil y militar al francés Carlos Henrique Morton, con el grado de coronel. Fue entonces cuando el lema de Libertad, Igualdad y Fraternidad se oyó por primera vez en una proclama de Álvarez, lo que indica la influencia de las ideas revolucionarias propagadas por los republicanos franceses señores Napoleón Avril y el ya citado Morton de Keratry.

Un testigo ocular de aquellas cosas hace así el retrato de este último:

Sus facciones finas y animadas, su frente despejada, sus ojos vivos y mirar penetrante, indican esa mezcla feliz de inteligencia y arrojo, y esa volubilidad tan peculiar a los de su nación. Su porte es bello, su vestir elegante, sus modales despejados; y en toda su persona notase cierta impertinencia que lejos de desagradar, por el contrario simpatiza a primera vista. Pero si en algo es atacada su delicada sensibilidad, en su lívida tez antes rosada, en su torva mirada y en su risa irónica e insultante, deja ver al observador un signo de desmesurado orgullo, de altivez y amor propio insufrible. Muéstrase amable, complaciente, afectuoso, pero oculta sagazmente su carácter, capaz de una venganza cruel, pronto a ejercerla hasta con su mejor amigo; porque no es el dulce sentimiento de la amistad la cualidad que más le distingue. Es Morton estafalario, gastador: ama los juegos de azar y es amigo de contraer deudas, que jamás paga; pero a la vez está pronto a dar hasta el último óbolo al primer necesitado, y pronto a hacer un servicio notable, salvador. Tiene instrucción, talento claro y despejado, acierto y conocimiento en la medicina, cuya profesión ejerce, aunque sin títulos; pero por otra parte es irreflexivo, ligero y sin juicio en nada de lo que piensa y ejecuta. En política su principio dominante es hacer la oposición al que manda, con razón o sin ella; porque el bochinche, el desorden político, es su elemento favorito, según sus mismas expresiones. Hásele visto figurar en las filas facciosas de México, y por último en las de Nueva Granada, en las acaudilladas por Melo, como agregado al Estado Mayor de este jefe revolucionario. Perseguido que fue allí, se refugió en Venezuela, donde hase ocupado más de revueltas políticas que en medicina, verificándolo por doquier donde residió, como en Puerto Cabello, Valencia, San Fernando y por último aquí, en Puerto de Nutrias. En suma es Morton activo, arrojado, pero le falta el valor personal.

No posee ni las menores nociones del arte militar; pero sí posee el don de la atracción: fascina y halaga: que ayudado de una elocuencia toda particular en su género unce y arrastra a las masas a su querer y voluntad.¹⁵

Pasado algún tiempo llegó a la provincia de Portuguesa, el 16 de marzo, un nuevo jefe de operaciones, el coronel José María Mugerza que debía reemplazar a Ramos, por haber sido este destinado a otra provincia. Acusábanle de haber fomentado la sublevación. Aranguren fue destinado a Barquisimeto, y en Guanarito quedó una pequeña guarnición a cargo del capitán Andrés Morales, quien a poco fue cercado por una gruesa partida al mando de Natividad Petit el 22 de marzo. Estrechado aquel en la iglesia del pueblo y reducidas a cenizas las viviendas casi todas, resolvió encerrar en un cuadro las familias fugitivas, y rompiendo las filas contrarias al amanecer, halló todavía modo de dejar peleando una con otra dos partidas enemigas¹⁶. Mujer hubo que recibió ocho balazos. Con la llegada de López Mercado fueron otra vez ahuyentados los “indios” llevando aquel la persecución hasta Barinas.

Al paso que Morton quedaba dueño de Nutrias, Álvarez regresaba a Libertad y a otros vecindarios que trataba de organizar. Una carta interceptada, fechada el 16 de abril, de Iriarte para Nicolás Silva, le excitaba a imitar la conducta de Mosquera en Nueva Granada. Sin embargo, la situación de los insurrectos de Nutrias se hacía trabajosa y hablábase ya de entregarse al gobierno, afrentados por lo demás con las hordas de Espinosa, cuando una circunstancia vino a lanzarlos con más calor en su emprendida obra. Un posta de Dolores llegó con pliegos del general Ezequiel Zamora, quien con más de mil hombres acababa de poner cerco a Barinas.

Este caudillo, comerciante en un principio, había nacido en Cúa, el 1º de febrero de 1817. Hizo parte de la conocida facción de Rangel, y anduvo insurrecto con él en la provincia de Aragua. Muerto Rangel y hecho Zamora prisionero en 1847, fue luego enjuiciado y sentenciado a muerte como conspirador el mismo año. Pero la administración de Monagas le protegió, lo mismo que a Guzmán: conmutósele la pena en diez años de presidio cerrado, que no llegó a cumplir, y recibió al contrario sus ascensos como servidor de la

15. A. Batalla, *op. cit.*, cap. XII.

16. *El Monitor Industrial* (Caracas), N° 228.

causa. Vémosle así con el grado de comandante pelear en Quisiro a las órdenes de M. Baca, en Villa de Zulia a las de Justo Briceño en 1848, y en Casupo al año siguiente, donde fue batido por el coronel C. Minchin. Al triunfar la Revolución de Marzo, descontento con el nuevo orden, fue expulsado y se refugió en la isla de Curazao.

Una circunstancia nos dirá si llevaba en su pecho el hervor de una venganza que, para ser quien era, no podía lavar más que con sangre. Al concurrir con Falcón a Caracas en 1858, por llamado de Castro, tuvo que ir, no sé por cuál motivo, al cuartel del coronel Casas: apercibido allí de su presencia el comandante Jorge Michelena le cubre de insultos, le da de bastonazos, y le escupe el rostro. Zamora, ahogando su justa irritación, se limpia con un pañuelo de seda rojo que llevaba en el bolsillo y jura antes de partir un terrible desquite¹⁷.

“Zamora, dice un escritor, personificaba el criterio del Partido Liberal en aquel tiempo. Tenía él para la lucha armada todas las cualidades de un capitán y todas las energías de un partidario... Duro con el partidario, implacable con el enemigo, imponía disciplina al uno y terror al otro. Su palabra era breve y áspera, su actitud amenazadora, sus órdenes imperiosas, sus planes vastos. La piedad no hallaba abrigo en su alma, la sonrisa no plegaba jamás su boca, eternamente contraída por la tensión de un espíritu en la cual no había sino una pasión, pelear, y un deseo, triunfar. Sobre él había pesado una sentencia de muerte por sus opiniones políticas, y más tarde había sido ultrajado en su persona; tenía, pues, doble lazo con el Partido Liberal: el de la proscripción y el del ultraje”.

Una requisitoria expedida en 1847 le describe así: “Pelo rubio pazudo y bastante poblado, color blanco y algo catire, frente pequeña, ojos azules y unidos, nariz larga perfilada, boca pequeña y algo sumida, labios delgados, barba roja y escasa, estatura regular, cuerpo delgado, muy junto de muslos y piernas manetas. Tiene las manos largas, descarnadas y cubiertas de un vello áspero: los pies son también largos y flacos: es de un andar resuelto y tendrá como treinta años de edad”.

Había desembarcado el general federalista en La Vela el 22 de febrero, junto con González, Trías, Arteaga, Ochoa, Manrique y Guerra dos días después de haberse pronunciado Coro por la federación, entregado que fue

17. Declaración verbal del general Martín Vegas.

su cuartel por dos de sus oficiales¹⁸. Esta circunstancia facilitó la captura del parque al comandante Tirso Salaverría, herido el cual, condujo a los insurrectos el capitán Jesús María Hernández. El general Falcón fue proclamado primer jefe del movimiento federalista nacional, y extendida la sublevación el 21 al puerto de La Vela; envióse a los desterrados de Curazao la goleta Guaireña, de la cual con otro buque se apoderaron los alzados, y de aquí el desembarco de Zamora.

Asumido que fue por este el mando, expidió la siguiente proclama de guerra:

Orden general para hoy 23 de febrero de 1859.

¡Militares!

Nombrado Jefe de operaciones de Occidente en la campaña abierta por los pueblos, rescatando sus derechos y proclamando el sistema federal de las provincias, cumple a mi deber saludaros por haberme cabido esta honra al lado de los valientes corianos, con quienes más de una vez he sido partícipe de las glorias y de los reveses de las campañas.

La moral, el orden, el respeto a la propiedad y el amor ardiente por la libertad de su patria, es el distintivo del carácter coriano como civil: el denodado valor contra el enemigo armado, la generosidad y clemencia con el vencido y la subordinación es su divisa como militar.

Con tan bellas dotes y la santidad de la causa que sostenemos, que no es otra que la verdadera causa de los pueblos, la república genuina, la federación, vuestro heroísmo debe ser premiado con el triunfo de los principios y el derrocamiento consiguiente de la tiranía.

¡Viva la federación! ¡Viva la verdadera República! ¡Viva, y para siempre, la memoria de los patriarcas de nuestra independencia, de los hombres del 5 de julio de 1811, los que en el acta gloriosa dijeron a los pueblos: federación!

Que se cumpla, pues, después de tantos años.

Ezequiel Zamora

Pero es documento notable y muy más interesante el donde fueron consignados, el 25 de febrero, los estatutos y el programa del nuevo gobierno revolucionario. Proclamando, empero, esa revolución ¿concurrían varios estados o provincias al pacto? Apresurándose a organizar los estados

18. *Memoria del interior* (1860), p. 4.

federalmente ¿hacíanlo en la inteligencia de que pronto estaría resuelta la cuestión militar, subsistiendo la cual era imposible el gobierno federal? Evidentemente una reacción armada era incompatible con el establecimiento del federalismo; y en efecto, los organizadores del nuevo Estado anduvieron algo desorientados en sus labores. Zamora desde luego fue nombrado el 21 de febrero jefe de operaciones por el pueblo y por el gobierno provisional, así como Salaverría había sido nombrado jefe de operaciones de la plaza y de las tropas de la provincia; pero este gobierno provisional era la misma Junta revolucionaria, uno de cuyos miembros resultó luego ser gobernador de la provincia. Luego, el 25, se constituye la provincia en estado y el propio gobernador pasa a ser miembro de su gobierno provisional compuesto de tres vocales por elección popular.

“Constituida la provincia de Coro en Estado independiente y asumiendo como una de las actuales unidades políticas de Venezuela, el ejercicio de su soberanía, protesta solemnemente.

“1º Defender con todos sus recursos y con su sangre su independencia administrativa; y

“2º Respetar y conservar la integridad y la unidad de la nación en la forma federal.

“Al efecto, y mientras que las elecciones constituyan los poderes públicos conforme a las reglas genuinas del sistema republicano, el Gobierno provisional del Estado de Coro asume el ejercicio de todas las atribuciones del Poder Ejecutivo en cuanto concierna a los intereses del Estado, con solo la excepción de las atribuciones del Gobierno General de la República, que provisionalmente se fijan de la manera siguiente:

“1º Las relaciones exteriores de la Federación Venezolana.

“2º El ejército y la armada de la República, que una vez constituida no podrá emplearse sino en la guerra exterior.

“3º El crédito público, interior y exterior.

“4º Las aduanas, mientras existan, y cualesquiera otras contribuciones que conservare o decretare.

“5º El peso y ley de la amonedación.

“6º El pabellón y el escudo de armas de la República.

“7º El servicio de correos, cuyos empleados nombrará en el territorio del Estado su propio Gobierno, y

“8º Lo concerniente al patronato eclesiástico, mientras exista, en lo que exceda de los límites de un Estado.

“Constituidos que sean los gobiernos en los veinte Estados que forman las actuales veinte provincias de la República, se procederá a la elección de una Asamblea general que dicte la constitución federal de ella; y a cada Estado toca decretar posteriormente la suya en armonía con el pacto nacional.

“El Gobierno general de la Federación Venezolana estará a cargo de cinco ciudadanos elegidos por los Gobiernos provisionales de los Estados; y mientras esto se verifica, no pudiendo la república quedar sin representación exterior, el Gobierno del Estado asume por ahora el ejercicio de las atribuciones mencionadas del Gobierno general; y declara que los principios que profesa y que le rigen son los que constan del siguiente programa:

“Abolición de la pena de muerte.

“Libertad absoluta de la prensa.

“Libertad de tránsito, de asociación, de representación y de industrias.

“Prohibición perpetua de la esclavitud.

“Inviolabilidad del domicilio, exceptuando los casos de delitos comunes judicialmente comprobados.

“Inviolabilidad de la correspondencia y de los escritos privados.

“Libertad de cultos, conservando la soberana tuición que sea indispensable para garantizar esa misma libertad.

“Inmunidad de la discusión oral en toda especie.

“Inviolabilidad de la propiedad.

“Derecho de residencia a voluntad del ciudadano.

“Independencia absoluta del poder electoral, que ni antes de su ejercicio, ni durante su ejercicio, ni después de él, dependa de ninguno de los funcionarios de los demás ramos de la administración.

“Elección universal, directa y secreta, de Presidente de la República, de Vicepresidente, de todos los legisladores, de todos los magistrados del orden político y civil y de todos los jueces.

“Creación de la milicia nacional armada.

“Administración de justicia gratuita, en lo secular.

“Abolición de la prisión por deuda, como apremio.

“Derecho de los venezolanos a la asistencia pública en los casos de invalidez o escasez general.

“Libertad civil y política individual, consistente: 1º en la igualdad de todos los ciudadanos ante la ley; y 2º en la facultad de hacer sin obstáculo, licencia o venia, todo lo que la ley no haya expresamente calificado de falta o delito.

“Seguridad individual: prohibición del arresto o prisión del hombre sino por causa criminal, precedida la evidencia de la comisión de un delito, y los indicios vehementes de la culpabilidad.

“La aplicación en fin a nuestra patria de todas las demás instituciones felizmente descubiertas por la humanidad, y que la infancia del estado social o la ignorancia de nuestros conductores o la depravación o el criminal abandono han hecho imposibles hasta ahora”.

Conforme a estas ideas eligió el gobierno provisional los vocales del gobierno general, que resultaron ser Falcón, Guzmán, doctor García, Ochoa y Arteaga (26 de febrero); se rebajaron en un 25% los derechos de importación en todas las aduanas de la República (4 de marzo); se prescribió como tratamiento oficial para los empleados el de *ciudadano* y *usted*; se adoptó como pabellón nacional el antiguo tricolor de Venezuela con siete estrellas azules en la faja amarilla; se ascendió Zamora a general de división y se le nombró primer jefe del ejército de Estado de Coro y del de Occidente; a González se le ascendió a general de brigada; y a ambos se les facultó para conceder ascensos militares hasta primer comandante inclusive (25 de febrero)¹⁹.

Zamora nombró al comandante Benito Urdaneta, antiguo oficial de la guerra de la independencia, jefe de Estado Mayor, y en los días 8, 9 y 10 de marzo abrió operaciones dirigiéndose cautelosamente hacia Puerto Cabello, y dejando a Salaverría de comandante de la plaza de Coro y del fuerte de La Vela.

El gobierno por su parte, al saber lo ocurrido en Coro, nombró por telégrafo al general Cordero jefe de operaciones de la provincia de Coro y de las limítrofes el 24 de febrero, señalándole como jefe de Estado Mayor al comandante de Ingenieros Olegario Meneses, y mandó salir de La Guaira a bordo de los transportes Emilia e Isabel una columna de vanguardia de 500 hombres al mando del coronel Armas con destino a Coro. Otras medidas

19. *El Monitor Industrial* (Caracas), N^{os} 208, 209.

urgentes añadió Cordero desde Valencia. Hizo conducir a Barquisimeto un parque de 600 fusiles, 25.000 cartuchos, 2.000 piedras de chispa y 300 cananas, escoltándolo con una columna de Orituco acantonada en Valencia; llamó al servicio las milicias; despachó a San Carlos, al mando del comandante José R. Arvelo, una columna que organizó; hizo poner en manos todo el armamento depositado en el parque del Yaracuy, advirtiendo al gobernador de esa provincia que enviara a Barquisimeto la fuerza de milicia que le pidieran para la división de reserva, y a Puerto Cabello dos compañías más que irían a armarse a Valencia; pidió una columna a la provincia de Aragua; y dispuso poner sobre las armas 600 hombres en Carabobo, de los cuales 200 marcharían a San Carlos y los otros reforzarían las guarniciones de Puerto Cabello y Valencia. De este modo se movilizaron las tropas más a la mano y se apostaron en una línea extendida de Puerto Cabello a Valencia, San Carlos, San Felipe y Barquisimeto, haciéndola prolongar, por medio de una columna pedida al gobernador de Maracaibo, señor José Aniceto Serrano, hasta los cantones de Casicure y Maticora, línea a la verdad demasiado extensa y débil para evitar cualquier sorpresa. El general además, desde que entró en ejercicio de sus funciones había ordenado terminantemente que los transportes estuviesen aviados de rancho y aguada para 15 días, y bajo estas disposiciones zarpó Armas de Puerto Cabello el 2 de marzo, desembarcó al día siguiente en Chichiriviche, y ocupó el a El Tocuyo.

Las tropas restantes salieron el 10 con el general en el vapor Unión, un bergantín y dos goletas, sirviendo de custodia otras dos goletas, a saber la 5 de Marzo y la Liza. Esta expedición que constaba de la columna Carabobo de 190 soldados, al mando del comandante Silverio Escalona, del batallón 5 de Marzo de 325, y de 16 artilleros, fondeó en los Cayos de San Juan, donde, ocupada en darle caza a los transportes de Armas, varó y fue apresada por Cordero la Federación (antes Guaireña) que había sido artillada al efecto con dos carroñadas por banda y en la que iba el coronel Rodulfo Calderón, jefe de la escuadrilla federal. La columna de vanguardia que se hallaba en aquel punto fue reembarcada en los dos días que se detuvo Cordero para informarse de Zamora, y desembarcada en la mañana del 13 en Barranquita con orden de seguir por tierra a Cumarebo, adonde prosiguió el resto de la expedición por agua. Súpose allí que Zamora había salido el 15 de Píritu con 1.000 hombres y desfilado hacia el este, dejando 200 hombres en Coro y

100 en La Vela. Además un despacho interceptado el 12 le impuso que el 15 desembarcaría Falcón acompañado de algunos expulsados y con armamento para los insurrectos. Zamora, en efecto, noticioso de la aproximación de Armas, se dirigió por Maracara, Carorita, Yacura y Capadare a San Juan que ocupó el 20, contando con batir al detal a los constitucionales; mas como ya Armas había pasado, continuó el 21 a El Tocuyo, vadeó el 22 el Yaracuy forzando allí un retén, y el 23 en la tarde incorporó en Morón 400 hombres del comandante Juan José Mora, con el designio de romper la línea enemiga por Puerto Cabello o Valencia. En Puerto Cabello habían quedado el general Briceño con pocas tropas, y el coronel Juan José Illas con 250 soldados de guarnición en el fuerte, en cuanto que el comandante J.M. Cubillán, que era el jefe del apostadero, fue destinado de avanzada en El Palito.

Con los datos adquiridos en Cumarebo determinó Cordero ocupar cuanto antes La Vela, desembarcando el 14 en Maucó, dos millas a barlovento, y mandando luego a la 5 de Marzo a cañonear el fortín, cuya guarnición rindió, rescatando considerables elementos de guerra e impidiendo el desembarco de Falcón. Al otro día mandó a Coro la vanguardia, cuyo jefe destinó a la comandancia de armas, y despachó al comandante Pinto con el batallón Victoria de 450 soldados por vía marítima en auxilio de Puerto Cabello, contando con que, guarnecidos como estaban San Felipe y Barquisimeto, obrarían de concierto por la retaguardia enemiga la columna del comandante Juan Ángel Betancourt, que marchaba de Barquisimeto por Churuguara, y la del comandante Manuel Oberto, procedente de Capatárída y equipada por el gobernador de Maracaibo. No pudo zarpar el Victoria en los transportes por falta de aguada, que no tuvieron más que para tres días, y como acudiese el mismo Cordero a La Vela a activar la marcha, logró embarcar el 19 de marzo 100 soldados en un vapor y 350 en dos transportes que debían de hacer en tres días la travesía²⁰.

El resultado fue que Pinto se encontró en El Palito con solo 100 hombres y el cuerpo de observación de Cubillán cuando Zamora se acercó al puesto. Ese cuerpo estaba suficientemente alertado e instruido a efecto de replegar a Valencia con seguridad, guardando distancia del enemigo para evitar encuentro. Zamora sin embargo ocultó tan bien su movimiento, que dejando a

20. *Boletín Oficial* (Caracas), N° 38.

Morón la tarde del 23, y bien informado como estaba de las fuerzas y posición de Cubillán y Pinto por un desertor de estos, rompió a altas horas de la noche y a favor de la luna sus fuegos sobre aquellos. Defendieronse con intrepidez los centralistas, pero su derrota fue pronta y completa, contando un número indeterminado de muertos y 250 prisioneros y perdiendo armamento, cajas de guerra, banderas²¹, casi todos los oficiales, heridos. “De los partes –decía el ministro de la Guerra– se infiere que no hubo regularidad en el servicio de aquella fuerza al frente del enemigo”²².

Desde el 21 funcionaba como jefe de operaciones de la provincia de Carabobo el general Páez, que al gobierno había ofrecido sus servicios²³. Nombrósele de jefe de Estado Mayor al general Austria. A las provincias de Cojedes, Portuguesa y Barinas el 14 de marzo fue mandado de jefe de operaciones el general Andrade, quien en consecuencia partió de Caracas hacia San Carlos el 16 al amanecer. Pero el 22 se distribuyó de nuevo el mando, nombrándose al general José Laurencio Silva jefe de operaciones del sur de occidente, o sean las provincias encomendadas a Andrade más la de Apure, y a este se le dejó como jefe de Estado Mayor. Dejando aparte las ideas políticas de Silva, eran tales providencias acertadísimas y respondían al probable giro de la guerra. Porque en efecto los 350 soldados restantes del batallón Victoria no regresaron hasta el 24, a bordo de la Isabel a Puerto Cabello, a donde acudieron también, por Tucacas, Betancourt y Oberto. Presos conducía el batallón a Salaverría y a Arteaga. Y como en Valencia había una fuerza disponible de 915 hombres y 190 caballos al mando del general José de la Cruz Paredes, fue indispensable al jefe revolucionario adoptar otro plan; y lo hizo de seguidas torciendo hacia el oeste, y dejando revuelta la localidad con los insurgentes que llamó a las armas el general Gabriel Guevara en los cantones de Ocumare y Puerto Cabello. El 26 acampó en Urama y el 27, domingo, en Guabinas.

Los constitucionales cambiaron igualmente de plan, y pretendiendo cerrar las barreras de Carabobo y de Cojedes, ordenó Páez que de los 1.000 hombres apostados en Barquisimeto y de los 500 en San Felipe se dejaran guarniciones en sus puestos respectivos, y marchasen Sagarzazu a Urachiche

21. “Oficio del E.M.G. federal. Barinas, mayo 19 de 1859”, L. Villanueva, *op. cit.*, p. 370.

22. *Ibid.*, p. 297.

23. *Boletín Oficial* (Caracas), N° 37.

y Rebolledo a Nirgua con el grueso de sus columnas; movimiento este con razón desaprobado por el Presidente. No quedando bien cubierto San Felipe, podían los enemigos, por un movimiento rápido de conversión, batir al detal a Sagarzazu y Rebolledo, mientras Hernández y Paredes seguían la pista a los primeros con 1.200 hombres sacados de Puerto Cabello, que componían la división de Carabobo. Además, ya desde el 20 de marzo, informado que fue desde Puerto Cabello por el coronel Illas, de que Zamora se hallaba el 17 en El Tocuyo, escribía Andrade a los gobernadores y jefes militares de occidente: “Dos objetos pueden proponerse los enemigos: o atacar a Carabobo, viniendo por El Palito, o internarse hacia las provincias de Cojedes y Portuguesa”.

Con efecto, Zamora marchó rápidamente por Taría a San Felipe, donde entró al pasitrote, el 28. Destruyó la débil guarnición de 100 hombres que tenía el jefe de la plaza, comandante Nicolás Torrellas y declaró estado federal la provincia del Yaracuy. Sagarzazu que aún no se había movido de Barquisimeto, vióse con esto a pique de ser interceptado; y ya se disponía a retirarse hacia Coro, cuando Rebolledo vino a remediar, con una peligrosa conversión sobre su izquierda, el error de Páez, quien tratando a lo último de enmendar el inoportuno cambio de posiciones, dio desde el 31 órdenes repetidas a Hernández para que con su división se reuniese a marchas forzadas con Rebolledo. Mas apercebido este jefe de su inminente riesgo, abandonó a Nirgua y avanzó el 30 hasta La Piedra, una legua al naciente de Yaritagua; sabido lo cual por Sagarzazu el 31 por la mañana, convergió al mismo punto, se incorporó con Rebolledo y reocupó a Barquisimeto. [En] cuanto a Hernández –impuesto al llegar a Nirgua el 2 de abril a mediodía, de la incorporación de Rebolledo, y de que Zamora ocupaba a Chivacoa el 31–, resolvió hacer alto y mantenerse en observación, si bien incomunicado con Barquisimeto. Así pudo Zamora avanzar tranquilamente por Yaritagua y Cabudare hasta los arrabales de Barquisimeto cuyos defensores tenían orden de Páez de no comprometer acción sino reunidos con la división de Carabobo y la columna del comandante José L. Rodríguez.

Fuerte, pues, de 1.500 plazas, intimó Zamora rendición a Sagarzazu, mas de improvisó levantó su campamento el 3 de abril y se encaminó hacia el sur por el pueblo de Sarare. En Araure había una pequeña fuerza de observación al mando de los comandantes Manuel Herrera y Juan Manuel García. Esta constaba de 90 soldados de Reyes González, resto de los que había

conducido Bracho a Guanarito, de dos compañías formadas en Ospino y de alguna caballería, tenía orden de replegar a San Carlos, caso de aproximarse el enemigo²⁴. Con aquellos pobrísimos elementos estaba Herrera el 5 de abril en la “galera” de Araure, cerca de la laguna donde había sido destruido Manrique por Ceballos, no lejos de la cual blanqueaban todavía cuarenta años después de aquel desastre los huesos de los guerreros allí inmolados. Herrera con todo osó esperar al enemigo y aun presentarle combate, y naturalmente fue dispersado por Zamora, quien con una sencilla división siguió en Tapa de Piedra su camino a la derecha por el fondo de un zanjón, envolvió a Herrera y diole tiempo apenas de huir en desorden a Ospino, a donde prosiguió Zamora el 7. Viose a su vez Muguerza muy comprometido en Guanare con solo unos 400 hombres del presidio, y con él se retiró a Caracas. Pero a pesar de ello Zamora flanqueó a Guanare, vadeó el Portuguesa por el paso de Sardinero el 10 de abril, y el río de Guanare por Guerrilandia, aldea donde recogió las fuerzas de Natividad Petit, y por San Nicolás llegó a Sabaneta el 14 por la tarde. De allí siguió a Barrancas y a Barinas buscando cómo apoderarse del parque en aquella ciudad custodiado.

No tenía la plaza más que 200 hombres al mando del general José Ramón Escobar, jefe de operaciones de la provincia. En la mañana del 16 ocupó sin dificultad Zamora casi toda el área de la población, a excepción del recinto de la plaza que habían fortificado los defensores lo mejor que pudieron a favor de varios edificios. La resistencia fue mayor de lo que se esperaba y se hizo eficaz hasta cerrar la noche, a pesar de que los invasores recurrieron al medio, ya puesto en práctica por los guerrilleros de Guanarito, de poner fuego a las casas. El 17 al amanecer replegó Zamora a Torunos, dejando pelotones que hostilizaran a los defensores, y 35 muertos a más de 60 o 70 heridos. Escobar contó 8 muertos, entre ellos a los oficiales Luis Romero y Tesalio Cadenas Delgado, y 10 heridos²⁵. Sin duda Zamora, al efectuar su movimiento, había recibido noticias positivas de la marcha de Silva.

Volvamos ahora la vista a las provincias orientales. Casi al mismo tiempo que invadía Zamora la República por las costas del poniente, hacíalo por

24. L. Villanueva, *op. cit.*, p. 322.

25. *Boletín Oficial* (Caracas), N° 45.

las del levante el general Juan Antonio Sotillo, procedente de Trinidad, como segundo jefe de la revolución.

En los comienzos de marzo los hijos del general Sotillo habían preparado el terreno para ese movimiento, sublevando las parroquias de Santa Ana, San Joaquín, Santa Rosa y Chamariapa; dirigiéndose a Aragua, acometieron en el Banco de los Pozos al coronel Manuel Baca, el 19 de marzo, obligándole a guarecerse en Aragua, donde fue socorrido a tiempo con una columna enviada de Barcelona al mando del comandante Rafael Adrián. Los Sotillo, pues, retrocedían y guiaron a los caños de Maturín, y uniéndose en la marcha el general Gerardo Monagas y el doctor Miguel Sotillo, apoyaron con buen éxito el desembarco del general Sotillo, que tuvo lugar en El Tigre²⁶. En el hato de Jesús, a 31 de marzo, expidió su alocución a los venezolanos invitándolos a la guerra.

Sotillo, denominado por sus adversarios El Minotauro de Santa Ana, era la personificación de la insurrección. Pequeño de cuerpo y con el rostro curtido por el sol, solo se encontraba bien sobre su caballo, recorriendo sin cesar las vastas llanuras del oriente y al servicio de los Monagas, a quienes fue fiel toda su vida. Sencillo hasta servir de diversión a los muchachos, a quien arrojaba por juego su gorra cuando era comandante de armas de Caracas, salvaje hasta atar del arzón de su silla las cabezas de Lorenzo y Nicasio Belisario y Aniceto Guevara, cabecillas de la sedición de 21 de junio²⁷, tenaz bastante para desdeñar la fatiga y empeñar una lucha de años y años en una o dos provincias, tenía de llanero y mameluco, de militar y de fanático. Había prestado servicios al ejército patriota, y ahora iba a prestarlos a la causa de la federación, sacrificando familia, bienestar y fortuna. Era un soldado lleno de fe y de valor, aunque sin genio estratégico, ni conveniente instrucción, de igual modo que muchos de sus compañeros.

Añádase a todo que habiendo caído en Capacho en poder de los Sotillos la infantería de la columna llevada de Maturín por el anciano general Izava para auxiliar a Barcelona, el gobernador se retiró a Guanaguana, hasta que el de Cumaná despachó al comandante Llamozas con un cuerpo de infantería que tuvo que disputar el paso en la Loma de la Virgen (cantón de Cumanacoa)

26. Luis Level de Goda, *Historia contemporánea de Venezuela, política y militar (1858-1886)*, Barcelona, España, Imprenta y Litografía de José Cunill Sala, 1893 (234 p.), p. 128.

27. *El Revisor de la política y literatura americana* (Curazao), N° 12 (1849).

a una nueva facción, y se comprenderá hasta dónde habían llegado las cosas en oriente. Sotillo sin embargo, con 1.500 hombres probó a combatir, y encontrado por Zamora el 16 de abril en Las Piedras, provincia de Maturín, sufrió un revés tal, que las caballerías solo pudo salvar; Zamora se limitó a ocupar luego a Maturín²⁸.

Con menos fortuna anduvieron Julio C. Monagas y José Loreto Arismendi en un movimiento simultáneo que intentaron en las costas de Barcelona, porque favorecidos por Juan Herrera desembarcaron a principios de abril en el puerto de Jose y se adueñaron de Píritu; mas rechazados en Aragua el 15, fueron dos días después desalojados por el comandante Rafael Capó, con una pequeña fuerza que sacó de Barcelona, dispersándolos más adelante en la laguna de Sacacual²⁹.

Los acontecimientos de Portuguesa, Coro y Maturín no quedaron aislados. Conmoviéronse más o menos otros puntos de la República. Echó mano el rencor de medios ilícitos. En Guatire circulaban boletines en que se falsificó un decreto ejecutivo con la absurda especie de que tornaban a su antigua servidumbre los libertos, por no haber sido indemnizados aun los que habían sido sus amos, y se logró con eso exasperar a aquellos, y sublevarlos. En La Victoria fue atacado por el mes de mayo el gobernador Uztáriz hallándose en su despacho con el comandante de Armas, por una turba de amotinados, cuyo jefe Antonio Aponte fue muerto cayendo los otros prisioneros. Medrano en la sierra de Carabobo, era batido por el comandante Mirabal³⁰.

Al saberse en Caracas lo acontecido en Coro fueron admitidas, el 24 de febrero, las renuncias que de sus carteras habían hecho los señores Siso, Sanojo y Herrera, ofreciendo entonces Castro la siguiente combinación ministerial en que aparecía con representación el partido oficial: Interior y Justicia, señor Rafael Arvelo; Relaciones Exteriores, general Soubllette; Hacienda, señor Pedro de las Casas; Guerra, interinamente coronel Delgado Correa. Fue este el llamado ministerio fusionista, y comenzó por expedir un decreto de indulto, en que se exceptuaba sin embargo a Monagas, y otro que organizaba

28. *Memoria del interior* (1860), p. 7; *Boletín Oficial* (Caracas), N° 43.

29. *Boletín Oficial* (Caracas), N° 42.

30. *Memoria del interior*, p. 6.

la nueva comisión de cuentas. El mismo plan era del anterior gabinete, sino que la oportunidad había pasado.

A poco, el 1º de marzo, hicieron los revolucionarios varias imprudentes manifestaciones, y colmaron tanto la medida que hubieron de ser compelidos a disolverse por medio de la fuerza. Ocasionó esto que el gabinete fusionista considerase falseada la base de su política, y por creer que nada podía contra la reacción pujante, retiróse Arvelo, mientras que Soubllette permaneció en su puesto solo por buscar una salida natural del ministerio. A Arvelo sustituyó el señor José María Gómez, joven exaltado, cuya elección fue recibida con escasas simpatías, en especial cuando el 1º de abril fue revocado el decreto de indulto que había expedido el anterior ministro, y cuando el 2 del propio mes ordenó a los gobernadores que sin pérdida de momentos procediesen a expedir orden de arresto contra todos aquellos respecto de quienes hubiese fundados indicios de ser autores o cómplices de los movimientos revolucionarios, previas las diligencias sumarias correspondientes. Prevínose igualmente la observancia del código de policía nacional, elaborado por Viso, que ni aun en los malos tiempos de las anteriores administraciones fue cumplida³¹.

En materia de hacienda expidiéronse el 22 de marzo dos decretos destinados al arreglo del crédito interior y exterior. Por el primero se dio inversión a las sumas asignadas al efecto en la ley de presupuesto, acordando pagar los intereses de las deudas ya reconocidas y consolidadas y amortizar los billetes que no tenían interés o deuda de tesorería, y ordenando satisfacer por completo y sin demora los intereses de la deuda de abolición, de acuerdo con las disposiciones vigentes. Por el segundo se aprobó el convenio celebrado en Londres por el licenciado Rodríguez el 1º de marzo con los tenedores de vales de la deuda extranjera capitalizando los atrasos hasta el 31 de diciembre de 1858 y rebajando desde 1860 los intereses de la deuda activa y la diferida a 3% en la una y a 1½ en la otra³².

La prensa doctrinaria, por lo demás, comenzó a encerrarse en la reserva, y andando el tiempo, en un mutismo que traducía bien el estupor con que veía acercarse la nube tempestuosa de la reacción federal. El periodista Carmona,

31. *El Monitor Industrial* (Caracas), N^{os} 196, 223, 227.

32. *El Monitor Industrial* (Caracas), N^o 217.

juicioso e ilustrado escritor, partidario decidido de las doctrinas políticas del doctor Alberdi, estaba en semejante situación.

Tan luego como los conservadores echaron de ver el giro que tomaba la política, determinaron de combatirla en sus labores de propaganda, y el 1^o de abril comenzó a salir *El Heraldo*, redactado por J.V. González, periódico del cual tendremos no pocas ocasiones de hacer referencias. Llevó por lema la expresión que pone Salustio en boca de Catilina: *Nos pro patria, pro libertate, pro vita, certamus*, y se mostró con efecto, sugestionado por estas palabras de un faccioso, sin tregua infatigable y rebosante de energía y de fe.

En la historia del periodismo en Venezuela no ha habido cosa que se le asemeje; porque la *Gaceta de Caracas* y *El Venezolano*, que vivieron también días tempestuosos, no alcanzaron con todo a igualar el estilo impetuoso, la irresistible diatriba, el análisis penetrante y la fecunda imaginación de González. En el interés de que esta relación sea un cuadro más o menos acertado en que se pinten las aspiraciones de la época que él representa, no dejaré de hacer descanso aquí, para considerar políticamente la obra emprendida por ese extraordinario neurópata de quien algunos de sus contemporáneos han solido hablarme casi con desprecio y con terror.

González fue la encarnación viva de su partido. Su educación fue poderosamente nutrida por los clásicos latinos más que todo, de los cuales recitaba de coro largos pasajes; y como era vasta su memoria, sus amedrentados detractores le echaban en cara ciertos plagios de que por cierto no necesitaba. Ultramontano además en sus creencias religiosas e inclinado en sus mocedades al sacerdocio, conservador había de ser en sus creencias políticas y sociales. Llamábanle monigote por escarnio, tragalibros por chanza, monstruo literario por deferencia.

Hai en Caracas –escribía don Carlos Bello a su padre, el 15 de agosto de 1846, con motivo de una corta visita que hizo al país– un hombre mui orijinal, de treinta i tantos años de edad, a quien llaman el literato monstruo. Nómbrase González, i en medio de un exterior brusco y poco pulido, tiene talento i un entusiasmo inaudito por Usted i sus obras políticas. A pesar de hallarse hoi en golfado en la política no pierde oportunidad de recojer de Usted hasta aquellos versos que hacía Usted para los nacimientos. Tiene una colección muy prolija; i ha seguido los pasos de Usted, i visita todas las personas con quienes Usted

tuvo alguna relación. Fáltale no obstante el soneto Al samán de Huere; i verdaderamente se enfadó conmigo, porque no lo sabía yo de memoria.³³

No salió jamás de su patria, y el cultivo escaso que en sus obras se nota del griego debiolo sin duda a don José Luis Ramos; y aunque dotado con los talentos y las vehementes disposiciones de un propagandista, era por carácter mal organizador, no haciendo por lo mismo gran figura como director del colegio del Salvador del Mundo, ni como autor de la gramática destinada a vulgarizar la de Bello, ni como traductor de la de Burnouf.

Por lo demás fue un coloso. En los retratos que de él se conservan aparece feo, afeitada su barba, su cráneo al parecer dolicocefalo. Glotón, desaliñado en sus modales, voz delgada y desapacible. Con una estatura procerosa, bien que de torso algo encorvado y abultado de vientre, veíasele atravesar las calles apoyado en un grueso bastón y sin revelar mucha pulcritud en su vestido. Olvidadas hoy las escenas ridículas a que le condujeron sus enemistades políticas y personales, bastan a adivinarle y a comprenderle sus escritos: zafio para zaherir, exquisito para elogiar, fatigando a sus enemigos con una ironía destemplada, alentando a los suyos con entusiastas ditirambos. En caso de necesidad llenaba todas las columnas de su periódico sin colaboración y con producciones apasionadas, y a veces salvajes por el nervio y la vigorosa entonación, por el descuido y la cólera que las animaban. Contrariadas por otra parte sus ideas, ni reparaba en si era amigo o enemigo el objeto de su censura, ni en si era poderoso el enemigo. Tocale como jefe político arrestar a Antonio Leocadio Guzmán, y catorce o quince años después hablaba de él con la misma prevención que antes; llamó a Sotillo “viejo criminal”, a Ángel Quintero “histrión sonoro”, a Antonio Guzmán “bicho pedantesco, que recibió de su padre la empalagosa charla y las mañas del gitano”; y luego nunca le faltaban saetas enherboladas y crueles invectivas contra los que por esto o por aquello fomentaban su cólera o no andaban tan presto como lo deseaba su venganza. Preocupado con las evoluciones militares y con la política enérgica e intransigente que pedía para la administración en 1860, él fue una trompa guerrera que nunca dejó de resonar para alabanza de los que marchaban a los campos

33. Citado por Luis Miguel Amunátegui, *Vida de don Andrés Bello*, Santiago de Chile, Impreso por Pedro G. Ramírez, 1882, pp. 65-66.

de batalla o para vituperio de los que esquivaban los combates. Las operaciones militares emprendidas en ese año en Barlovento atrajeron su cólera sobre el coronel Zuloaga, contra quien escribió cosas que recuerdan las imprecaciones de Macbeth: al regresar del Tuy el comandante Madriz le hace blanco de sus tiros y se burla de sus amenazas. El conspirador estaba para él fuera de ley.

“Ese viejo de quien la *Gaceta Española* dice, durante la época de Morillo: ‘El domingo habrá concierto en casa de don *** presidido por don José Austria’ que lleva un título militar, ganado sin duda en los consejos de guerra que le mandó a hacer Miranda, que ha pasado la vida en preparar disensiones y revueltas, y a quien en justo castigo, ha condenado el cielo a presidir esta de infamia y sangre, Tayllerand decrépito, máquina floja que mueve y hace rechinar el espantoso Aranda, es el jefe del proyectado movimiento, o más bien aquella anciana de escandalosa juventud, que da casa, consejos y una tercería de respeto a mozas más impúdicas y desvergonzadas.

“Ese pódraga que lleva un espíritu ambicioso y un corazón de liebre, que obedeció trémulo a Monagas y desdeña a Tovar, ídolo viejo roído en su propio templo, va a aparecer en la calle para risa de los espectadores, calumniador en extranjero del país que le colmó de favores y que adora al diablo, como los hotentotes por el horror que le inspira”.

Llegado aquí ve cómo pasan frente a la ventana de la redacción dos de los señalados por conspiradores y sigue dictando en voz alta a los cajistas: “—¡Porra! ¡Pimentel! Van juntos. ¿Quién les persigue, que tiemblan? ¿Por qué tan desmudados? No les inspira seguridad ni la paciencia del gobierno. ¿Los siguen las Euménides y alzan sus gritos vengadores y tienen sus altares sobre el corazón de esos hombres?”.

Y proseguía: “Bri... no continuamos; esta no es tarea digna de nosotros, que no somos de la raza de los Timogenes y Palantes. Es lo que quiere el gobierno que nos convirtamos en delatores y nos deshonremos en tan indigno oficio. Por nuestra parte, cualquiera, hasta el más vil adoptaríamos como contribuyésemos a salvar la sociedad”³⁴.

El 9 de abril de 1861 un diputado, el licenciado Eladio Lara, le amenaza con un silletazo en la posada de Basseti: “¡Se conoce, le grita, que eres familia de asesinos!”³⁵.

34. *El Herald* (Caracas), N° 192.

35. Según otros: “¡No se podía esperar otra cosa del asesino de los frailes de Guayana!”.

Un hombre de esta clase ha encontrado pocos biógrafos. Fuéronlo escritores competentes como los señores Felipe Tejera y Luis López Méndez, aunque ellos se concretaban de preferencia a estudiar al literato y al hablista. *El Herald* entre tanto es consultado por los curiosos y se le mira como un panfleto fabuloso, sembrado de alusiones sangrientas de que se va teniendo una idea vaga, al ir atravesando lentamente las personas de la tragedia por el polvo del sepulcro o del olvido; se citan escenas incompletas como polémicas ardientes del tiempo viejo, que cobran algún interés por recordarse que existen personajes todavía, salvados de la vorágine terrible que conmovió al país; y al redactor se tiende a considerársele con una mezcla de aborrecimiento, de odio, de severidad, de admiración, de interés, de miedo supersticioso. Tejera dice con razón que González erraba en política sin remordimiento, y hubiera en efecto destruido, arrasado y sembrado de sal lo que él estimaba adverso a la sociedad en uno de sus impulsos. Pero –cosa extraña– ese alucinado teológico y político, sugestionado quizás por el medio en que vivía, y dejando a un lado sus propias convicciones, volvía frecuentemente en la práctica a un terreno menos intransigente e incurría en las contradicciones que abundan en el seno de las doctrinas religiosas y los sistemas, presentando entonces una de las fases más interesantes de su existencia y un motivo para olvidar el papel forzado que se creyó siempre llamado a representar. Ello es que sus diatribas sorprenden y sobresalen, más por la indignación y el sarcasmo, que por la rabia y el escarnio.

Las medidas tomadas contra la reacción en armas fueron tales, que hasta abril se nota regularidad en la campaña. El 4 de abril fue designado Soublette director de la guerra en occidente, quedando bajo sus órdenes Páez, Cordero y Silva con sus respectivas provincias de Carabobo, Yaracuy, Barquisimeto, Coro, Maracaibo, Cojedes, Portuguesa, Barinas y Apure, de las cuales la primera correspondía a Páez, las cuatro inmediatas a Cordero y las restantes a Silva. Soublette, a quien servía de auditor de guerra el doctor Modesto Urbaneja, debía entenderse con estos jefes de operaciones, recibiendo de ellos las noticias que fuere menester en lo personal y material de las fuerzas que tenían a sus órdenes³⁶. Sotillo intentó apoderarse de El Pao, defendido por

36. *Boletín Oficial* (Caracas), N° 41.

170 hombres mal armados del comandante José Lozano. Hostigó vivamente la plaza del 4 al 6 de mayo, mas no le fue posible apoderarse de ella. Contra Sotillo se mandó al general José María Zamora, quien era amigo íntimo de aquel y padrino de uno de los hijos de él, el abogado José Sotillo. Por lo demás, enemigos políticos. La Secretaría de la Guerra declaraba que no eran materia del *Boletín Oficial* los movimientos de las tropas que obraban a 8, 15 y 20 días de distancia, y escribía el 9 de abril a Soublette, por medio del coronel Luis Delgado Correa, enterándole de la ocupación de Zamora en Portuguesa y Barinas, y recomendándole de orden de Castro, la remoción de los jefes y oficiales omisos e inobedientes y el auxilio eficaz que había de prestar a Silva. Sin embargo el 14 de abril desaloja el comandante Rafael Márquez 400 hombres que en Sabaneta tenía Archila a quien alcanza y dispersa en Banco Alegre; y en un combate librado el 21 de abril en el Paso Real del Portuguesa por el coronel Blanco, este quedó dueño del campo, si bien herido de muerte.

Tal vez un extraño plan se traslucía en los actos del gobierno. Sea por esto, o porque no se resignase a ser un simple jefe de operaciones, hizo Páez renuncia de su cargo el 23 de abril, renuncia que le fue presto aceptada. El 15 de mayo siguiente entró en Caracas, casi al mismo tiempo que lo efectuaba en Barcelona Pedro José Rojas. Estas coincidencias son curiosas, y no conviene olvidarlas. Por último, con fecha 26 de abril escribía de Barcelona: “Aquí tenemos un señor Capó, que es segunda edición de Boves”.

La inopinada marcha de Zamora hacia Sarare provenía del acercamiento en dirección de Araure de las tropas organizadas en San Carlos por Silva. Tanto este como Sagarzazu calcularon bien, como se desprende de la correspondencia de ambos, el repliegue de Zamora; pero un posta enviado a Barquisimeto por Silva se había dejado capturar, adrede según afirman, por la gente de Zamora. Lo acaecido en Araure supo el 7 de abril Silva, y el 8 en la madrugada transmitiose por telégrafo de Valencia a Caracas.

Una prudencia excesiva caracteriza en adelante los pasos del general Silva. Como Sagarzazu se había movido de Barquisimeto en seguimiento de los federalistas, Silva lo detuvo en su marcha, le ordenó que no aventurase ningún combate de dudoso resultado y le indicó la incorporación en Araure o en sus cercanías de las columnas de Betancourt y Oberto, que habían salido el 5 de Valencia y de la división de Hernández, que hasta el 3 permanecía en

Nirgua, y al cual se le reiteró la orden de que apresurase su marcha al cuartel general si consideraba no ser fácil su paso para Barquisimeto. Hernández con todo llegó el 7 al Gamelotal, a tiempo que Sagarzazu desviándose en Araure, se había situado ya con la división de vanguardia en Aguablanca para aguardarle. Este movimiento hacia el cuartel general debe haber sido también ordenado por Silva, quien al fin salió de San Carlos y llegó el 14 a Araure. Entre los jefes de la vanguardia se hallaba el comandante Norberto Jiménez con una brigada de infantería, el comandante Eladio Lara con un escuadrón, y el comandante Pedro Aranguren con una columna. La división de Hernández constaba de cuatro columnas de Aragua, seis compañías de Carabobo y alguna otra fuerza de las tres armas, con un total de 1.333 hombres. Toda la tropa alcanzaba a 3.500 hombres bien equipados.

Dos días permaneció la expedición organizándose en Guanare, y fue el 16 cuando se movió Silva hacia Barinas, llevando consigo a Muguera, y confiando a Herrera los 280 soldados de la guarnición. Para este mes de abril no hay en el Llano dificultad en los caminos, y las marchas podían hasta cierto punto acelerarse en caso necesario. A Barinas llegaron el 19, y allí se estuvieron seis días, permitiendo a Zamora, ya desde el 17, a lo que parece, apercibido de la aproximación de Silva, levantar sin premura su campamento de las cercanías de Torunos y guarecerse el 20 en San Lorenzo, donde engrosó su tropa con varias partidas que constituían el ejército federal de Barinas; que los 700 hombres de Espinoza, situados desde luego en Libertad, desviáronse luego a Santa Lucía, de donde Zamora se los atrajo a San Lorenzo por intermedio de Trías. El 25, pues, resolvió Silva buscar a Zamora. Vadeó el río Santo Domingo por el Bostero el 27 y salió frente a San Lorenzo... A los que prefieren respetar mejor la verdad que a un apóstol o una causa, recomendamos la lectura de estos oficios que copio del director de la guerra en occidente:

República de Venezuela.—Dirección de la Guerra de Occidente.
—Cuartel General en San Carlos, a 11 de mayo de 1859.

Señor Secretario de Estado en los Despachos de Guerra y Marina.

Incluyo a U. en copia dos oficios del Jefe Militar de la Portuguesa del 8 y 9, número 138 y 150, para que U. los eleve al conocimiento de S.E. el Presidente de la República.

De estos oficios se deduce que el general Silva ha vuelto a Barinas, y nada más, porque como no se han recibido sus informes, no se puede estimar la importancia ventajosa o desventajosa de este movimiento, aunque a primera vista parezca que el general Silva haya abandonado su actitud ofensiva. También se comprende que el enemigo ha ocupado a Boconó para privar al general Silva de sus comunicaciones con el resto de la República, y el Jefe Militar de la Portuguesa no tiene fuerzas, ni yo puedo dárselas para poner expedita la comunicación con Barinas. Sí creo que las tenga el general Silva, y si no las tuviera, pronto estaría como asediado en la ciudad de Barinas, o forzado a abrirse paso, abandonando a Barinas.

Todavía entiendo otra cosa más, y es que si en efecto Antolino Álvarez, que se sabía haberse reunido con Ezequiel Zamora, ha venido con fuerzas considerables sobre Guanare, traiga la orden de ocupar a Guanare, y sucesivamente a Ospino y a Araure, para cortar toda relación con Barinas; y si esto sucediera, la insurrección prendería en Barquisimeto, se descargaría en Yaritagua, y no sé qué suerte correría Cojedes.

Las fuerzas que con el comandante Benito Figueredo obran por El Baúl, reforzadas por un escuadrón de caballería del Guárico que condujo el comandante Fernando Camero el 7, perseguirán vigorosamente las partidas de facciosos que amenazan El Baúl, y si tuvieran buen suceso, como lo espero, vendrán a apoyar a Araure y aun a Guanare, según lo fueren exigiendo y permitiendo los sucesos, pero entre tanto yo nada hago ni puedo hacer, porque no tengo un solo hombre de qué disponer.

Cuando supe la heroica defensa que un puñado de patriotas hizo en Barinas en los días 16 y 17 del pasado, creí que la invasión del faccioso Zamora había perdido toda su importancia; pero fue porque yo conté con que el ejército hubiese podido perseguirlo de cerca después de aquel rechazo, lo que no sucedió; pues nuestras fuerzas quedaron en Barinas desde el 19 hasta el 25, día en que marcharon contra las fuerzas facciosas, y nada más he sabido hasta hoy, que me dicen que han vuelto a Barinas, no se dice cuándo.

Ya he comunicado a U. antes mi temor de [que] tenga el gobierno que defender y salvar la República en los campos de Carabobo, y yo no veo otro modo de evitarlo que haciendo marchar inmediatamente un fuerte ejército a occidente, provisto de todo lo necesario y bajo el mando del Jefe que más merezca la confianza del gobierno y que tenga la fortaleza y la agilidad necesaria para hacer una campaña rápida que desembarcase el ejército del general Silva, y ponga un término solemne a esta insurrección.

Son medidas muy vigorosas, son sacrificios generales, la sociedad está [en] peligro de que la insurrección invada todo el territorio.

Observe usted lo que dice el jefe militar de Guanare, que en la Portuguesa y en

Barinas, el gobierno no tiene otro apoyo que el que dan las armas que tiene a su servicio. Solo se posee el terreno que se pisa con fuerzas considerables. Ambas provincias están levantadas en masa.

Soy de U. atento servidor.

Carlos Soubllette

República de Venezuela.—Dirección de la Guerra de occidente.

—Cuartel General en San Carlos, a 14 de mayo de 1859.

Señor Secretario de Estado en los Despachos de Guerra y Marina.

He recibido el oficio de U. de 6 de los corrientes, en que me anuncia la remesa de mil vestuarios completos, y que se me hará otra más adelante, cuando las circunstancias lo permitan.

Hoy prevengo al Comandante de Armas de Carabobo, que los detenga en Valencia, porque no puedo remitirlos a Barinas, ni creo prudente traerlos aquí.

Es necesario que el gobierno prepare un depósito de vestuarios para vestir la fuerza del ejército del general Silva.

Hasta ahora nuestras medidas han tenido un carácter de provisorias que les daba la persuasión de que la guerra era momentánea, y que retirándose los cuerpos, no había necesidad de vestirlos y pagarlos, ni acuartelarlos, etc., etc. Pero las operaciones de Barinas nos han revelado una profunda y terrible verdad: que la guerra es duradera y que el gobierno está en la necesidad de proveer a sus operaciones y movimientos con todos los elementos necesarios para que triunfen las armas del gobierno. Yo creo que el modo con que se ha obrado anteriormente, entrando a la Portuguesa diferentes jefes con tropas de distintas provincias, sin unión ni concierto en las operaciones, cada jefe haciendo lo que podía, algunos obrando mal y perniciosamente, según oigo, y todos contentándose con disipar la facción y dando por concluido todo, por el interés de volver cada uno a su provincia, y las facciones quedaron en pie como si no las hubiesen tocado, y las provincias de la Portuguesa y Barinas en masa hacen causa común con Zamora y su facción, que dueño de todo el territorio tiene en jaque al general Silva en Barinas, le corta sus comunicaciones y nos invade y ataca en Guanare, en Ospino, en Araure, en El Baúl y a la menor ventaja que adquiera lo tendremos sobre Barquisimeto y San Carlos.

Nunca ha estado el gobierno más débil en occidente que lo [que] está hoy, no obstante el ejército del general Silva, que encerrado en Barinas, nada ha podido hacer. Yo no puedo menos que reiterar al gobierno esta reflexión en todas mis notas para ver si llego a transmitirle mi convicción de que si no viene

inmediatamente a occidente un cuerpo de 2.000 hombres de infantería y caballería nada se podrá hacer y se expone además la suerte del ejército que manda el general Silva, a un desastre o a su disolución. La única ventaja que podemos sacar hoy de la permanencia del general Silva en Barinas es la de que ocupe la atención de Zamora y nos dé lugar para acumular fuerzas en estas provincias, para marchar a Barinas, librar al general Silva del conflicto en que esté y con una fuerza formidable destruir la facción de Zamora y destruir y castigar todas las facciones de Barinas y la Portuguesa.

Juzgo de las cosas de este modo por los hechos, pues hoy se cumplen veinte días de incomunicación con el ejército.

Guanare pide refuerzo; quiero dárselo, y si viniera la columna de Coro que está detenida en Valencia de orden de U.S. y si El Pao y Barquisimeto cumplieren mis órdenes, reforzaré a Guanare, pero nada más, y quedaremos siempre aguardando un accidente feliz o desgraciado, sin poder influir ni por nuestra dirección ni por nuestras providencias.

Entretanto yo, viejo, arruinado, débil y destituido hasta de una bestia para montar, quedo lanzado en este abismo, entregado como fiel cristiano a la voluntad de Dios.

Soy de U. atento S.S.

Carlos Soublette

En aquel tiempo el comandante Aniceto Parra, a la sazón jefe de día de los campos de caballería, encontró una noche a Silva, al comandante José María Peña y a otros jefes que venían del campamento federal. Tras su natural sorpresa, recibió orden, debajo de pena de muerte, de no revelar a nadie lo que había visto; y aseguróse después que en esa entrevista hubo de aconsejar Silva a Zamora que fuese a apoderarse de Guanare, mal guarnecida como estaba³⁷. Sea como fuere, Silva afectó moverse sobre el enemigo, y topando con él contentose con hacer algunas escaramuzas, en las cuales ocupado pasaron las horas del día. Fue esto el 28 de abril. En la noche cambió de posiciones para contramarchar por La Luz a Obispos y avanzar hasta Buenavista; y dejando así a la espalda a los federalistas, regresó a Barinas el 4 de mayo. Estos, que estuvieron separados del ejército constitucional tan solo por una ceja de monte,

37. Declaración verbal del señor Juan M. García. Compárese: L. Villanueva, *op. cit.*, pp. 340 y ss.; y Lisandro Alvarado, "Los delitos políticos en la historia de Venezuela", *El Cojo Ilustrado* (Caracas), N^o 65 (1894), pp. 337-338, 1^a parte; N^o 78 (1895), pp. 164-168, 2^a parte; N^o 166 (1898), pp. 786-789, 3^a parte.

decamparon entonces y por la vía de Aguas Negras se dirigieron a Guanare³⁸. Reparando en ello Muguerza empeñose con porfía, contra el parecer de Silva, en que se socorriese a esa ciudad, como al fin se resolvió³⁹.

Atacó Zamora a Guanare el 12 de marzo y por intimidar al defensor, que aunque reducido a la plaza principal resistía bien, metió fuego a dos casas contiguas⁴⁰. Silva acudió a Guanare en defensa de Herrera, dejando de jefe de operaciones al teniente coronel Vicente Cangas con unos 400 hombres en Barinas; pero en llegando al río Guanare, que corre a unos 4.000 pasos de la ciudad, hizo disparar al aire algunos cañonazos, como para advertir a los enemigos de su aproximación, lo cual hizo exclamar al ejército asombrado que jamás había oído hablar de más generoso enemigo. “A la vista, pues, de *tantas complacencias*, el agradecido general federal desocupa con su gente la ciudad a mitad conquistada, y tranquilamente y en buen orden se dirigió a Guerrilandia, mientras que tras él Silva y su ejército ocuparon a Guanare; escenas estas parecidas a las que vemos en los niños jugando a los soldados”⁴¹.

Al acercarse a Tucupido las fuerzas del gobierno, acaeció allí la muerte del exgobernador de Barinas, señor Ramón Ramos. Informado de que en ese pueblo, donde moraba su familia, se hallaba una partida de insurrectos, se adelantó con la descubierta, y fue de modo que uno de ellos, oculto en la vuelta de una esquina, le hirió de una lanzada que a los dos o tres días le dejó sin vida.

El 13 en la madrugada se retiraron de los alrededores de Guanare las tropas federales, que libres de obstáculo contramarcharon a Barinas. Allí entraron sin resistencia, pues Cangas y su jefe de Estado Mayor, comandante Hipólito Lacueva, evacuaron la ciudad al aproximarse el enemigo. El historiador Rojas⁴² habla de un reñido combate que en esa ocasión sobrevino y del cual no tengo noticia alguna. Cangas y Lacueva se retiraron muy desorganizados a Barinitas, donde al saber que se acercaban 500 hombres de Petit y Vásquez, el uno de aquellos se ocultó, y el otro se refugió en Mérida. Solo cumplieron con su deber el comandante Eugenio Sandoval y el capitán Lu-

38. A. Batalla, *op. cit.*

39. Declaración verbal de Juan M. García.

40. A. Batalla, *op. cit.*, cap. XIII.

41. José María de Rojas, *Bosquejo histórico de Venezuela. Primera parte (desde 1830 a 1836)*, París, Garnier Hermanos, 1888 (314 p.), p. 248.

42. *Ibid.*

cindo López, ayudante del Estado Mayor, quienes defendieron algún tiempo el cuartel, aunque al fin se retiraron a Boconó⁴³.

La guarnición de Pedraza, por último, se entregó al señor Carlos Jacinto Colón Fuentes.

Pasadas dos semanas desde su entrada en Guanare, se marchó Silva a la metrópoli a dar cuenta de sus actos, y por motivo, conforme expuso, de enfermedad, dejando el mando de sus fuerzas a su jefe de Estado Mayor. Si tal operación no estaba entre los planes de Castro, este debía mucha gratitud a Silva para llevarlo a mal. Demás de que Silva fue su protector en 1835, pertenecieron después a una misma comunidad política, y juntos Silva, Castro y Zamora, defendieron con su espada su causa en 1849. De otra manera había lugar para un consejo de guerra; porque no se concibe que haya crítico alguno que ose justificar esa campaña de Barinas, aun tratando de aplicar las reglas del arte a la extraña retirada de flanco en San Lorenzo, acerca de la cual es bueno observar que la tropa de Zamora, llena de confianza victoreó al general Silva⁴⁴. Preciso será convenir en que, dada la honorabilidad del general, su proceder fue igual al de Soublette, en cuanto a sus móviles, viéndose mal su grado frente a Zamora y esperando de las combinaciones políticas una solución pacífica que no podía de suyo emanar sino del presidente Castro. “Los nombres de ambos Silvas, el de occidente y el de Apure (escribía con acritud un periódico), figurarán en nuestra historia como la de aquel eunuco del Bajo Imperio, que abrió el África a Genserico y sus Vándalos”. Esta última voz era un denigrante equívoco.

En carta de 20 de abril decía Silva a Castro, refiriéndose a los insurrectos: “Quedan muy atrás los años de 18 y 14. Asesinatos, incendios, robos y violación del bello sexo con definida crueldad, es el cuadro que se presenta en todos los lugares que han hollado con su maldita planta”. Y al gobernador Cazorla, el propio día: “El gobierno dejará de ser benigno”⁴⁵. Él mismo, a la verdad, estuvo a punto de perecer; porque López Mercado, aquel oficial cuya actividad y arrojo hemos en otro lugar reparado, a varios de sus compañeros, que estaban apercebidos de la conducta del general, excitó vivamente para

43. *Boletín Oficial* (Caracas), N° 48.

44. L. Villanueva, *op. cit.*, p. 381.

45. *El Monitor Industrial* (Caracas), N° 252.

prepararle una emboscada a su salida de Guanare y matarle a sobrevienta. Hubiéralo hecho, si aquellos llaneros no hubieran rechazado con nobleza el expediente, considerando que en la maquinación sucumbirían también Hernández y otros más. Cuéntase de este López Mercado que después del triunfo de la Federación vivió taciturno y sombrío, no levantando la cabeza cuando le hablaba un extraño, hasta saber que quien lo hacía era de sus antiguos amigos de causa.

También Soubllette desapareció de la escena. Animado por cierto de un espíritu sosegado y conciliador, acaso pretendió emplear los medios menos cruentos en su misión; pero es muy probable por lo demás que su acción sobre Páez primero, y luego sobre Silva, no estuviese muy en armonía con los secretos designios de ellos, o que al fin no quisiese hacerse cómplice de un gobierno vacilante y ambiguo. Pesimista, desalentado, apático, oyendo misa como un devoto, asumió en sus postreros actos un lenguaje póstumo y frío, no empero sobresaltado y medroso como el del general Briceño en Puerto Cabello, y concluyó por retirarse de San Carlos, alegando como Silva enfermedad y dejando el territorio de su mando infestado de guerrillas.

El ejército quedó en cuarteles de invierno, y hubo de permanecer así inactivo, falto de vituallas y molestado por numerosas partidas enemigas, de que se originaron bajas y deserciones considerables, al paso que las huestes federales se robustecían más y más.

Con la ocupación de Barinitas y Pedraza quedó Zamora dueño de la provincia, que se apresuró a constituir en estado. Los demás cantones se pronunciaron por la Federación luego que Zamora se adueñó de la capital: Obispos el 29 de mayo, Sabaneta el 30. Nombráronse concejos municipales que proveyesen los empleos judiciales, políticos y económicos, estableciendo un nuevo sistema en los tribunales y convocando una asamblea constituyente que debía de instalarse en septiembre. A Morton confirmó Zamora su nombramiento de jefe civil y militar de Nutrias, y con esto debilitose poco a poco la facción de Guanarito, porque los unos cabecillas se fueron a Zamora y los otros a Morton⁴⁶.

Sin enemigos, pues, de quien temer, púsose el general federalista en comunicación con las provincias vecinas, en particular con el Alto Apure, que

46. A. Batalla, *op. cit.*

se hallaba conmovido por la defección de proditoria del comandante militar de Guasualito. Los hermanos Gregorio y Martín Segovia eran los jefes de las fuerzas que obraban en Apure. Hallose como introducir la discordia entre ellos, de que resultó que el último, rebelándose con gran parte de las fuerzas que su hermano mandaba en jefe, abandonó el Bajo Apure y fue a ponerse a las órdenes de García, jefe de operaciones del Alto Apure, apostado en Palmarito, mientras que el Gregorio quedó en la jefatura de operaciones del Bajo Apure. N. Silva, el infiel gobernador, enemistado con los constitucionales de San Fernando, se marchó a la postre a Valencia.

Preciso es continuar. El gobernador de Apure, señor Fernando Calzadilla, hacía muchas diligencias para sustraer a G. Segovia del deseo de sublevarse, mientras que el hermano de este lo convidaba a ello con gran solicitud. Sucedió, pues, que como imaginase Segovia apoderarse de Nutrias, tomó consigo 100 infantes y 300 jinetes y desembarcó en la Punta del Caimán, a tiempo que Morton marchaba contra San Fernando con 700 u 800 peones que a fuerza de contribuciones había equipado y abastecido en Nutrias; con la circunstancia de que habiendo perdido a los dados la parte que para sí tomó, declaró su enemistad al señor Manuel Betancourt porque este le cobró 400 pesos que le debía a la casa de Ávila y Betancourt, y para vengarse mandó saquear el establecimiento. Interrumpidos en mal hora sus designios por Segovia, volvió sobre sus pasos y situose en la Sabana del Caimán, con lo que haciendo Segovia avanzar su gente, infundió a los de Morton miedo tal, que a Nutrias volvieron desatentados al punto, arrojadas las armas, llenos de lodo y hechos jirones los vestidos. Morton mismo, perdiendo el tino, fue a ocultarse en una isleta del río. Dueño Segovia del campo, reparó de pronto en una columna que desfilaba en la sabana, y sin darse tiempo a explicaciones, volvió grupas y no paró en su desaforada fuga sino hasta llegar ya noche a Puerto Nuevo, por donde repasó el río y entró en Apure. Después de ello resolvió someterse a Zamora, y así lo hizo. A ratos no hacen sino cortar la cólera estas escenas. La columna que motivó la extraña derrota que acaba de contarse eran unos 200 miserables que llegaban por casualidad a la sabana en busca de municiones. Encabezaba a los tales un Figueredo, a quien Morton hizo sufrir la última pena, días después, con cinco de sus compañeros, y de un modo bastante cruel, por orden de Zamora⁴⁷.

47. *Ibid.*

Cuanto a Zamora mismo, criticábanle su aparente inacción los que apenas conocían su designio de apoderarse de San Fernando, y miraban que a la provincia o nuevo estado era a quien más caro costaban las tropas federales. En Barinas y en Torunos declaró elementos de guerra los depósitos de café, tabaco y pieles de res existentes, procediendo luego a los avalúos correspondientes, toma de razón de los dueños, casi todos extranjeros, y venta en pública subasta. Gran parte de estas mercancías remitió a Nutrias, consignándolas a Morton, por valor de diez o doce mil pesos más o menos, con el objeto de que este hiciese las ventas y le diese cuenta de los valores para con estos pagar pertrechos que en Colombia se había procurado. Morton hizo las ventas, pero se guardó el dinero que produjeron⁴⁸; y sabedor de que al fin Zamora se había decidido a confiar a Miguel García el mando en jefe de la expedición contra San Fernando, apresurose a reiterarla por su cuenta, pues hacía mucho tiempo que lo deseaba. Para ello comenzó por engañar a García y a los Segovia acerca del verdadero objeto de sus movimientos.

Y antes de continuar, veamos cómo honraba al caudillo federalista la municipalidad de Barinas, y procuremos averiguar lo que el gobierno nacional veía en estas agitaciones, y encontrar la clave de tan singulares acontecimientos:

El Concejo Municipal del Cantón Barinas,

Considerando:

Que el ciudadano general Ezequiel Zamora, con acierto y arrojo asombroso ha atravesado la República, venciendo en todas partes a los enemigos de la Federación, para venir en apoyo de la liberal provincia de Barinas, hasta darle en toda su plenitud el bien precioso de la libertad, y elevándola al rango de Estado independiente del gobierno central, por lo que se ha hecho digno de la gratitud del pueblo; y siendo el Concejo Municipal su órgano inmediato,

48. *Ibid.* Véase también: Félix E. Bigotte, *El libro de oro. A la memoria del general Ezequiel Zamora*, Caracas, En casa del autor y por medio de los agentes [Imprenta de La Juventud], 1868 (221 p.), p. 29.

Decreta:

Art. 1º El Concejo Municipal distingue al ciudadano general Ezequiel Zamora con el nombre de *Valiente Ciudadano*, cuyo título le dará en todos sus actos al tratarse del mencionado ciudadano.

Art. 2º Este decreto le será presentado por una comisión de dos miembros que nombrará el Concejo.

Dado en Barinas a 14 de junio de 1859.

El presidente, Rafael A. Rincones. — El secretario, Daniel Angulo.

El decreto de 7 de junio, en que fue llamado el vicepresidente interino a encargarse del Poder Ejecutivo dio una faz inesperada a la política. Llamó desde luego la atención la circunstancia de no estar previsto el caso en la Constitución, la cual disponía que solo por muerte, dimisión, destitución o incapacidad del Primer Magistrado ejercería el vicepresidente el Poder Ejecutivo hasta que se concluyese el período constitucional, pero esto pasaba casi desapercibido ante las causas y consecuencias probables del hecho mismo.

Si faltó cautela y previsión a Tovar, sobró en cambio inoportunidad y desatino en Castro. La enfermedad alegada por este en el decreto no la había. Y pensar que pudiese desistir de su plan, todavía informe; de guardarse para sí el mando, era harto difícil. Parece, pues, que al dar Castro ese paso de separarse temporalmente de la presidencia, no tuvo otro objeto que observar las disposiciones de sus adversarios y tomar pretexto con ellas de señalarlos como enemigos, para entonces obrar por su propia cuenta y con los suyos.

Sea como fuere, Tovar procedió a organizar su gabinete. Con vacilaciones anduvo y serias dificultades, por lo inesperado del caso. Decían al principio que del nuevo gabinete formarían parte el señor Ramón Yépez y el general José Austria, resuelto partidario aquel de los Monagas y compañero de Guzmán y de Acevedo. Como representantes del partido reaccionario, Yépez y Austria exigieron para su aceptación un gabinete homogéneo. Habiendo fracasado también la combinación de Páez y Espinal, obtúvose finalmente la de Rojas, Mendoza y Cadenas, que estaba a la verdad demasiado pronunciada para que armonizase con la anterior situación, en especial por lo que hacía a Mendoza, de quien se afirmaba que sus opiniones en política formaban polo

opuesto con cualquiera medida que condujera a otra cosa que a la severidad con el bando rebelado.

La sensación que produjo el nuevo ministerio, mayormente cuando en su organización andaba mezclado el nombre de Páez, fue tal, que algunos amigos de Castro, entre ellos Carreño, le hicieron entender que los recién llegados al poder procederían nada menos que a su prisión y destitución. Un telegrama que dirigió el presidente a uno de sus amigos de Valencia, el 12 de junio, da cuenta de estos temores: “Ayer, dice, nombró el señor Tovar su ministerio; ha sido muy mal aceptado; la mayor parte se compone de enemigos míos; pero tampoco esto vale nada, pronto sabrás por qué”.

Había Castro retirado desde el 7 de junio una guardia de 50 soldados que custodiaba su habitación. El 12, a las 7 de la noche, la pidió de nuevo; y acompañado de un oficial de su confianza y calzando botas de campaña, trasladose a la casa de gobierno. Lo que hizo allí, y lo ocurrido entre Tovar y sus ministros dícelo por extenso el manifiesto que a continuación se copia:

“El ministerio del señor Tovar ante la República.

“El 7 de los corrientes a las tres de la tarde, recibió el señor Manuel Felipe de Tovar, vicepresidente de la República, la participación de que el presidente, señor general Julián Castro, se retiraba del despacho del Poder Ejecutivo por indisposición de su salud, y de que se le llamaba a encargarse del gobierno. Carecía el señor Tovar de todo antecedente, y obedeció simplemente al precepto constitucional, encargándose en el acto del mando que se depositaba en sus manos; mas, apenas cambiadas con los secretarios del despacho algunas palabras de cortesía, creyó conveniente dirigirse a la casa del señor general Castro.

“Entra en nuestro legítimo propósito el referir aquí la parte más esencial de la conversación que aquellos magistrados tuvieron. Conviniendo con las indicaciones del señor general Castro, el señor Tovar le contestó que era ciertamente necesario inaugurar una política distinta de la adoptaba hasta entonces por la Administración, y supuso por consiguiente inevitable la formación de un nuevo gabinete; pero no habiendo de ser sino acaso momentánea la duración de su gobierno, y deseoso de evitar cambios y crisis alarmantes en la presente situación de la República, excitó al general Castro a restituirse al mando. El general insistió en que deseaba se ensayase una política nueva, y animó al señor Tovar a formar su gabinete con entera libertad.

“En la mañana del 8 el señor Tovar visitó de nuevo al general Castro: le hizo notar las dificultades y peligros de la situación; le habló sobre la inconveniencia de un gabinete que no reuniría condición ninguna de estabilidad; y concluyó pidiéndole se encargase del Poder Ejecutivo. El general Castro repitió sus contestaciones del día anterior, y aun indicó al señor Tovar el nombre de un ilustre ciudadano, considerando posible su entrada al ministerio. Esta indicación no la olvidó por cierto el señor Tovar, pues era su propósito, y así nos lo manifestó en ocasiones repetidas, formar un gabinete que representase la política genuina de la Revolución de Marzo, y los principios consagrados en la Constitución de 1858, sin acordarse de partidos pasados que, en su concepto no deben existir.

“Desde entonces datan los sabidos esfuerzos del señor Tovar para formar un gabinete cuyos individuos, por la alta significación política de sus nombres, inspirasen confianza a todos los partidos. La intención fue loable; pero los obstáculos que presentó la combinación fueron también invencibles. A nadie halagaba un ministerio cuya existencia podía ser de momentos, con la república despedazada por las facciones, con el tesoro nacional exhausto, con el descontento creciente y visible de todos los partidos. Era un verdadero servicio militar y de circunstancias el que el señor Tovar exigía de los ciudadanos a quienes honraba con su confianza. Sus combinaciones siguieron formándose y cayendo. A formarlas le ayudábamos nosotros, deseando ver en manos más dignas y experimentadas que las nuestras el timón de la nave del Estado, hasta que excitados de nuevo por el señor Tovar, aceptamos las carteras que nos había ofrecido, exigiéndole sin embargo, que hiciese un último esfuerzo para lograr que el general Castro se reinstalase en el Gobierno.

“Vacilaba el señor Tovar en acceder a nuestra exigencia, temiendo que fuese inoportuna una nueva conversación con el general Castro, una vez que había sido este tan explícito en las anteriores. Pero insistimos unánimemente en la entrevista indicada, considerándola importante, y acaso decisiva; autorizamos al señor Tovar para que revelase al general Castro nuestros nombres, esperando que, si no le era grata nuestra accesión al Ministerio, esto mismo contribuyese a decidirlo a restituirse al mando. El señor Tovar cedió por fin y prometió visitar al general Castro el día siguiente, asegurándonos que sería tan claro y explícito con él como en las conversaciones anteriores.

“Era ya tarde; pero como era posible que el día siguiente tuviésemos que dictar medidas sobre graves negociados, creímos conveniente cambiar allí mismo algunas ideas sobre las cuestiones políticas más relacionadas con nuestra situación actual. El modo de conducirse con las facciones, el mejor medio de restablecer la paz de la república, que es su primera necesidad, fue desde luego tema de discusión, y desde entonces pudimos conocer que nuestra política era la misma, pues ya formadas las convicciones de dos de nosotros en la materia, e interpelado por el señor Cadenas el señor Rojas, respondió este: —El perdón hasta lo absoluto, si fuere necesario para la salvación de la República, y medidas enérgicas de guerra para el caso de que ese perdón no sea aceptado.

“El 11, como estaba convenido, visitó el señor Tovar al general Castro. Para mejor idea de lo que ambos dijeron, séanos permitido copiar, autorizados al efecto por el señor Tovar lo más esencial de aquella conferencia trasladada inmediatamente al papel. Conferencias semejantes son oficiales y pertenecen sin duda al dominio público. Del nuestro es también esta a que aludimos, puesto que, exigida por nosotros, era deber del señor Tovar el comunicárnosla.

“El señor Tovar dijo: —Vengo a continuar las conversaciones que hemos tenido sobre la situación política en que me encuentro, no por elección mía sino porque U. me ha colocado en ella separándose del ejercicio del Poder Ejecutivo sin hallarse realmente enfermo, como dice el decreto, sino con el objeto de que se hiciese prueba de otra política. He tenido que dedicarme al penoso trabajo de formar un ministerio que no tiene la condición de duración, que es la principal para que pudiera componerse de las personas más prominentes del país. Mi primer pensamiento fue dirigirme al general Páez, para obtener su cooperación como ministro de la Guerra siguiendo la propia indicación de U. en la segunda de nuestras conversaciones, y debo decir que después de dos días de esfuerzos por conseguir aquel objeto, mis deseos no se realizaron. De aquí resultó que algunos respetables ciudadanos, como el señor Espinal, que estaban prontos a acompañarme, si el general Páez hubiera hecho parte del ministerio, variaron de modo de pensar luego que no se hubo verificado la condición de su admisión.

“El general Castro convino en que había hecho ciertamente al señor Tovar la indicación del general Páez.

“El señor Tovar continuó: —Las personas que componen el Ministerio que he podido formar en el conflicto de la situación en que me ha puesto la separación de U. sin estar realmente enfermo, son los señores Pedro José Rojas para el Interior, Manuel Cadenas Delgado para la Hacienda, y Juan José Mendoza para las Relaciones Exteriores. De estos señores los presentes han aceptado por puro patriotismo y haciendo el mayor sacrificio. Están prontos a acompañarme, aunque sea por media hora, y a sobrellevar todas las responsabilidades de su situación; pero debo advertir con franqueza, general, que la responsabilidad en que tanto ellos como yo incurramos pesa también sobre U., puesto que U. es el que crea la situación que nos hace obrar.

“El general Castro, sonriéndose, dijo: —Esa responsabilidad no será legal, sino moral.

“El señor Tovar: —Precisamente esa es la mayor que puede afectar a un hombre.

“El general Castro dijo que así era.

“El señor Tovar: —Ahora bien, general, ya está U. impuesto de las personas que van a formar el ministerio que ha de acompañarme. Está U. en aptitud de hacer desaparecer toda complicación volviendo a encargarse del mando. Yo no continuaré ejerciendo el Poder Ejecutivo sino por puro deber, por ser deber público y constitucional de que no puedo prescindir. Medite U. bien sobre esto.

“El general Castro: —En cuanto a reencargarme del mando, está en pie lo que dije a U. el otro día: puede ser que no vuelva a la Casa de Gobierno, o que vuelva dentro de quince días, un mes, o dos meses, no sé... volveré cuando cese el motivo de que habla el decreto.

“El señor Tovar: —Veo, pues, que debo continuar ejerciendo el Poder Ejecutivo. No pudiendo hacer otra cosa, estoy en el caso de aceptar la situación. Persuádase, general: no deseo verme en el caso de aceptar la Presidencia de la República: estimo mucho el reposo de la vida doméstica, libre de los cuidados y responsabilidades de la vida pública.

“Varias otras palabras se cruzaron que no dicen relación con el objeto principal de este escrito, por cuya razón debemos omitirlas.

“Constituido el ministerio con las personas dichas, menos el señor general Hernández, que no llegó a ser nombrado, por informes recibidos del mal estado de su salud, fuimos por fin llamados a prestar el juramento el

sábado 11, a las 3 de la tarde, visto el resultado de la última conferencia de S.E. el Vicepresidente con el Excmo. señor Presidente. Instalado ya el gabinete, resolvió el señor Tovar que el coronel Correa continuase accidentalmente en el ministerio de la Guerra, como subsecretario del ramo; mas habiéndose excusado repetidas veces dicho señor, se convino, con su acuerdo, en suspender hasta el día siguiente la resolución de su renuncia, a fin de que impusiese al Gobierno del estado de las operaciones militares antes de su separación. En este asunto se invirtió el resto de la tarde y la mañana del 12.

“Antes de continuar sus trabajos el gobierno, el 12 al mediodía se convino unánimemente en hacer una visita oficial a S.E. el Presidente, y así se practicó a las 2 de la tarde sin ningún incidente importante. Vuelto el Poder Ejecutivo a su despacho, y penetrado de la grave situación en que se encontraba la República, procedió a formular y desarrollar las medidas que en su lealtad y recta conciencia juzgó imprescindibles. Propuso en primer lugar el ministerio entrante al señor Tovar su programa de gobierno, que fue aprobado unánimemente, y es el siguiente:

‘PROGRAMA DE GOBIERNO

‘Encargado S.E. el Vicepresidente de la República del despacho del Poder Ejecutivo, por separación accidental de S.E. el Presidente, presentaron los señores secretarios del despacho sus respectivas renuncias que S.E. el Vicepresidente tuvo a bien admitir. Parece indispensable fijar la política de su gobierno con el gabinete que ha organizado, por precaria y transitoria que sea la duración de su mando, y aun por esa misma circunstancia que probablemente no permitirá el desarrollo completo de plan alguno. Quedan, pues, establecidas como bases invariables, bien que no sean nuevas en la Administración del país, las siguientes:

‘1ª El Poder Ejecutivo obedecerá estrictamente la Constitución y las leyes de la República, y procurará su exacto cumplimiento por todos sus dependientes en los diversos departamentos de la administración pública. No cejará el Gobierno ni ante la necesidad de exigir la responsabilidad, si así lo requiere algún caso de culpa o delito, por dolorosa que ella sea.

‘2ª Procurará la más pronta y cabal organización de las provincias, con todo el ensanche del poder municipal que la Gran Convención les dio en la Constitución de 1858. Para el logro de este objeto se dictarán las medidas más eficaces, a

fin de que se verifiquen a la mayor brevedad las elecciones provinciales en aquellas provincias en que desgraciadamente no hayan tenido todavía lugar, por obstáculos de guerra o de otro linaje cualquiera, recomendado a los gobernadores y demás funcionarios del orden gubernativo la más absoluta abstracción en las operaciones eleccionarias, y completa libertad para todas las opiniones y aspiraciones legítimas.

‘3ª Se tendrá el mismo cuidado respecto de las elecciones nacionales, a fin de que el próximo congreso constitucional sea la libre expresión de la voluntad de la mayoría nacional y se reúna el 20 de enero, día fijado por la Constitución.

‘4ª No intervendrá el Gobierno en las operaciones ni decisiones del Poder Judicial, respetará la independencia de sus procedimientos, y le prestará apoyo eficaz para el cumplimiento de sus fallos, sin otra injerencia que la concedida por la Constitución o leyes, para los casos de indultos o conmutaciones.

‘5ª Como objeto de suprema necesidad atenderá sin intermisión ni descanso a la pronta y completa destrucción de las facciones que asuelan algunas provincias importantes de la República y mantienen en consternación y alarma las restantes. El Gobierno ofrecerá a todos los venezolanos extraviados, y aun a los delincuentes, la clemencia y la paz, si se someten al imperio de la ley. Mas al mismo tiempo está resuelto a poner en acción todos los recursos de la nación, hasta agotar sus últimos esfuerzos, a fin de escarmentar a los que pertinaces en sus malos propósitos, pretenden aniquilar en Venezuela todo elemento de riqueza material, todo sentimiento moral.

‘6ª Desea el Gobierno, y se empeña con esfuerzo en conseguir la reconciliación cordial de todos los venezolanos. Los partidos políticos encuentran en nuestro sistema de gobierno vasto campo; mas sin mutua tolerancia, sin olvido y perdón sinceros de errores, y aun de injurias, nunca podrá llegarse a la verdadera República.

‘7ª Se propone excogitar el Gobierno y llevar a cabo cuantos arbitrios y medidas estén en sus atribuciones, a fin de lograr que los leales servidores de la patria que están corriendo los mil azares de la campaña y sacrificando reposo y vida en la defensa común, reciban a la mayor brevedad los auxilios y recursos de mantenimiento, vestuario y equipo, a que son tan justamente acreedores.

‘8ª El crédito público interior y exterior que tan esmerada y acertada preferencia ha merecido al anterior gabinete, continuará siendo objeto de muy especial cuidado.

‘9ª También atenderá el Gobierno cuidadosamente al más pulcro manejo de los caudales públicos y procurará, en cuanto sea posible, el equilibrio de los ingresos de las rentas con los egresos.

‘10ª Propenderá el Gobierno por cuantos medios estén a su alcance al desarrollo y progreso de los intereses materiales del país, como poderoso instrumento

para la moralización de los pueblos. Procurará con esmero la mejora y bienestar de las clases menesterosas, ya de la manera enunciada, ya protegiendo la instrucción y el culto público, ya cooperando, siempre que esté en sus atribuciones, a la mejora y establecimiento de estatutos benéficos.

‘11^a Las buenas relaciones que felizmente existen entre Venezuela y las naciones amigas, serán cultivadas con solícito empeño.

‘12^a Se propone el gabinete discutir y tomar toda resolución importante en consejo de Ministros, presidido por S.E., y dar publicidad a todas sus determinaciones, exceptuando solo aquellas cuya naturaleza lo requiera imperiosamente.’

“Como comienzo de la ejecución de este programa fue acordada una breve alocución de S.E. en el sentido de la política que presenta el documento anterior. Fue redactada y discutida la alocución; mas le faltó la última mano, y por este motivo no la publicamos.

“Entrando ya en el plan, puso el señor Tovar en consideración del ministerio su pensamiento de organizar una junta consultiva de guerra, compuesta de oficiales generales. El señor Correa hizo breves objeciones ya a la legalidad, ya a la conveniencia de la medida. Discutido con franqueza el punto con presencia de la Constitución y leyes militares, fue recogida la votación por S.E., y como resultase acordada de parte del señor Tovar y de los que suscriben, el señor Correa manifestó que ni como oficial mayor podía firmar el decreto, y con la oferta de que se le concedería licencia para su separación accidental, se retiró.

“Fue necesario elegir inmediatamente Secretario de Guerra, y S.E. hizo poner un decreto nombrando al señor general José de la Cruz Paredes, disponiendo que mientras dicho general tomara posesión o se elegía un subsecretario a la mayor brevedad, se encargaría del despacho el secretario de lo Interior y Justicia. Así se ejecutó y autorizó el decreto el secretario de Relaciones Exteriores. Dos incidentes conviene notar aquí: que el primero designado por S.E. para el ministerio interino de la Guerra, fue el secretario de Relaciones Exteriores, el cual se excusó por razones no relativas a la medida que se había aprobado; y que al tratar la elección de oficial mayor, se pidió a la Oficina de Guerra una memoria a fin de examinar los nombres de los jefes aptos para el encargo.

“Servido ya el Ministerio de la Guerra, se formularon, redactaron y firmaron los dos decretos siguientes:

Primero:

MANUEL FELIPE DE TOVAR
Vicepresidente de la República
Encargado del Poder Ejecutivo

Teniendo en consideración las circunstancias extraordinarias en que se encuentra la República, y deseoso el Gobierno de mejor acierto en la dirección de la guerra que forzosamente sostiene en defensa de las instituciones y de la sociedad,

Decreto:

Artículo 1º Se organiza en esta capital una Junta de Guerra, que se compondrá de oficiales generales, cuyos nombramientos se harán por separado, la cual será consultada en las materias de guerra que el Gobierno tenga a bien someter a su consideración.

Artículo 2º El Secretario de Estado en los despachos de lo Interior y Justicia, encargado interinamente de los de Guerra y Marina, queda encargado de la ejecución de este decreto.

Dado, firmado de mi mano, y sellado con el sello del Poder Ejecutivo, en Caracas, a 12 de junio de 1859.

Manuel F. de Tovar

Por S.E., Pedro José Rojas.

Segundo:

MANUEL FELIPE DE TOVAR
Vicepresidente de la República
Encargado del Poder Ejecutivo

Decreto:

Art. 1º De conformidad con el decreto de esta fecha, organizando una Junta consultiva de guerra, nombro para miembros de ella a los generales siguientes: Excmo. Señor general J.A. Páez, general de división Carlos Soublotte, general de división Carlos Castelli, general de brigada José Félix Blanco, y general de brigada José Austria.

Art. 2º El Excmo. Señor general Páez presidirá la junta en sus reuniones, y servirá de secretario el señor general Austria.

Art. 3º El Secretario de Estado en los Despachos de lo Interior y Justicia, encargado interinamente de los Despachos de la Guerra y Marina, dará cumplimiento al presente decreto.

Dado, firmado de mi mano, y sellado con el sello del Poder Ejecutivo, en Caracas, a 12 de junio de 1859.

Manuel F. de Tovar

Por S.E., Pedro José Rojas.⁴⁹

“Se acordó luego la devolución al gobernador de Barcelona de dos ciudadanos enviados a esta capital sin forma de juicio ni requisito alguno por el comandante militar de Píritu, disponiendo que aquella autoridad acordase lo conveniente para que los ciudadanos no sufrieran en adelante semejantes vejaciones.

“Se resolvió pasar inmediatamente circular a los gobernadores en el sentido de los parágrafos 2º y 3º del programa de gobierno.

“El secretario de Hacienda presentó en general sus planes y esperanzas en el ramo de su cargo, y fueron acogidos con indicación de irlos discutiendo en detal a la mayor brevedad posible.

“Debe añadirse que el señor Correa presentó al despacho, antes de retirarse, algunos expedientes de su ramo. Fueron los más importantes: el reconocimiento de un crédito por suplemento de guerra; un oficio del general Zamora solicitando indulto o salvoconducto para varios individuos de la facción de los Sotillos; y la remisión de varios reos de conspiración hecha por el gobernador de Barcelona con su sumario. Se acordó el reconocimiento del crédito, y se dispuso sobre los otros dos asuntos que la Secretaría de lo Interior los consideraría y presentaría los proyectos de resolución convenientes.

“Por último se acordó que hoy 13 de junio principiaría la publicación de un ‘Diario de Gobierno’ en que se publicarían todos los trabajos diarios de la Administración, y se suspendió la sesión a las 5 y media de la tarde.

“Ninguna otra materia se aprobó, discutió, ni tocó en el despacho.

49. Estos decretos fueron derogados por Castro al día siguiente.

“Antes de retirarnos convinimos en volver a reunirnos a las 8 de la noche con el único objeto de perfeccionar la redacción de la alocución, y firmar las comunicaciones dirigidas a los señores generales que habían sido llamados a componer la Junta de Guerra. Los secretarios que ya habían comprendido la absoluta conveniencia de que una de sus primeras medidas fuese el decreto de armamento general para apoyar en él, sin humillación para la República, el de indulto pleno y sin excepción que se pensaba ofrecer a las facciones, quisieron consultar particularmente sobre la ejecución simultánea de ambas medidas a personas muy competentes por su experiencia y pericia en la dirección de los asuntos públicos, y tuvieron la satisfacción de ver aprobadas sus ideas. Las noticias que al gabinete habían llegado, en las horas en que había estado reunido, facilitaban la ejecución del armamento general de la república. ¡Parecía que la Providencia, que veía la lealtad de nuestras intenciones, nos había inspirado y ponía a nuestro alcance, después de la inspiración, los medios de ejecutarla! Queríamos, sin embargo, para nuestros proyectos la sanción de hombres experimentados y de ahí el paso de consultarlos antes de ofrecerlos a la aprobación definitiva del señor Tovar, cuyas ideas generales en el punto conocíamos como ya se ha visto.

“Por esta circunstancia no se encontraban todavía los señores Mendoza y Cadenas en la sala del despacho. Sí lo estaba el señor Tovar con el señor Rojas, cuando se presentó en la sala S.E. el presidente, y dirigiéndose al primero, le dijo: ‘Vengo a decir a U. que me reencargo del mando: ya estoy bueno y ha cesado el motivo del decreto’. Contestóle el señor Tovar: ‘Me alegro mucho, Excmo. señor, tanto por ser V.E. el presidente, como porque me releva de una grave responsabilidad en momentos tan críticos como los presentes’. Y luego añadió: ‘Entonces me parece que puedo ya retirarme’; en lo cual convino el señor general Castro. El señor Rojas, después de manifestar a S.E. que esperaba a sus compañeros para presentarle colectivamente la dimisión de sus carteras, que no dudaba harían como él, participó por el telégrafo con el asentimiento de S.E. al gobernador de Carabobo, que el presidente se había reencargado del Poder Ejecutivo.

“Momentos después llegaron los señores Mendoza y Cadenas. El presidente les impuso de lo ocurrido, y previno que se suspendiese todo despacho en todas las secretarías. Ofrecimos entonces colectivamente nuestra dimisión, instando a S.E., que había manifestado que después la consideraría,

porque esto fuese inmediatamente. S.E. dio algunas razones de excusa, y exigió que concurriésemos hoy a la hora del despacho. A esta exigencia repetida no debíamos negarnos⁵⁰.

“A las 8 de esta mañana estábamos en la secretaría de lo Interior, y al anunciársenos la llegada de S.E. a la sala del despacho, pusimos en sus manos el documento siguiente:

‘Excmo. Señor Presidente de la República, etc. — Excmo. Señor.

‘Consignamos por escrito en manos de V.E. la renuncia de nuestros respectivos portafolios, que hicimos verbalmente anoche, a las ocho y media, en el acto mismo en que V.E. declaró que se reencargaba del Poder Ejecutivo.

‘Con toda consideración y respeto somos de V.E. atentos servidores.

‘El secretario de Estado en los despachos de lo Interior y Justicia, y encargado interinamente de los de Guerra y Marina, Pedro José Rojas. — El secretario de Estado en el despacho de Hacienda, Manuel Cadenas Delgado. — El secretario de Estado en el despacho de Relaciones Exteriores, Juan J. Mendoza. — Caracas, junio 13 de 1859’.

“Pocos momentos después de habernos retirado a la secretaría de Relaciones Exteriores, por habernos manifestado S.E. que inmediatamente consideraría la renuncia, se nos participó por el subsecretario de lo Interior, que estaba aceptada, y que S.E. había dado un decreto encargando de los portafolios a los subsecretarios⁵¹, y disponiendo se nos diesen las gracias por el servicio que habíamos prestado.

“Nos hicimos anunciar a S.E. en audiencia de despedida, y se nos concedió.

“Ya hemos recibido oficialmente la participación de este último suceso.

“Es tan viva la pública espectación que los hechos narrados han producido; tal el interés que se muestra en desnaturalizarlos; tan grande el daño que puede provenir a la República de que no sean exactamente conocidos, y tal la variedad de las versiones circulantes, que nos hemos creído en el penoso

50. Cuéntase que, al salir Castro de la Casa de Gobierno manifestó que había dejado enterrada la candidatura civil, y que alguien repuso: “Mui bien, general: a lo Luis XIV. Solo le faltó el foete”.

51. Estos eran: el del Interior y Justicia, señor Antonio José Silva; el de Relaciones Exteriores, licenciado Rafael Seijas; el de Hacienda, señor Eduardo Calcaño; y el de Guerra y Marina, coronel Luis Delgado Correa.

deber de publicar este desnudo historial, escrito de prisa, como lo exigían las circunstancias, pero fiel e incontestable. Es el último acto de este episodio político. Es el último deber que nos impone la situación que aceptamos. *La República juzgará.*

“Caracas, 13 de junio de 1859. —Pedro José Rojas. —Manuel Cadenas Delgado. —Juan José Mendoza”.

CAPÍTULO II

“La República juzgará”. Tal fue la frase amenazante que al caer profirió el ministerio de las treinta horas. Pasó con todo una semana sin definirse la nueva política, hasta que el 20 de junio apareció el siguiente gabinete reaccionario, que representaba el Partido Liberal en sus diferentes matices: Lcdo. Aranda para Interior y Justicia; señor Rendón, para Exterior; general Silva, para Guerra y Marina; doctor Echeandía, para Hacienda. El primero y el último tomaron posesión de sus destinos el mismo día 20; Rendón el 21, manifestando que aceptaba solo por quince días o un mes la secretaría, por razones que se hermanaban bien con su carácter y sus antecedentes, bien que señalando su fe en la Federación. En cuanto a Silva, hallábase por entonces ausente.

Fue naturalmente Aranda quien por su alta reputación se atrajo luego las miradas del público y la responsabilidad de la situación. Autor del Código de Procedimiento de 1836, que entre los hombres de la profesión suele llamarse el arandino, y del proyecto del instituto de crédito territorial, ya era de antes reconocida su inteligencia, laboriosidad y servicios a la República¹. Hablando de los tristes acontecimientos de 1826, dice O’Leary: “El general Bermúdez, que a la sazón se hallaba en Barcelona, supo el suceso de Valencia por el doctor Francisco Aranda, joven abogado, tan distinguido por sus talentos como por sus buenas costumbres y amor al orden, y que habiendo sido nombrado asesor de la intendencia de Cumaná, con el pretexto de acercarse

1. Véase la excelente biografía hecha por José María Rojas en *Tiempo perdido. Colección de escritos sobre literatura y hacienda pública*, París, Garnier Hermanos, 1905 (338 p.), p. 162.

a su destino se había alejado de los disturbios que amenazaban a Caracas”². Complicado por otra parte con el señor Núñez en la sustracción de 48.500 pesos de la aduana de La Guaira, hubieron de juzgarse diez años después con dureza y con prevenciones de partido algunos de sus actos³. *El Herald* no vaciló en atacarlo con viveza, siguiendo su práctica favorita de esbozar vidas paralelas y de recordar con espanto la pasada época de los Monagas.

“Vamos a hablar con franqueza a nuestros amigos y abrirles hasta el fondo de nuestro corazón. Hemos sufrido mucho en los diez años de la dominación de los Monagas; llegamos a pensar que no veríamos nunca su caída; y bajo la amenaza de una constante proscripción, seguidos u ocultos, desairados de los que amábamos y no querían comprometerse, sirviendo para recomendar y dar empleos como nos infamasen con imposturas y calumnias, nuestro pan fue amargo, y tristes y deplorables nuestras horas. Allá en la noche solamente, cuando todos dormían, velábamos para la venganza de la patria, y en lecciones realmente literarias, fruto de un trabajo inmenso sobre viejas crónicas y escritos fastidiosos y cubiertos del polvo de los siglos, procurábamos deslizar la pintura de lo presente, representando los hombres de la actual tiranía en los de la tiranía pasada, y no perdonando alusión ni rasgo histórico que pudiese servirnos para protestar ardientemente contra la común servidumbre. Pues bien, ese hombre que hoy anarquiza nuestro país, nos preocupa vivamente y era asunto de nuestras solitarias invectivas. En la corte de Roma encontrábamos a Veleyo para retratarle.

‘Veleyo era de los que pinta Tácito, uno de aquellos para quienes pasó el honor de la justicia y no aspiran a otra gloria que a la de la obediencia; hombres peligrosos que revisten la tiranía con el barniz de la política, y la convierten en orden legal con sus sofismas.’ — Pero donde le representamos con más detención y cariño fue en medio de las cortes bárbaras de los Burguiñones y Visigodos. Después de pintar a estos, suspicaces, recelosos de las poblaciones que los odian, con los instintos sanguinarios del salvaje o del pastor, no mandando, sino oprimiendo, no pechando, sino arrebatando las fortunas, y empleando con indiferencia la astucia o la fuerza, el perjuicio o el asesinato’ — ‘halláronse hombres, decíamos, que se unieran a la fortuna de los bárbaros victoriosos

2. Daniel Florencio O’Leary, *Memorias del general O’Leary*, Simón B. O’Leary; ed., Caracas, Imprenta de la Gaceta Oficial, 1879-1888 (32 v.), v. 2, p. 633.

3. *Gaceta de Venezuela* (Caracas), N° 947.

y sacasen partido de la catástrofe del imperio, galo-romanos, intrigantes y corrompidos que aspiraban a hacerse necesarios a los reyes bárbaros, ávidos de goces, de poder y de tesoros. ¡Qué espectáculo para las clases elevadas e instruidas de la sociedad, esa anticipación cobarde de sus conciudadanos a las órdenes de los conquistadores; el alarde ruin que hacían de sus gracias; sus sangrientas venganzas más luego, contra los que menospreciaban su bajeza, y todos estos detalles de ignominia, de oprobio, de los que hacen de antemano el sacrificio de su nombre a una ambición mezquina satisfecha en las orgías de la barbarie! — ‘¡Qué dolor!, decíamos en otra parte, ver a Eonio, a la sombra de Gondebaldo, protector del asesinato de los ciudadanos, más malo que el bárbaro, justificar sus crímenes, darle medio de engañar a sus vecinos y presentar después a la Galia espantada, como fruto de su imprudencia y de la imbecilidad de los vencidos, su ruina y destrucción que había preparado con cautela.’ — Pero basta: todo el curso está salpicado de estas alusiones, indispensables para calmar nuestra bilis, desahogándola.

“Es que veíamos en ese hombre al jefe de la revolución social y al principal autor del 24 de enero. Es que su nombre y sus talentos lo encontrábamos siempre al servicio del mal contra la sociedad que luchaba vanamente. ¿Algún periódico extranjero simpatizaba con nuestras desgracias y las lamentaba? Él hallaba, en medio de un aparente reinado de constitución y leyes, algunos sofismas para persuadir que era un crimen de lesa patria introducir tales escritos en el país que podían sublevar a los esclavos contra sus señores. — ¿Trató José Tadeo Monagas de prolongar su poder por medio de su hermano y poner en su lugar a este espectro que debía darle opinión y popularidad? Ese hombre halló razones para recomendarle, enseñó a seducir o intimidar las poblaciones, y mereció, en el triunfo de esa innoble candidatura, músicas tan entusiastas como las que se daban al mismo José Gregorio. — ¿Quiso el jefe de esa raza levantar su poder perpetuo sobre la ruina de la Constitución de 1830? Ese hombre le dio los medios para conseguirlo, forjó la Constitución que debía perpetuarle, y ayudó en todas las variantes y adiciones que requirió la necesidad política o la ambición de su señor. Y todo esto pareciendo no tener partido alguno, sino el de la patria, saludando risueño a los mismos que sacrificaba, con el labio lleno de palabras circunspectas y benévolas, y hablando a cada uno el lenguaje de sus intereses y pasiones: hombre funesto que por fortuna no tiene del león lo que le falta del animal astuto a que se asemeja”⁴.

4. *El Heraldo* (Caracas), N° 32.

“Programa del ministerio de 20 de junio.

“1º El gobierno se propone por punto principal realizar la idea grande y generosa de la Revolución del 5 de Marzo. Afianzar la libertad de la República, que alcanzó con el esfuerzo de todos sus hijos, y hacer respetar la soberanía de la nación con el ejercicio amplio del derecho de sufragio que compete a todos los ciudadanos para el nombramiento de todos sus gobernantes, con la expresión libre y sin trabas del pensamiento por la prensa y de palabra, y con la facultad de reunión pública y privadamente para promover y consultar lo que se crea conveniente a la mejor administración de los intereses locales y generales, según los casos, teniendo por norte la fundación y consolidación del verdadero gobierno republicano.

“2º Hacer cesar toda persecución sin motivo legal o sin las formalidades debidas, y disponer sin demora la excarcelación y libertad de todos los que están presos por opiniones y hechos políticos que se hayan reputado con mérito para la formación de causa.

“3º La libertad de restituirse al país los que hayan salido de él por disposición de las autoridades, o por temor de persecución.

“4º Enérgicas medidas para que los funcionarios públicos no se mezclen directa ni indirectamente en lo que pueda turbar de algún modo la libertad de los ciudadanos en el ejercicio de sus derechos.

“5º Organización inmediata de la milicia nacional con jefes y oficiales de la elección libre de los respectivos cuerpos, para la defensa de la libertad y derechos de la República.

“6º Alcanzar por todos los medios que aconseje la prudencia o recomienda la opinión pública, la cesación de la guerra fratricida que lamentamos, dando solución pacífica a las cuestiones que la han originado.

“7º Promover por cuantos medios sean posibles el incremento de la riqueza pública con el afianzamiento del crédito nacional, aplicando los sanos principios de la ciencia económica.

“Julián Castro. — Francisco Aranda, secretario de estado en los despachos del Interior y Justicia. — Manuel María Echeandía, secretario de estado en el despacho de Hacienda. — Estanislao Rendón, secretario de estado en el despacho de Relaciones Exteriores”.

Al día siguiente del que efectuó el presidente su combinación ministerial, la anunció al país en una alocución en que se pintaban las vacilaciones de Castro y las artes de Aranda.

“Inquieto más que fatigado mi ánimo, decía, con las penosas tareas del gobierno del estado, en circunstancias tan solemnes y críticas, sin haber experimentado un día solo de satisfacción y de tranquilidad en medio de las dificultades que incesantemente han ocurrido para la expedición de los negocios desde que se emprendió la reorganización de la república, creí al fin que debía hacer alto y retirarme por algunos días del despacho del Poder Ejecutivo, para ocuparme tranquila y exclusivamente en el examen de las causas que perturban la marcha de la gloriosa Revolución de Marzo... Los resultados no han correspondido a mis intenciones: conocí que la situación actual de la república necesitaba el empleo de otros medios, la aplicación de una política distinta en lo que me es potestativo para la dirección del Estado; y encontré también en el mismo sentido a otros distinguidos funcionarios y patriotas, desde que se vieron en la necesidad de obrar con sus propias ideas rectificadas por la experiencia.

“Y he vuelto ahora a encargarme de los trabajos de la administración acompañado de ministros cuyas ideas políticas simpatizaban con mis inclinaciones, a las que el tiempo ha dado una calificación que yo me atrevería a aplicarles, dudando siempre, en mi deseo de acertar, del juicio propio.

“Los ministros que he escogido acreditarán conmigo a la nación que su pensamiento es el pensamiento del pueblo, que los deseos de este serán el móvil de la conducta de la administración, y que la voluntad nacional a quien obedecí, acaudillando la revolución, es y será siempre nuestro norte en el ejercicio del poder que desempeñamos como sus delegados”.

Los anteriores actos causaron una gran excitación. Repararon en el programa que se pasaba en silencio el acatamiento a la Constitución y que además, contra las prácticas adoptadas, iba autorizado con la firma del jefe del Estado. Por otra parte, el secretario del Interior, a nombre del ministerio todo aceptó la manifestación hecha por Rendón sobre la conveniencia y oportunidad de la federación. “El Ministerio de 21 de junio, observaba *El Herald*o, será un ministerio pasajero. Después de haber llegado al poder público entre los brazos de unos grupos que se llaman Partido Liberal, él se detiene y como que reflexiona y piensa sobre el abismo que le rodea. La oleada que le trajo, descontenta, sospechada, huye y se extiende con murmullos de reprobación y disgusto”.

Sin pérdida de tiempo fue puesto por obra el programa de gobierno, obteniendo con tal objeto el Poder Ejecutivo concesión o prórroga de las

facultades extraordinarias que señalaba el artículo 95 de la Constitución, relativas a milicias y empréstitos. Hecho esto, se expidió el propio día 21 un decreto de indulto por el cual se ordenaba la libertad de los presos políticos, fuérenlo sin la expresa orden de la autoridad judicial correspondiente, fuérenlo en virtud de procedimientos ordinarios. Permitía también que pudiesen regresar libremente al país, sin necesidad de ninguna otra orden, los que hubiesen sido extrañados por motivos políticos; y que a los que dentro de la República estuviesen separados de sus domicilios por órdenes gubernativas, o por sentencias judiciales, o por las mismas causas políticas, les fuese dado volver a su vecindario sin obstáculo alguno. Era propiamente una amnistía o algo más que eso.

Una multitud de gente estaba reunida a mediodía, poco antes de publicarse el decreto, frente a la casa de gobierno, con ánimo de felicitar a los presos; oyéronse vivas a José Gregorio Monagas, a Falcón, a Zamora, a Sotillo y a Medrano, y denuestos a los que reprobaban la medida⁵; y publicado que fue el documento, salieron de La Rotunda veinticuatro presos, a quienes acompañaron muchos de sus camaradas. Discurrieron todos por las calles. Lanzaron mueras a Tovar. Fueron por último en la tarde a congratularse con Castro.

Entre las facultades extraordinarias concedidas había la de llamar al servicio parte de la milicia nacional hasta los 10.000 que fijó el acuerdo de 5 de abril de 1859. A la peligrosa reorganización de ella fueron consagrados ciertos nombramientos y disposiciones que motivaron el que reunidos más tarde los milicianos resolviesen dar una prueba de su adhesión a Castro. Encamináronse a la casa de gobierno, y le encontraron acompañado de Aranda. A nombre de los milicianos, protestaron el coronel José de Jesús Pineda y Miguel García Mesa, que ellos estaban prontos a defender al presidente, y se dice que este, sin más comedimiento, abrazó a aquellos sus amigos, y prorrumpió en aclamaciones declarando que ya estaba convencido de que no podía gobernar sino con los liberales.

Vino asimismo la idea de nombrar ciertas comisiones llamadas “pacificadoras”, que tenían de arreglarse con los facciosos en el sentido de llegar a un pacífico avenimiento. Componíanlas por su mayor parte individuos que simpatizaban con la revolución y fraternizaban con sus jefes, hasta el punto

5. Proceso de Castro. Declaración del licenciado J.J. Mendoza.

de que luego se pusieron entre los más resueltos partidarios de la guerra civil. Las atribuciones que a esas comisiones se dieron eran extensas: delegóseles una parte de las facultades extraordinarias del Ejecutivo, habilitándolas para indultar delitos políticos, para ofrecer a los oficiales disidentes la conservación de sus grados y pensiones, y el pago de estas por el tiempo que hubiesen estado en la facción; y para prometer a los jefes principales empleos de la libre elección del Poder Ejecutivo. Revistióselas con un carácter superior al de las autoridades constituidas civiles y militares, y se puso por último a su disposición el mando de fuerzas de la República; de que resultó que los que por indulto escaparon a la policía o a los jueces, vinieron a ser de pronto jefes u oficiales en el ejército o a reemplazar otros más entendidos o meritorios.

Cuando el 19 de agosto siguiente tocó a Morales Marcano revocar como ministro las facultades otorgadas a esas comisiones, él las juzgó de esta manera: “Sea error, sea plan premeditado, el éxito había de corresponder a tales precedentes. Las comisiones se esparcieron por las respectivas comarcas en que debían ejercer su misión, constituyéndose sus individuos en apóstoles, y aun jefes, algunos, de la misma revolución que aparentemente tenían orden de reducir. Semejante propaganda de carácter oficial, había de ser necesariamente funesta; y tanto más cuanto que llevando las comisiones nombradas por el Gobierno autorización para adherirse en el desempeño de su cometido todos los ciudadanos que creyesen útiles al intento, no vacilaron en escoger aquellos más públicamente complicados en las facciones”.

Fueron nombrados para los facciosos de occidente el general Francisco Mejía y el doctor Pedro Bermúdez Cousin; para los de Apure, los doctores Rafael Agostini y Toribio González; y para los del oriente, el doctor Tito Alfaro y el señor José de Jesús Vigas. Y veamos cómo obraba, al par de estas comisiones, el núcleo principal de los federalistas mandados por Zamora.

Inseguro este de Espinosa y su atroz pandilla que se mantenía como cuerpo franco y no permitía aún que se le pasase lista, podía no obstante obrar, merced a la política general, muy a su sabor. Sea por aguerrir sus tropas, sea por tentar fortuna, aparejó diversas incursiones en las provincias de Mérida y Trujillo.

Comenzó por ocupar La Bellaca, pueblecillo defendido por el comandante Fulgencio Ferrer, mandando allí a Natividad Petit y lanzándose luego él mismo en su auxilio contra la formidable posición. Su columna que se

elevaba a unos 500 hombres, logró con grandes pérdidas cortar al enemigo, ocupar el pueblecillo y tomarle muchos prisioneros el 20 de junio; pero en seguidas regresó a Barinitas⁶.

Obtenida esta costosa ventaja, obró sobre Mucuchíes, a donde despachó por el camino de Las Piedras 225 soldados con el mismo Petit y el coronel José Ignacio Pulido; mas atraídos estos por una celada, fueron atacados de improviso el 26 de junio por el comandante Martín Bravo con una columna procedente de Mérida, y al arma blanca fueron destruidos, quedando cadáver de los primeros Petit mismo y Pulido prisionero. Seis o siete federalistas que se refugiaron en una cabaña rehusaron rendirse y fueron quemados vivos con la vivienda por los vencedores⁷.

Por último sobre Boconó mandó a Pablo Chirinos con 50 hombres de buena tropa, que marcharon por Calderas. El gobernador de Trujillo, doctor José Emigdio González, con facultades extraordinarias que le concedió la Legislatura, llevó contra ellos 250 soldados, parte por Burbusay y parte por el páramo y los envolvió el 19 de julio haciéndoles muchos muertos, y siendo herido gravemente su jefe. Tuvo lugar el combate en el puente, que ocupado por Chirinos, fue forzado al arma blanca por una columna maracaibera del comandante Finol. “Dos días después falleció el bizarro Chirinos con general sentimiento hasta de sus contrarios, y después de haber la población entera de Boconó prodigádole con esmero la más exquisita asistencia”⁸.

Por el mes de julio pasaba Zamora revista a 1.485 soldados de infantería y 236 de caballería, con 23 jefes y 177 oficiales.

Si el Ejecutivo Nacional abrigaba propósitos como los que se han venido observando, no es [de] admirar que en algunas provincias diesen qué hacer caudillos insignificantes y oscuros. A Guanare hostilizaban partidas capitaneadas por Juan Antonio Quintero. El 10 de julio dispersó a este en Guerrilandia el coronel Muguertza, quien al regresar a la ciudad se adelantó

6. Antonio Batalla, *Revolución de Venezuela, 1858-1859*, manuscrito. Las narraciones de Laureano Villanueva (*Vida del valiente ciudadano general Ezequiel Zamora*, Caracas, Imprenta Federación, 1898 (457 p.), p. 391) y Luis Level de Goda (*Historia contemporánea de Venezuela, política y militar (1858-1886)*, Barcelona, España, Imprenta y Litografía de José Cunill Sala, 1893 (234 p.), p. 119), deben recibirse en sus detalles con desconfianza.

7. Drago, según A. Batalla, *op. cit.*; *El Monitor Industrial* (Caracas), N° 315.

8. A. Batalla, *op. cit.* También en: *Apuntes estadísticos del estado Trujillo*, Caracas, Imprenta de La Opinión Nacional, 1876; *El Monitor Industrial* (Caracas), N° 311.

a sus soldados. Algunos de los dispersos que habían concurrido por entre la espesura a El Chorrito, punto por donde aquel tenía precisamente que pasar, distinguieronle a lo lejos por el color rojo del uniforme y la bestia que montaba. Uno de ellos apuntó sobre él y atinó a herirle mortalmente. Conducido a Guanare expiró allí⁹.

En Carabobo, el comandante José Leiciaga, autorizado el 27 de junio para organizar en la sierra un batallón de milicias, se sublevó con él y volvió entonces a Valencia a intimar su rendición o su inmediato pronunciamiento por la federación. El comandante de armas, general Ramos, se limitó a dejar encargada la custodia de la plaza al general Cordero, y con una compañía de milicianos dispersó a los rebeldes el 6 de julio¹⁰.

En el Guárico, el general Brito, jefe de operaciones de esta provincia y Apure, a poco de haber llegado a Calabozo, organizó fuerzas con las que combatió el 11 de junio las facciones de Agapito Carpio o Zoilo Medrano atrincheradas en Guadarrama¹¹. El 7 de agosto siguiente Brito, cuyo testimonio era para el gobierno “de una autoridad y autenticidad muy respetables” llamaba la atención de este, en una proclama expedida en San Fernando, sobre “la conducta de uno de los comisionados que vino a entenderse con los insurrectos de esta provincia”, es decir, de Apure. El tal comisionado era Agostini¹². Brito, al comprender la duplicidad de la comisión pacificadora de Apure, se había deshecho de ella y marchado a San Fernando, llamado por los constitucionales de allí, en momentos en que tenía un cuartel en Camaguán. Tenemos que volver atrás.

Cuando Morton hubo resuelto su marcha sobre San Fernando, juntó más de 800 hombres de tropa colecticia, arengoles con calor, para levantar sus ánimos bisoños, prometiéndoles el saqueo de la ciudad, y autorizoles para que en caso de resistencia y a una señal convenida pegasen fuego a ella. Embarcada su gente, y acampado el 20 de junio en la Biruaca, cuatro millas al oeste de San Fernando, con más de mil hombres ya, porque se le habían reunido las hordas del salteador Clemente Moreno, supo que García y los Segovia se disponían a efectuar idéntica operación de orden de Zamora con

9. *El Monitor Industrial* (Caracas), N^o 314. En A. Batalla, *op. cit.*, corregido según noticias recogidas en Guanare. La narración de L. Level de Goda, *op. cit.*, es del todo inexacta.

10. *El Monitor Industrial* (Caracas), N^o 305.

11. *Boletín Oficial* (Caracas), N^o 49.

12. *Diario Oficial* (Caracas), N^o 17.

300 peones y 700 jinetes. Precipitose, pues, a ejecutar su designio, levantó el campo y avistó la ciudad al día siguiente. “Durante la marcha habíase notado que a medida que el jefe de la expedición se acercaba a la ciudad, volvíase taciturno, demudado y vacilante; sin duda comprendiendo entonces, ya tan cercano del desenlace de la ardua empresa, su temeridad e ignorancia”¹³. Acompañábale el coronel Diego A. Márquez, comandante que fue de las fuerzas constitucionales de Apurito, donde se pronunció por la federación.

Lo más poblado de la ciudad eran entonces tres calles paralelas al río, en dirección este-oeste. En el extremo este se hallaba la plaza de la Manga, y en el oeste la de la cárcel. Por el sur echábase de ver una faja tupida de bosque sembrado de aguas corrientes y pantanos, y por el norte arrastrábase el Apure. Casi indefensa estaba la población al aproximarse Morton. A toda prisa hicieron construir el gobernador, señor F. Calzadilla y el teniente de ingenieros Antonio Palacio, algunos parapetos con trozas de madera, establecieron nueve baterías, destaparon y montaron 11 piezas de artillería y armaron 4 esquifes, no contándose por toda tropa veterana sino con 40 soldados de la compañía de Camaguán del capitán Carmen María Silva, que había llevado el coronel Armas junto con otros 31, resto de la columna Brito de San José de Tiznados.

No bien defendida la parte occidental de la ciudad, fue pronto invadida por el enemigo, quien ocupó la cárcel y puso en libertad [a] los presidiarios. Allí se dividieron en tres columnas: la primera se situó a la espalda de las casas interpuestas a la línea de barricadas que miraba al sur; la segunda pasó por detrás de esas casas hasta penetrar en la plaza de la Manga; y Morton con la tercera ocupó la callejuela fronterera a la batería situada en el ángulo norte de la línea de barricadas que miraba al oeste. Al primer cañonazo de la plaza, hizo Morton disparar un cohete que era la señal convenida para arrojar con flechas estopa ardiendo empapada en aguarrás. Las casas comenzaron a arder. Pero esto no hizo más que excitar la indignación y el denuedo de los defensores. Entonces Morton pidió la rendición de la plaza enviando un niño con una bandera blanca. Rechazadas fueron sus proposiciones. A decir verdad no peleaban ya los suyos, porque en completo desorden, no pensaron sino en el pillaje y la fuga. Quizá fue inoportuno el aguardiente que con pro-

13. A. Batalla, *op. cit.*, cap. XVII; *El Monitor Industrial* (Caracas), N^{os} 297, 301.

fusión se repartió antes de la embestida. Morton huyó por el mismo camino que había llevado.

Enfurecido Zamora al saber la desobediencia de Morton, ordenó al punto su prisión y enjuiciamiento; mas para dicha suya este llegó fugitivo a la Biruaca al propio tiempo que G. Segovia, quien se había adelantado a García en su marcha, y apenas hubo espacio para cruzar algunos insultos, pues Segovia no sabía de las órdenes de Zamora contra Morton, y como se viese el francés abandonado de su tropa, escapó hacia Achaguas con dos o tres compañeros y se internó en la provincia con ánimo de asilarse en el Brasil. Aprehendido después, fue trasladado el 21 de julio de Caicara a Ciudad Bolívar, de donde escapó a la larga disfrazado de marinero y se fue a Europa¹⁴. Por lo que toca a García, siguió a San Fernando, y sin cometer tropelías, embistió valientemente la plaza el 3 de julio por la noche; mas fue también rechazado y al día siguiente se retiró. Había entrado de Camaguán, poco antes de romperse el fuego, el general Brito, quien el 30 de julio batió a M. Segovia en el paso de Santa Lucía¹⁵.

En Guayana andaban mal entendidos el gobernador y el comandante de armas. Este, a despecho de aquel, mandó a Apure 200 hombres de la brigada de artillería y una compañía de Soledad en dos estimbotes, auxilios que llegaron con todo ya consumado el incendio del 21. Las fuerzas de Barcelona fueron también socorridas; las de Baca, que perseguía a Sotillo en la Boca de El Pao, con la compañía de Río Chico y parte de la brigada de artillería, que por insistencia del gobernador regresó a los cuatro días; y las del general Zamora con mil vestuarios que se le enviaron a El Pao por orden del mismo comandante de armas. Por lo demás de Barcelona fue llamado a la capital el comandante Capó, y de Cumaná los comandantes Peña y Rubín. Este se embarcó para La Guaira el 19 de julio con su columna y el señor José María Betancourt, gobernador de la provincia, a la cual se había destinado el comandante Mateo Plaza de comandante de armas y al comandante José de Jesús Vallenilla de jefe de la guarnición de la capital.

El estado a que habían llegado las cosas a principios de julio era tan

14. Véase: *Diario Oficial* (Caracas), N^{os} 75, 79, 93.

15. *Boletín Oficial* (Caracas), N^{os} 309, 312.

significativo, que Páez resolvió expatriarse voluntariamente. Participó al Gobierno su resolución y el 3 de dicho mes publicó su despedida, partiendo de Caracas y haciéndose a la vela el 7 en La Guaira para los Estados Unidos. Habíale abierto la Convención las puertas de la patria, le había llamado, y abrogado y condenado el 15 de julio del año anterior los actos que desde 1848 le habían despojado de sus grados, títulos y condecoraciones. Según la Memoria de Hacienda de 1860, los gastos ocasionados por su regreso a Venezuela fueron de 10.193 y medio pesos. En cambio, yendo aun más allá que los diputados de Oriente, ni él ni Quintero quisieron concurrir a la Asamblea Constituyente. Aunque no amigo de Castro, fue este a encontrarle a su llegada a la capital, y en el carruaje presidencial regresaron juntos, sin investir Castro carácter oficial. De varias maneras, se comentó la determinación del antiguo jefe de la oligarquía. Evidentemente, representando él y Rojas un papel equívoco y grave, era imposible ejecutarlo en tan incierta situación o durante la guerra, máxime después del fracaso del ministerio de las 30 horas. Convenía, pues, retirarse a un puerto seguro y esperar la pacificación del país, para emprender de nuevo la representación de su misión providencial. Lo cierto es que *El Heraldo* lanzaba a vuelta de frases desconfiadas, la siguiente parábola:

Un rey habitaba en su palacio a orillas del mar. Cierta día desconoció a sus fieles vasallos. Estaba loco; y volviéndose a las ondas que mugían, aumentando el estrépito de la tempestad, les dijo desde lo alto de la torre: “Vosotras sois mi pueblo: ese ruido me aclama. ¡Pueblo bullicioso y alegre! ¡Tú serás mi salvador!”. Y la tempestad aumentaba su rabia. El rey vuelve entonces la vista hacia los súbditos consternados que le compadecen: “Andad, les grita: yo bajo en busca de mis verdaderos amigos...”, y se precipita en el mar y se oculta en sus abismos. Desde entonces no se oyó hablar más del rey loco.

“El único hombre responsable del actual estado de la patria (exclamaba González) a quien deben bendecir o maldecir las madres, amar o aborrecer los pueblos, es el señor licenciado Francisco Aranda”¹⁶. La irritación del implacable periodista se recrudeció todavía más cuando el 26 de julio apareció una alocución de Castro, como para preparar en el ánimo de los pueblos el golpe de mano que de atrás venía meditando, y con ella una circular del

16. *El Heraldo* (Caracas), (20 de julio de 1859).

ministro del Interior a los gobernadores de provincia en que deslizaba artísticamente estos conceptos:

El Presidente de la República, firme en la política que trazó con el ministerio de 20 de junio, no se desviará en ella, cualesquiera que sean los obstáculos que se le opongan, manifestando cada vez más que no la ha aceptado ligeramente sino por la convicción de que rodeado de todos los ciudadanos que aman la libertad y desean el triunfo de los principios, asegurará la exclusiva influencia de estos, apartando las pasiones de los unos y venciendo la resistencia de los otros.

Y más abajo:

“Si en medio del trabajo que exigían las filantrópicas miras del ministerio, nuevas tentativas de guerra vienen a perturbar la obra de la paz, es necesario que nos unamos todos para rechazar tan infausto propósito con energía, con entusiasmo, con la resolución de vencer, si fuere necesario combatir, para abrazar luego a nuestros hermanos extraviados. No es que queramos vencerlos, es que forzados por su conducta haremos todo lo que sea necesario para que juntos afiancemos para siempre la libertad...”

“Si la cobardía, observaba *El Herald*, ¿si la cobardía levantase un día su imperio servido por eunucos, usarían otro lenguaje?”

Aranda, a pesar de todo, no se detuvo. El miércoles 27 de julio escribía González estas líneas, como editorial de su periódico:

“El ministerio subsiste (...).

“Se cumplieron nuestros pronósticos (...).

“Breves e infaustos han sido los días de la reacción (...).

“Voluntariamente se ha entregado a sus enemigos (...).

“Le cegó Dios para que no viera, y no vio, y cayó en los abismos (“Libro de la Sabiduría”) (...).

“¡¡¡Fuimos!!! (...).

“¿Qué porvenir aguarda a los hijos de Venezuela? (...).

“¿Aún podemos esperar? (...).

“¡Oh! ¡Si tuviéramos un jefe leal para luchar bajo sus órdenes por las instituciones!

“Nuestro corazón del tamaño del peligro no se amedrenta; pero (...).

“¡Viniera a la cabeza de la Administración el segundo Jefe del Estado, y la esperanza florecería en nuestra alma! (...).

“Someterse, como en Francia, a la opinión que triunfa, y no permitir se derrame más la sangre de los ciudadanos (...).

“El cielo, que preside los destinos de las naciones, salve a este pueblo (...).

“En cuanto a nosotros, hemos cumplido con nuestro deber con abnegación y valentía. Si es necesario una víctima, henos aquí: después del triste y momentáneo triunfo diremos como aquel Rey: *Gustavi paululum mellis, et ecce morior*”.

Hablemos aún de las inteligencias del gobierno con los revolucionarios. Además de las comisiones pacificadoras ya mencionadas resolvióse nombrar agente de paz para Coro al señor Esteban Aranda, hijo del ministro, debiendo precisamente tocar en Curazao para notificar al general Falcón los propósitos del nuevo gabinete, expresados en notas oficiales de este y en cartas de amigos de Falcón, de las cuales era de Castelli la principal. La cosa fue, según el mismo señor Aranda, así:

Se fletó para esta comisión una goleta mercante llamada la Exhibición, y no de guerra como dice equivocadamente el párrafo inserto de la citada *Historia*¹⁷, y que puso el gobierno a las órdenes del capitán Zenón Montero, en reemplazo del que tenía; mandó además a que se trasladase en ella de La Guaira a Puerto Cabello la compañía de milicias del capitán Antonio del Oyó, y así se hizo¹⁸. El señor Luis Level de Goda, parecerá extraño que siendo agente de la revolución, según él decía, se embarcase en compañía de un comisionado del gobierno, dando con esto motivos para darle a la comisión un color ajeno de su carácter, y necesita por esto de explicación. El señor general Castelli, impuesto de mi comisión por la carta exigida para el general Falcón por el gabinete, se interesó en que yo llevase al señor Luis Level de Goda, para que fuese a Barinas a incorporarse a la misión del doctor Bermúdez Cousin cerca del general Zamora, y corroborase con esta medida la verdad de las intenciones pacíficas del gabinete y que con su nombramiento acreditase al general Zamora de las intenciones rectas del ministerio. Fue con esta condición, impuesta por Level de Goda y acreditada, por la respetabilidad de su fiador, que se le admitió a bordo como miembro de la comisión. Llegada la goleta Exhibición a Puerto Cabello y desembarcada la compañía del capitán del Oyó, me presenté al coronel Mariano Tirado, comandante del apostadero, para que la despachara a Coro, debiendo tocar en Curazao. Se presentó la dificultad que debiendo tocar

17. La de L. Level de Goda, *op. cit.*, pp. 161-164.

18. El 23 de julio, según L. Level de Goda.

en puerto extranjero, no era Montero el capitán que figuraba en la patente de navegación, y por lo tanto había esta informalidad, que era preciso arreglar. Estando en estas dificultades se presentó el coronel Juancho Baptista y declaró, “que unos pescadores que acababan de llegar decían que habían visto dos goletas sospechosas que hacían rumbo al puerto, y que podía venir en ellas el general Falcón, según era voz del pueblo”. Resolvió el coronel Tirado que la goleta de guerra Democracia, armada de 8 cañones y al mando del comandante Cubillán, saliese a reconocer los buques dichos, e impidió la salida de la Exhibición. Se me informó al mismo tiempo que la goleta Tasia del señor Juan Laroche en efecto había ido a Curazao a buscar al general Falcón. Con esta noticia me dirigí a los hermanos de Laroche, mis amigos, y me manifestaron que efectivamente la Tasia había ido para Curazao, con ánimo de ofrecérsela al general Falcón, pero que no tenía tiempo de regresar. Con esta certidumbre volví a donde el coronel Tirado y se lo manifesté que permitiese la salida a la Exhibición para no perder tiempo, y que si en efecto era el general Falcón, regresaría inmediatamente, pero que si no era él, seguiría a desempeñar mi comisión. Accedió Tirado a mi exigencia. Ya se había hecho a la vela la goleta Democracia, y media hora después la Exhibición, pero yo no sé por qué, pero esta alcanzó a la de guerra y la pasó con mucho. Es de este lugar manifestar que al embarcarme nuevamente, encontré al señor Luis Level de Goda que ponía a bordo de un bote que trajo su equipaje, y se disponía a venirse él mismo a tierra. Reconvenido por mí sobre esta operación me dijo que se quedaba en Puerto Cabello, y fue entonces que le manifesté que si se le había permitido su embarque era con la condición de desembarcar en Coro, y que yo no tenía facultad para permitirle otra cosa, para de allí irse a incorporar a la comisión cerca del general Zamora, y que por lo tanto era este su compromiso. No se le puso preso como parece que él asegura, sino que se le evitó cometer una mala acción. El capitán Montero reconoció que era la goleta Tasia la que se veía que se separaba de la goleta Esperanza del señor Miguel Paula, que era la otra; y habiendo Montero detenido a distancia la Tasia, este manifestó que regresaba ya habiendo dejado en tierra al general Falcón, y que no llevaba a bordo más que cuatro marinos. Se le dejó aquel buque a la goleta de guerra y seguía Montero a reconocer la otra que puesta su proa en tierra, se vio que saltaban a tierra como cuarenta hombres, gente del general Falcón. Inmediatamente, cumpliendo lo que ofrecí al coronel Tirado, se hizo proa a Puerto Cabello a donde llegamos en la tarde del mismo día; di el parte correspondiente al coronel Tirado y regresé a La Guaira inmediatamente en la misma goleta Exhibición, y seguí a imponer al gobierno de Caracas del resultado de mi comisión.¹⁹

19. Esteban Aranda, “Carta al señor Domingo Antonio Olavarría, 13 de junio de 1895”, *Historia*

Tal era la situación de los asuntos públicos para fines de julio. La desconfianza, los temores, las amenazas, los proyectos de desagravio, la ansiedad y la incertidumbre de los ánimos habían alejado al vicepresidente de la escena pública. Apacible por organización no era Tovar hombre para desafiar aquella rugiente conspiración y menos para mezclar su voz al rudo lenguaje e inexorable saña de González y otros de sus partidarios. Salió de la capital ya al finalizar el mes de julio, “resuelto según se expresó más tarde en su manifiesto de 8 de octubre, a dirigirse a cualquier punto de la república donde encontrase un asilo el poder legal y con el firme propósito de sostener allí la constitución del Estado, que como vicepresidente de la nación había jurado defender”. En adelante cada hecho despertó tal interés y tales comentarios que es imposible callarlos²⁰.

El sábado 30 efectuóse en la casa de gobierno una conferencia de Estado secreta, a la cual concurrió Soublette. Sobre ella hubo diversas opiniones. Decían unos que su objeto era redactar y suscribir el acta de la Federación que el mismo presidente debía proclamar; según otros era con el objeto de señalar la condición impuesta por él al gabinete, de que le hiciese jefe del movimiento o por lo menos miembro del gobierno provisional. La conferencia terminó poco antes de las 6 de la tarde.

Agravóse el sobresalto público al saberse el mismo día 30 la rebelión de La Victoria, encabezada por el jefe de operaciones, Valero, poco antes destinado allí. Este suceso fue tan decisivo, que Castro “despojándose del carácter público que tenía” hizo circular de prisa en las primeras horas de la noche la proclama transcrita a continuación, obra según se cree de Rendón, y dictada a los cajistas a la sombra del sigilo y del misterio:

¡Venezolanos! —Lo dijo Bolívar, e imitando su noble ejemplo lo dije yo el 6 de marzo de 1858, y lo repito hoy con toda la efusión de mi patriotismo: “Tan solo

patria. Décimo estudio histórico-político. Refutación al “Manifiesto Liberal” de 1893, 2ª ed., Valencia, Venezuela, Tip. Artística Mijares, 1895 (582 p.), pp. 396-397.

20. Véanse los relatos de [Manuel Vicente de las] Casas y [¿Pedro?] Vallenilla [Guerra] en *El Tiempo* (Caracas), Nº 388; Valentín Espinal, *Documento para la historia. [Carta al venerable cura de El Tocuyo, presbítero José A. Ponte, fechada el 14 de septiembre de 1859]*, Caracas, s.e., 1859, 51 p.; *El Monitor Industrial* (Caracas), Nº 322; el *Diario de Avisos* (Caracas); *El Heraldo* (Caracas).

el pueblo conoce su bien y es dueño de su suerte; pero no un poderoso, ni un partido, ni una fracción. Nadie sino la mayoría es soberana”.

Por causas que no deben recordarse en estos momentos solemnes, la república sufría graves males en junio del presente año. Apenas pude así comprenderlo, se me vio buscar ansiosamente el remedio. Una transfiguración se obró en la administración el 20 de dicho mes, un nuevo ministerio trajo desde luego al Gabinete como brújula de la nave del Estado la voluntad popular, y el decreto de 21 puso el sello del olvido sobre los errores pasados, quedando todos los ciudadanos en plena posesión de sus derechos y con la más amplia libertad para expresar sus opiniones.

El programa que rubriqué en unión de los ministros, hartó reveló que el gobierno quería saber cuál era el sentimiento nacional para acogerlo y respetarlo; y en prueba de ello se impuso el deber de allanar los obstáculos, de resolver las cuestiones por pacíficos medios.

Si algunos han dudado y aún dudan de los beneficios de semejante política, es porque bullen desgraciadamente todavía las aspiraciones personales, triste herencia de tiempos malhadados; pero muy pronto serán aquellos reconocidos y laudados hasta por los mismos discrepantes con el advenimiento de la paz sobre la base indestructible de la soberanía.

Tiene el gobierno la conciencia de que no son las bayonetas las que le dan fuerza, sino su bondad. En las guerras civiles la victoria que se alcanza por la violencia o por el engaño, hace levantar siempre sobre ella una cosa que es peor que la derrota: *La ignominia*.

El gobierno se ocupa actualmente del examen de los últimos acontecimientos con fe y lealtad. Si apareciere que la federación que se proclama es el voto verdadero de la mayoría de la nación, el gobierno le prestará todo su apoyo. *Nadie sino la mayoría es soberana*.

¡Venezolanos! Os empeño mi palabra de honor.

Mas en cambio os pido vuestra confianza. Aguardad un poco. Cuando se trata de los grandes intereses de la patria, las medidas gubernamentales deben ser hijas de la calma y del raciocinio.

Que se ofrezca Venezuela ante el mundo civilizado con los hermosos títulos que le han conquistado su ilustración y su valor.

Venezolanos todos, no os precipiteis, no desoigais la voz de un gobierno que os habla con franqueza. Un día más y estarán coronadas vuestras esperanzas.

Caracas, julio 30 de 1859.

Julián Castro.

“La federación que se proclama... ¡Un día más, y estarán coronadas vuestras esperanzas!”. ¡Porque había llegado el caso de averiguar, según fue observado, en veinticuatro horas el voto verdadero de la mayoría de la nación! “No nos gustan las burlas” dijo en cierta ocasión González, después de haber empezado en tono de fisga una de sus filípicas. Por esta vez, el propio día 30, publicaba su segunda epístola al presidente, y concluía con esta amenazante despedida: “Adiós, general: el hierro va a sonar a sus oídos en vez de mis débiles palabras. ¡El cielo salve a la República y a usted!”.

He aquí, para mejor definir los hombres y los hechos la opinión de un contemporáneo. “Desde el momento en que el presidente de la República publicó tal proclama, cesó en mi concepto en la legitimidad constitucional de su mando, pues que no podía continuar en ella, ni aun llamarse gobierno, después que se declaraba en deliberación sobre adoptar o no el movimiento revolucionario y protestaba que lo adoptaría, si era el voto del mayor número. Relevándose él de la obligación de obedecer y escuchar en todo caso la ley fundamental que lo había creado, y concediéndose el deliberar sobre su existencia, cortaba el hilo que, atándolo a ella, le daba autoridad”²¹.

Aguardábanse por momentos los pronunciamientos de los valles de Barlovento y del Tuy, encabezados respectivamente por el general Miguel Acevedo y el coronel Pedro Tomás Lander, exigidos para proceder al de La Guaira por el general Pedro Vicente Aguado. El 31 de julio dio en efecto este el grito de rebelión en el pueblo de Maiquetía pronunciándose por la Federación, y marchando sin demora sobre La Guaira, cuya guarnición no pudo o no quiso resistir, se apoderó de ella.

Habíase diferido para el 31 el pronunciamiento de la capital; y como el llevar a cabo el golpe de Estado implicaba la prisión del vicepresidente y el designado, hubiérase procedido contra este, si advertido a tiempo que se repartía la proclama que se ha visto, no resolviera ocultarse en otra casa que en la suya.

“S.E. el Presidente interino de la República, invita a U. y espera se sirva concurrir a una reunión en su casa de habitación a la 1 de esta tarde para

21. V. Espinal, *op. cit.*, p. 12.

imponerse de acontecimientos graves que llaman la más seria atención, y auxiliar al gobierno con sus luces y consejos, en la deliberación que ellos demandan. Caracas julio 31 de 1859”.

A cien personas más o menos, entre las cuales se contaban los principales corifeos de la revolución en Caracas, se dirigió esta esquila. Cerca de sesenta invitados concurrieron, si hemos de creer a Espinal, que eran de reconocida hostilidad al régimen constitucional. Fue Aranda el primero que hizo uso de la palabra, y anunció que el objeto de la reunión era exigir la cooperación de los ciudadanos en las graves circunstancias que pesaban sobre el gobierno. Continuó el señor Blas Bruzual, y otros con él, expresando algunas ideas sobre la situación política del país. Entonces fue interpelado Castro por el general Castelli sobre si la cooperación que el gobierno exigía era en el sentido de la federación o en el de la Constitución. Aparece de las declaraciones rendidas ante la comisión sustanciadora en la causa de Castro, que una vez hecha esta categórica pregunta, púsose de pie Aranda, que se hallaba a la derecha del presidente, e iba a responder a Castelli, cuando aquel le agarró del brazo y le dijo: “Señor ministro, en el sentido de la Constitución”. No pasa esto de ser un argumento jurídico. Lo que podía y debía ser era que el premeditado plan subversivo encontrara justificación y razones en todos los que emitieron sus pareceres, que eran federalistas (Urrutia, Bruzual, García Mesa, Mariano Briceño). Díjose entonces con acierto que la Constitución no tenía nada de reprochable y que la federación era un pretexto²². Esta frase podía resumir toda la discusión. El señor Ramón Ramírez, que no estaba invitado y que había entrado al salón por instigaciones del capitán Pedro Vallenilla, se expresó en términos vehementes sosteniendo la necesidad de atenerse a la Constitución y estableciendo que desde el momento en que el presidente de la república sometía a pública controversia la materia de la proyectada federación, él abdicaba su poder constitucional²³.

Con esto disolvióse la reunión, habiendo ofrecido el presidente al dar las gracias a los invitados tomar en consideración sus ideas en bien de la patria. Conviene saber que de los miembros del gabinete, Rendón guardó silencio en el seno de la junta, y Echeandía ni siquiera asistió a ella. El resto del día pasó

22. *Memoria del Interior*, 1860, p. 9.

23. *El Monitor Industrial* (Caracas), Nº 323.

de este modo sin otra novedad que la publicación de las listas para constituir el gobierno provisional hecha en *La Libertad*, hoja periódica de los revolucionarios. Refiérese que en privado censuró Toro al presidente su confabulación y propósitos con palabras harto acaloradas y duras; cosa creíble, porque Toro fue de los que en seguida emigraron.

Oprimía el ánimo del presidente la magnitud de aquella empresa. La Federación por sí misma no era de cierto un *casus belli*. Tanto había en el camino de ella avanzado la Constitución de 1858, que, como lo observó Gual, su definitiva adopción era asunto de discusiones y ensayos ulteriores. Pero la Federación de una o de otra manera convenía en realidad a dos fracciones del Partido Liberal: la una radical, formada durante el gobierno centralista de los Monagas, y la otra moderada, que en muchos puntos se aproximaba a fusionistas del otro partido. Con su proclama del 30 de julio, Castro desafiaba la venganza de los conservadores, contando con llegar pronto al poder; mas en el caso de vencer, quedaban dos lejanos y formidables competidores, Falcón y Zamora, sin contar con los que, no manifestando su hostilidad, nunca le perdonaron el que se hubiese prestado a encabezar la revolución contra los Monagas y le apellidaban traidor. De esta suerte el comandante José Echezuría, que mandaba fuerzas en el Tuy, dio órdenes de acercarse a la capital, y otras de alejarse; del Guárico llamó las tropas a Caracas; al Tuy mandó de comandante de armas a Tomás Paz Castillo, y a Barlovento a Juan Bautista Arismendi, en reemplazo de Garrido. Hablaba a algunos amigos de irse a Puerto Cabello con las fuerzas de Caracas y un parque, o tomar la vía de Orituco. ¿Para qué este viaje? Se explicó cómo se quiso.

Entre tales acontecimientos durmiese la ciudad, cuando a la mañana del otro día, lunes, cundió la nueva inesperada de la prisión de Castro. Véase a continuación cómo fueron en un instante desbaratados los designios del presidente y las combinaciones de su ministro.

Era comandante de las armas de la provincia el coronel Manuel Vicente de las Casas, sujeto dotado de un carácter impasible y de gran intrepidez. Alistado en las tropas revolucionarias de 1848 con el grado de capitán, combatió en Maracaibo hasta que se rindió esa ciudad al gobierno. Dos veces herido y hecho prisionero, fue luego desterrado. En todas las insurrecciones posteriores tomó parte, y cuando triunfó la [Revolución] de Marzo entró a

Caracas mandando una brigada, y obtuvo a poco el nombramiento susodicho. Páez desconfió de él, y Casas incomodado resolvió presentar a Castro su renuncia por medio de una carta que no obstante le fue devuelta. A fines de julio, viendo la nueva política y no siendo afecto a ella, reiteró en forma su renuncia, aun ignorando en absoluto las tramas puestas en juego. El desenlace de estas no dio espacio para proveer aquella.

Constaba la guarnición de dos excelentes batallones, el Convención, y el Cinco de Marzo. Del primero, acuartelado en San Mauricio, eran jefes los comandantes José de Jesús González y Mateo Vallenilla; del segundo, acuartelado en San Jacinto, los comandantes Ramón Castillo y Camilo Prada. Estos jefes eran jóvenes distinguidos que ilustraron sus nombres en esforzadas luchas, hasta rendir tres de ellos la vida en servicio activo. El éxito del golpe de Estado dependía pues de la guarnición. Los directores del plan reaccionario, así y todo, se abstuvieron de tocar con los jefes de aquella. Muy al contrario Vallenilla afirmaba que el Presidente y sus ministros habían celebrado la noche del 31 una conferencia y dispuesto prender a los jefes militares para proclamar la federación. Ratifica esto un oficio del ministro de Hacienda de 7 de agosto al licenciado Rodríguez. Considerándose los jefes el blanco de las iras de los revolucionarios, de cuya mayoría eran poco menos que aborrecidos, determinaron al cabo adelantarse a los proyectos de Castro y proclamar ellos mismos la federación. Vallenilla en efecto, cuando esto tuvo lugar, dijo con exaltación que él prefería mil veces a Falcón que a Castro²⁴.

En consecuencia, presentáronse a Casas los hermanos Vallenilla la noche del día en que se efectuó la conferencia de Estado. Comunicáronle el pensamiento consabido y reclamaron de aquel su inmediata cooperación. Casas, que sin duda ignoraba las verdaderas miras del gobierno, se negó por de pronto y les manifestó que aquello le parecía una locura. No obstante, el 31 de julio a medianoche, ya recogido en su casa el coronel, llegaron a él algunos jefes y oficiales de ambos batallones a participarle que habían resuelto y arreglado que a las 6 de la mañana siguiente concurrirían las tropas con sus jefes a la plaza Bolívar y proclamarían la federación y al general Falcón como jefe de ella. Rogáronle a Casas que encabezara el movimiento,

24. Comunicación verbal del doctor Cadenas.

advirtiéndole que Castro quedaría arrestado en su propia casa por su guardia permanente, que era la compañía de cazadores del Convención al mando del capitán Vallenilla. Aunque los jefes de los batallones no hablaron palabra sobre gobierno provisional, entró el coronel en la sospecha de que estuviesen ellos de acuerdo con algunos liberales de nota y bien que la adopción del sistema federal no fuese de sus simpatías, como tuviese por seguras las violencias de la reacción y por imposible el continuar un día más con el presidente, aceptó al cabo las proposiciones de los jefes militares, mal su grado²⁵.

Los amigos de Castro, por su parte, le infundieron hasta la última hora sus recelos acerca de las prevenciones hostiles que observaban en la tropa. Inseguro y vacilante pensó primero marcharse a La Guaira, y como le indicase el coronel Nicomedes Zuloaga, gobernador de la provincia, que creía que ese puerto se había pronunciado por la federación –no solo porque así lo mostraban las noticias que circularan y las que él mismo había recibido, sino porque al dirigir un telegrama la noche anterior del 31 al jefe municipal se le participó en la Oficina Telegráfica que la línea estaba interrumpida– optó luego salir por Orituco y seguir a Calabozo. Sucedió a questo a las seis y media de la mañana. A las ocho y media en que ocurrió el arresto se hallaba en casa con su hermano, uno de sus hijos y el general Soubllette, a quien guardaba Castro grandes miramientos. Cual estaba entendido, custodió su propia guardia²⁶.

Al punto, porque era cosa también convenida, bajó una parte del Cinco de Marzo con el comandante Prada y se situó frente a la Catedral, mientras que el Convención con el comandante González formó frente al palacio de gobierno. A poco llegó el coronel Casas, y cumpliendo lo ofrecido proclamó la federación y al general Falcón como jefe de ella. Pocas personas notables repetían los mismos gritos, acogidos con frialdad o con sorpresa, pues apenas fueron imitados por algunos que se asomaron a los balcones de la casa de gobierno. Otras, menos avisadas o más audaces, tomaron las cosas con mayor fervor. Un grupo de federalistas se adelantó así al parque y pidió amenazante armas y municiones, pero la guardia, por orden del capitán Lisandro Lecu-

25. Véase el relato del señor A. Calcaño, citado por D.A. Olavarría, *op. cit.*, p. 383.

26. Véase: *El Independiente* (Caracas), N° 85.

na, hizo fuego sobre ellos, y heridos por de pronto dos, los demás al punto se dispersaron. Ocurría en este momento preciso el arresto del presidente.

Retiradas las fuerzas con sus jefes a sus cuarteles, se dirigió Casas al palacio de gobierno. Cuando subió a la sala del Ejecutivo, encontró allí a Echeandía, Rendón, Urrutia, Bruzual y algún otro. Estos insinuaron al coronel que era menester dar al movimiento un carácter popular, convocando una reunión de ciudadanos padres de familia, que nombrasen un gobierno provisional, mientras venía el general Falcón. Aceptada esta indicación por Casas, expidió al efecto una proclama, que publicó por bando el [batallón] Cinco de Marzo, paseando entonces libremente por las calles las banderas amarillas.

“¡¡Ciudadanos!! El Comandante de Armas y Jefe de la guarnición de esta plaza, correspondió a la expresión de la voluntad pública de esta ciudad; hemos aceptado el pensamiento nacional de la federación, cuyos principios proclamamos y al general Juan C. Falcón como jefe de este movimiento, invitamos al pueblo de Caracas para que a la una de esta tarde nos constituyamos en San Francisco para la elección de un gobierno provisorio que presida y dirija el movimiento popular a los altos fines de libertad y progreso a que el pueblo aspira en el nuevo orden de cosas que quiere darse. A un pueblo civilizado como tantas veces lo ha demostrado ser el de Caracas, parece excusado recomendar la moderación y respeto al orden que distingue al republicano. La voluntad del pueblo es nuestra guía: las armas que llevamos son la garantía del orden y de la libertad. —¡Viva la Federación! ¡Viva el general Juan Crisóstomo Falcón!! —Caracas, agosto 19 de 1859. —El coronel comandante de armas, Manuel Vicente de las Casas. —El primer comandante del batallón Convención, segundo de la guardia, José de J. González. —El primer comandante del batallón Cinco de Marzo, Ramón Castillo. —El segundo comandante del Cinco de Marzo, Camilo Prado”²⁷.

Debemos ocuparnos ya del general Falcón. Nació en 1820 en la parroquia de Buenavista, península de Paraguaná. Su padre era oriundo de Santo Domingo. En un colegio de Coro regentado por el señor Mariano Raldíz hizo algunos estudios, aunque sus inclinaciones le llamaban a deportes

27. V. Espinal, *op. cit.* Obsérvese que falta aquí la firma del 2º del Convención.

como la esgrima, la caza y una vida inquieta y agitada. Pasó así una temporada en San Felipe como negociante de café, y habiendo sido encausado, salváronle las influencias de su padre. Cuando surgieron los movimientos eleccionarios de 1846 regresó a Coro y se afilió primero al bando progresista (conservador) y luego a poco al patriótico (liberal). Dos años después fue hecho comandante de milicias y acompaña al general Valero; se encuentra en Taratara bajo las órdenes del general Portocarrero, y en el sitio de Maracaibo bajo las del general Castelli, quedando entonces de comandante de armas de la provincia de Coro. Este puesto conservó hasta 1855 en que ocurrieron las manifestaciones antisemíticas²⁸, si bien con algunas interrupciones motivadas por los hechos de armas de la Bocoa, Salineta y el Coduto, pero desde 1853 era general de brigada. En 1857 reemplaza a Trías en la comandancia de armas de Barquisimeto. Allí dicen unos que recibió, y otros que no, la carta llevada por el señor Fermín García en que Páez le invitaba a la revolución; trató empero sobre ella con Castro, mandó a Jesús María Hernández a Coro, siguió luego en persona, pasó a Caracas y regresó a Coro con el nombramiento de jefe de operaciones de occidente. En tal estado se mantuvo hasta la llegada de Yepes con órdenes de Monagas para que se sometiese a la Revolución de Marzo.

Habiendo sido, como se ve, un poco secundario su papel en la política y en las armas hasta 1858, llegó con todo a ser jefe de la Revolución Federal, por haberlo indicado, a lo que se cree, en este sentido el general José T. Monagas en marzo o abril de aquel año, lo que es muy posible, pues la conducta observada por Falcón en medio de los manejos de los conspiradores fue bastante digna; y llamado que fue a Caracas en el mes de abril por el general Castro, tuvo con este una conferencia poco amistosa, por no encontrar el último al primero dispuesto a imitar su desleal conducta. Examinando los días disipados de su juventud y los de su poder, sus escasas glorias militares antes de 1858 y la prudencia de sus campañas después, su flaca energía y el influjo que impuso a sus voluntariosos conmiltones, el miedo supersticioso

28. Véase el convenio celebrado el 5 de agosto de 1857 por Conde y Van Rees, y aprobado el 9 de octubre de 1858 por la Convención Nacional; y, Cecilio Acosta, *Cosas sabidas y cosas por saberse. Federación colombiana, tolerancia política, universidades e instrucción elemental, y cuestiones holandesas*, Caracas, Imprenta de Jesús María Soriano y Compañía, 1856, 31 p.

con que veía pasar el mes de febrero²⁹ y su intrepidez indecisa o indiferente, aparecen líneas cruzadas o tortuosas en el diseño de su carácter y su genio. Tenía todas las condiciones de un desequilibrado, y en verdad pocos hombres han sido tan diversamente juzgados como este.

Refiriéndose a él escribía *El Tiempo* de Bogotá:

Los periódicos oligarcas de Caracas nos habían hecho creer que tanto este señor Falcón como todos sus compañeros de lucha y de martirio, eran por lo menos unos semibárbaros aspirantes a la dominación del sable y nada más, cometiendo en sus correrías todo linaje de delitos y abominaciones; esperábamos por lo tanto encontrarlo rudo y áspero en el trato y con las marcas del crimen y del salvajismo en la fisonomía; y nuestra sorpresa ha sido grande cuando entrando en relaciones con él, nos hemos hallado con un sujeto de culta inteligencia, de finas maneras, de simpática presencia, revelando en todo austeridad de principios y de costumbres, y ansioso de establecer bien su reputación entre los hombres honrados de todas partes.³⁰

Y con motivo de una de sus proclamas, la de Curbatí, observaban sus adversarios: “Esta proclama hace honor al general Falcón por los sentimientos de civilización que contiene y que confirmó prácticamente con el buen trato que dio a nuestros prisioneros. La humanidad de Falcón luce como planta exótica entre la ferocidad que practican sus compañeros”³¹.

Pero en cambio, ¡qué de acusaciones contra él! Desde los mismos federalistas como Bigotte y los que usaban del inmerecido anagrama que se le inventó³² hasta el apasionadísimo rasgo biográfico escrito por González³³ se agotaron los insultos. Dicen que Zamora solía llamarle desdeñosamente “Doña Juana”. En producciones preparadas de antemano, en el juicio momentáneo del periódico, en los días de la Revolución de Marzo, en el curso de la guerra, después de la caída de este personaje, siempre hubo saña para recordarle. Tras la opinión arriba citada de *El Tiempo* añadía González este comentario:

29. Jacinto Regino Pachano, *Biografía del mariscal Juan C. Falcón*, París, E. Denné Schmitz Editor, 1876 (480 p.), p. 139.

30. *El Herald* (Caracas), (25 de julio de 1860).

31. *Manifiesto del general Juan Crisóstomo Falcón. Su contestación. Biografía de aquel*, Caracas, Imprenta de Zaramendi, 1860, p. 15.

32. “Flojo como un sacristán”.

33. Juan Vicente González, “Un perfil de Juan C. Falcón”, *El Herald* (Caracas), N^{os} 41, 43.

Dudamos mucho que los señores Murillo y Ancízar sean los autores del Editorial en que se hallan estos conceptos. Parece escrito más bien por el joven de brillante inteligencia, bicho pedantesco, esclavo del pavo real Falcón, cuya cola alaba, que recibió de su padre la empalagosa charla y las mañas del gitano. ¿Con que Falcón, con sus maneras afectadas, sus aires de jaque, su ignorancia crasa, su torpe ambición y su miseria, ha aparecido a los redactores de *El Tiempo* como un mesías *de culta inteligencia, de finas maneras, de simpática presencia, revelando en todo austeridad de principios y de costumbres?* ¿Se juzga el alma por los ojos? ¿Se quiere que la figura presente visiblemente el corazón? ¿Qué especie de modales, de risa, de movimientos deberían corresponder al espíritu innoble del jefe cobarde las facciones? ¿Qué línea de rostro debía indicar al que robó a los judíos en Coro, cuál otra al fugitivo de Taratara, cuál más al que se despojó cobarde del mando y de su tropa ante Ezequiel Zamora, cuál en fin al traidor infame que vino a unirse a la escuadra extranjera en septiembre de 58 para combatir contra su patria? ¡Bella muestra han dado de talento y juicio los redactores de *El Tiempo*!³⁴

Desde Curazao escribía a Cordero el coronel Martín esto: “La carta del señor Berrizbeitia para el general Falcón ha ido ya. Este es un esclavo a quien Monagas puso como librea las decoraciones del general. Por lo mismo se pronunciará, pero cuando no dude del triunfo”³⁵. Y aun C[ecilio] Acosta a quien no se podía acusar de inclinado a la acritud y a la calumnia, escribía estas frases, ya terminada la carrera política del general:

Metía la mano acá, la retiraba allá; y en nombre del principio autonómico, de que tanto se ha abusado, y que era una palanca a su disposición, y contando con hombres que eran su hechura, y con una situación artificial que era su obra, lo dirigía todo como un telar en que él podía echar a su sabor la urdimbre y trama. Los presidentes, salvo raras excepciones, eran los que él quería, las legislaturas su inspiración, el todo su escabel, y él reinando. Para eso, para conservar la fidelidad del crimen y hacer efectiva la connivencia, tenía a la mano el erario público, que le servía para corromper algunos cómplices, y además, cuando no quería dar sino reservar para sí lo que él consideraba su patrimonio, la propiedad particular, que sirvió con frecuencia de cebo a la codicia oficial.³⁶

34. *El Herald* (Caracas), (25 de julio de 1860).

35. ¿? Martín, Carta del 16 de marzo de 1858. Del archivo del general Cordero.

36. C. Acosta, “Leyes secundarias”, *Doctrina federal. Leyes secundarias*, reproducidas y recopiladas de orden expresa del Poder Ejecutivo Nacional de los EE.UU. de Venezuela. Caracas, Imp. El Federalista, 1869 (108 p.), p. 61.

La posteridad será tal vez más justa o por lo menos más indulgente.

Después de la invasión de Zamora resolvió Falcón mandar a Coro a Antonio Guzmán Blanco para que combinase operaciones con el primero. Guzmán fue hecho prisionero por el general Cordero, quien al cabo de algunos días le dejó en libertad. Pasado este incidente, permaneció en Curazao el jefe de la revolución. De suyo sabía esperar. Decidida la política de junio, tuvo Falcón en ese mes una entrevista con los señores Juan Lagrange, Carlos Engelke y Carlos Hahn, a quienes Castro había expresamente mandado de comisionados al club revolucionario³⁷. Falcón a su vez envió otra comisión compuesta de los señores Guzmán Blanco y Level de Goda, sirviéndose Castro, para ingeniarse en el asunto del doctor Urrutia, el cual en efecto ideó y señaló a los comisionados de Falcón dos planes de invasión. Consistía el llevado por Guzmán en efectuar el desembarque por barlovento, poniendo así a disposición de los insurrectos vecinos a la capital los elementos de guerra de que disponía Falcón; mientras que el llevado por Level contaba con adquisición de la plaza de Puerto Cabello, donde era jefe principal el señor Ramón José Matos, y estando la guarnición del fuerte al mando del coronel Mariano Tirado, y presuponía el desembarque en las costas inmediatas a sotavento de aquel puerto. Conocedor Falcón de estos lugares, o pareciéndole lance menos arriesgado, adoptó en resolución el plan comunicado a Level, y penetró el 24 de julio por Palmasola. Ya hemos visto en otro lugar algunos pormenores de este movimiento. Perseguida una de las goletas que conducían a los invasores, embicó y fue capturado por la tarde en las playas de Morón, con parte de los equipajes de Falcón y otros oficiales³⁸. Lo demás arribó con felicidad a bordo de la Tasia. En la playa se encontraba el general Gabriel Guevara con 70 hombres aguardando a sus amigos. Este, sin embargo se mostró poco después partidario de Zamora, que no de Falcón.

En Palmasola hizo conocer Falcón al país su alocución. Nombró al general Wenceslao Casado jefe de Estado Mayor. A pesar de todo, siempre tuvieron lugar los pronunciamientos alrededor de Caracas como se ha visto, conforme al plan comunicado a Guzmán. Tirado y Matos fueron arrestados y

37. Véase un oficio de Cordero, fechado el 2 de septiembre en Puerto Cabello; una carta de Esteban Aranda en D.A. Olavarría, *op. cit.*, p. 396; y L. Level de Goda, *op. cit.*, pp. 161-164. Este último es muy minucioso al referir semejantes manejos entre los conspiradores de aquel tiempo.

38. *El Monitor Industrial* (Caracas), N^o 312.

destituidos el 30 de julio, quedando de jefe político de Puerto Cabello el señor Luis Iribarren. Entre los equipajes apresados habíanse encontrado cartas de Tirado y Enrique Lara en que llamaban con insistencia a Falcón³⁹.

A la hora señalada se efectuó la reunión convocada en la plazuela de San Francisco. Habría unas 150 personas, y eran de las que con mayor vehemencia habían manifestado sus opiniones. “Algunos menos exaltados, que comprendieron que no podrían convenir en las calidades que se buscaron para la elección, se retiraron: los jefes militares, aunque habían situado sus batallones cerca del lugar, tampoco quisieron tomar participación alguna, con lo que el nombramiento quedó exclusivamente entregado a los que más temor podían infundir a los autores de los sucesos del día”⁴⁰.

Quedó organizado así el servicio civil y militar de la provincia. El Poder Ejecutivo [lo] constituían el doctor García, presbítero Rivero, licenciado Morales, señor Hurtado, doctor Ruiz. A las 6 de la tarde mandose llamar al comandante Rafael Urdaneta, y se le informó al llegar que había sido nombrado secretario de Guerra. Urdaneta encontró funcionando al doctor Gonzalo A. Ruiz como secretario del Interior, al señor Nicolás Martínez, de Hacienda, y al doctor Jesús María Blanco, de Relaciones Exteriores, nombramientos que se comunicaron de palabra a los elegidos⁴¹. Gobernador, señor García Mesa; comandante de Armas, general Silva: el nombramiento le fue comunicado al acto, y lo aceptó. Comandantes del Convención, Encarnación Magallanes y Alejo Mijares; del Cinco de Marzo, Julián Fernández y Salustiano Caballero. Habían establecido el nuevo gobierno en la casa del señor Tomás Muñoz y Ayala, nombrado allí mismo tesorero pagador, situada entre las esquinas de La Palma y San Pablo:

En el nombre de Dios Todopoderoso. Reunidos nosotros los ciudadanos de Caracas, con el objeto de establecer y nombrar un gobierno provisorio, que asegure el orden y tranquilidad pública, y preste todas las garantías que necesita la sociedad para su conservación bajo el imperio de la razón y de los principios que proclamamos solemnemente, declaramos:

39. *El Heraldo* (Caracas), (19 de noviembre de 1859).

40. V. Espinal, *op. cit.*, p. 19.

41. Declaración de Urdaneta, el 26 de septiembre de 1859, ante el juez Paúl.

1º El gobierno de Venezuela será desde hoy y para siempre popular y federal.

2º Reconocemos como Jefe Supremo de la Nación al ciudadano general Juan C. Falcón, mientras tanto los pueblos de la confederación, bajo la forma que se dieren, expresen su voluntad.

3º Nombramos para constituir el gobierno provisorio provincial, mientras se obtiene la voluntad de la provincia, a los ciudadanos doctor José Manuel García, doctor José Manuel Rivero, Estanislao Rendón, licenciado Juan de Dios Morales, Juan Crisóstomo Hurtado.

4º Se nombra al ciudadano general José Laurencio Silva, Jefe de las Armas de la Provincia.

Dado en Caracas a 1º de agosto de 1859, año 1º de la Federación.⁴²

Satisfechas estas formalidades, púsose el gobierno de San Pablo en comunicación con las facciones de La Guaira, el Tuy, Barlovento, Aragua y otros lugares más o menos allegados a la capital, y en un instante se vio esta cercada por un considerable número de tropas. Algunos de los que habían concurrido a San Francisco (Urrutia, Echeandía, Bruzual) manifestaron por otra parte a Casas que no debía reconocer lo hecho allí, porque no había en la reunión arriba de 150 individuos, y estos eran, entre paréntesis, los que habían dicho antes del arresto de Castro, que en su venganza le arrastrarían por las calles.

Eran las 4 de la tarde cuando, oído esto, resolvió el coronel constituir el gobierno a nombre de los batallones de línea, según parece⁴³, designando para componerlo a Soublette, Urrutia, Echeandía, Rendón y Silva. Los tres últimos se excusaron. En la noche se provocó una reunión con los de San Pablo, a la que asistieron el arzobispo, Urrutia, Soublette y Bruzual. Esta reunión resultó del todo infructuosa. Urrutia entonces propuso a Casas que asumiera la dictadura, ofreciéndole el apoyo de las fuerzas que mandaba en el Tuy el coronel Lander, a cuyo efecto le mostró una carta de este. Casas con todo se abstuvo de emplear tan peligroso expediente, y al anochecer se separó de Urrutia sin que se hubiese resuelto nada.

42. *El Monitor Industrial* (Caracas), N° 347.

43. *El Monitor Industrial* (Caracas), N° 323.

Conviene por lo demás notar que una vez aclamado el general Falcón del modo que se ha visto, había dispuesto el comandante de armas que fuese una comisión a Curazao, donde se hallaba aquel para que le participase lo ocurrido, y que esto no tuvo lugar porque en la noche del 1º fue sabido por un despacho llegado de Puerto Cabello, que Falcón había desembarcado en la provincia de Yaracuy, estando además insurrecta La Guaira por obra del comandante militar de ella, Carlos Plaza, y en poder, como viene dicho, del general Aguado.

No quedó, pues, ninguna autoridad constitucional en la casa de gobierno sino Casas, el cual esperaba de un momento a otro la irrupción de las tropas federalistas que los miembros del gobierno provisional habían llamado. A media noche se acordó de Silva. De Silva, cuya buena índole se apreciaba, bien así como sus cualidades militares, a pesar de su última e inexplicable campaña de Barinas. El coronel se dirigió a casa de él. Encontrole metido en la cama y envuelto en abrigos, porque fingió estar enfermo. Intentó explorar su actitud y ofrecerle el mando de los batallones, caso de encontrarlo propicio; y en las pocas palabras que cambiaron díjole Silva que había ofrecido sus servicios al gobierno de San Pablo. Casas al punto se despidió y tornó a la casa de gobierno. “Nadie se me acercó, dice, durante la noche que pasé solo, paseándome en los salones del palacio de gobierno, lleno de perplejidades, como el que acomete una empresa para la que no se ha preparado”⁴⁴. Al amanecer, cuando se retiró a su casa, recibió del comandante Villasmil una nota suscrita por Urdaneta, como ministro de Guerra, ordenándole poner las fuerzas de su mando a las órdenes de Silva. El coronel no la contestó.

Cuanto a la junta de San Pablo, ella permaneció en el despacho, trabajando en la organización y seguridad de su gobierno: dictaban apresuradamente medidas de defensa, allegaban tropas, solicitaban armas, mandaban disponer del tesoro, llamaban hacia la capital a los jefes alzados en los valles circunvecinos, publicaban decretos⁴⁵. Por disposición de García Mesa fortificáronse los milicianos de Pineda, armados días antes por Casas de orden de Castro, en tres edificios situados al oeste de la plaza de San Pablo, y se avisó también repetidas veces a Aguado para que acudiese en socorro de la junta.

44. Manuel Vicente de las Casas, Notas y observaciones. Manuscrito.

45. *Memoria del interior* (1860), p. 11.

Moviose en efecto este general el 1º al anochecer con unos 400 soldados y una pequeña pieza de artillería; y aunque trató Silva de evitar un derramamiento de sangre, o previó acaso lo inútil del movimiento y mandó al efecto orden expresa a Aguado para que contramarchase, pero no lo supo aqueste o no quiso obedecer, y a las 8 de la mañana apareció en Camino Nuevo y ocupó el cerro del Calvario y los arrabales occidentales de la ciudad, situando en el puente de San Pablo la pieza de artillería.

En las primeras horas de la mañana del 2 elevaron a las autoridades muchos ciudadanos una representación en la que significaban que habiendo cesado Castro en el ejercicio del Poder Ejecutivo, reconocían a Tovar, y en su ausencia a Gual, como sucesores legítimos. Este papel suscribían los señores Mariano Ustáriz, Pedro Manrique, Ángel F. Álvarez, Manuel Cadenas Delgado y Luis Ezpelosín y otros. Cerca de las 10 apareció en la plaza Bolívar una manifestación, formada de gentes de todas clases y encabezada por Francisco Michelena y Rojas, el doctor Luciano Arocha y el doctor Manuel M. Echeandía.

Michelena había llegado de El Valle el día anterior. Noticioso de la acefalía del gobierno, exploró ante todo la actitud de la guarnición por medio del comandante Báez, y hallándola favorable, prometiose agitar al día siguiente la opinión popular en defensa de la constitucionalidad. Este hombre singular, cuyos largos viajes le habían dado celebridad, participaba bien de la ingenuidad y la violencia de la multitud. Con más verbosidad que ilustración escribió una obra, cuyo solo título anuncia el carácter del autor, refutando ciertas aseveraciones de Humboldt acerca de la geografía y etnografía de la Guayana. Anciano ya, se propuso continuar la exploración del Alto Orinoco, y yendo una vez enfermo de Yávita a Pimichín dióle muerte un árbol de súbito abatido en la furia de una tempestad.

Cuando se empezaba a firmar la representación ha poco indicada, la federación había súbitamente perdido terreno. Quizá influyó en esto el modo como se procedió a organizar el gobierno provisional y hasta el personal mismo de él. La reacción partía de agrupaciones diversas y con una simultaneidad que excluía la premeditación, y preciso es decirlo, pues en ello se insistió harto, la traición de los conservadores. El general Hernández, Cadenas y dos o tres más se encaminaron a eso de las 8 de la mañana a la casa de gobierno, adonde

ya Casas había tornado tras su contestación a Villasmil, y significaron al coronel que era menester resolver algo, y que lo más cuerdo era volver a la legalidad, es decir al régimen constitucional. Casas no deseaba otra cosa. Aceptó la indicación sin vacilar, y notificándola enseguida a los jefes de los batallones, estos la aceptaron también; solo que por información del señor Antonio Blanco se supo que el vicepresidente estaba fuera de la capital. Tornó de nuevo a la casa de gobierno y en el camino encontró un ayudante del general Silva, quien de parte de él dijo a Casas que el general estaba dispuesto a encargarse del mando de las fuerzas. “Ya es tarde”, respondió el coronel. Luego autorizó a Cadenas para que anunciara al designado que podía ir a ocupar su puesto.

Cadenas desempeñó al punto su comisión, no sin asegurarse por sí mismo del apoyo de Vallenilla, y, por medio de Zuloaga, del de Castillo. Brevemente instruyó a Gual de lo acaecido, y brevemente se decidió el anciano a encaminarse a la casa de gobierno en compañía de Cadenas y algún otro, quienes a la verdad abrigaban temores de que por alguna parte fuese aquel atropellado en el trayecto de la Merced a la plaza Bolívar. La señal convenida era: “¡Viva la Constitución!”. En la esquina de San Mauricio, Vallenilla contestó al momento e hizo destacar una compañía que escoltase al magistrado. Más adelante veíanse los milicianos formados desde la casa de gobierno hasta la esquina contigua; ellos contestaron, al acercarse el designado, presentando las armas y batiendo marcha regular.

Poco antes de esto, y luego que pasaron los manifestantes, había sido llevado Castro al palacio de gobierno por una compañía del Convención al mando del capitán Leonardo Espinosa. Iba a la cabeza el expresidente, sin uniforme, de sombrero de Panamá y sacudiendo nerviosamente el pantalón con un bejuquillo. A la entrada de Gual paseábase Castro agitado de un extremo a otro de la sala. “—Y bien, doctor! ¿Qué es esto? ¿Quién gobierna aquí?”, profirió yendo a su encuentro. “—Esto es una revolución”, repuso tranquilamente Gual. Conferenciaron. Pasaron, por evitar la invencible curiosidad de los espectadores, a la sala del despacho del Poder Ejecutivo. Sentados junto a la mesa de la oficina, Castro se defendía, conociendo cuanto valían la razón y la ley en el ánimo de Gual. “—¿Se aclama la Constitución?—objetaba—. Pues bien, ¡yo soy el presidente constitucional!”. Para los espectadores, que en este momento lograron forzar la puerta, el argumento no carecía de solidez. Se habían puesto de pie los dos magistrados y Cadenas, que asimismo terciaba

en la conferencia. Este puso ambas manos sobre los hombros del general y le dijo: “Se proclama la Constitución y usted es el Presidente constitucional; ¡pero usted está preso!”. Era la fórmula de la violencia.

Cadenas mismo y el doctor José de Jesús Paúl le llevaron a la prisión, que fue aderezada en la propia casa de gobierno. Al atravesar la muchedumbre amenazole y llevó la mano a su sable un viejo militar. Coraje intempestivo. Algo más adelante uno de sus edecanes, el comandante Juan Clemente Casas le llamó traidor. “—¿Traidor yo? ¡No! —contestó aquel—. ¡Traidores fueron los que conmigo cenaron como amigos, y a la mañana siguiente me declararon preso!”. Enfurecido el comandante levantó la mano amenazante; pero más rápido que él anduvieron Cadenas y dos hijos de Castro, interponiéndose el uno y precipitándose los otros al lado de su padre.

Todo esto significaba a los ojos del público una cosa muy cierta, y era que de hecho Castro había sido despojado del mando. Pero a los ojos de Gual el derecho prevalecía sobre el hecho, y Castro en suma no había abdicado su autoridad. Hubo, pues, de intervenir a manera de árbitro o mediador el general Soublette, a quien, como tenemos dicho, oía Castro con particular deferencia. Entendiéronse estos dos generales en conferencia privada. Al mediodía más o menos hicieron llamar al designado para manifestarle que el presidente había resuelto hacer su dimisión. Acto continuo redactó Cadenas el documento y una proclama que anunciaba a la nación esa renuncia:

El Presidente interino de la república al Excelentísimo señor Presidente del Congreso.

Circunstancias y sucesos diversos casi todos desgraciados han conducido a la república a una situación calamitosa y gravemente peligrosa. Mis deseos y mis intenciones han sido las más puras y ardientes por corresponder a la confianza con que me honró la Nación, elevándome a la presidencia de la república; pero mis deseos y mis intenciones han sido frustrados, mis intenciones han sido mal comprendidas. La república está en armas, las provincias en disidencia y los ciudadanos y el ejército no tienen la confianza en mi gobierno que tanto necesario para dominar la situación; y esta desconfianza ha llegado hasta el extremo de que un motín militar me ha puesto en arresto en mi propia casa. Ayer ha proclamado la Federación y luego la Constitución de la república.

Por más dolorido que esté mi corazón siempre está palpitante en patriotismo y siempre alimenta el deseo del triunfo de la justa causa que proclamó Venezuela en marzo de 1858. Mi gloria la cifraba en conducir la República hasta

que en la reunión del primer Congreso constitucional y en el nombramiento del primer presidente quedara afianzada la futura prosperidad de Venezuela. Pero considerando hoy que mi continuación en el puesto de presidente interino puede ya ser un obstáculo a la realización de mis más ardientes deseos por la felicidad de Venezuela, o bien porque impida la reunión de las secciones que se hayan separado, o bien porque perjudique a la reconciliación de los partidos y por tanto a la pacificación de Venezuela, me he decidido a renunciar desde hoy la presidencia interina de la República para que el Congreso la considere en su próxima reunión, protestando no volver a ejercer el Poder Ejecutivo, encargando de él a los magistrados designados por la Constitución para suplir faltas absolutas del presidente.

Ofrezco este sacrificio a mi patria, porque es lo único que me quedaba por sacrificarle, y pido a Dios fervientemente que este mi procedimiento produzca la dicha y felicidad de la República.

Caracas, 2 de agosto a la una de la tarde en mi prisión en la casa de gobierno.

Julián Castro.

“¡Venezolanos!

Cesó el general Julián Castro en el ejercicio de sus funciones... ¡¡Ha renunciado!! Y en la ausencia de S.E. el vicepresidente de la república de esta capital, yo el designado estoy encargado del Poder Ejecutivo constitucional.

¡Venezolanos! El arca santa de la legalidad y de nuestras libertades se ha salvado; y ella a su vez nos salva a todos. A ella, y únicamente a ella, están unidos los destinos de la patria.

¡Venezolanos! Un esfuerzo, uno solo, pero supremo, unánime, uniforme, y en breves momentos la tranquilidad será restablecida en toda la República.

¡¡¡Viva la Constitución!!!

Caracas, agosto 2 de 1859”

El designado firmó la proclama y extendió en seguida esta nota:

República de Venezuela. —Caracas, agosto 2 de 1859 —Excmo. señor Manuel Felipe de Tovar, vicepresidente de la República.

Con esta fecha me ha remitido el Excmo. señor general Julián Castro la siguiente comunicación:

“Señor designado doctor Pedro Gual. —Habiendo extendido mi renuncia de Presidente interino de la República, la cual acompaño para que le dé el curso

conveniente, le excito a que en ausencia de S.E. el Vicepresidente de la República, se sirva inmediatamente encargar del ejercicio del Poder Ejecutivo. —Soy de V. atento servidor — Julián Castro”.

Esta comunicación y el documento a que ella se refiere están en mi poder, y en consecuencia excito a V.E. a encargarse del Poder Ejecutivo, en cuyo ejercicio estaré hasta que llegue V.E. a la capital.

Soy de V.E. atento servidor.

Pedro Gual”.

Obtenida la renuncia manifestó Gual a Castro que estaba en libertad y podía retirarse a su casa; pero esto, según afirmó aquel después, no fue posible realizarlo, “por el estado de agitación y desconfianza pública que ponía su persona en inminente peligro”; motivo por el cual expuso a Castro que le sería difícil impartirle la protección conveniente fuera de la casa de gobierno, y en estas circunstancias permaneció en ella el expresidente hasta el 29 de septiembre, en que asumió el mando Tovar.

Mientras que este cambio ocurría, los miembros del gobierno provisional continuaban sus trabajos. Dos centinelas armados de trabucos guardaban la entrada de la casa. Desplegaban mucha actividad cuando por boca de un caballero, el doctor Fernando Arvelo, supieron lo acontecido en la casa de gobierno. Tras la sorpresa, la cólera y el temor, gritaron que era una infamia, y acto continuo se pusieron a salvo con tal desapoderamiento, que ninguna providencia tomaron con los milicianos acuartelados en San Pablo. Vióseles dirigirse en grupo hacia San Felipe y desaparecer. El padre Rivero, uno de los más exaltados y vehementes, había exclamado poco antes: “¡Vamos a hacer un juramento sobre la Estigia contra estos oligarcas!” En el momento del peligro fue otra cosa. Cabalgando en la precipitación y el terror, huyó con sus compañeros⁴⁶.

Ignoramos hasta qué punto serán exactas las aseveraciones de Espinal que resumen los actos de las juntas gubernativas. Dice él que el 19 de agosto al caer el día el arzobispo, Soublotte, Urrutia, Rendón o Bruzual y Casas, en conferencia privada, resolvieron parlamentar con los de San Pablo, y que en efecto lo hicieron, pero sin asistir el último; que Urrutia propuso dos soluciones, a

46. Comunicación verbal del doctor F. Arvelo.

saber: convocar a las parroquias todas para la elección de un nuevo gobierno provisional, o bien reunirse y reconocerse mutuamente los dos poderes ya elegidos; que no estando concluidas estas negociaciones a las 8 y media de la noche, se difirió su continuación y término para el día siguiente, quedando citados para reunirse a las 8 de la mañana del día 2 en el palacio arzobispal; que a la medianoche Silva convino con Casas en aceptar el mando militar de la provincia, a condición de conservar en sus destinos a los jefes y oficiales, y al mismo Casas en el de comandante de Armas; que reunidos el martes a la hora prefijada el arzobispo, Soublotte y Urrutia, recibieron un mensaje de los de San Pablo en que aseguraban que ya estaba zanjada la dificultad; y que no satisfechos con lo que oían, acordaron que fuese Urrutia a ver lo sucedido por sus propios ojos y que al punto se encaminó a la casa del gobierno provisional de San Pablo, enviando después un mensaje a sus colegas en que les hacía saber que todo estaba conciliado.

Fijarse individualmente en la conducta de Gual, Zuloaga, Casas, Vallenilla, Castillo y Silva, para descubrir una perfidia no sería tal vez lo más acertado. Excusa tienen los que escribieron al triunfar la federación, que lo creyeron oportuno y satisfactorio; pero el examen de los hechos en conjunto, solo permitiría imputar a uno u otro la culpa de improvisados errores. Espinal habla de supuestos arreglos hechos con Silva por el coronel⁴⁷. Conocemos la entrevista de ambos, y sabemos por la expresa confesión de Casas que no hubo tales arreglos; pero conviene recoger aquí las palabras del escritor y sus acusadoras reticencias: “Tributándose la mayor justicia posible, solo debe creerse que Casas habló con sinceridad a Silva; y que luego, obrando sobre sus cansados ánimos (los de los jefes militares) en las horas subsecuentes, las mismas amargas reflexiones que habían sobrevenido a su elección del Gobierno de San Pablo, los decidieron al fin en opuesto rumbo. En fin (prosigue en la página siguiente) yo he negado mi oído a tan indignante concepto (el de la traición alegada): lo he combatido en todas ocasiones, aun a algunos de mis propios amigos: le he cerrado mi asentimiento, *aunque sea solo para que no me humille la convicción de que nuestra infeliz patria abrigue también tan horribles iniquidades*”. (Las palabras en cursivas son subrayadas por mí). Casas por su parte observa: “El recuerdo de los conflictos y angustias que me

47. V. Espinal, *op. cit.*, p. 27.

asaltaron en la noche del 1^o de agosto, cuando solo, sin con quien cambiar una idea, me paseaba por los salones del palacio, me acompañará hasta el sepulcro: la responsabilidad que pesaba sobre mí me afectaba tanto más cuanto que yo no tenía otro móvil al prestarme a encabezar aquella revolución, que salvar de conflictos a las familias de Caracas por la índole de la contrarrevolución que se tramaba”⁴⁸.

Así, mientras que los unos quieren que los jefes militares estuviesen aparejados para proclamar sin condiciones la Federación y reconocer a Falcón como jefe de ella, y que al observar la desaprobación con que el hecho fue acogido desistieron de su intento y se contrapronunciaron por el gobierno constitucional, el redactor del *Diario de Avisos* y Espinal están conformes en dar a Casas la enunciada regla de conducta. En los actos del 19 de agosto Vallenilla y Castillo obraron a su manera; mas el aislamiento en que luego cayeron, y con ellos Casas, de parte de los hombres de Estado, hubo de alargar la confusión y la crisis. Inexactitud debe de ser de Espinal, cuando refiere que Zuloaga proclamaba en persona la Federación en la plaza Bolívar. A esa hora acababan de dejarle en su casa los doctores Parra y Cadenas y el señor Mendoza, a quienes aseguró que los jefes militares se proponían obrar por su cuenta. Además, las declaraciones de Casas y Vallenilla contrarían a Espinal en este particular. Zuloaga, Parra y los exministros combatían los planes de Castro, pero ignoraban la conspiración urdida por los jefes militares.

En la misma inercia política de Casas fue aprisionado Silva. Sus vacilaciones dejaron sin fuerza a sus compañeros del gobierno de San Pablo; y es indispensable notar a este respecto que ya para el mes de julio existían en Caracas dos círculos liberales, ambos militantes en la mira de proveer de jefe a la revolución, y ambos rivales, en cuanto que los unos trabajaban por Falcón y los otros por Zamora, y que esta circunstancia, que por lo pronto favoreció la anarquía en los días próximos al 2 de agosto, en adelante la llevó al seno mismo del ejército federal. Así el arzobispo, Urrutia, Urdaneta, Pineda, F. Estévez, J.M. Blanco y otros trabajaban por Falcón; y Bruzual, Rendón, García Mesa, Juan Crisóstomo Hurtado y José Manuel García, por Zamora.

De otro género fue el reparo que se hizo al procedimiento del designado y su escrupulosidad en no encargarse del mando hasta recibir la formal

48. M.V. de las Casas, *op. cit.*

renuncia del presidente. Afirmábase que fuera de que la destitución de este era un hecho consumado, del cual podía apenas retroceder sin riesgo de entronizar la anarquía, Castro caía por manifiesta infidelidad a sus juramentos, y que por otra parte la Constitución disponía que la renuncia se hiciese ante el Congreso y solo por él fuese considerada. Pero todo ello se avenía sin esfuerzo a la corrección de Gual. Aclamada como fue la legalidad, era desde luego preciso ajustarse a sus formalidades y entrar en un estricto orden de cosas que justificase a todas luces la absoluta legitimidad del gobierno representado por Gual, y en cuanto a la renuncia de Castro, recibíola aquel para darle el curso legal, absteniéndose con todo de admitirla. Quedaba en su fuerza el artículo 155 de la Constitución. Por lo demás, la asunción del mando ocurrió hacia el mediodía. A las once y media de la mañana se rompieron los fuegos en la plaza de San Pablo y sus inmediaciones y durante cinco horas se sostuvieron.

Desde la mañana habíanse dictado medidas contra la posibilidad de un ataque simultáneo de las fuerzas federales. Acuarteláronse algunos milicianos en el antiguo convento de San Jacinto y se montaron dos piezas de artillería. Cuando apareció el general Aguado en las alturas del oeste se distribuyeron armas a los milicianos y se les hizo marchar al sitio del combate a las órdenes del comandante Capó, junto con un trozo de caballería de los comandantes Echezuría y Madriz, una compañía del Cinco de Marzo y otra del Convención. Dos cañones fueron manejados por el capitán de artillería Carlos Mendoza. Pero el esfuerzo de Aguado no fue grande. Al ver la resistencia desplegada, no pensó más que en retirarse, dejando en el puente de San Pablo el cañón, de que se apoderó una compañía del capitán F. Moreno. Por la calle de San Juan contramarchó el general federalista y por la fila se dirigió a Maiquetía, a donde llegó en la mañana del 4 [de agosto]. No así los milicianos de Pineda, que así desamparados no pensaron sino en combatir. Conforme a los usos de la guerra fueles intimada la rendición, mas ellos la rechazaron. A las tres de la tarde el coronel Casas mandó a Vallenilla que con dos compañías de su batallón y una pieza de artillería sacada del parque acosase a los rebeldes. El cuartel fue asaltado poco después y tomado a fuego y sangre.

Al acercarse la noche viose el despojo sangriento de la jornada. Las paredes pintarrajeadas de rojo, puertas y ventanas acribilladas de agujeros, heridos acá y allá. “Es una parranda que vamos a tener”, dijo Rubín alegremente a Espinal cuando sonaron los primeros tiros. Cuando hubo cesado esa

“parranda” se recogían unos sesenta cadáveres que había ella costado, amén de los heridos, que fueron numerosos. Cosa de 150 prisioneros, entre ellos Pineda, tuvieron los federalistas.

CAPÍTULO III

La actitud firme y reflexiva del designado había ciertamente salvado a los conservadores; pero la jornada del 2 de agosto se llevó a efecto mediante un concurso de eventos complejos y fatales que desorganizaron en alto grado las funciones administrativas, para restablecer las cuales en su manera ordinaria había menester una larga serie de combates. Encontrábase interceptada la capital del resto de la república por facciones que la circundaban, y eran los más importantes cantones insurrectos, por su misma proximidad a Caracas, los de La Guaira, Petare, Guarenas, Santa Lucía y Ocumare, mientras que a mayor abundamiento se internaban hacia el Tuy y El Valle las facciones de Aragua, y hacia el oeste de Petare las de Barlovento.

De este modo el 4 de agosto por la tarde aproximose a Caracas, moviéndose del Tuy, el coronel Lander a la cabeza de unos mil hombres. Rubín sale a su encuentro, le derrota en Piedra Azul y le obliga a encerrarse en Charallave. Contra los de La Guaira mandose el 11 de agosto una comisión de paz compuesta del Ilmo. señor Guevara y el señor Valentín Espinal. Nada obtuvieron; y habiendo hecho saber el comandante Clemente Zárrega al gobierno que dada su amistad con Aguado, se ofrecía para ir a él, e invitarlo a conferenciar, convínose en darle para ello una escolta de 500 hombres. Fue recibido a balazos el 8 de agosto, y sea que, empeñado el combate, se retirase cuando ya había logrado ciertas ventajas, es lo cierto que su expedición fue agriamente censurada por el público. Visto el revés, dejose para más tarde esta empresa, y se mandaron otros jefes a Barlovento y al Tuy, anunciando el designado, en su proclama del 14, que habían sido desatendidas sus instancias conciliadoras

por los jefes revolucionarios de La Guaira, imitando ese proceder los de los cantones ya arriba enunciados.

El 15 de agosto resolvió el designado constituir libremente un nuevo gabinete. Las personas nombradas fueron estas: Morales Marcano, Interior y Justicia; Cadenas Delgado, Hacienda; Machín Quintero (nombrado el 16) Relaciones Exteriores; general Hernández, Guerra y Marina; y quedaron entendidos de que su existencia era temporal y transitoria en el ministerio, pues el vicepresidente se encomendaba confirmarlo o no cuando tornase. Rubín, por excusa del coronel Casas, reemplazó a Hernández en la Jefatura de operaciones de la provincia. El 19, como asunto de fórmula, se revocaron en absoluto las facultades antes concedidas a las comisiones pacificadoras: sus miembros, a proporción que fueron aprehendidos, sufrieron juicio en los tribunales competentes¹.

Rompiéronse con esto vivamente las hostilidades. El 18 de agosto hace desalojar el comandante Capó 400 que había en El Rodeo. Desde este punto destacó Rubín el mismo día al comandante Garrido con una columna de 100 hombres que de pronto se vio cercada en El Tamarindo por fuerzas superiores antes de llegar a Guarenas. Era Acevedo, que volviendo de Guatire aprovechó excelentes posiciones en aquel sitio. Garrido no obstante se defendió con bizarría hasta las 5 de la tarde, cuando llegó el grueso de la fuerza: un porfiado combate sostuvieron hasta la caída de la noche el Convención, un escuadrón de caballería y algunos milicianos contra 300 fusileros, que a esa hora abandonaron a Guarenas, guiando hacia Los Reventones, camino de Barlovento. Hasta Guatire fueron perseguidos². Por otra parte, el general J.M. Zamora penetraba el 14 hasta Orituco.

Al Tuy fue enviado Echezuría, quien el 20 condujo a Charallave la columna Caracas, y obligó a Lander a huir precipitadamente buscando su incorporación con Acevedo. Echezuría ocupó el 21 a Ocumare³.

Por otra parte, el coronel Armas, comandante de armas del Guárico, penetraba el 13 hasta San Juan de los Morros; el comandante militar de El Baúl, Felipe Lara Vásquez, se mantenía allí con unos 200 hombres en la defensiva,

1. *Diario Oficial* (Caracas), N^o 4.

2. *Diario Oficial* (Caracas), N^{os} 4, 8.

3. *Diario Oficial* (Caracas), N^{os} 5, 7.

teniendo que rechazar a fines de agosto varias partidas, verdaderas chusmas, de Carmen Pérez y otros, resultando insuficientes los auxilios de tropa que el 29 recibió del coronel Julián Ramos, jefe de operaciones de El Pao y Girardot⁴. Aunque estas y otras fuerzas trataban de comunicarse con la capital de la república, no por eso eran eficaces los esfuerzos que esta hacía en el mismo sentido y en el de quitar la incertidumbre y la desorganización militar que Castro había dejado. Esto se prestaba a audaces tentativas de parte de los federalistas, tal como puede verse en dos órdenes generales de la jefatura de Caracas, de 22 y 24 de agosto⁵. Ambas oportunas. La primera relativa a la disciplina de los cuarteles, con ocasión de la muerte del comandante Alejandro Figueroa; la segunda dirigida a los milicianos, con ocasión del acercamiento de tropas insurrectas de La Guaira, que avisadas por los miembros del gobierno federal que permanecieron ocultos en Caracas y considerando distraída la guarnición de esta, probaron a apoderarse de ella en la mañana del 23. La trama fue conocida desde el 16, y en suma, los invasores retrocedieron, a causa del pronto armamento de la milicia y la llegada de Rubín a la ciudad.

Eran, pues, secundarias las ventajas obtenidas por el gobierno, quedando, como quedaron, interceptadas la vía marítima por La Guaira, y la terrestre de occidente por La Victoria. Destacado por el activo gobernador de Carabobo el comandante Manuel Atanasio Menéndez en operaciones sobre Aragua con la brigada Carabobo, forzó este el 30 de agosto las posiciones enemigas de La Cabrera y rindió a viva fuerza la guarnición de Maracay al mando del comandante Ramón de la Plaza; mas fue atacado a su vez al día siguiente en la tarde por 600 hombres y dos piezas de artillería que al mando de los coroneles Oyarzábal y García fueron despachados de La Victoria, avisados que fueron los jefes de esa plaza del suceso de La Cabrera por el jefe político federal de Maracay. Ellos redujeron a Menéndez al recinto de la plaza, y convencido del peligro este bravo militar, advirtió al anochecer a los pelotones que no habría santo y seña ni jefe de día, y así continuó peleando toda la noche y el día siguiente en que fue a la tarde socorrido por la compañía de la brigada de artillería de Valencia que desplegada en guerrillas y tomando una casa aspillerada en que se apoyaban con un cañón de a 4 los federalistas, los puso

4. *Diario Oficial* (Caracas), N° 24.

5. *Diario Oficial* (Caracas), N°s 5, 7, 8; *Memoria del interior* (Caracas), 1860, p. 15.

en retirada⁶. Por lo que hace a la vía marítima, tan luego como llegaron a Puerto Cabello las noticias de la rebelión de La Guaira y el pronunciamiento de Caracas por la federación, reunió el general Cordero las autoridades civiles y militares para inducir las a protestar contra tales hechos, e hizo el 3 de agosto una declaratoria en su nombre y en el de la guarnición de la plaza y la del Fuerte Libertador, en el sentido de apoyar el poder legítimo constitucional y de recibir cualesquiera de los magistrados supremos representantes de ese poder para establecer allí el asiento del gobierno. El 4 despachó a La Guaira la goleta de guerra 5 de Marzo, que arribando en la mañana del 6 comenzó el bloqueo del puerto, uniéndosele más tarde cuatro embarcaciones y una columna auxiliar que llevó el comandante Luis Uztáriz en el vapor Venezuela. El nombramiento de jefe de operaciones de Puerto Cabello, hecho en Cordero, fue disposición de Ramos, quien por orden general del 8 de agosto en Valencia hizo una declaratoria análoga a la anterior, disponiendo que cerrada como estaba la plaza por barricadas, debía ser considerada desde entonces como plaza fuerte, no solo en su recinto, sino una legua en contorno, y que regirían en consecuencia en ella las ordenanzas militares en todas sus disposiciones vigentes.

Contribuyó a esta actitud resuelta y firme de Carabobo la actividad, sensatez y energía del señor Luis Iribarren, quien como designado por enfermedad del gobernador, sustituyó a este el 9 de agosto. Consecuencia fue la derrota de Leiciaga, que con 1.200 hombres mal armados reclutados en Los Naranjos debía incorporarse el 13 o el 14 a Falcón. Como las tropas de que disponía Ramos eran insuficientes para atacar a este último, situado en Montalbán, optó por frustrar al primero su operación, a cuyo efecto fue destinado el comandante Menéndez con 700 hombres, en dos columnas. Este se avistó con Leiciaga el 14 al amanecer en las sabanas de San Pablo, tres leguas al sur de Valencia. Leiciaga fue batido, teniendo unas 100 bajas, muertos unos en el campo y ahogados los otros en el río Paíto⁷.

Casi al mismo tiempo se dirigían de El Tinaco a San Carlos, con ánimo de apoderarse de esta ciudad, el doctor Eloy Guillermo Montenegro y Magdalena Barreto. El jefe de la división de reserva del ejército de occidente

6. *Diario Oficial* (Caracas), N^{os} 17, 24, 28.

7. *Diario Oficial* (Caracas), N^o 13.

entrega 250 soldados y 50 caballos del comandante Francisco Miguel Pérez Arroyo para impedir el movimiento. Tenían los federalistas 300 soldados apoyados en una laguna a banda derecha del Orupe, reforzados sus flancos por 500 jinetes y protegidos al frente por el caño de La Aguadita que apenas podía pasarse, y esto uno a uno por los restos de un antiguo puente. El comandante Rafael Carabaño ejecutó hábilmente esta operación con 90 soldados de la columna de Caucagua. Llamada luego la atención de la caballería, se la hizo abandonar su posición, y aislada la infantería fue cargada a la bayoneta. Ahogáronse muchos en la laguna y quedaron en el campo 49 muertos. Los derrotados tornaron a Tinaco y Pérez a San Carlos. Fue esto el 12 de agosto⁸.

Repuesto el gobierno de su primera sorpresa, pudo volver su atención a la reconquista de La Guaira. Resolvió, pues, confiar el 31 de agosto a Rubín una división, que era casi toda la fuerza de que la capital disponía. Ideó este bajar desde luego con la división por Las Dos Aguadas. Como Aguado tenía su cuartel general y se había fortificado en Maiquetía, mientras que Delfín Armas ocupaba La Guaira, húbole de indicar el coronel Casas que hiciese concurrir un destacamento por Maiquetía, porque en el supuesto más favorable el enemigo tendría libre el camino de Carayaca para retirarse hacia Aragua y el Tuy, y hasta para acometer a Caracas, que quedaba casi desguarnecida. Convino en la observación Rubín, pero exigió como condición indispensable que se encargase el coronel del peligroso ataque de Maiquetía. Aceptado por este, puso a disposición del jefe de operaciones algo más de 700 hombres de los batallones de línea y milicias, y se reservó él sobre 500, conviniendo ambos en marchar al otro día y romper simultáneamente los fuegos mediante un sistema de señales a las 8 de la mañana del 2 de septiembre. La división se componía de una columna conducida por Garrido, que salió por Galipán, esta era la derecha, y debía apoderarse del fortín de El Pájaro y recibir allí órdenes, y de una brigada o centro bajo el inmediato mando de Rubín, que incluía una columna de vanguardia, otra del centro, y como retaguardia dos compañías, una compañía de rifleros y gran parte del 5 de Marzo; esta tomó el camino de Las Dos Aguadas. La brigada de Casas incluía una parte del Convención y había de marchar por la carretera con alguna anticipación,

8. *Diario Oficial* (Caracas), Nº 15.

pues tenía que recorrer un trecho más largo. En tal disposición pernoctaron el día 1º, Garrido en Todo Flores, Rubín en Río Grande y Casas en Curucutí.

Moviéronse estos cuerpos al amanecer del 2. Desde Río Grande fue mandada una descubierta de 80 hombres con el capitán Manuel Blanco, que se apoderase de las primeras alturas donde se alzaban los antiguos fuertes de San Agustín y San Carlos. Las órdenes se ejecutaron con precisión, puesto que minutos después de las 8 se rompieron los fuegos en El Pájaro y San Agustín y resonó el cañón en Maiquetía. Nos contraeremos primero a los movimientos efectuados sobre el puerto.

Adueñado Garrido del fortín de El Pájaro, contribuyó con sus rifleros a apoyar la descubierta y vanguardia del centro que a pesar de un vivo fuego de las baterías de San Fernando y La Explanada ocuparon a San Agustín, el puente de Dulce Sueño y luego La Vigía. El enemigo, sin defender El Colorado, replegó a la plaza en desorden, entonces la descubierta y vanguardia bajaron al atrio de San Juan de Dios y a la derecha a El Cardonal y al mercado protegido este por una parte de la columna que quedó en el alto del Carmen y protegiendo a su turno el desembarco del comandante Uztáriz. A las 10 obraban sobre las baterías de la plaza dos piezas de artillería emplazadas por la retaguardia en El Colorado y tres goletas bloqueadoras, que apagaron los fuegos en San Fernando, debilitaron los de La Explanada y el cuartel de la Alameda e interceptaron el camino de Maiquetía. Bajaron entonces a la Aduana las compañías del 5 de Marzo, ocuparon el resguardo y la capitanía del puerto, forzaron a la bayoneta una barricada que cerraba la plaza de la Alameda, y ocuparon sin resistencia otras levantadas en el camino de Maiquetía, más allá de los últimos almacenes de la Aduana, y tras una empeñada lucha, el cuartel mismo de la Alameda cuyo frente fortificado dominaban los rifleros de El Colorado. Quedando a las 2 de la tarde en posesión de los federalistas La Explanada, el parque, la cárcel, una barricada adyacente en la esquina de esta y otra en la de El Cardonal, bajó Rubín de El Colorado y ordenó una carga general a la bayoneta a las columnas apostadas en el mercado y en El Carmen, y frente a la cárcel y el parque. Demolida la barricada de El Cardonal, hizo replegar la tropa el fuego de La Explanada; mas aquella perforó una pared de la calle, ganó el pie de la muralla, salvó el foso allí abierto, escaló el muro y tomó por asalto la batería, pudiendo así penetrar Uztáriz por la puerta misma de la muralla, y Estévez en la cárcel, forzado que hubo la barricada contigua. La plaza estaba tomada.

Menos completo fue el triunfo del ala izquierda de la expedición. Al amanecer del 2 destacó el coronel Casas dos compañías con prácticos, para que bajando por el camino viejo despejasen la entrada del pueblo, estableciesen comunicaciones con él y ocupasen las alturas de la plaza del Tamarindo. Los prácticos desertaron y la operación quedó frustrada. A poco fue el jefe de la descubierta detenido por una ancha zanja que defendían guerrillas apostadas en los cerros. Unos 800 hombres había distribuidos en las alturas y atrincheramientos del pueblo. Dispersadas a cañonazos las guerrillas de los cerros, fue cegada la zanja y se hizo bajar por un camino que daba a Pariata y obrar por la izquierda la caballería con el comandante Luis Mendoza y dos compañías pertenecientes al batallón del comandante Carlos Madriz. La brigada continuó entonces la marcha en la formación de columnas por cuartas y al paso de ataque, recibiendo un fuego mortífero de la torre de la iglesia y casas circunvecinas y sobre todo de los cerros: haciendo al principio disparos de cañón y fusilería y marchando después al trote, cargó por la calle principal y el puente hasta apoderarse de la iglesia. A las 10 de la mañana ya se habían incorporado las compañías de Madriz, pero los 20 soldados que defendían la torre prosiguieron haciendo fuego hasta las 2 de la tarde que se rindieron. Subió luego Casas a la torre e hizo fijar la bandera de señal.

Aunque se habían divisado desde el camino algunos fogonazos hacia La Guaira, nadie contestó de allí, ni nada se escuchaba que indicase combate. El ataque de los atrincheramientos fue en efecto el arma blanca. Un sol ardiente brillaba: en los cerros aún molestaban las guerrillas; en la plaza acechaba atrincherado el enemigo. Se dispuso por tanto que la tropa formase en algunos lugares de sombra, se destinó una compañía a hacer patrulla del pueblo a la playa del mar, buscando comunicarse con los navíos, y se mandó al capitán Vallenilla con dos compañías y un práctico por la hacienda de El Rincón a flanquear las guerrillas, ocupar las alturas y hallar comunicación con Rubín. Esta exploración fracasó también por engaños del práctico.

Como a las 5 de la tarde apareció una goleta e hizo en sus bordadas fuego sobre Maiquetía, tal que Casas vio rodar a sus pies las balas que el buque lanzaba, no obstante estar ondeando la bandera de señal sobre la torre, por lo cual fue personalmente a la playa a detener los fuegos. Resuelto por lo demás a pernoctar allí, mandó al comandante Capó a que reconociese la posición de la casa de El Rincón, y como no le satisficiesen sus informes, ocupó la iglesia

y dio instrucciones a la compañía que rondaba sobre la playa, contrayéndose él mismo a reconcentrar sus tropas que en busca de alimento se habían dispersado. A las 9 de la noche hizo notar al comandante Madriz que no tenía la mitad de las fuerzas, y escribió luego al gobernador lo que ocurría. En la madrugada recibió comunicaciones de Caracas imponiéndole del suceso de La Guaira.

La causa del obstinado silencio del puerto fue que, posesionado de él Rubín a las 3 de la tarde, se abstuvo de marchar sobre Maiquetía. Permitió embriagarse a sus soldados que esparcidos por las calles interrumpieron el tráfico, y con agrias expresiones se opuso a que se obrase sobre Maiquetía, permitiendo solo que fuese una goleta a hacer sobre el pueblo el ataque referido⁹. De este modo cuando el capitán Vallenilla se disponía en la mañana del 3 a ocupar las alturas, supose que Aguado había abandonado la plaza, a cuyo fin reforzó sus avanzadas, hizo dos o tres disparos de cañón sobre la iglesia a eso de las 4 y avivó sus fuegos hasta las 7 de la noche, hora en la cual efectuó su retirada. Quedaron algunos pelotones haciendo un tiroteo hasta la madrugada, cuando ya habían escapado Hermoso y Berroterán. Un piquete de caballería enviado a Catia en exploración reconoció la fuga del enemigo por esa parte.

Los constitucionales tuvieron 58 muertos y 201 heridos; los federalistas 107 muertos, 179 heridos y cosa de 500 prisioneros, fuera de los heridos que se pudieron llevar de Maiquetía, que fueron casi todos. Las pérdidas de Casas en su arriesgado ataque fueron más bien sensibles, a causa de haber perecido el 1^{er} comandante del Convención José de Jesús González y el teniente de artillería Roberto Mocatta¹⁰.

Las tropas federales huyeron por Carayaca y la Colonia Tovar buscando la plaza de La Victoria, ocupada como se sabe por sus compañeros. Estos, por su parte, habíanse consternado con los reveses de La Cabrera y Maracay; mas a la llegada del general Aguado cobraron nueva audacia y determinaron de mantenerse amenazando la capital.

9. *Diario Oficial* (Caracas), N^{os} 16, 17.

10. *Diario Oficial* (Caracas), N^o 20; M.V. de las Casas, Notas y observaciones, manuscrito.

El gobierno en consecuencia despachó contra ellos una división al mando de Rubín. Componíanla tres brigadas al mando de los comandantes Casas, Ustáriz, Vallenilla y Estévez, que recibieron orden el 12 de septiembre de encontrarse todas ocupando El Consejo al día siguiente por la mañana, porque su itinerario fue diverso. Contábase además con el auxilio de Menéndez desde Maracay. Algo después de la hora convenida desalojó la descubierta en El Mamón una avanzada de caballería enemiga: marcharon en seguida Casas y Ustáriz destacando por la hacienda Tovar una compañía de la columna Rubín, y tras un vivo tiroteo de media hora penetraron en El Consejo. Diose allí algún descanso en la tropa, y a las 11 y media prosiguieron.

Poco después de las 3 de la tarde penetraron en la Calle Nueva de La Victoria, en hileras a derecha e izquierda reforzadas con una pieza de artillería. En llegando a las primeras bocacalles desplegaronse columnas de entrambos lados con orden de apoderarse de las que había al sur y norte de la plaza. El grueso de la división continuó por la calle principal hasta tropezar con la casa de la gobernación y una barricada construida en la esquina de Machado; las columnas flanqueadoras fueron también detenidas por otras barricadas que cerraban todas las entradas de la plaza. El asalto de esta se dispuso desplegando guerrillas que se apoderasen de la parte sur de la población y enviando la compañía de cazadores del Convención a ocupar un cerro que domina el Calvario, donde 100 hombres lo defendían. Al mismo tiempo se efectuaron trabajos de zapa sobre las barricadas del naciente y norte, de suerte que a las 6 fueron estas abandonadas, replegando a la plaza sus defensores. Reunidos entonces los diferentes cuerpos y amparándolos por lo pronto en los atrincheramientos ya tomados y apagados también los fuegos de la casa de la gobernación, el enemigo cedió por completo, y refugiado en la iglesia parroquial y en una casa de azotea, allí se rindió. Las bajas de los asaltantes fueron 11 muertos y 61 heridos; los de la plaza las tuvieron en número mayor: más de 120 entre unos y otros, y obra de 100 prisioneros. Desde las 5 había abandonado la ciudad el general Aguado con un grupo de oficiales y tropa, tirando por La Otra Banda hacia Villa de Cura¹¹. Faltó la cooperación de Menéndez; pero es de notar que a este habían tratado de engañar los federalistas con un simulado ataque de La Victoria para hacerle abandonar sus posiciones.

11. *Diario Oficial* (Caracas), N° 20.

El 16 de septiembre a mediodía moviéronse los vencedores hacia Villa de Cura, y al otro día pernoctó en Guasduas la división. El 18 por la mañana fue sabido en Los Colorados que el enemigo había evacuado a Cura y retirándose a San Juan de los Morros, y así fue ocupada aquella villa sin resistencia el mismo día. San Juan que estaba en poder de José Antonio Oyarzábal, no fue rescatada sino hasta el 27 por Rubín¹². Los restos de la facción de Aragua fueron a reunirse cerca de San Francisco de Tiznados, donde fueron despedazados por tres columnas del comandante Simón Madrid el 3 de octubre. Habíase encargado del mando el general Valero¹³. Con el hecho de armas de La Victoria quedó expedita la vía de occidente hasta Barquisimeto.

Hacia el sur de Aragua eran también hostilizadas las facciones, sin descanso. Medrano que había pasado el Portuguesa y juntándose a los rebeldes de Guardatinajas, fue batido el 5 de septiembre en El Medanito, cerca del río Tiznados, por 300 hombres del comandante Elías Hurtado. Una gruesa partida de Dionisio Seijas fue lanzada de sus posiciones en La Mesa de El Sombrero, el 7 de septiembre, por el coronel Armas. San Casimiro fue ocupado el 28 de septiembre por Echezuría, replegando los federalistas a San Sebastián de donde los expulsó el comandante Francisco Rodríguez, huyendo aquellos a San Francisco de Cara¹⁴.

No estaban más a su sabor los caudillos federales al este de Caracas. Las formidables posiciones de Reventones donde se mantuvieron Acevedo y Lander fueron asaltadas por los comandantes Southerland, Echezuría y Vallenilla, viéndose urgidos los federalistas a retirarse a Higuero y Río Chico, donde Lander pudo aun oponer unos mil hombres. Probaron ser ineficaces estos últimos refugios, porque el 8 de septiembre fue ocupado Higuero por la columna Barlovento del comandante Garrido, y obrando en combinación con la goleta de guerra Constitución del capitán Arocha rechazó el 12 una fuerza de 600 hombres destacada contra él. Sin embargo no estaba aún bien despejada la ruta de Barlovento a los últimos de septiembre, pues el 7 obtenía costosas ventajas Southerland en Capayita y el 27 Garrido

12. *Diario Oficial* (Caracas), N^{os} 32, 41.

13. *Diario Oficial* (Caracas), N^{os} 51, 55.

14. *Diario Oficial* (Caracas), N^{os} 34, 35, 43, 47.

en Curiepe, muriendo aquí el cabecilla Gracia Arteaga¹⁵. Verdad es que las sendas columnas expedicionarias eran apenas bastante para presidios, pero la facción quedó casi aniquilada. Acevedo permaneció en Barlovento; Lander huyó a Barcelona.

La insurrección de Barlovento favoreció de un modo particular la del oriente. El 14 de agosto, cuando se supieron en Cumaná los sucesos del 2 de agosto, proclamaron los revolucionarios la federación con el apoyo de Plaza, comandante de armas, desconocieron al designado, y constituyeron por último la provincia en estado soberano, libre e independiente, “para confederarse con los demás que se formasen en Venezuela, Colombia o Sur América”, decía el acta. Nombrose en seguida al señor Manuel Escalante gobernador del nuevo estado, en sustitución del señor Betancourt, que como sabemos lo era de la provincia, quedando Plaza como antes de jefe de las armas. Súpose esto el 6 de septiembre.

Los comandantes José de Jesús Vallenilla Cova y Saturio Acosta fueron enviados a Carúpano, y Luzón a cubrir con una pequeña fuerza el camino de Maturín. Resolviose además armar una flotilla y enviar una expedición a Barcelona, para lo cual utilizaron las guerrillas de Carmen Castro, y a Julio Monagas que tomaron como guía. Reunida así la facción que en Píritu mantenía Juan Herrera, y Lander que ya había llegado a Barcelona con algunos de sus oficiales, avistáronse con la capital de esa provincia el 27 de agosto en número de 900 hombres, y provistos de dos piezas de artillería rompieron los fuegos la noche del 28. Era gobernador el señor José María Sucre, y jefe de las armas el comandante José M. Frontado, y para defender la ciudad no contaban sino con 100 veteranos, atrincherados en el recinto de la plaza. Hiciéronlo no obstante con denuedo, y favorecidos con copiosas lluvias sostuviéronse hasta el 5 de septiembre, en que al oscurecer se oyeron repetidas descargas a lo lejos. Era el comandante Pinto, quien enviado en auxilio de la plaza con la columna Victoria y algún ganado, después de dos días y medio de marcha había comenzado a romper las líneas enemigas desde la sabana de El Juncal, penetrando a las 10 de la noche en la población después de haber forzado a la bayoneta el puesto de los Dos Caminos, ocupado por 400 hombres. Los

15. *Diario Oficial* (Caracas), N^{os} 21, 29, 42.

invasores dejaron abandonado uno de sus cañones y huyeron a Pozuelos, donde en botes y faluchos se reembarcaron; si bien fueron muchos apresados por dos flecheras procedentes de Margarita que se habían apostado detrás de La Borracha¹⁶.

No fue más afortunado el general Sotillo en un movimiento que hizo de Santa Ana hacia El Pao con 800 hombres en su mayor parte de caballería, bien montados y armados de lanzas y carabinas. Aunque la población no estaba atrincherada, el comandante Ruiz, jefe de operaciones de las provincias de oriente, rechazó el ataque el 31 de agosto¹⁷.

En cuanto a Luzón ocupado que hubo a San Félix con 480 hombres, expulsó el 2 de septiembre Marrero con 346 maturineses. Desde La Caña, a una hora de camino de San Félix, comenzó este a ser molestado por el enemigo: ganó sin embargo la altura del pueblo y un antiguo convento adonde habían ido a refugiarse los federalistas. Conservose en la capital un presidio de 200 hombres, mientras Marrero ocupó a Caicara, pensando así atender también a las facciones de Barcelona y Cumaná. En efecto, el 23 de septiembre por la tarde se movió aquel de Caicara con 440 infantes y 90 jinetes, y a marchas forzadas alcanzó al coronel Miguel Sotillo en la laguna Rangel. La tropa de este, que era la división Maturín, constante de 650 jinetes, fue dispersada en la quebrada Rangel y bosques del Guarapiche y huyó hacia Santa Bárbara y El Banco¹⁸.

Dieron tiempo con todo las dificultades que apremiaban al gobierno a que los hermanos Monagas apareciesen de nuevo el 25 de septiembre cerca de Barcelona, en combinación con Lander y Herrera, y otras partidas del sur. Estas no llegaron a tiempo y los Monagas se retiraron hacia la boca del río sin combatir; los de Barlovento y Píritu, que concurrieron el 26, fueron entonces batidos al detal por Pinto, que solo disponía de 300 hombres. Los Monagas, pues, se reembarcaron en los restos de la flotilla y se dirigieron a las costas de Jose el 27, después de haber tenido a bordo del Lucifer una conferencia con Levraud, que sin duda estaba harto interesado en estas cosas¹⁹.

Despachadas además de Margarita fuerzas auxiliares a las costas de Cumaná bajo el mando del comandante Federico Méndez, ocasionaron que

16. *Diario Oficial* (Caracas), N^{os} 23, 25, 75.

17. *Diario Oficial* (Caracas), N^{os} 34, 71.

18. *Diario Oficial* (Caracas), N^{os} 36, 49.

19. *Diario Oficial* (Caracas), N^{os} 43, 44.

fuese desocupado Yaguaraparo el 21 de septiembre por los federalistas, quienes reunidos luego en Río Caribe, se entregaron sin resistencia, entrando allí Méndez el 25. Cinco días después se reinstalaba en el mismo puerto la gobernación de la provincia.

Simultaneaba en lejanos puntos el furor de la sublevación. Frustrado, como tenemos dicho, el intento de los federalistas de apoderarse de Guanare, Trujillo, Mérida y San Fernando, contentose Zamora con poseer el Alto Apure; y en un despacho datado en Barinas el 18 de agosto, decía a Colón Fuentes, que se declaraba “la guerra a muerte contra las fuerzas godas del ejército central que obraba en Apure o cualquier punto de los territorios federales que pisaran, pasando de aquel”²⁰.

Mas luego que pasó el peligro que amenazó a San Fernando dirigióse el general Brito con los buques Orinoco, Apure y Guayana y una flechera, tripulados con 700 hombres de combate, a apoyar, ocupando a Nutrias, las operaciones de occidente. Al puerto de Nutrias, ribereño del Apure, constituían entonces numerosas casas y cabañas que, según la expresión del narrador que hemos varias veces citado, más le daban el aspecto de un campamento que de una población regular. Una larga calle que da a un camino cortado por caños y encerrado en un espeso bosque, llamado por esto calle del “Camino de la Ciudad”, une al puerto con la población, corriendo de sur a norte en una extensión de cerca de un kilómetro. Ocupaba el puerto con 400 hombres el jefe de operaciones de Nutrias, Colón Fuentes, hombre circunspecto y benévolo, que hacía singular contraste con el feroz gobernador señor Gaspar Núñez. Colón, como tuviese noticia de la aproximación de Brito, se había atrincherado lo mejor que pudo, situando alguna tropa a lo largo de la barranca izquierda del río, hacia la parte más oriental de la calle, parapetado en la selva que lo coronaba, de suerte que pudiese desde allí dirigir sus balas sobre las embarcaciones que habían de costear esa barranca para aproximarse al desembarcadero.

La flotilla apareció en efecto en la punta de El Caimán el 28 de agosto. Iba surcando las aguas a manera de descubierta la flechera con una dotación de 20 remeros; luego navegaba el Apure, seguido del Orinoco y del Guayana,

20. *Boletín Oficial del Ejército Federal de Occidente* (Barinas), N° 58 (1859).

mientras que, ya a tiro de fusil, la flechera había roto sus fuegos con los apostados en la barranca, que se apresuraron a hacerlo primero con el fin de intimidarla. Los vapores entre tanto siguieron silenciosos su derrota y anclaron en línea del mismo modo delante del puerto, a 20 metros del parapeto del sur, el Orinoco en el centro, el Guayana a babor, y a estribor el Apure; acoderáronse bajo las nutridas descargas de fusilería, levantadas las portañolas y empuñadas las mechas por los artilleros. A una señal de Brito, deslizose la flechera, ya con algunas bajas, por las popas de los buques, y se situó a estribor del Apure, frente a la boca del brazo más occidental del río; a otra señal hicieron fuego las filas de tripulantes y las troneras, y tan luego como cedieron los fuegos del enemigo, desembarcaron compañías al mando de los comandantes Facundo Camera, 2º jefe de la expedición, y Vicente Romero. Una vez en tierra, mandó aquel cargar a la bayoneta, y avanzando a una por el camino se posesionaron del primer puente. El enemigo abandonó sus posiciones²¹.

Si por esta parte era amenazada la retaguardia de Zamora, no había de prolongarse el peligro, y ofreciósele en cambio la oportunidad de deshacerse de Espinosa, de quien por ciertas señales sabía que atentaba contra su vida. Deseando aquel bárbaro vengarse de Linares, a quien se creyó sabedor del paradero de muchas alhajas robadas y escondidas por Espinosa, pidió este permiso a Zamora para ausentarse con algún pretexto. Fingió creerle Zamora, y dióle pasaporte a él y a una pequeña escolta de caballería que había de acompañarle, mas de seguidas procedió a desmembrar las tropas del malhechor, trasladándolas unas a La Yuca donde había apostado fuerzas del general Trías y otras a otros puntos. Ya había tomado estas medidas cuando llegó aviso a las avanzadas de la sabana del Marqués del próximo abandono de Guanare por Andrade. Esto y la circunstancia de haberse descubierto desercciones de las tropas de Espinosa, instigadas por este, movió a Zamora a tomar una pronta determinación. Trasládose sin pérdida de instantes a Santa Inés, donde estaba Espinosa, y apoderándose luego de él, hízole llevar sin fórmula de juicio, con una escolta que mandaban los oficiales Joaquín Rodríguez Guerrero y Juan Bautista García a la plaza del pueblecillo, donde al punto fue pasado por las armas.

21. Antonio Batalla, *Revolución de Venezuela. 1859-1889*, manuscrito; *Diario Oficial* (Caracas), Nº 30; *El Monitor Industrial* (Caracas), Nº 388.

Por el mes de septiembre se reunió la asamblea federal del estado Zamora, y dictó la constitución de este, y otras leyes adjetivas, como la orgánica del Poder Ejecutivo, la de garantías conforme a la carta de 1857, la de milicias, la de orden público. Se impuso una contribución única sobre la riqueza para atender a los gastos de la administración pública. Presidente de la nueva identidad federal fue el señor Colón Fuentes. Obsérvense empero las siguientes facultades extraordinarias que una ley de orden público concedía al Poder Ejecutivo por tres meses. Ellas dan un aspecto singular al gobierno civil imaginado:

- 1º Llamar al servicio de las armas a todos los ciudadanos que puedan llevarlas.
- 2º Imponer un empréstito forzoso a los ciudadanos del estado, aunque estén ausentes, hasta por la suma de quince mil pesos, confiando a su prudencia la justa equidad que debe guardarse.
- 3º Mandar en persona la fuerza armada cuando lo crea conveniente.
- 4º Hacer la guerra a los enemigos armados de la federación, por cuantos medios crea oportunos, combatiéndolos hasta fuera del territorio del estado, si es posible.
- 5º Auxiliar a los estados vecinos, si lo permiten las circunstancias, con fuerzas de este.
- 6º Organizar la milicia de ambas armas, nombrando al efecto los jefes y oficiales de los cuerpos.
- 7º Prohibir a los ciudadanos la enajenación a extranjeros de los bienes de cualquier clase que posean.
- 8º Tomar de quienes los tengan toda clase de elementos de guerra, presuponiendo siempre la indemnización.
- 9º Prohibir la libertad de transitar con pasaporte o sin él.
- 10º Permitir por causas de interés público la extradición de los individuos que se asilen en el estado.
- 11º Dictar en fin todas aquellas medidas de seguridad que demanden las circunstancias.²²

De una manera análoga fueron constituidos los estados Portuguesa y Apure, apareciendo nombrado presidente del primero el señor Antonio María Palacio. Esta efímera organización estaba destinada a vivir poco.

22. Laureano Villanueva, *Vida del valiente ciudadano general Ezequiel Zamora*, Caracas, Imprenta Federación, 1898 (584 p.), pp. 378-379.

Cuando a fines de julio salió sigilosamente el vicepresidente de la capital, resuelto a dirigirse, como después lo declaró, a cualquier punto de la república donde encontrase un asilo el poder legal, fue sorprendido en Maiquetía por el alzamiento ocurrido allí y el de La Guaira. Pudo sin embargo trasladarse a La Guaira y ocultarse en la casa-almacén de los señores Boulton hijos y Ca. y partir, disfrazándose de marinero, en la barca americana White Wing, que lo llevó en la mañana del 14 de agosto a Puerto Cabello, desde donde escribió cartas a los gobernadores de las provincias con el fin aparente de alertarlos y tranquilizarlos²³. El 16 continuó a Valencia. Impúsole allí Casas, a su paso para San Carlos, donde había de organizar una expedición hacia el occidente, de los sucesos del 2 de agosto.

La presencia de Tovar en Carabobo explica la celeridad y acierto de las disposiciones de Iribarren, Ramos y Cordero, y la unidad de sus esfuerzos para auxiliar la capital. Restablecida al fin la vía de occidente merced a las operaciones emprendidas sobre Aragua, regresó el vicepresidente a Caracas el 27 de septiembre. Dos días después se encargó del mando.

Nada pareció indicar que hubiese vacilación para aceptar el gabinete provisional del designado, como no fuera la circunstancia de no haberlo confirmado en el acto el vicepresidente después de su llegada. Corrieron algunos días sin que se conociese el nuevo rumbo de la política, si era que lo había, y supuesto el hecho de que las circunstancias exigían una seguridad perfecta en las miras de la administración. Estos momentos de cavilación aprovechó *El Heraldo* para dirigir varias epístolas al vicepresidente, y excitarlo a organizar un ministerio fuerte y decidido²⁴. Pero fue vana en cierto modo la expectación, porque el 8 de octubre recayeron nombramientos en el personal que existía, sin hacer variación sustancial, pues que tan solo por motivo de la salud valetudinaria del general Hernández vino a reemplazarle el general Andrade, tomando interinamente el portafolio, por ausencia de este, el comandante Rubín.

El gabinete acordó un programa de gobierno “como norte de la administración, para la situación actual”. Puntos principales eran: el reconocimiento

23. José María de Rojas, *Tiempo perdido. Colección de escritos sobre literatura y hacienda pública*, París, Garnier Hermanos, 1905, p. 158.

24. *El Heraldo* (Caracas), N^{os} 71, 72, 73.

del orden de cosas que trajo el 2 de agosto como un hecho consumado, de carácter nacional; el propósito de trazar un plan enérgico de campaña que por medio de operaciones rápidas diera por pronto resultado la pacificación de la república, aunque para ello fuera necesario levantar un grande ejército, dando unidad a las operaciones militares; el designio de hacer estricta justicia, y aplicarla y hacerla aplicar con energía y absoluta imparcialidad a los revolucionarios según sus hechos y conforme a la legislación vigente, mientras no fueran ellos vencidos en los campos de batalla; y en fin medidas radicales sobre la reorganización de la hacienda pública y el plan más vasto posible para crear recursos extraordinarios. Privaban ideas más o menos discutibles en este programa que los sucesos mismos nos harán recordar.

Algunos días después del nombramiento del ministerio tomó actividad la guerra, sufriendo frecuentes reveses las partidas revolucionarias de las provincias, en especial Aragua y Guárico²⁵. Más enérgica fue no obstante la acción desplegada sobre las provincias de oriente y occidente, es decir, sobre los focos principales de la insurrección.

No estaba aún aplacada en Barlovento la llama de la guerra, y en consecuencia fue destinado allí en reemplazo de Garrido el comandante Lovera, que llegó el 15 de octubre a Higuerote. Garrido acababa de moverse de Curiepe y situarse en Río Chico, donde hizo frente a varias facciones, siendo desbaratada una de ellas, que huyendo hacia el este fue alcanzada en la noche del 12 en Machurucuto²⁶. Acevedo intenta penetrar en las montañas de Capaya y es dispersado el 18 en el paso del Tuy²⁷.

Pinto, mandado en auxilio de Barcelona, tenía que obrar de nuevo sobre los insurrectos de Píritu, encabezados por el coronel Herrera, el 20 de octubre. El comandante Capó con 200 hombres de la columna de Barlovento zarpó de Higuerote en la Ciudad Bolívar el 14 de octubre y desembarcó en Barcelona.

Pero sucesos de mayor trascendencia tenían lugar en la provincia de Cumaná, que estaba, como sabemos, en poder de los federalistas. El gobernador de ella, señor Betancourt, había nombrado el 28 de septiembre, al hacerse a la

25. *Diario Oficial* (Caracas), N^{os} 53, 55, 67, 76.

26. *Diario Oficial* (Caracas), N^o 59.

27. *Diario Oficial* (Caracas), N^o 64.

vela en Pampatar, jefe de operaciones de la provincia en la persona del general Policarpo Mata, y dos días después reinstaló el gobierno en Río Caribe. Allí se organizaron algo más de 460 hombres que se dirigieron parte por tierra, parte por mar, al puerto de Carúpano, donde el comandante José de Jesús Vallenilla se había fortificado convenientemente. Fue sin embargo estrechada el 13 de octubre la plaza, y asaltada el 14, después de una encarnizada lucha²⁸. Poco después, el 18, dos buques de la escuadrilla tomaron a su bordo en Higuerote los 110 hombres restantes de la columna de Barlovento y recorrieron la costa hasta Barcelona; otra nao se dirigió a Pampatar con Garrido; y recogiendo al bajar la flotilla de Margarita, dejáronla en observación frente a Cumaná, prosiguieron a Barcelona y de allí tornaron con la media columna de Garrido a Cumaná. El resultado fue caer prisioneros muchos federalistas que se escapaban de Cumaná a bordo de las goletas Anita y Wasp, y que Luzón, sin fuerzas para resistir en esa plaza, la evacuase el 21 de octubre. El 23 se posesionaron de ella el gobernador Betancourt, y el comandante Garrido, por autorización del jefe de la escuadra²⁹.

Para apoyar las operaciones sobre Carúpano y Cumaná se había situado Marrero en Guanaguana, a fin de atajar los que escapasen por San Antonio y la Loma de la Virgen. Hallábase el 28 de octubre entre Caripe y San Francisco con 500 fusileros y algo más de 100 jinetes, cuando fue llamado con urgencia por el gobernador de Maturín. La capital, en efecto, que no contaba sino con 200 hombres para su defensa, se vio atacada el 27 por 400 o más hombres de caballería al mando de Miguel Sotillo, quien esperaba además el auxilio de los generales Luzón y Sotillo. Ninguno de estos se hallaba en aptitud de socorrerlo y por tanto se retiró el 28. Marrero entró en Maturín dos días después, y el 31 tomó la ofensiva; y encontrando a Sotillo en San Jaimito, al suroeste de la plaza, lo batió y persiguió hasta la noche con la columna 2 de Septiembre. Sotillo y Luzón convergieron en Urica, y se unieron al general Sotillo³⁰.

Antes de llegar a estos resultados, el Gobierno había expedido, el 12 de septiembre, y ya perdida su paciencia, los pasaportes al Encargado de Negocios de Francia. Los manejos de Levraud, sus relaciones amistosas con

28. *Diario Oficial* (Caracas), N^{os} 62, 64, 72.

29. *Diario Oficial* (Caracas), N^o 63.

30. *Diario Oficial* (Caracas), N^{os} 80, 85.

los rebeldes, ora mezclándose con grupos de insurrectos, ora ostentando el 1º de agosto una cinta amarilla en la solapa del frac, son hechos que constan en el expediente instruido ante el juez Paúl. Su enemistad hacia el gobierno era manifiesta. El 6 de agosto expidió un pasaporte a Negroni, fingido secretario de la Legación, para que escoltase al comandante Urdaneta, que bajo el nombre de Luis Dumas, un antiguo criado de Levraud, se escapaba para La Guaira, disfrazado de peluca y barbas postizas. Urdaneta fue arrestado en el camino por el comandante Garrido. A este tiempo llegó a La Guaira en el vapor de guerra Lucifer el señor H. de Marivault, comandante de la estación naval de las Antillas. El ministro osó entonces dirigir notas irrespetuosas al secretario de Relaciones Exteriores, pidiéndole copia de las declaraciones que en el expediente de los conspiradores resultasen contra él y señalando día perentorio para que el designado le oyese en compañía de Marivault. Se le enviaron sus pasaportes.

Con tal motivo el comandante del Lucifer se creyó autorizado para ocuparse de las relaciones políticas de su gobierno y el de Venezuela, y en esta suposición pidió audiencia personal el mismo 12 de septiembre, antes del término señalado para la partida del ministro, y en nota anexa a su oficio criticó la prisión hecha en boleta del doctor Dubreil, complicado en la falsificación de un billete. El designado contestó por la Subsecretaría del Exterior, desconociendo la facultad de Marivault para injerirse en las relaciones políticas subsistentes entre Venezuela y Francia, sin haber exhibido antes las credenciales que estableciesen su carácter público. Más desacertado aún fue el oficio que el 27 de septiembre dirigió el propio Marivault, desde la rada del morro al gobernador de Barcelona, pidiendo de este una respuesta donde se hallasen establecidos los hechos relativos al francés Mattei, encausado por conspiración en Barcelona, y además que el oficial portador del despacho fuese autorizado para ver a Mattei, y que si este no estaba detenido por consecuencia de juicio pronunciado sobre un delito común, le fuese permitido refugiarse a bordo del aviso. El gobernador, sin reconocer el principio sentado por Marivault, de que por el hecho de dar un gobierno pasaporte a un ministro acreditado cerca de él, no quedaba a los súbditos de la nación que representa dicho ministro otra protección que las fuerzas de esta, ni el derecho que deducía el comandante para dirigir la demanda contenida en su nota, estableció los hechos de la reclamación de Mattei, pero negó su libertad,

por no estar en sus atribuciones. Ya hemos visto cómo en todos estos pasos Levraud procuraba avivar la sublevación poniéndose al habla con Julio Monagas cuando este se reembarcaba en la flotilla insurrecta tras su encuentro con Pinto.

Algo tranquilizado el gobierno, puso toda su atención en las provincias dominadas por las tropas de Falcón y Zamora. Con las escasas fuerzas que pudo recolectar habíase dirigido el primero al corazón del Yaracuy y ocupado en seguidas a Montalbán: 460 hombres que en Nirgua tenía el coronel Fernando Meleán conmovieron a Montalbán, y así pudo Falcón reunir allí 500 hombres y diez mil tiros de fusil:

Yo llegué a Montalbán (escribe Falcón) en la tarde, y antes de que entrase la noche llegó también el ciudadano José Víctor Ariza, persona circunspecta y de crédito notorio. Desde que lo vi, supuse que algo grave lo traía cerca de mí. Así era en efecto. El ciudadano Ariza conducía entre otras excitaciones y ofertas, una carta del jefe de las armas en Barquisimeto, comandante Vicente Amengual, cuya posición por aquellos momentos, casi significaba la provincia entera. Entre otras cosas me decía: “Los señores José Víctor Ariza y doctor Eduardo Ortiz van cerca de U. con el importante objeto de imponerle de cierto asunto. La revolución no debe continuar por más tiempo con ese carácter sangriento que presenta hoy y que más por falta de inteligencia entre ella y los que defienden el gobierno que por ninguna otra causa no se remedia ese mal de fatales trascendencias para el país. Yo pues tengo la mejor disposición a fin de llevar las cosas por un camino pacífico por lo que respecta a esta provincia. En esta virtud U. resolverá lo que juzgue más conveniente”³¹

Por otra parte llegaron también a su campamento el general Mejía y el doctor Bermúdez Cousín, procedentes de Valencia, y portadores de noticias del 2 de agosto. No quedó por entero desanimado el jefe revolucionario con tan mala suerte, y pensó avanzar siempre hacia la capital y amenazarla, contando con los alzados en Cojedes y en la sierra de Carabobo, pero muy luego supo la derrota de Leiciaga y la dispersión de las fuerzas de Montenegro, y no le fue posible adelantar un paso. Dirigióse, pues, a Barquisimeto con 500

31. Juan Crisóstomo Falcón, *Manifiesto del general Juan Crisóstomo Falcón. Su contestación. Biografía de aquel*, Caracas, Imprenta de Zarzamendi, 1860, p. 9.

hombres apenas. El jefe de la plaza de San Felipe, comandante Orta, rindióse a discreción el 22 de agosto. De allí a Cabudare logró elevar sus tropas a 1.300 hombres, entre infantería y caballería, y con ellos se acercó a Barquisimeto en la mañana del 3 de septiembre. Formado estaba en batalla el coronel Rebolledo en Tierrita Blanca, a pesar de las promesas de Amengual. Falcón sin embargo se dispuso a combatir y dejó a su jefe de Estado Mayor, general Casado, el disponer la acción, que hizo con buena suerte, pues quedó dueño del campo, entrando luego sin mucha resistencia en Barquisimeto. Sus bajas fueron de 50 a 60, y 150 las de Rebolledo, el cual falleció de súbito en su fuga hacia Quíbor.

En vano aguardó Andrade, en fuerza de las complicaciones políticas de junio, el movimiento de combinación que en su plan había trazado a Brito el ministro de la Guerra. Situado aún en Guanare con los restos del ejército de Silva, e incomunicado hacía más de dos meses con el cuartel general de San Carlos, se vio al fin a tres jornadas de Falcón y a dos de Zamora, y molestado de continuo por partidas que en [pueblo] María asesinaron al capitán Federico Rodríguez, portador de pliegos de Barquisimeto. Ocurrió además un incidente mucho más grave, y fue que logrando ser nombrado Aranguren jefe de día el 21 de agosto, determinó entregar la plaza a los federales, aunque descubierta por unas comunicaciones interceptadas la traición, pudo Aranguren escapar y ponerse al servicio de Zamora, dejando el alarma en medio de una tormenta que en la noche se descargó sobre la ciudad³². Determinose pues, oído el dictamen de una junta de guerra celebrada el 6 de septiembre, evacuar la plaza y retirarse a San Carlos, recogiendo la guarnición y parque de Ospino. Ello se efectuó al día siguiente, con más de mil hombres y mucha impedimenta y prisioneros. Organizáronse cuatro brigadas al mando de los comandantes Ortega, Aparcero, Jiménez y González, y alguna caballería regida por Antonio Torrens, y se encargó del Estado Mayor el coronel Antonio Jelambi.

Las fuerzas habían de atravesar por campo enemigo y seguir un camino plano, bien que cruzado por ríos que al bajar a las llanuras arrastrando las revueltas aguas de las montañas se hacían invadeables al crecer. Tal sucedió con el [río] María, que obligó a acampar en el pueblecillo de este nombre el primer día. Tuviéronse en La Aparición las primeras noticias de la ocupación

32. *Diario Oficial* (Caracas), N^o 34.

de Barquisimeto por Falcón. De ahí hasta Araure se anduvo con lentitud y pasado el río Acarigua en orden de batalla, a tiempo que la vanguardia de Falcón, conducida por el general Francisco García, acampaba el 14 a mediodía en Sarare.

Andrade sin embargo ocupó a Araure el 15, como si fuese al encuentro del enemigo; mas en la noche retrocedió bajo una copiosa lluvia a Acarigua, y aquí tomó resueltamente el camino de San Carlos, pasó el 17 por San Rafael de Onoto, y acampó en Apartaderos, encrucijada del camino de Barquisimeto; desfiló el 18 a la vista de la división federal de Cojedes, del coronel Florencio Navarro, y pernoctando en El Pozuelo, entró el 19 en San Carlos³³. Habíase despachado de Valencia el 18 de agosto la columna Carabobo, fuerte de 700 hombres escogidos, al mando del comandante Wenceslao Briceño Méndez, con el propósito de interceptar a Falcón ocupando a Barquisimeto. Cuando se calculaba que el 30 debía de estar esta tropa en el punto que se le había señalado, apenas se hallaba en Tinaco. Llegó hasta Gamelotal esa columna, y regresó a San Carlos después que Andrade, sin cumplir por supuesto su cometido³⁴.

Las fuerzas de Zamora ocuparon a Guanare el 9 de septiembre. El cuerpo divisionario de Trías siguió a corta distancia de Andrade hasta el 18, en que se oían, llegados a San Rafael, las dianas de ambos campamentos. Falcón por su parte llegó a Araure el 19, pero llamando ese mismo día a Trías, hizo el 24 un movimiento retrógrado hacia Barquisimeto. Trías, en efecto, marchó el 21 de San Rafael a Araure y luego a Barquisimeto, como jefe de operaciones del estado Nueva Segovia, que así se denominó la provincia, al paso que Zamora, dejando en Guanare el resto de sus fuerzas, también se encaminó a aquella ciudad.

El movimiento de Andrade permitió cierta holgura a los caudillos federales. Sin aguardar a Zamora abandonó Falcón a Barquisimeto, y se encaminó a Coro el 1º de octubre en solicitud de municiones. El 3 batió e hizo prisionero en Siquisique al comandante Nicolás Torrellas, quien tuvo más de 100 bajas, por más de 50 entre muertos y heridos, de los federales³⁵. Avisado luego del

33. L. Villanueva, *op. cit.*, pp. 367 y 402.

34. *Diario Oficial* (Caracas), N° 42.

35. Véase el parte de W. Casado. "Parte oficial de la acción de Siquisique", L. Villanueva, *op. cit.*, pp. XCV-XCVII.

hallazgo hecho por Zamora en Barquisimeto de 80 barriles de pólvora, continuó así y todo su movimiento, y ya en Sabaneta encontrose con una cosa del todo imprevista: Rubín y Pulgar.

Consecuente el gobierno con el plan de campaña que concibió, mientras estuvo encargado del mando el designado, había removido a Casas, el 10 de septiembre, de la comandancia de armas de Caracas, para despacharlo a movilizar en el occidente como segundo jefe el ejército que debía oponerse a los federales. Posteriormente una resolución ejecutiva de 3 de octubre había repartido el mando y dirección a las fuerzas nacionales en cuatro distritos militares:

1. De las de Carabobo, Cojedes, Yaracuy, Barquisimeto, Coro, Maracaibo, Mérida, Trujillo, Táchira y Portuguesa era primer jefe el general Ramos; segundo el general Andrade; jefe de Estado Mayor, el coronel Casas.

2. De las de Guárico, Barcelona, Cumaná, Guayana, Maturín y Margarita, el general J.M. Zamora; segundo, el coronel Baca; jefe de Estado Mayor, el comandante Ruiz.

3. De las de Apure y de las que pudiesen organizarse en Barinas, el general Brito; jefe de Estado Mayor, el comandante Miguel Palacio, en la ausencia del comandante Olegario Meneses.

4. Las fuerzas de Carabobo y Aragua que no se hubiesen incorporado al ejército de occidente, y las que el Poder Ejecutivo destinara a Caracas, Guárico y otras provincias componían la reserva, que se confió interinamente al general Hernández. Las eventualidades de la guerra exigieron un cambio de algunos de estos jefes³⁶.

Casas marchó el 15 de septiembre de Valencia. Para el 19 tenía ya su cuartel general en San Carlos, donde había de recibir y organizar los diversos elementos con los cuales se contaba para la formación del ejército. Acudieron primero unos 400 hombres del comandante S. Madriz, destinados desde Villa de Cura por el gobierno; llegó después Andrade, quien, como se ha visto, logró escapar sano y salvo bajo el azote de las fuertes lluvias de la estación, e incorporose por último Ramos con 800 plazas que reunió en Valencia, de donde salió el 5 de octubre.

36. *Diario Oficial* (Caracas), N° 45.

Fue indispensable además atender a la plaza de El Baúl, que desde el 21 de agosto se hallaba sitiada por el coronel Pedro Archila y Carmen Pérez, justificando el empeño en apoderarse de ella lo importante que era asegurar las operaciones de Portuguesa y Barinas. El comandante Lara Vásquez había resistido ya varios asaltos, cuando avisado Casas, resolvió encargar al comandante Martínez de socorrerlo, entregándole al efecto 350 hombres de la columna de Caucagua, que mandaba Perfecto López Méndez, y dándole orden de recoger 250 soldados más y algunos caballos que puso a su disposición el coronel Julián Ramos en El Pao, mandados por López Mercado. Este refuerzo llegó frente a El Baúl el 6 de octubre³⁷. Vadeando de noche el río por el paso de La Manga mediante el tradicional procedimiento de botes de cuero³⁸ y dejando guerrillas en la margen del río que impidiesen la retirada de los federales, cayeron al amanecer sobre estos. Los de Pérez huyeron sin combatir, no así Archila, que en tres casas fuertes al oeste del poblado se había preparado contraataques. Fue solo hacia el mediodía cuando un piquete de lanceros a pie, con el auxilio de un pequeño cañón sacado de la plaza, forzó la entrada de una casa fuerte donde Archila aún se defendía. Habíase intimado al cabecilla su rendición, concediéndole dos horas de plazo, mas este, reducido con los suyos a una de las casas, quebradas ya las piernas por las balas y peleando todavía sobre un montón de cadáveres, prefirió así y todo la muerte³⁹. Para morir como héroes creo que lo supieron estos, no menos que cualesquier otros.

Dos divisiones, y una brigada de artillería creada por Ramos en Valencia, formaron el ejército de occidente. La de vanguardia mandada por Jelambi comprendía las brigadas de Ortega, Jiménez y Menéndez, cinco columnas más, y la caballería y artillería, siendo de notar lo deficiente de estas dos últimas armas. La segunda división regía Pérez Arroyo, y estaba compuesta de la brigada Caracas, la 2ª columna Carabobo y el escuadrón Carabobo. Quedaron en la plana mayor, a más de los jefes ya mencionados, Andrade como jefe de Estado Mayor, y el doctor Gonzalo Cárdenas como auditor general de guerra, el cual por las dotes de caudillo que reunía, y por su inteli-

37. El 8, según Martínez.

38. Véase José Antonio Páez, *Autobiografía del general José Antonio Páez*, Caracas, Tipografía de Espinal e Hijos, 1888, (2 v.), v. 1, cap. IX.

39. *Diario Oficial* (Caracas), N° 60. Texto modificado, según datos verbales del general J.L. Martínez.

gencia, intrepidez y energía, cobró sobre Ramos gran ascendiente. Jefes de la guardia de caballería, capitanes Tomás Rodríguez y Esteban Palacio.

En tal actitud, recibió orden Ramos del ministro de la Guerra, a la sazón Rubín, de que marchase en busca de Falcón, y le batiese, decía la nota, cualesquiera que fuesen su número y posiciones. Al mismo tiempo fue llamado Andrade a la capital a encargarse del portafolio de la Guerra, haciendo por él Casas de jefe de Estado Mayor. Dejose por último el antiguo presidio del comandante Benito Figueredo, constante de 300 soldados. Bajo este pie se puso en movimiento el ejército el 31 de octubre, y lo efectuó sin objetivo fijo ninguno, cesando desde luego toda comunicación con la capital de la república, pues de la misma suerte que se obraba con los patriotas 46 años antes, huían las gentes de los vecindarios del tránsito y encubrían la verdad. Penetraron así por Sarare el 7 de noviembre en Barquisimeto, donde encontraron avanzadas de Trías, y ocuparon el 11 a El Tocuyo. Allí había una fuerza de observación a las órdenes del coronel Martín Franco; allí fue donde tuvieron noticias positivas, si bien desfiguradas, del enemigo. “En El Tocuyo (escribe uno de los jefes), se nos dijo que por las afueras de la ciudad había desfilado una gran fuerza que se suponía fuese la de Falcón”⁴⁰. Allí también fue donde se incorporó el 15 la división de Coro el mando de Rubín, de la cual era jefe de Estado Mayor el comandante Olegario Meneses. Componían este cuerpo cuatro brigadas que mandaban los comandantes Oberto, Betancourt, Figueroa e Illas; la cuarta de estas brigadas consistía en el batallón Constitución de los comandantes Prada y Moreno, y en las columnas Carabobo y 2 de Agosto. La caballería era relativamente nula.

Mas a Ramos fue tan inopinada como a Falcón la presencia de Rubín. He aquí los hechos. Había dispuesto el gobierno que para obrar sobre Coro se embarcase en Puerto Cabello el coronel Martín con una columna de 600 hombres, la cual aportó en efecto a La Vela el 22 de octubre, cuando Falcón estaba a una jornada de Coro. Por otra parte, al llegar Andrade a Caracas, se nombró a Rubín el 20 de octubre jefe de operaciones de Coro y comandante en jefe de las fuerzas que obraban en esa provincia; el Poder Ejecutivo se reservaba la dirección de las operaciones que hubiesen de ejecutar esas fuer-

40. M.V. de las Casas, *op. cit.*; *Diario Oficial* (Caracas), N^{os} 82, 99.

zas, “sin perjuicio (decía a Rubín) de que U.S. se ponga en comunicación y combine movimientos con el señor general Comandante en jefe del ejército de occidente, según lo requieran las operaciones del enemigo”. Este confuso radio de acción señalado a los jefes turbó en gran manera el éxito de la campaña, y quizá por esto Cordero hubo de pronosticar la ruina del ejército⁴¹. Ello es que Rubín se hizo a la vela en La Guaira el 21 con una columna de 500 hombres y desembarcó ocho días después en el puerto de La Vela.

Falcón, pues, contramarchó precipitadamente a Barquisimeto, y avisado en Arenales de la evacuación de esa ciudad por Trías, torció hacia El Tocuyo, adonde se le incorporó este en la mañana del 9 de noviembre. Con más de 2.000 hombres desfiló en seguidas buscando la áspera y quebrada vía de Humocar Alto y Chabasquén, y avistándose con Zamora en Caracas, adonde fue este a encontrarlo con su Estado Mayor, ocupó enseguida a Guanare. Aunque holgaban los federales de la incorporación, urgíales aún el peligro. Aranguren fue llamado a toda prisa. Creció además la rivalidad que existía entre Falcón y Zamora, hasta el punto de provocar graves competencias la dirección que por lo pronto reclamaba la campaña. Palabras hubo, pero al fin triunfó el parecer de Zamora.

No fue más cordial en este sentido la incorporación de Ramos y Rubín. Lo primero que este hizo al llegar a El Tocuyo fue enviar con su jefe de Estado Mayor el pliego de sus instrucciones a Ramos, pero resistiéndose Casas a creer que Andrade hubiese suscrito o tuviese conocimiento de aquel despacho, recibió orden del general para decir a Rubín que podía obrar como le pareciese, y sea que disimulara a queste su enojo con tan desdeñosa respuesta o que se moviera a sacrificar su amor propio en bien de la patria, es lo cierto que al fin convino en incorporarse a Ramos, aunque mal avenido como estaba ya, y según las situaciones del día marcharon de El Tocuyo 1.523 soldados suyos y 1.500 de Ramos.

Tomaron la vía de Guarico. Al llegar al paso de la montaña que domina al pueblo, a lo lejos y a unas quince leguas de distancia se divisa, asomado por una abra de la sierra, el horizonte de los llanos, cargado de nubes como un mar, dibujando su azulada silueta sobre la atmósfera y atrayendo de continuo las miradas del viajero. De trecho en trecho se deja ver, serpeando en las fal-

41. Correspondencia con los señores Siso y Prado.

das de los montes, un camino tortuoso, ora envuelto en densas neblinas, ora abierto entre rocas estratificadas o areniscas de vario color, ora cortado por ríos y torrentes. Por La Raya y La Mesa del Hierro bajó el ejército a Los Manires, y ocupó el 25 de noviembre a Guanare. Falcón replegó hacia Barinas, y apenas se dejó ver una avanzada que en San Rafael tenía el general Calderón.

Otras cosas, a más del desacuerdo de los jefes, debían augurar a los constitucionales pésimo desenlace: primero que, como fue observado, eran harto lentas las marchas, lo cual dio motivo a que no se lograra separar a Zamora de Falcón, y después, echábase de menos la caballería, que en las llanuras y en la estación seca del año presta grandes ventajas. Conducíase en cambio una gran impedimenta, sobre 300 bestias, llevadas por Andrade y Madriz, y no pocos prisioneros hechos por Rubín, que favorecían la deserción al aproximarse el enemigo. “No solo (escribe Casas) cargábamos cuatro piezas de artillería con sus municiones y bastantes pertrechos, sino que los jefes y oficiales iban montados, y muchos con equipaje; tanto que la carga y descarga diarias invertían muchas horas”⁴². La batería, con todo probó ser insuficiente. En Las Cocuizas, a nueve millas de Guanare, hubo que fusilar varios desertores. Todo lo cual no impedía que la oficialidad, ufana y confiada, marchase al combate cantando el himno “Al ejército constitucional” que había compuesto Abigaíl Lozano para los expedicionarios sobre La Guaira, canción que, decía Juan Vicente González, parecía escrita sobre un escudo. Una circunstancia contribuyó por último a permitir a los federalistas sus maniobras con cierta holgura. Algunos de los prisioneros imponían diariamente a Zamora de las operaciones y movimientos del ejército y hacían lo posible porque este retardase su marcha. Según los datos del Estado Mayor solo 2.300 soldados continuaron de Guanare el 3 de diciembre, porque 300 se dejaron de guarnición bajo las órdenes de Herrera y el resto había desertado.

Desconfiando Falcón de sus huestes, o persuadido por Zamora, siguió en repliegue hasta Barinas, que era campo mejor estudiado por el último, el 27 de noviembre. Incorporose allí R. Petit con alguna tropa que llevó de Barinitas. La táctica del enemigo parecía consistir en fatigar a sus contrarios bajo un clima enfermizo y enervante, y destruirlo privándolo de recursos. Falcón no se creyó fuerte en Barinas, y por consejo de Zamora, a quien ce-

42. M. V. de las Casas, carta al autor de fecha 4 de noviembre de 1885.

dió el mando del ejército mientras estuviesen circunscritas las operaciones a las provincias de Portuguesa y Barinas⁴³, quedando él con el carácter de presidente de la federación en campaña, partió el 1º de diciembre a situarse dentro de un espeso bosque, en el pueblecillo de Santa Inés. Allí acampó el 4 a mediodía. Se había llamado a Colón Fuentes de Pedraza; Aranguren por caminos extraviados logró concurrir el 9.

Mandado este último después de su infidencia y por disposición de Zamora a hacer una diversión sobre Ramos, creyose en capacidad de apoderarse de San Carlos, a favor de una línea de facciones extendida por San Rafael, Cojedes, Lagunitas, Tinaco y Macapo. Atacó en efecto la plaza y le pegó fuego el 3 de noviembre con más de mil hombres, parte de ellos resto de dos batallones veteranos llevados de Coro por Zamora, y todo unido a la caballería de Navarro, Arocha y Rivas Sandoval. Llamadas las guarniciones de El Tinaco y Manrique, juntó 400 hombres el comandante Figueredo, con los cuales rechazó a Aranguren, quien con graves pérdidas se retiró el 5. Reapareció el 8 de noviembre frente a El Pao, que defendía el jefe militar del cantón, comandante Higinio Araujo. Avisados oportunamente los de la plaza, mandaron reconocer el camino de Tinaco a una compañía de 100 hombres que condujo López Mercado. A media legua tropezó este con la caballería, y a favor de unas cárcavas y queiebras que cruzaban el camino replegó por su izquierda, y ya cerca de la plaza fue auxiliado por unos 15 jinetes que restaron en la villa, pues los demás huyeron hacia Valencia. Aranguren halló más resistencia que él quisiera en un cerro que por el norte domina la población, y a las 4 de la tarde replegó a Tinaco, picada su retaguardia y dejando muertos dos de sus mejores oficiales⁴⁴.

Durante el mes de noviembre algunas provincias como Carabobo, Caracas y Barcelona mostraron cómo persistían con tenacidad ciertas facciones, que se amparaban en la espesura de las selvas y las guájaras de los montes, donde ocurrían hechos verdaderamente heroicos. Determinando Sotillo moverse en persona de su cuartel general de Santa Ana, obligó al coronel Zamora a contramarchar con las caballerías del Guárico y se dirigió a El Pao

43. *El Eco del Ejército* (Barquisimeto), (enero de 1860); Domingo Antonio Olavarría, *Estudios históricos-políticos, 1810-1889*, Valencia, Venezuela, Imprenta de El Diario, 1894 (286 p.), p. 262.

44. *Diario Oficial* (Caracas), N^{os} 77, 83.

defendido por Ruiz. Apoyado en los bosques cercanos a la población y en varias casas de esta, atacó por varios flancos la guarnición, que no se había atrincherado, el 19 de noviembre. Para activar su faena fue quemando las casas que le estorbaban, unas 50, con teas o saetas, porque entre la infantería llevaba como 300 flecheros caribes. Encallaron sus esfuerzos tras cuatro días de crudo batallar y se retiró con más de 150 bajas, siendo 30 las de Ruiz⁴⁵. Mencionemos entre los hechos hazañosos el del comandante José Antonio Pérez, en Río Chico, y la ocupación de Temerla el 26 de noviembre por el comandante Lorenzo Ribas; y como suceso desgraciado, puesto que ocasionó la muerte del comandante Vallenilla, [el] del Convención, la derrota sufrida en Santa Rita por Leiciaga el 12 de noviembre, durante la marcha de ese batallón desde Cura hacia Valencia⁴⁶. Después de los triunfos de La Guaira y La Victoria escribía un periódico esto:

Mientras que la princesa de Antioquía, sentada cerca del viejo Rey de Jerusalén, en la cima de una torre, le señala los principales capitanes de la armada enemiga, ella ve adelantarse una tropa de valientes que encierra toda la flor del campo. Al punto, por su audaz marcha, por su águila blanca sobre campo azul, ella reconoce a Reinaldo y grita, mostrándole a Aladino: “He aquí el vencedor de todo valiente”.

Eccoti il domator d'ogni gagliardo.

“Su espada, añade, tiene pocas que le igualen y es un niño todavía”.

...ed è fanciullo ancora

El comandante Mateo Vallenilla parece el Reinaldo de esta guerra gloriosa, el brillante soldado de fantásticos colores, el hijo mimado del público y de la fortuna.⁴⁷

Contra la facción de Martín Segovia destinó Brito, jefe de operaciones de Apure y Barinas, al comandante Camero, jefe de la brigada de Arauca. Este se movió con 300 hombres de infantería y artillería del paso de El Piñal, día

45. *Diario Oficial* (Caracas), N^{os} 98, 100, 101.

46. *Diario Oficial* (Caracas), N^{os} 81, 88, 96.

47. *El Heraldo* (Caracas), N^o 48.

28 de octubre, y situándose en el hato de San Pablo, esperó allí 600 hombres que al día siguiente llevó Segovia de Los Cocos. Los federales abandonaron después de una escaramuza las posiciones que frente al hato habían tomado, y el 30 formaron en batalla en la sabana de Los Araguatos con 400 hombres de caballería y 200 de infantería. Empeñado el combate lograron dos escuadrones desordenar las alas de los constitucionales, cuya infantería formó entonces un ángulo, y despreciando los fuegos de frente, abrió los suyos sobre los jinetes enemigos. Así pudieron rehacer sus filas y obtener desde entonces la ventaja a tal punto que el enemigo cejó, dejó 125 muertos, y fue perseguido hasta el paso de Orichuna⁴⁸.

Nutrias, empero, ocupada por Pedro Manuel Rojas, fue inexpugnable. Este hombre, simple labrador de las cercanías de Dolores, se había rebelado temprano, y hallábase ahora allí como jefe de operaciones de los cantones Libertad y Nutrias. Dos veces asaltó la plaza el general Brito, y en ambas con poca suerte. En la primera, buscando víveres para la tropa de Apurito, sacó de allí el 7 de noviembre 100 hombres de desembarque y dos cañones en el vapor Apure; atracó el 8 por la mañana en Santo Domingo, y continuando su navegación a las 3 de la tarde, dio fondo a una legua de Nutrias. El 9 desembarcaron. Rojas estaba fortificado con 400 hombres al otro lado del primer puente que había en el camino del puerto a la ciudad. Rechazado desde luego al bosque espeso que circunda el puerto, atacó a su vez Brito, aunque luego de nuevo se retiró. Al cabo de algún tiempo, el 20 de noviembre, tornó con dos vapores: el Apure y el Guayaría, a bordo de los cuales condujo 400 hombres y cuatro cañones, y desembarcó en el paso de El Caimán. Cruzando anchos pantanos y un terreno inundado, aproximose al enemigo, que con 700 hombres ocupaba la torre de la iglesia y cuatro casas de mampostería. Rompióse a las 11 de la mañana un porfiadísimo fuego, mas fue en definitiva obligado a abandonar su intento a las 8 de la noche, dejando en poder de Rojas dos pequeños cañones de bronce, el Hercilia y el Terror, que aun se vieron muchos años después abandonados en las calles del puerto; 30 muertos además quedaron en el campo⁴⁹. Como tenemos dicho, este ataque de Brito había sido trazado en combinación con los movimientos de Ramos por el ministerio de la

48. *Diario Oficial* (Caracas), N^{os} 81, 83.

49. *Diario Oficial* (Caracas), N^{os} 90, 94.

Guerra. El plan era excelente, pero Ramos carecía de la actividad y el arrojo de Brito, y la acción de este vino a ser anticipada e insuficiente.

Estos reveses redundaron en perjuicio del ejército de occidente, mayormente cuando el gobernador de Trujillo, doctor Emigdio González, había en vano recibido orden desde El Tocuyo de despachar tropas hacia Barinas con el fin de apoyar la operación que Ramos efectuaba. Acercándose este lentamente y sin preocuparse del activo espionaje del enemigo, supo en La Yuca la desocupación de Barinas, y dejando entonces el vado más próximo del Santo Domingo, del cual distaba dos leguas, tomó allí la dirección de Obispos y El Real. El 8 de diciembre pernoctó en San Lorenzo, y al día siguiente, sin que lo estorbase el enemigo, pasó el río, y adelantándose la vanguardia, desalojó en La Palma un destacamento de observación y se posesionó a las 3 de la tarde del vecindario. Interrogados algunos prisioneros y averiguadas las posiciones de los federalistas y los caminos que a ellas conducían, resolvióse por consejo de oficiales escoger de las tres vías la mediana⁵⁰. De La Palma a Santa Inés había por esta parte legua y media o dos de camino plano y bastante ancho, aunque montuoso por entrambos costados y con trechos cubiertos de fango en aquella estación.

Informado Zamora en la mañana del 9 del tiroteo habido en La Palma, levantó bajo la dirección de Chaquert parapetos a derecha e izquierda del camino y apostó guerrillas para cubrirlo. Uno de aquellos estaba a la entrada del pueblo y otros de trecho en trecho en un trayecto como de medio kilómetro desde la entrada hasta una vuelta del camino donde había aún otro al borde de un caño cenagoso. Abrióse además una pica que de la parte norte del pueblo daba al río, y en la sabana al suroeste del campamento fue situada la caballería. No nos maravillemos del exceso de confianza y mengua de previsión de Ramos. Él pudo haber seguido el camino más largo de la sabana, por donde penetró Colón Fuentes al poblado el mismo día de la batalla, pero quizá pre-

50. Declaraciones de Pérez Arroyo, Revenga y Cárdenas ante el jefe de E.M. en el archivo del general Casas. Véase en *El Patriota* (Caracas), (septiembre de 1860), el examen de las fuentes relativas a la batalla de Santa Inés. Ellas son: *El Monitor Industrial* (Caracas), N^o 474; *Boletín Oficial del Ejército Federal de Occidente* (Barinas), N^o 108 (1860); *El Eco del Ejército* (Barquisimeto), N^o 4; Juan Francisco Manrique, "Cuatro bienhechores", *El Loco* (Caracas), N^o 28 y ss.; M.V. de las Casas, Notas y observaciones, manuscrito.

sumió, y los más de los suyos con él, que la posición y sus defensas, aunque fuertes, no eran por eso insuperables. Lo que verdaderamente asombra es la espantosa rapidez con que el caudillo federalista labró las extensas obras de fortificación que le hicieron inexpugnable.

En la mañana del 10, a eso de las 7, rompió la marcha Ramos. Aún no había acabado de salir la tropa del pueblecillo, cuando se oyeron descargas de fusilería en la vanguardia a un cuarto de legua de marcha. Era la descubierta enemiga, la cual, a las órdenes de los coroneles Colina y Hernández, replegó en buen orden haciendo fuego sobre la división juntamente con las guerrillas emboscadas en el camino, hasta encontrar, después de media legua de retirada, el primer atrincheramiento, defendido por el general Ortiz y los coroneles Mora y Franco y formado en un trapiche al frente del camino. La posición fue tomada flanqueando a la derecha, tras rudo combatir y a la bayoneta por la 1ª división y parte de la 2ª. Los tres cañones fueron desmontados sucesivamente, sufriendo sus dotaciones considerables bajas. Los constitucionales tuvieron 2 oficiales y 15 soldados heridos, y 7 muertos; los federales 1 oficial y 5 soldados muertos.

A pesar de tan desventajoso ataque continuose por espacio de una hora bajo los fuegos de frente y de flanco de uno y otro lado: 10 individuos de tropa entre muertos y heridos, por 2 muertos de los contrarios, costó el llegar al segundo fuerte, defendido por R. Petit y sostenido por guerrillas de ambos lados para evitar que se flanquease. Otra hora de obstinada lucha fue necesaria. Ramos ordena a la brigada Caracas del comandante Madrid flanquear la posición por la derecha y juzgando indispensable Jelambi un cuarto cañón, lo reclama. Contéstale Casas que avance al trote y le impone del movimiento de flanco ya dispuesto. El fuerte fue ocupado al mediodía, bien que Jelambi quedó mal herido y dejó además en el campo 150 soldados y 25 jefes y oficiales, entre muertos y heridos. Sobre el punto harto debatido de la mala suerte que a Jelambi cupo voy a transcribir otra versión que es, bien entendido, la vulgar. Las líneas que en seguida copio son de un ilustrado y acucioso sacerdote:

Como importa sobre manera conocer la historia genuina, expondré aquí los informes que me han dado muchos hombres verídicos, algunos de ellos testigos oculares. Viendo Jelambi *que sufría innumerables pérdidas* inútilmente, envió un edecán a decir a las Casas, que convenía ordenar la retirada. Casas

respondió: “si no quiere avanzar, que pase a la retaguardia”. Jelambi, lleno de ira, viene sobre Casas y lo interpela: “que le repita el recado”. Casas da excusas. Jelambi, militar valiente y subordinado, avanza a tomar la trinchera y *cae mortalmente herido*. Aquella es tomada, pero no decide el triunfo, ni aun mejora la situación.⁵¹

Jelambi había ordenado flanquear como estaba prevenido, pero su división estaba diezmada y él mismo luchando con la muerte. En consecuencia recibió orden Pérez Arroyo de seguir sobre el próximo atrincheramiento, situado a la derecha, con la columna Carabobo de la 2ª división. Este punzonoso jefe se apoderó en efecto de aquel, pero al tocarlo con su espada recibió un balazo en la cara y cayó de la mula que montaba.

Siguió la marcha la 2ª división con la brigada Oberto de la 3ª, y a poca distancia divisó, en el edificio de un segundo trapiche, el formidable fuerte del caño. Cinco parapetos dispuestos en semicírculo dominaban un espacio despejado en que fue talada la plantación. Un monte espeso y sombrío y numerosas emboscadas previnieron toda posibilidad de triunfo a los constitucionales, quienes espantados de sus propias pérdidas hicieron pie atrás y abandonaron frente al fuerte, desmontando el cañón útil que quedaba de la brigada de esa arma. Negose Rubín a atacar de frente y el jefe de la 2ª brigada comandante Betancourt, no pudo cumplir la orden de reconocer una salida que por el fondo del trapiche conducía al pueblo.

En semejante estado dispuso Ramos que la brigada Caracas resistiese los fuegos en favorable situación, y sabiéndose que a la izquierda del punto ocupado por el Estado Mayor había 500 hombres de Trías, Aranguren y Vásquez que podían hacer un movimiento envolvente, los hizo atacar por dos columnas de la 3ª división. Estas combatieron por más de dos horas, siendo luego destinadas la una a ocupar el único punto despejado que había, ocupado por el Estado Mayor, y la otra a cubrir el camino. A las 4 de la tarde los federalistas rompieron sus fuegos en todas direcciones: “moviéndose con admirable presteza, dice el anónimo, nos cercó por todas partes, como

51. Enrique María Castro, *Rasgos biográficos de algunos curas ejemplares de la antigua provincia de Barinas*, Caracas, Imprenta de La Religión, 1890, p. 186. Las letras en cursivas se refieren al relato de Casas insertado por José María de Rojas en su *Bosquejo histórico de Venezuela. Primera parte (desde 1830 a 1836)*, París, Garnier Hermanos, 1888, 314 p.

rodeándonos por un arco de fuego, las detonaciones de la artillería ensordecían, una nube densa de humo fatigaba nuestros pulmones y un lago de sangre se extendía a nuestros pies”. A expensas de valor y disciplina púdose apenas mantener el punto, quedando más de 500 hombres fuera de combate. Ya a la caída de la tarde se mataron algunas reses, de las cuales la mayor parte había escapado, y encendieron fogatas, como aparentando descansar y continuar el ataque al día siguiente.

En realidad Ramos había ordenado a su jefe de Estado Mayor que preparase el hospital de sangre e hiciese cargar el parque en cuanto entrara la noche. Llegó esta, se efectuaron esos preparativos sin ser molestados por el enemigo y en el filo de la medianoche se emprendió silenciosamente la retirada. La luna brillaba en todo su esplendor. Más de 50 hamacas (54 eran los jefes u oficiales heridos, entre ellos Ezpelosín, Oberto y los capitanes Pulido, Manrique, Fagúndez y Manuel Ramírez, y 250 los de tropa), el parque, los equipajes, los tres cañones desmontados y 1.600 soldados efectuaron aquel terrible éxodo. Algunos oficiales y tropa, 200 y tantos, que formaban la retaguardia a lo largo del camino, al oír la voz de retirada y creyendo acaso que volverían por la misma senda, repasaron el río y llevaron a Guanare la noticia del desastre. Otros tantos muertos o gravemente heridos quedaron en el campo, entre los primeros el capitán de artillería José Andrés Velasco.

Protegida la retirada con la guarnición de Guanare, era natural retroceder por el mismo sendero, o acaso lanzarse a las ricas praderas de Apure, como lo sugirió el coronel Julián Ramos. Quísose con todo esto evitar el paso del Santo Domingo y fue resuelta la marcha a Barinas, tan adicta a la federación, comunicándose previa y oportunamente al gobernador de Trujillo la orden terminante de socorrer aquella ciudad con 800 hombres al mando del comandante José M. Perozo de que disponía y de ocupar a todo trance a Barinitas. Estas disposiciones, según veremos después, no fueron cumplidas ahora mejor que antes.

Al amanecer del 11 tuvo la retaguardia que sostener un combate con la caballería enemiga, rechazada la cual se apoyó en un monte vecino a la sabana de La Palma. Zamora en efecto, así que se apercibió muy temprano de la retirada de sus contrarios, se puso a la cabeza de sus jinetes, que debían hacer un rodeo para salir al camino, y avisó a Falcón para que se moviese

con 300 hombres de reserva situados con el Estado Mayor en la plaza del pueblo y 500 más a las órdenes del general Domingo Díaz, de las fuerzas de Rodulfo Calderón, Jesús María Aristeguieta, Manuel Ezequiel Bruzual y Colón Fuentes, colocados hacia el sur del poblado. Como a las 9 de la mañana atravesaban las tropas en retirada la sabana de La Palma cuando se propagó la voz de que la caballería enemiga amenazaba por la izquierda. El comandante Betancourt fue mandado a apoyarse con su brigada a la izquierda en una “mata” y Casas corrió a poner en formación las columnas en marcha; pero Betancourt al divisar la infantería enemiga se puso en fuga sin llegar al sitio que se le había señalado. La caballería no hizo sino dejarse ver, mas habiendo montado en las grupas algunos infantes de los que llegaban tras de ella los emboscó en El Bostero, a siete millas de La Palma, por donde era forzoso pasar, mientras que la infantería, constante de tres columnas de Calderón y Aranguren, en cuanto estuvo al alcance de los constitucionales, marchó desplegada en batalla haciendo fuego. Aranguren, distante de una legua, había mandado tocar a pasitrote. Apercibido del peligro, el jefe de la retaguardia formó la parte de su división que tenía a la mano, que eran cuatro columnas, y contestó los fuegos bastante vivos de las que desembocaban a derecha e izquierda de una mata. El caballo del intrépido jefe fue muerto de un balazo; Ramos recibió una herida leve en el pecho y otra grave postra al comandante José Ignacio Mijares. El comandante Figueroa quedó sin vida, y prisioneros fueron hechos Meneses, Carrera y otros oficiales. Con todo, el enemigo, que tuvo pérdidas considerables lo mismo que los constitucionales, no insistió, y Ramos pudo recoger sus heridos y proseguir hasta la tarde en que una columna de Falcón, a costa de graves pérdidas, alcanzó y atacó durante una hora la retaguardia, a seis millas de El Bostero, en el Maporal. La retaguardia tuvo un herido. Casas insiste en que Rubín, lejos de hacer ganar terreno a la vanguardia o de darle espacio para tomar posiciones, hacía tocar a los cornetas “alto y frente”, enviando edecanes a que detuviesen la cabeza, o “marcha al compás regular” cuando determinaba seguir. A las 7 se pasó de largo por Torunos, aldea ribereña situada a dos leguas de Maporal y a cinco de Barinas. La marcha fue tranquila toda la noche, mas también fue considerable la pérdida de tropa, a causa del insomnio y el cansancio, que obligaban al soldado a tirarse a uno y otro lado del camino, rendido a la fatiga. Entraron en Barinas al amanecer.

Fue, en llegando, la primera ocupación atender al hospital de sangre, y con pesadumbre súpuse de cierto que las heridas de Jelambi, Mijares y otros oficiales eran mortales. Habíase perdido, entre muertos, heridos y dispersos, la mitad de la tropa. Aquel día, que era el 12 de diciembre, se presentaron en la sabana algunas columnas federales, que fueron reconocidas por Rubín. Estaban formadas en batalla con su caballería a la izquierda, y apoyada su derecha sobre el río, bien que no a tiro de fusil, mientras que el resto de las tropas se hallaba situado en una altura, apoyado por casas y arboledas. Luego acamparon como a media legua, sobre las márgenes del Santo Domingo. El mismo día 12 fue llamado con instancia el comandante Herrera de Guanare⁵².

El enemigo incendió las sabanas vecinas a la población para alejar todo recurso, y de esta manera pasaron algunos días conllevando la escasez y la fatiga. Las bestias apenas se alimentaban con lo que podían pastar en los alrededores de la ciudad. En la noche del 19 el comandante Cipriano Heredia tomó 100 infantes y 30 jinetes, burló la vigilancia enemiga, anduvo toda la noche, recogió a tres leguas de la ciudad sesenta reses, y con ellas volvió a la plaza en la mañana del siguiente día. Esto permitió esperar, bien que sin fruto, noticias de Trujillo y de Guanare. El 21 y el 22 declarose la fiebre en el campamento. Desesperanzados entonces, resolvieron el 23 la retirada hacia Pedraza. Empleáronse las horas de la tarde y parte de la noche en inutilizar el armamento restante y clavar los cañones, y en otros quehaceres, y de medianoche a las tres de la madrugada hizo su salida el ejército, sin que se apercibiese de ello Zamora y sin otro contratiempo que algunos fusilazos que salieron de un retén enemigo.

Como a las diez de la mañana del 24 dejó la expedición el camino montuoso que había llevado y abordó a una meseta de sabana limpia, donde hizo alto la cabeza y esperó la retaguardia. Cubrídala una altura que a la izquierda había, y no siendo posible atacar la espalda, solo era franqueable por su derecha, adonde quedaba el camino que había de seguir. Apenas había salido la retaguardia y puéstose en marcha los primeros cuerpos, cuando se oyeron detonaciones en el bosque, y se vio desfilar la infantería enemiga por la orilla de este, dando frente a la derecha y rompiendo sus fuegos sobre el centro, que formó en batalla sobre la izquierda contestándolos. Casas corrió a la derecha

52. L. Villanueva, *op. cit.*, p. 437.

a hacer entrar en formación las columnas que se movían y a enviar orden a las de vanguardia de contramarchar, resuelto como estaba el general a defender la posición; Rubín ocupó la altura a la izquierda, y el Estado Mayor con el parque y los heridos el centro, a retaguardia de la línea. Atraídos los federalistas a la altura, agotaron sus pertrechos en vigorosas y sucesivas cargas sobre todos los cuerpos. Dos veces se precipitaron sobre la izquierda y el centro, cargando la segunda vez sobre este el propio general Falcón a la cabeza de gran copia de gente, y dos veces fueron rechazados. De improviso, y mientras Casas regresaba al centro, óyense a su espalda voces de “¡La caballería!”. Al volver las riendas y divisar los jinetes que se acercan, hiérole en la frente una bala, que le obliga a abrazarse del cuello de su caballo con la cara ensangrentada. Él, sin embargo y el cirujano mayor tuvieron que defenderse con sus espadas y revólveres. Una bala mató la bestia que montaba Rubín. Con la carga impetuosa de la caballería ciertas columnas se desordenan y caen prisioneros algunos oficiales, entre ellos el comandante Benigno Rivas. Eran 280 los jinetes, y 1.100 los soldados constitucionales. La intrepidez y serenidad que estos últimos mostraron y su brillante oficialidad les permitió no obstante sostener por cuatro horas y media sus posiciones y rechazar al cabo por todas partes a Zamora y a Falcón, viéndose el primero en el caso de poner fuego a la sabana para salvarse, y dejando 50 muertos y muchos heridos a inmediaciones de la altura solamente. Parte de estos fueron rodeados y carbonizados por las llamas, cabiendo tal suerte al valeroso coronel Martín Franco; otros tenían apenas espacio para hacerse con el sable un contrafuego. A los generales Falcón, José María García y Rafael M. Daboín, que habían mantenido hasta el fin el coraje de los suyos, cúmpleles la fortuna de escapar a duras penas. No pudieron tomar la ofensiva los de Ramos, que hubo tres muertos, aun con las columnas que llegaban de contramarcha, como la del comandante Mariano Michelena, porque los soldados iban descalzos y el humo y el incendio lo estorbaron. Era ya hora avanzada cuando prosiguió el ejército su marcha, y no bien se había alejado cuando las cornetas enemigas, tocando a diana, anunciaban la llegada del parque de reserva. Este hecho de armas fue nombrado de El Corozo, y es justo añadir que Falcón recogió algunos de los heridos de Ramos, que fueron 15 soldados, y los hizo atender como a los suyos.

Ramos continuó la marcha a las 3 y media de la tarde. Su retaguardia fue picada desde las 5 por la artillería enemiga hasta las 6, hora en que arribó

al río Pagüey, en el cual se había situado de antemano Casas para proteger el paso. Caminaron toda la noche, y en la mañana siguiente, día de Pascua, ocuparon a Curbatí.

Este pueblo está situado a 29 millas de Barinas en una meseta elevada sobre el camino, cerca del río del mismo nombre, y no muy lejos de la serranía, adonde lleva un camino que por Apartaderos conduce a Mérida. El Estado Mayor se detuvo allí algunas horas, dando lugar a que se incorporase la retaguardia, que aún no había pasado el río Curbatí cuando fue alcanzada por los federalistas, y a que comenzasen a marchar los cuerpos de vanguardia. A poco se presentó el enemigo bajo las órdenes de los generales Armas y Vásquez, abriendo sus fuegos desde lejos y sin causar más daño que la sensible pérdida del comandante Prada, del Cinco de Marzo. El pundonoroso oficial estaba en la plaza del pueblo, cuando una bala de rifle le dio en las sienas e instantáneamente le mató: “su muerte fue muy sentida por unos y por otros y lo enterraron los federales”⁵³.

El camino de Curbatí a Pedraza era amplio y con recursos para el sostenimiento de la tropa, bien que convenía no dar paz a la mano para disputarlo, mucho más cuanto que se calculaba ocupado por grupos que se había visto desfilar hacia allí. No obstante, hubo quien indicara el camino de Mucuchíes, fácil de defender, pero despoblado y a cinco o seis días de Mérida, el cual a poco andar se convertía en una estrecha pica por donde transitaban tan solo correos a pie o peones de carga, y que corriendo tortuosamente por una falda agria e inclemente conducía a los páramos. Casas era de opinión que se prosiguiera a Pedraza; Rubín prefirió el camino de Mucuchíes, y su parecer prevaleció. El ejército emprendió marcha a las 10 de la mañana del 25. Ramos con la columna Cinco de Marzo se dirigió a la pica, aun sabiendo que pronto había de abandonar la impedimenta y su propia bestia. Quedaron apostados haciendo frente al enemigo los cuerpos de la división Coro y el comandante Mirtiliano Romero con su columna. Desfilaron toda la tarde del 25, hasta la noche, en que el general hizo alto en un punto donde había algunos cobertizos. No hubo más novedad, dice Casas, que el haber llegado Rubín al Estado Mayor y declarado que estando cansado de cubrir la retirada, podían dispo-

53. Luis Level de Goda, *Historia contemporánea de Venezuela, política y militar (1858-1886)*, Barcelona, España, Imprenta de José Cunill Sala, 1893, v. 1,

ner de la retaguardia. Se había salvado el primer paso del río Curbaticito, a tres leguas del pueblo, y allí pernoctaron.

Hacia rato que se habían movido las fuerzas el 26 a las 7 de la mañana. Los fugitivos desfilaban como era posible, de a uno en fondo y sin aliento. De pronto se oye ruido de armas y voces prolongado, y Rubín y Casas que hablaban en ese momento comprenden que algo serio pasa en la retaguardia. El rumor era producido por Aranguren que alcanzó e hizo prisioneras las últimas columnas, mandó a tocar pasitrote y avanzó hasta Trapichito. Había sido amenazado, según se afirma, por Zamora de pasarle con una daga que llevaba al cinto, si le llevaba vivo a Casas. Parque, dinero y jefes principales hubieron con todo de escaparse. Rubín, Casas, Michelena y otros se arrojaron de sus bestias y se internaron en la espesura, reuniéndoseles al día siguiente el capitán Esteban Palacio y algunos oficiales. Ramos tuvo que hacerse transportar en hamaca. Pérez Arroyo llevaba dos heridas. El dinero de la comisaría de la división Coro desapareció, imputándose su pérdida a los comandantes Rubín, Pedro Celis, comisario de la división, y José Abdón Pérez. El parque había sido arrojado a las ondas del Curbatí.

El 28 llegaron a Mucuchíes, donde quedaron 300 hombres, a más de los dispersos. Entraron en Mérida el 30 los comandantes Heredia, Madriz, E. Hurtado, M. López, J. Fernández, M.A. Ortega, Juan M. García y M. Paredes, los doctores Cárdenas y Padrón y los señores C. Hernaiz, M. Tirado y J. Elizondo. Un caballero de Ciudad Bolívar que allí se hallaba hizo observar que el coronel Casas era el único de los oficiales a quien había visto entrar con su espada ceñida. El 31 de diciembre llegaron a Mérida las fuerzas que se habían dejado en Mucuchíes.

Esta campaña de occidente resultó ser un modelo de inexperiencia del general constitucional, en cuanto a organización del ejército, marchas y etapas, ataque y retirada.

La derrota de Santa Inés fue golpe inesperado para el gobierno, a quien hizo retremblar en sus cimientos. Indefensas estaban las plazas principales. Herrera abandonó a Guanare, al saber por los dispersos la retirada del ejército, y se dirigió a Boconó de Trujillo. Aguado se apoderó de Yaritagua, y en la noche del 6 de enero se aproximó a Barquisimeto, ocupando a Cabudare, si bien le hicieron retroceder los comandantes José Espiritusanto Gil y Aniceto

Parra, y buscar por vía de Sarare el grueso de las tropas federales. Precipitadamente se auxilió a San Carlos con 300 hombres, que se entregaron a Menéndez, para lo cual se tomó la guarnición de Tinaquillo. Leiciaga seguía hostilizando desde la sierra. Morón, el baluarte del general Guevara, había sido ocupado a viva fuerza el 31 de diciembre por el comandante Menéndez con tropas del Cinco de Marzo y Convención, de Valencia y Puerto Cabello, y otra poca de Choróní, y ello después de varios fracasos ocurridos desde el 10 a consecuencia de combinaciones poco precisas⁵⁴.

Los Valles del Tuy y Barlovento continuaban ocupados militarmente en diciembre por los comandantes Eduardo Madriz, Capó, Echezuría y Vaamonde. La comandancia en jefe de la división de Barlovento fue dada a Capó, quien unido a Southerland se adueñó de San José el 19 y de Tacarigua el 26⁵⁵, mas él y Madriz abandonaron sus respectivos territorios al apercibirse del peligro que corría el gobierno.

En cuanto a las huestes enemigas de Barcelona, previose que cargarían de lleno, como sucedió, por un rápido movimiento sobre el centro de la República aprovechando los triunfos y el acercamiento de Falcón.

Este, después de la bochornosa jornada de Curbatí, por Barinas regresó amenazante sobre el corazón de la república. El 1º de enero de 1860 pasaba Aranguren con la vanguardia por Guanare y al día siguiente el resto de las fuerzas. Un ataque resuelto a la capital de Carabobo hubiera perdido al gobierno sin remedio.

En la mañana del 9 llegaba a San José, una legua al oeste de San Carlos, la descubierta federal. Mal guarnecida esta plaza y enterado ya el jefe de operaciones de Cojedes, comandante Figueredo, de la aproximación del enemigo, salió a las 2 de la tarde en persona a reconocerlo con algunos jinetes, pero arrollado luego por infantería y caballería de aquel, hizo poner emboscadas en la orilla montuosa del río para detenerlo durante el día, y al anochecer se retiraron estas a sus cuarteles. La fuerza disponible para la defensa, de algo más de 300 hombres, se distribuyó en once manzanas contiguas a la plaza mayor, en cuyas cuatro esquinas, cerradas por parapetos, se emplazaron sendos

54. *Diario Oficial* (Caracas), N° 115.

55. *Diario Oficial* (Caracas), N°s 98, 104, 110.

cañones, y en la parte opuesta de las manzanas adyacentes a la plaza fueron contruidos tambores. Acopiase ganado en el corral de la iglesia, y agua la hubo en un pozo artesiano que acababa de ser abierto. Excusado es decir que los refuerzos que se pidieron al ejército de reserva y a la comandancia de El Pao, no estaban al alcance del gobierno.

Como a las 2 de la madrugada del 10 los alertas de los escuchas que se hicieron en varias direcciones anunciaron la presencia del enemigo. Menéndez había llegado la víspera a las 4 de la tarde a Tinaco, pero resolvió pernoctar allí y salir al día siguiente, en que al amanecer tropezó con una avanzada de 800 hombres entre caballería e infantería que en el paso de La Yaguara mandaban Aranguren y Ribas Sandoval; 150 soldados fueron mandados a apoyar a Menéndez, y 95 más, que marcharon hasta El Arado, a proteger la entrada de aquellos valientes. La pequeña columna de Menéndez logró así forzar la avanzada federal dejando al comandante Joaquín Cortés prisionero y al comandante Jacinto Travieso muerto en el campo⁵⁶. El sitio quedó desde entonces restablecido. El 11 por la noche, sin embargo, se abrió paso por entre las filas enemigas el comandante José Gómez con 20 lanceros con el fin de ir a pedir auxilios a Valencia y El Pao. Al quinto día del sitio hicieron de los cartuchos de cañón tiros de fusil, y el 13 se dispusieron salidas por tres calles distintas con cada una guerrilla, buscando cómo averiguar el número y posiciones de las tropas federales. El 15 pareció bien capitular, y al día siguiente se resolvió dar este paso, recibido que fue un parlamentario que en tal sentido envió Falcón, si bien es fama que pudo haberse sostenido el sitio por más tiempo. Entregose la plaza el 16 con 700 fusiles y 2.000 cartuchos. Menéndez se pasó al enemigo después de la capitulación. El 15 de marzo declaraba el ministerio de la Guerra, que ella no ameritaba, a juicio del Poder Ejecutivo, que la conducta militar de Figueredo fuese examinada en consejo de guerra de oficiales generales.

“En la ciudad de San Carlos a 16 de Enero de 1860, se reunieron en el despacho de la Jefatura de operaciones, bajo la presidencia de su señoría el Jefe de Operaciones y Gobernador de la provincia, los Jefes, oficiales y ciudadanos abajo firmados, con el objeto de considerar las promesas hechas por el General Jefe de los Ejércitos federales para exigir la entrega de la plaza. Las promesas son del tenor siguiente:

56. D.A. Olavarría, *op. cit.*, p. 264.

“Primera: Se concede a todos los individuos que se encuentran dentro de la plaza, cualquiera que sea su graduación, todas las garantías que puedan apetecer para sus personas y propiedades.

“Segunda: Quedarán en plena libertad para trasladarse al punto que deseen, o para permanecer aquí, si así les convinieren.

“Tercera: Se guardará y se hará guardar a todos los individuos del ejército federal el mayor respeto a las personas y familias de la ciudad, con la seguridad de que serán ejemplarmente castigados los que de algún modo infringieren esta disposición.

“Cuarta: No se exigirá a ninguna persona empréstito o contribución alguna, exceptuando lo que estrictamente se necesite para el alimento del ejército, en ganados, durante el corto tiempo que transite por este Estado.

“Se exige a los sitiados. Único: La entrega de la plaza con todos sus elementos de guerra, exceptuándose las espadas y armas personales de los jefes y oficiales, de que no podrán ser despojados por ningún pretexto.

“El acto de la entrega de la plaza se efectuará como parezca más decoroso para ambas fuerzas a los jefes de ambos ejércitos, el sitiador y el sitiado.

“San Carlos, Enero 16 de 1860. (Firmado) Juan C. Falcón.

“Discutida la materia y convencida la Junta de la impotencia de continuar la defensa de la plaza por más tiempo, agotados como están casi todos los pertrechos y mantenimientos, y considerando la Junta la triste suerte que correrían las familias si la plaza fuese tomada a fuego y sangre, a la vez que la completa incomunicación en que estamos y la tardanza en llegar auxilios después de tantos días de resistencia en la esperanza de recibirlos, y en los que ha sido forzoso consumir los pertrechos para rechazar los asaltos que se nos han hecho, y mantener nuestras posiciones; se convino aceptar las promesas del general en jefe del ejército sitiador, modificando la primera en estos términos: ‘Se concede a todos los individuos que se encuentran dentro de la plaza, civiles, eclesiásticos y militares, cualquiera que sea su graduación, todas las garantías que puedan apetecer para sus personas y propiedades’; la tercera en estos términos: ‘Se guardará y se hará guardar por todos los individuos del ejército federal y autoridades que rijan, el mayor respeto a las personas y familias de la ciudad, con la seguridad de que serán ejemplarmente castigados los que de algún modo infringieren esta disposición’; y el artículo único en estos términos: ‘La entrega de la plaza con todos sus elementos de guerra,

exceptuándose las espadas, armas, caballos y monturas de las personas civiles, jefes y oficiales, y los bagajes que tengan los últimos, de que no podrán ser despojados por ningún respecto. El acto de la entrega de la plaza se efectuará como juzguen más decoroso para ambas fuerzas los jefes de ambos ejércitos, el sitiador y el sitiado.

“Se acordó devolver por medio de un parlamentario, a cuyo efecto fue nombrado el señor doctor Daniel Quintana, las proposiciones así modificadas al General en Jefe del ejército sitiador Juan C. Falcón.

“En este estado se suspendió el acto. —El comandante jefe de operaciones, Benito M. Figueredo. —El gobernador de la provincia, Carlos J. Pérez. —El comandante jefe, Perfecto L. Méndez. —El comandante, Manuel A. Menéndez. —El comandante, Eduardo Carrillo. —El comandante, Vicente Rojas. —El comandante, José Francisco Herrera. —El comandante, José de los Reyes Barreto. —El comandante, Agustín Blanco. —El comandante, José Gregorio Márquez. —Capitán, Julián Linárez. —Capitán, Mauricio Olivares. —Capitán, Ramón Alavera. —Capitán, José A. Mena. —Ezequiel María González. —Francisco García. —Presbítero David María Mena. —Juan Sandoval. —R.A. Dorantes. —T. Ramón Rodríguez. —Manuel Cárdenas. —José de J. González Blanco. —F.A. Sandoval. —Comandante, Francisco Esteban Jiménez. —Capitán, Filomeno Vásquez. —Juan Nepomuceno Alegría. —El capitán herido, Aquilino Sandoval. —Capitán, Juan de Mata Aular. —Juan Nepomuceno Villanueva. —Comandante, Antolino Betancourt”⁵⁷.

Dos contrariedades sufrieron los federalistas delante de San Carlos: la pérdida de Zamora y el tiempo gastado en valde. Vario es el modo como se refiere lo primero, aunque sea vulgarmente admitido, y esto de fuente federal, que sus compañeros mandaron asesinarle⁵⁸. Es lo cierto que al aproximarse

57. *Diario Oficial* (Caracas), Nº 147 (1860). Esta capitulación fue sin duda aprobada por Falcón, pues así lo manifestaron después este y Figueredo. No sabemos de dónde copió Jacinto Regino Pachano el texto que cita en *Biografía del mariscal Juan C. Falcón*, París, Denné Schmitz Editor, 1876 (480 p.), pp. 89-90.

58. Véase Félix E. Bigotte, *El libro de oro. A la memoria del general Ezequiel Zamora*, Caracas, Imprenta La Juventud, 1868 (224 p.); D.A. Olavarría, *Historia patria. Décimo estudio histórico-político. Refutación al “Manifiesto Liberal” de 1893*, 2ª ed., Valencia, Tipografía Artística Mijares, 1895 (582 p.), p. 381. En esta última obra se halla la relación más exacta que se conoce respecto de la muerte de Zamora, que fue escrita por “Un incógnito”, o sea el señor Higinio Bustos.

a la línea atrincherada del poniente, con el objeto de examinar un parapeto que se empezaba a construir para el ataque, una bala de rifle le entró por un ojo y en el acto le dejó sin vida.

Los que admiten la idea de un crimen, fundan sus aseveraciones a merced de cierto número de hechos que apenas permitirían una vaga presunción. He aquí algunos. Zamora había desconocido la autoridad de Falcón. Ligábanlo con este lazos de familia, siendo así que arrostrando una fuerte oposición contrajo Zamora matrimonio con una hermana de Falcón, al cual solía llamar familiarmente Juan. A fines de 1858 y principios de 1859 ya existían ciertas rivalidades entre ambos, mientras conspiraba el primero en Curazao y el último en Saint Thomas, siendo fomentadores de aquellas Antonio L. Guzmán y Napoleón S. Arteaga por parte de Zamora, y Antonio Guzmán Blanco y Jacinto Regino Pachano por parte de Falcón. Más grave es el altercado de entrambos en Guanare al aproximarse Ramos con motivo de la defensa de esa plaza, y el que más tarde, en la marcha hacia el centro, desobedeciese Zamora la orden general de Ospino disponiendo seguir a Barquisimeto y arrastrase el ejército hacia San Carlos. Estas y otras curiosas noticias han sido esclarecidas por los compañeros de causa de los jefes revolucionarios. Es evidente que estos representaban dos tendencias muy diferentes para el liberalismo, y que tarde o temprano tenía uno u otro que arrancar la autoridad de su contrario o provocar ambos un tremendo cisma. Con todo, el carácter mismo de Falcón basta para alejar la idea de un asesinato emanado de sus resentimientos o premeditado por él. Sea como fuere, una vez consumada la muerte de Zamora, que fue el 10 de enero de 1860, procuróse no lo supiesen los suyos, enterrando secretamente el cadáver, aunque en vano, pues luego cundió la para ellos fatal noticia.

Cuando fue conocido en Caracas el violento fin que cupo al célebre caudillo federalista, Juan V. González deslizaba algunos pensamientos que resultaron singularmente exactos para los guerreros de Falcón y que parecían concebidos en tiempos de persecuciones contra un temible heresiarca. Empezaba escribiendo con mal fingida calma:

Nada sabe el hombre. Lamenta lo que le conviene, se alegra de lo que le daña...
–Y sin contenerse más, estalla a punto y seguido en estas febriles reflexiones–.
Es Dios mismo quien ha sacado de sus espantosas guaridas, por el señuelo

de engañosa victoria, a los enemigos de la civilización y de la república. Al acercarse a las poblaciones asiento de la moral y de la ilustración, turbados, ciegos, ceden a un ascendiente desconocido que les impone, cesa el impulso que los guiaba, y el cobarde miedo se apodera de sus corazones. Algo les dice interiormente que esa Carabobo es la tumba de los tiranos; y esparcidos acá y allá, acaso creen leer sobre sus inmensos campos el nombre de sus sepulcros. De allí no pasarán: la fuga va a serles imposible. Rodeados de todas partes, objetos del odio nacional, cada día se abre más profundo el Etna hirviente en que vamos a precipitarlos. ¡Tiemblan! Es que no ven montañas en qué ocultarse para acechar, ni sabanas que entregar al fuego para abrasar a sus propios heridos. El día había de llegarles del castigo. Cuentan que en la noche, con espantable voz que hiela a los más osados, un espectro demudado y sangriento les grita en medio del sueño: “—Muere el tigre porque abandonó sus bosques: esta mortaja de tierra es fría y medrosa; preparaos a dormir en ella, porque no veréis más a la desolada Barinas, ni la lucha de los buitres sobre el cráneo de los que asesinasteis”. Y la sombra de Ezequiel Zamora desaparece en los abismos.⁵⁹

Hablando de Zamora y de sus preparativos la víspera de la batalla de Santa Inés, decía su auditor Guzmán. “Con él en persona tuvimos el gusto de pasear esa tarde oyendo sus explicaciones... ¡Cómo se sonreía el hábil soldado al contemplar la arrogancia de esos generales de irrisión, que sin saber lo que hacían, venían a entregarle un ejército y con él cuanto tenían!”⁶⁰. *El Heraldo* contestaba sarcásticamente con estos versos de Noroña:

Yo lo recuerdo, amigo: aún en el pecho
suena la voz de su amistad ferviente:
aquí mismo le vi, aquí en mis brazos
le estreché aquel día...

La estatua de aquel hombre afamado, vaciada en metal grosero, existe hoy en la plaza de Capuchinos de Caracas, mandada a erigir por Guzmán. Allí le ve el pasajero asomándose sobresaltado por entre dos gaviones, con la espada desnuda entre sus crispados dedos, encorvando su desgarbada cintura, contraídos los músculos de su dura fisonomía y erizado su áspero bigote, no pareciendo sino que olfatea la presa con su nariz larga y puntiaguda.

59. *El Heraldo* (Caracas), N° 86.

60. *El Eco del Ejército* (Barquisimeto), N° 4.

Manifestó en sus triunfos la desconfianza del perseguido y un gran desprecio por la lisonja y la adulación. Hasta en banquetes con que durante la campaña pretendieron obsequiarle sus partidarios dicen que rehusaba tocar todo manjar, temiendo ser envenenado o por orgullo. Debió su fortuna militar a sus talentos de caudillo, a sus marchas violentas, a su actividad en la persecución, a un carácter imperioso, adusto. El marqués de Rojas le concede una y otra vez grandes dotes de estratégico entre los militares de la república⁶¹. No fue luenga su vida para desarrollarlas; de que avino que sus compañeros al acabar la obra militar que él había empezado, con un desdén inmerecido por su memoria, no hallaron otro sobrenombre para honrarle y perpetuarla que el de “Valiente Ciudadano”, idea que ni aun el mérito de ser original tenía. Efecto de las rivalidades de que en otra ocasión hemos hablado fue la descripción de la batalla de Santa Inés hecha por Guzmán, que respecto de la de Iriarte, tiene el sabor del cuarto evangelio respecto de las narraciones de los sinópticos.

La segunda de las contrariedades que Falcón experimentó fue el dar tiempo al gobierno para volver en sí. Tal era la situación de este, que aun en el seno del gabinete penetraron el desconcierto y la anarquía. La oposición al ministerio era marcada, y las sesiones del Consejo no prometían solidez en aquellos momentos críticos en que era indispensable la armonía. Desacordado Cadenas con sus colegas, hizo el 13 dimisión de su portafolio, alegando motivos de divergencia política. Cuando en adelante fue otra vez ministro y le combatió con acritud Pedro José Rojas, explicó aquella renuncia manifestando las pretensiones de Cadenas respecto a que el gobierno reconociese la compañía de accionistas y sus derechos, a condición de hacer ella suplementos al gobierno en cuenta corriente. En tal especulación Cadenas tendría parte, y asegura Rojas que en el Consejo de Estado los señores Tovar, Manuel M. Quintero, Morales Marcano y Andrade se opusieron por unanimidad al proyecto financiero de Cadenas⁶². A este sucedió el señor Pedro Pablo de las Casas, el cual a poco renunció también.

61. J.M. de Rojas, *op. cit.*, pp. 246 y 264.

62. *El Independiente* (Caracas), N^o 265.

El 14 de enero, mientras se combatía en San Carlos, dedicaba *El Herald* este pasaje de Ovidio, en lugar preferente, a los señores Manuel M. Quintero y Andrade:

A los Ministros de lo Interior y de Guerra.

At medio torus est, ebano sublimis in atra,

plumeus, atricolor, pullo velamine tectus;

quo cubat ipse deus, membris languori solutis.

Hunc circa passim, varias imitantia formas,

somnia vana iacent totidem, quot messis aristas

silva gerit frondes, electas littus arenas...

Pero en el fondo de las grutas a la sombra de un viejo dosel, bajo espesas cortinas, elévase un lecho de ébano, donde sobre ociosa pluma hundiéndose la indolente languidez, el Sueño silencioso, coronado de adormideras, saborea las dulzuras de un eterno reposo. Imitando los objetos con sabias mentiras, gira a su alrededor el pueblo alado de los sueños, enjambre igual en número a las espigas del estío, a las hojas de las selvas, a las arenas del mar. (Traducción de J.V.G.).⁶³

Después comenzaba su editorial “A la república”: “Quisiéramos tener hoy un lenguaje impetuoso, al uso de las circunstancias, pero lleno de pensamientos fuertes, de gritos de rabia, trivial y profundo, capaz de herir en toda la república hasta a las almas indolentes y frívolas, hasta a los corazones egoístas”*. ... ¡Era que el público sabía ya, la derrota de Santa Inés!

Verdad es que el gobierno tenía sobrada razón para detenerse reflexivo y aun consternado ante la destrucción del ejército de occidente, en virtud de lo cual se alzó de su abatimiento la hueste de conspiradores de la capital, que se imaginaban sin duda oír ya las pisadas de las tropas federales entrando vencedoras y triunfantes en la ciudad. Más aún. Como resto de las pasadas querellas con la legación francesa, el capitán E. Keldrain, jefe de

63. Ovidio, *Metamorfosis*, XI, 610. El general Bigotte observa a este respecto la lección de *atricolor* por *unicolor*, usada por J.V. González. Este siguió, a lo que creo, el texto de los ejercicios de [Léandre] Vérien.

* Juan Vicente González, “A la República”, *El Herald* (Caracas), (14 de enero de 1860).

Estado Mayor del comandante en jefe de la división naval de las Antillas y Golfo de México, impuso al gobierno de Venezuela, para el restablecimiento de las relaciones diplomáticas, las siguientes satisfacciones: 1. Reemplazo de Quintero, que firmó la orden de expulsión de Levraud. 2. Presentación al gobierno del Emperador de excusas llevadas por un Enviado especial o por un ministro de Venezuela acreditado ya en alguna de las cortes de Europa. 3. Ejecución inmediata de los arreglos ya convenidos sobre varias reclamaciones. Todo esto aceptó en 18 de enero el secretario de Relaciones Exteriores, Sr. Morales Marcano, forzosamente, decía, pero de buena fe, y se comprometió a cumplirlo con lealtad⁶⁴. El señor A. de Turreil, que como Encargado de Negocios *ad interim* había quedado en la legación y en el consulado general de Francia, declaró restablecidas las buenas relaciones con fecha 19 de enero. El secretario observó tímidamente que la primera proposición había venido a ser innecesaria. Ya había ocurrido el traslado de Quintero al despacho del Interior, “por exigencias peculiares de la política del país”.

Todavía hay otra cosa que hacer (clamaba incansable González): matar la revolución en esta capital, donde se agita furibunda: caer con mano de hierro sobre los conspiradores y sus cómplices, sobre los que pagan comisionados y correos, sobre los que dan las órdenes y las transmiten, sobre ese foco revolucionario que es preciso extinguir. La imprevisión dice: “—No: En nada influyen estos inocentes conspiradores: todo se decidirá por las armas en los campos de batalla; tanto saben ellos lo que pasa entre los enemigos, como sabíamos nosotros lo que pasaba entre nuestras tropas en el tiempo de los Monagas”. ¡Hombres engañados, que creéis razón el razonamiento, y os dejáis seducir por el sofisma de vuestra cobardía! ¡En esos tiempos que citáis, trémulos en vuestras casas o fugitivos en la ajena, tiempo os faltaba para pensar en vuestra propia seguridad! ¿Cómo podíais ocuparos de lo que sucedía con vuestros desgraciados amigos?⁶⁵

Los conspiradores de las prisiones, sin embargo, habían sido trasladados a Maracaibo con todas las formalidades legales. El ministro Morales Marcano con fecha 19 de diciembre excitó a la Corte Superior del tercer distrito

64. Jesús María Morales Marcano, “Exposición que dirige al Congreso de Venezuela en 1860 el secretario de Estado en el Despacho de Relaciones Exteriores, Inmigración e Instrucción Pública”, *Memoria de Relaciones Exteriores*, Caracas, 1860, p. 129.

65. *El Heraldo* (Caracas), (2 de febrero de 1860).

a que hiciese uso de la atribución que le confería la ley de 3 de abril de 1849 para disponer la traslación de los reos de conspiración de Caracas y La Guaira a otra prisión segura en una provincia distante del teatro de la guerra y del asiento del gobierno, alegando que el presidente había adquirido multitud de datos veraces de que la permanencia de los penados en las cárceles indicadas amenazaba el orden y la tranquilidad públicos “con peligros tanto mayores (decía), cuanto que están envueltos en las tinieblas de la prisión y se ocultan bajo el ropaje del sufrimiento”. Una reflexión sobre todo debió de acallar a los apologistas de la revolución. “Si el Poder Ejecutivo por una benevolencia mal entendida y fiado de la seguridad de las prisiones, contemplase, mudo e inactivo espectador, los esfuerzos de los reos de esta horrible y sangrienta conspiración, para mantener viva y voraz la hoguera que han encendido en Venezuela, al realizarse cualquiera de los fundados temores de S.E. por falta de energía en el Supremo Gobierno, o por no hallar cooperación eficaz en alguno de los otros poderes nacionales, sería responsable con estos de los males subsecuentes y víctima el país de los enemigos obcecados de la patria”. La corte acordó el 20 de diciembre la traslación, y lo propio hizo el 21 la corte del cuarto distrito respecto de los presos de Valencia y de Puerto Cabello, a excitación del gobernador Iribarren⁶⁶.

Bajo Seco, islote situado en la barra del lago de Maracaibo y formado en tiempos recientes con el aluvión de este y las arenas del mar fue la prisión escogida. Ventajosa por otro respecto podía considerarse aquella reclusión, pues viviendo libremente en sus barracas y aislados del litoral, se libraron de la enfermiza influencia de este. Cubierto de manglares y lagunetas, el islote, que tenía para 1810, según el derrotero español, cable y medio en todos sentidos, estaba a 2.816 varas al nornordeste del Fuerte de San Carlos. En sus playas arenosas habían construido un fortín los patriotas después que ocuparon el lago, pero la obra pronto se arruinó por la poca solidez del suelo. El general Silva, Urdaneta, Urrutia, Pío Ceballos, Carlos Plaza y otros fueron llevados en diciembre de 1859, y el lugar llegó a tener pronto una población de más de 300 deportados, aunque no pocos fueron trasladados en lo sucesivo de la marina a la ciudad de Maracaibo. El siguiente documento, copiado del libro de Level de Goda, ayudará a ilustrar el asunto:

66. *Diario Oficial* (Caracas), N^{os} 102, 105, 110.

Caracas, diciembre 23 de 1859. —Mi gobernador y amigo: Esta gente no aprende, puesto que ellos mismos me enseñaron la hermosa y bien concebida carta que V. les dirigió sobre lo innecesario e impolítico que era el duro trato que daban al señor general José Gregorio; me pareció notar que se les hacían arrugas en la frente cuando yo la leía dándole todo su valor, y sin embargo ahora le mandan a V. su aguinaldo de pascua. —Yo debía principiar dándole mi opinión sobre esa remesa, mas ¿cómo acertar si no mejorarán los presos, conociendo yo las ideas de V. sobre estas cosas? Creo que ellos mismos no querrán volver y que van a estar muy satisfechos del trato que V. les dé. Mi objeto principal es advertirle como entre los remitidos va un viejo amigo y compañero, el señor general Laurencio Silva, y que sería una vergüenza más verlo en San Carlos; lo recomiendo a su amistad y le suplico no consienta que pase por tal vejamen, ya que ahora puede V. impedirlo. —Dura es la prueba a que lo sujetan, pero creo y preveo que de ella saldrá como sale siempre V., muy bien. Así lo espero y consérvese bueno. —Su amigo, Carlos Soublette. —Señor gobernador de la provincia de Maracaibo, José A. Serrano.⁶⁷

Mas si tal zozobra aparentaba la capital, menor no existía en realidad en las provincias. A cosa de 300 hombres se redujo el ejército de Ramos al llegar a Mérida el 31 de diciembre y después de reunidos los dispersos. Enfermo y herido Casas, hizo sus veces el doctor Francisco Padrón, el cual aconsejó a Ramos que cediese el mando en jefe de las tropas a Rubín. Efectuose esto por orden general del 7 de enero, y al punto marchó Rubín a Trujillo con el Estado Mayor, dejando orden de que le siguieran las columnas que equipase Ramos en Mérida. Ningunas obtuvo, pero el gobernador de Trujillo puso 900 hombres a su disposición, y juzgando aquel que con otro tanto que encontrase en Barquisimeto no podría obrar por la distancia sobre la retaguardia de Falcón, y que sería demasiado tardía su marcha por tierra, determinó de ir por Maracaibo a La Guaira, contando con llegar en momento oportuno a Caracas. A una jornada del lago de Maracaibo recibió el general Cordero orden de contramarchar.

Una resolución ejecutiva del año anterior, que ya tenemos citada, determinó las fuerzas que habían de componer la reserva, cuyo mando se confirió interinamente a Hernández. Ese ejército a la verdad no llegó a organizarse,

67. *Diario Oficial* (Caracas), N° 31; L. Level de Goda, *op. cit.*, p. 233.

y el revés que sufrió Ramos sorprendió de manera al gobierno que no le dio tiempo a movilizar las tropas designadas o a reclutar las que había menester. Cordero mismo había sido reemplazado por Hernández en el mando de la reserva, y por Lugo en la comandancia de armas de Carabobo, puestos a que el gobierno lo había destinado y que él no aceptó, retirándose luego a Valencia⁶⁸. Ahora urgían las circunstancias, y por decreto de 9 de enero fue nombrado general en jefe del ejército, autorizándosele para organizar el Estado Mayor, cuya jefatura se encargó a Hernández. A las 7 de la noche le transmite el aviso por telegrama el ministro de la Guerra, agregando que el vicepresidente daba por aceptados estos nombramientos y que los comunicaba por lo tanto a toda la república. A las 11 contestó Cordero exigiendo esto: órdenes de concentración sobre Valencia de las tropas de Carabobo, Aragua y Guárico; el armamento de Puerto Cabello, Coro y Maracaibo; cruceros para las costas de Coro y el cambio por flecheras de los vapores que resguardaban el oriente; órdenes a Ramos para que arrastrando consigo las fuerzas de Mérida y Trujillo, obrase sobre la retaguardia de Falcón, caso de lanzarse este sobre el centro; a Pulgar para que con parte de sus acantonamientos del Táchira cubriese el Alto Apure por la selva de San Camilo; a Zamora y al comandante de Armas del Guárico, para que auxiliasen a Brito, con el propósito de dominar el Apure, y amenazar a Portuguesa y Barinas. Prevínose a los jefes militares de El Pao y Girardot y al comandante militar de El Baúl, que en caso de ser atacados se retirasen a Valencia. El gobierno, por su parte, había dictado desde el 8 idénticas medidas.

Ya para este tiempo estaba despejada la línea de San Fernando a Calabozo, porque habiendo salido el general Brito de aquella ciudad a recorrer las orillas del Portuguesa, encontró en La Morisma el 4 de enero fuerzas federales unidas del Guárico y Portuguesa, mandadas por Carpio y montantes a 600 hombres, sufriendo estos una completa derrota⁶⁹. Pretendían ocupar a Camaguán y a Guayabal, mientras los Segovias se acercaban por el sur a San Fernando. La presencia de Leiciaga en Los Naranjos hizo llamar el 13 a Sandoval, jefe de operaciones de La Sierra, y a los de El Pao y El Baúl. Sandoval, con todo, había batido a Medrano en el Guasimal, cerca de Ortiz,

68. *Diario Oficial* (Caracas), N° 87.

69. *Diario Oficial* (Caracas), N° 116.

el 1º de enero, y luego el 15 en El Gengibre, valle de Los Naranjos, a Leiciaga⁷⁰. La guarnición de El Pao, conforme [a] lo dispuesto, se dirigió a Valencia el 15 de enero con muchos emigrados; el 19 ocupó la villa el coronel Benito Álvarez, y con este motivo, dice fray Nicolás de Iguialada que era uno de los emigrados y hostil de cierto a los federalistas, que “fue tanta la bondad y la moderación de este jefe, que no permitió ningún desorden en la población y castigó severamente algunos que no quisieron cumplir sus órdenes”⁷¹. No pudo seguir el movimiento con la guarnición de El Baúl el comandante Martínez, quien con H. Gámez y muchos emigrados se encaminó a Calabozo, donde se hallaba casi solo el señor Miguel Herrera. Con todo, el 14 de enero solo disponía Cordero de 428 soldados del Convención, 213 reclutas y 340 que obraban en La Sierra, de modo que en la conferencia por telégrafo a que llamó el general a Tovar y Andrade el 17 a las 8 de la noche, les encareció la necesidad de concentrar velozmente el ejército a objeto de desconcertar la combinación que preparaba el enemigo.

Mas Caracas fue ejemplo de constancia. El 15 de enero un número considerable de sujetos respetables y de todos los gremios fueron a la casa de Tovar a ofrecer su cooperación al gobierno, llevando la palabra el licenciado Juan José Mendoza. El 20 reunieron el comercio de allí y el de La Guaira 40.000 pesos en clase de empréstito para remitir al ejército. El empréstito decretado el mismo día era de 300.000 pesos para las provincias de Caracas y Carabobo. Viose en una de las columnas expedicionarias que salió el 21 al abogado Pacífico Gual, hijo del designado, y a Federico Núñez de Aguiar, joven escritor, que bien así como otros, prefirió al puesto que tenía en la casa de gobierno uno sujeto a los azares de la guerra. Se mandó cerrar el 25 la universidad e incorporar los estudiantes a la milicia nacional. Los ejemplos excitaban la emulación. Reuniéronse a poco 3.000 milicianos; el coronel Delgado Correa abandonó la subsecretaría de Guerra para aceptar la subjeftura de Estado Mayor del ejército, y todo esto se hacía de prisa, no habiendo tiempo de pensar en el propio interés, y bajo los fuegos, podría decirse, del enemigo, que parecía no poder ser ya detenido en su victoriosa marcha.

70. *Diario Oficial* (Caracas), N^{os} 114, 120.

71. Libro de gobierno de la iglesia de El Pao, N^o 44.

Porque Falcón, al día siguiente de la capitulación de San Carlos, se movió hacia Valencia y avanzó el 20 hasta Tinaquillo, desde donde intimó la rendición de aquella ciudad. Cordero se limitó a enviar copia de la nota al gobierno, significando que “ni la había contestado, ni la contestaría, porque no quería otras relaciones con los enemigos de la patria que los que cumplían al general en jefe del ejército constitucional”⁷². Falcón se acercó el 21 hasta Carabobo, y pasando Guataparó el 22, formó en batalla en la sabana de Los Cardones. Disponiendo solo de 2.000 hombres y esperando que Zamora atacase por retaguardia, determinó Cordero adelantarse con el Estado Mayor a Mucuruparó, situadas sus fuerzas en línea de batalla en Los Corrales, entre el cerro de La Pedrera y el camino de El Palotal, pero al mediodía tornó a la plaza rehusando el combate, mientras que Falcón retrocedía por la tarde hasta inmediaciones de Tocuyito, para poner el 23 fuertes avanzadas hasta Mucuruparó. Salió de nuevo Cordero desplegando sus fuerzas en guerrillas con gruesas reservas en las calles del suroeste de la ciudad, y conociendo el flaco de su contrario, apresurose a estorbarle la retirada por Nirgua o por la costa, previniendo al comandante de armas del Yaracuy. A pesar de esto, el 24 tiene noticias de que Falcón contramarcha por vía de Carabobo. ¿A qué se debía este inesperado movimiento?

Falcón dice que fue a la aproximación de Sotillo. Este hombre de hierro parecía invencible. Pudo evadirse de las persecuciones de Zamora, Baca, Ruiz, Marrero, Pinto, Castillo y Mauricio Zamora o rehacerse de sus reveses. Situado en La Pascua el general Zamora, los coroneles Baca y Zamora se incorporaron en Zaraza el 24 de diciembre, pero Sotillo, moviéndose de El Chaparro llamó desde Tucupido la atención de aquel general para burlar su vigilancia y tener espacio para buscar a Falcón, valiéndose para esto de los generales Pedro Tomás Lander y Tomás Paz Castillo y coroneles Manuel Lander y Pedro M. Conde parlamentarios de él, quienes desde Tucupido escribieron el 26 de diciembre a Zamora manifestándole su objeto y difiriendo por algunos días su encargo, mientras Sotillo marchaba velozmente hacia el oeste. “Se ha deslizado como un zorro”, decía una carta publicada en *El Heraldó*⁷³. Los

72. *Diario histórico de las operaciones del ejército de la República contra la facción federal* (Caracas), 1860, p. 14.

73. *Diario Oficial* (Caracas), N^o 115; *El Monitor Industrial* (Caracas), N^o 405; *Diario de Avisos y Semanario de las Provincias* (Caracas), N^o 39.

fingidos parlamentarios fueron arrestados, y Zamora unido a M. Zamora, Baca y Pinto desde el 6 de enero, se puso a la caza de Sotillo, quien por vía de La Pascua llegó el 11 a El Sombrero, por lo que hubo de fortificar el gobierno dos días después a Los Cura y La Victoria, y de enviar órdenes a Zamora de unirse al cuartel general de Carabobo o Tinaco, si buscaba Sotillo a los que entonces sitiaban a San Carlos. Cordero debía unirse a Zamora en los valles de Aragua, si al contrario buscaba Falcón a Sotillo para asediar a Caracas.

Este último, pues, seguido por Zamora hasta Calabozo, y a veces con tres o cuatro leguas de diferencia en la marcha replegó el 20 de enero hasta El Baúl. Fuese en dirección de San Carlos, en busca de Falcón, o hacia el Apure, en busca de los Segovias, dispúsose en definitiva que marchase Zamora a Valencia, y con efecto por Uverito y Pao Viejo llegó el 28 hasta Espinito, mientras que Falcón fue a situarse en Tinaco.

Con miras a evitar una invasión en Barquisimeto y Yaracuy, resguardar el Guárico y cubrir a Valencia se ofició a Rubín para que impidiese la ocupación de Barquisimeto y se ordenó la incorporación de Zamora en El Pao, pero sabedor después Cordero de que los federalistas tiraban hacia este punto, resolvió tomar la ofensiva y moverse al instante en línea paralela, dejando por medio La Sierra: ordenó a Rubín que ocupara a San Carlos, al comandante de armas del Guárico que se sostuviese en Calabozo hasta la última extremidad si era atacado, y a las fuerzas de vanguardia que estaban en La Cañada que contramarchasen hacia Güigüe por Carabobo. Al llegar Zamora el 1º de febrero a Flor Amarilla pide cuarteles, y se le previene que siga al cuartel general en su movimiento; el 2 se incorpora con su división en Pan de Palo, lo mismo que la brigada de Sandoval; el 3 llega una columna de Caracas y dos compañías de rifleros.

En Tinaco se había incorporado a Falcón Sotillo, el cual llegó tras un largo rodeo conduciendo incansable [a] los llaneros del oriente. Sus soldados iban casi desnudos y él, en medio de sus mesnadas, con una gran melena cana y crecida barba, fue el designado para comandante en jefe de la caballería. Con aquella jerigonza propia del llanero, expresiva y tosca, desaliñada y enérgica, llena de metáforas originales, arengaba a su gente ofreciéndole que pronto se vestirían en la calle de Mercaderes de Caracas. Hacíasele decir: “¡Mis hijitos! ¡En esta mano tengo *escriturao que Juan Sotillo nunca sío*

toma, y en esta otra tengo *escrebío* que Juan Sotillo nunca ha *juvió!*”. Así incorporados los federalistas, ocuparon a San José de Tiznados el 4 de febrero, mandaron a Medrano a La Sierra y desplegaron cuerpos de caballería, a las órdenes de Sotillo, en dirección de Ortiz.

A este tiempo se adueñaba Cordero de San Luis de Cura el 5 de febrero, y al otro día de San Juan de los Morros. En Cura se organizó así el ejército: general en jefe Cordero, con el mando inmediato de la división del centro; segundo Zamora, con el de la de oriente y Guárico. Tenían ambos cuerpos un efectivo de 3.632 hombres de infantería, 759 de caballería y 42 de artillería. Juzgándose en San Juan que Falcón, por su actitud, simulaba una marcha a Caracas mientras atacaba a Calabozo, se dirigió sin perder instante a esta plaza. Mas no era así. Escaso el general federal de pertrechos y conduciendo cosa de 5.000 hombres, encaminó sus pasos al llano, procurando sin duda el apoyo de las facciones de Apure, a la vez que fatigaba a sus perseguidores en marchas y contramarchas y encontraba él mismo forraje para su numerosa caballería privando con ello de recursos al enemigo y pudiendo escoger campo donde presentarle combate. Calabozo con todo había sido municionada y auxiliada con 300 hombres de Brito; llegado que hubo allí el 8, contramarchó a Los Ángeles, tornó después a ocupar sus primeras posiciones, intimó capitulación a sus defensores, niéganse estos y él sigue replegando hacia San Fernando, que estaba también guarnecido por una división al mando de Camero.

El ejército del gobierno hizo jornadas sucesivas a el Algarrobito, Ortiz, Morrocoyes, Corozal, Morichal, Trinidad, El Frío, San Andrés y a Camaguán el 15 de febrero. En el Corozal se previno el orden de batalla para el caso que el ejército fuese atacado en marcha o en campamento; en Calabozo se organizó el 12 la división de vanguardia de 700 hombres, que se dio a Brito, y como en Garzones podía Falcón dividir sus fuerzas o arrojarlas por San Jaime, El Baúl o San Fernando, se ordenó a Rubín cubrir la línea de San Carlos a Guanare y a M. Zamora la del Unare.

El 16 de febrero se movieron los constitucionales al amanecer en la formación de columnas por cuartas de compañía. Poco antes del mediodía sorprendió la descubierta un destacamento de observación en Laguna Clara, muriendo allí el coronel federal Fermín Piñero. A dos leguas del río Apure, en Lacarita, se hizo alto sobre un terreno poblado de bosques. Parte de las

fuerzas federales se había presentado desde el 15 en el paso real de San Fernando; el resto de ellas llegó el 16, y tras esto Aguado, quien al ser sorprendido por Piñero, como se hallase cerca en observación con 200 hombres, pudo inspeccionar la vanguardia enemiga, creyendo acaso que era la única fuerza que los perseguía.

Convencido entonces Cordero de que Falcón esquivaba el combate, oblicuó sobre su propio flanco izquierdo, buscando el camino de Guayabal, única salida posible para el enemigo por entre los sotos y palmares de la llanura, rompiendo marcha el 17, poco después del amanecer, en el orden que sigue: división de vanguardia, o ala izquierda: guardia del general, comandante J.A. Ferrán; 1ª brigada, comandante Gabriel Sandoval; 2ª, comandante José Leandro Martínez; brigada Brito, comandante Juan Hinojosa; brigada de caballería, comandante Pedro Díaz Regalado. División de oriente y Guárico, o ala derecha: artillería, capitán Francisco Hurtado; 1ª brigada, comandante Andrés A. Pinto; 2ª, comandante Rafael Adrián; 1ª de caballería, comandante Cipriano Celis; 2ª, comandante Juan Ledezma; 3ª, comandante José Antonio Gutiérrez. División del centro: guardia del general, de tiradores y guías, capitán Salustiano Gadea y comandante J.B. Gómez; batería de artillería, capitán Higinio Churión; batallón Convención, capitán Pedro Vallenilla; 4ª brigada, comandante Eduardo Carrillo; 2ª, comandante Martín Lameda; 3ª, comandante Manuel Garrido; rifles.

La sabana de Coplé está cruzada de noroeste a sureste por el caño Caracol que corriendo tortuosamente entre bordes nemorosos va a formar hacia el sur la laguna Coplé. Otro caño cenagoso, cuya cabecera está rodeada por un bosque, nace en medio de la llanura y dirigiéndose al sur, tuerce luego al este hacia la laguna; estos dos caños encierran el Rincón de Coplé, el cual expira al oeste en un tupido palmar, mientras que el camino de San Fernando corre por en medio de este, casi paralelo a ambos caños, y el de Guayabal se separa hacia el norte, descabeza las fuentes del caño pequeño, atraviesa el del Caracol y se pierde luego hacia el naciente.

Por aquel palmar entraron las divisiones en columnas cerradas por cuartas de compañías y estrechadas las distancias. A poco la descubierta divisó al enemigo formado entre la laguna, un bosque espeso, cave esta y el caño, y cubierta su izquierda por grandes masas de caballería. Al instante

ordena Cordero que se dirija al trote la vanguardia sobre el paso del Caracol, mientras que el resto del ejército oblicuaba aún más sobre la izquierda, apoyado por los sotos y ocultándose con la propia vanguardia. Conocido por el enemigo el intento de esta, destacó tres fuertes columnas a ocupar: el mismo punto, rompiéndose los fuegos poco antes de las ocho entre la compañía de rifles, mandados a obrar como tiradores, y la descubierta enemiga. Este hizo esfuerzos inauditos para atraer, aislar y destruir a Brito impetuosamente, acometiéndole con una cruda violencia y cargando a la bayoneta. Mientras tanto, habiéndose adelantado Cordero sobre la izquierda de Brito con el objeto de reconocer las posiciones del enemigo, desplégase este sobre su izquierda en fuertes columnas de ataque de infantería y caballería, y amenaza envolver la derecha y retaguardia constitucionales. Apercebidos del movimiento Hernández y Correa, toman sucesivamente cada una de las brigadas, y descabezando sobre la derecha las escalonan en línea, avanzando al trote en la formación que llevaban para hacer frente al enemigo según los movimientos de este. La de Pinto fue la primera que abrió sus fuegos sobre el centro izquierdo de Falcón. Contenidos pero no embarazados los federalistas, continuó, sin dejar de hacer frente, su movimiento sobre la derecha enemiga, amenazando envolver a Pinto, al mismo tiempo que trataba de introducirse por un claro que quedó entre la izquierda de este jefe y a la derecha de Brito, al cargar este ganando terreno, y casi en el momento en que Falcón en persona a la cabeza de grandes masas de infantería ejecutaba por su derecha un rápido movimiento sobre la izquierda de la vanguardia y el parque, en cuyo arreglo y colocación trabajaba Cordero, sin más escolta que los tiradores de guardia, que eran 23, y la artillería que acababa de montarse con un jefe, 2 oficiales y 19 de tropa a las órdenes del comandante Pedro José Sucre.

En menos de diez minutos se había generalizado el combate en una extensa línea. Adrián entró en línea a la derecha de Pinto, y formando martillo con este, hace fuegos oblicuos; el Convención ocupa el claro dejado por Brito, y rechazando al enemigo hasta el caño, cambia al punto de frente sobre su derecha, y maniobrando bajo las órdenes de Zamora auxilia a Carrillo que contenía la extrema izquierda enemiga, casi a retaguardia de todo el ejército. La compañía de tiradores y el piquete de artillería se sostienen desesperadamente a la vista de Cordero al ser atacados por Falcón, hasta que acudiendo Garrido con su brigada conjuró el peligro: 10 de los tiradores perecieron en

su puesto. Pinto había perdido 2 capitanes y tuvo 12 oficiales más heridos. Tres cuartos de hora, y Falcón cedía ya.

Lanzadas sobre la derecha de Cordero las caballerías, las brigadas de Lameda y Adrián y la caballería de Chaguaramas, fatigada y sin brío, bastaron a contenerla, porque Sotillo parecía más proteger la retirada que acometer formalmente; de suerte que desalojados por Pinto y Sucre los últimos grupos que resistían en la “mata” contigua a la laguna, y modificada la línea de batalla, hubo de tomar el trote largo en línea como estaba por cuatro de fondo.

El ejército tuvo 38 muertos y 222 heridos. “La tropa, dice el parte del general, sufrió gran descalabro, pero siempre firme y sin retroceder un instante. Sus heridos, que fueron en gran número, al dirigirse al hospital de sangre, volvían cara con pausa y con una serenidad que sorprendía a los que presenciaban sus valerosos esfuerzos”. El hospital de sangre fue establecido durante el combate por el coronel Correa⁷⁴. La evacuación de heridos se hizo a San Fernando. Los federalistas tuvieron más de 167 muertos, no contando los que quedaron ahogados en la laguna, un número indeterminado de heridos y 245 prisioneros⁷⁵.

Falcón tiró al principio al paso de San Jaime, torció luego a Calabozo, y pasó por San Andrés a la una de la madrugada; luego, erró por dos días en la sabana de Mata Vieja, y desparramose su tropa bajo el rigor de aquella estación en que un calor sofocante mantiene seca la yerba, agotados los manteses y desnudos los árboles de sus hojas, amparándose en ocasiones el viajero hostigado por la sed con una ampelídea llamada por los naturales bejuco de agua⁷⁶. Aquellas soledades, tristes de suyo, debieron de serlo mucho más para el asendereado caudillo. Varios grupos de caballería que siguieron la ruta de Guayabal, fueron dispersados por tropas de la misma arma llevadas por Camero de San Fernando.

Llegado que hubo Falcón a Santa María de Tiznados, logró reunir muchos de sus dispersos cuerpos, y tomó el partido de subdividir su ejército. Era lo que en realidad podía y debía hacer. Mandó a Sotillo al oriente con la

74. Este jefe se suicidó en Caracas el 28 de junio siguiente.

75. *Diario histórico de las operaciones del Ejército de la República contra la facción federal* (Caracas), 1860, p. 49; *Diario Oficial* (Caracas), N^{os} 134, 135, 136.

76. El *Cissus viatorum*.

caballería y alguna infantería; a Aguado a La Sierra con parte de la tropa; a Calderón a Coro; y a Aranguren a Cojedes y Portuguesa con lo restante. Él mismo siguió hacia El Baúl, atravesó, por vía de Guanare, las provincias de Portuguesa y Barinas sin obstáculo ninguno, y por El Amparo pasó la frontera con algunos oficiales.

Veamos ahora cuál destino cupo a los tenientes de Falcón. Dividido el ejército de este, dividióse también el de Cordero, quien habiendo enviado a Camero la brigada de Carrillo y una columna de Lameda para que obrase sobre Apure, situose con el resto de sus fuerzas en Calabozo y mandó el 24 de febrero la división de oriente a las órdenes de Zamora, junto con el comandante José María Rodríguez Gutiérrez en persecución de Sotillo que se dirigió naturalmente a sus antiguas posiciones en Barcelona. Otra fuerza al mando del comandante José A. González quedó maniobrando en el Guárico, y en Lezama encontró al coronel Carmelo Gil el 1º de marzo. La columna de este, aunque de mayor número de soldados, fue dispersada con pérdida de su jefe⁷⁷.

Cordero además dividió al llegar a El Pao el 3 de marzo el cuerpo del ejército que conducía, mandando la brigada de Sandoval, la de Garrido y la de Pinto, fuerte de 900 plazas, a abrir operaciones sobre La Sierra contra Aguado; a Martínez con la brigada Brito, la de Girardot y un piquete de caballería, 600 plazas por todo, a ocupar El Baúl, como fue practicado en efecto el 5 de marzo⁷⁸, y siguió él mismo con el Estado Mayor, su guardia y el Convención hacia San Carlos, donde encontró el 6 a Ramos con la división de occidente. El propio día entregó la división a Brito y la despachó en persecución de Aranguren.

Sotillo, con todo, tuvo la buena suerte de evadirse. Trabajó combate en Lecherito el 25 de febrero con 17 soldados que acompañaban al comandante López Mercado, rezagado en la marcha, y sin que pudiese rendirlos apoyados como estaban en un soto, resultó herido de muerte su hijo José Sotillo. Perseguido luego por la caballería de la división de vanguardia hasta el caño El Rastro, escapó sobre los llanos del Guárico por los Píritus. La muerte de José Sotillo puso grave aflicción en el pecho de su padre, y cólera en el del

77. *Diario Oficial* (Caracas), N° 139.

78. *Diario Oficial* (Caracas), N° 150.

hermano Miguel, y como intentase este en su venganza pasar por las armas a los prisioneros que llevaban, estorboselo el lastimado anciano con estas o semejantes palabras: “Escriba, hijo, para que sirva a la historia, que Miguel Sotillo, doctor de la Universidad de Caracas, quiere fusilar unos prisioneros inocentes, a fin de vengar a su hermano, muerto lealmente combatiendo; y que Juan Sotillo, un ignorante que no ha estado en colegios y que adoraba a su hijo, a quien está viendo muerto, no permite que se derrame la sangre inocente de esos prisioneros”⁷⁹.

Zamora tuvo que detenerse en el cantón de Orituco, a causa de las partidas que allí y en Chaguaramas podían molestarle a retaguardia, y por esto mandó a Baca sobre Sotillo, quien seguido de algunos que le fueron fieles, vagó por aquellos inmensos desiertos llorando la muerte de los suyos, mas sin desmayar en su objeto, para llegar a principios de abril a Santa Ana, su antiguo refugio, y seguir con tenacidad sus hostiles y recias tareas. La paciencia es arma de los viejos.

Ramos había llegado a San Carlos el 24 de febrero, y noticioso de que Calderón y Aranguren, unidos a las facciones de El Pao mantenidas por Rivas y Carmen Pérez amenazaban a Cojedes, salió la noche del 25, en controlos el 27 en Pavones y los persiguió hasta Manglarito⁸⁰. Aranguren huyó por El Totumo hacia el occidente, para arrojar el 5 de marzo sobre Barquisimeto con 680 soldados que le siguieron. El comandante Gil no tuvo más tiempo que el de replegar a toda prisa la ciudad al ser atacado, y de dar fuego a un cañón que estaba montado a las puertas del cuartel. Todo lo que de guarnición había eran 80 soldados. Aranguren se propuso apoderarse de la plaza, pero como se ha visto, ya Cordero había previsto el ataque. Brito llegó a tiempo el 10, cuando ya hacía cinco días que Gil se defendía denodadamente. Aranguren hubo de levantar el sitio y retirarse hacia Guanare. Tras él despachó Brito el 11 al comandante Herrera con su brigada y la del comandante Norberto Jiménez, mas Herrera se detuvo algunos días en Ospino y dio tiempo a Aranguren para atacar el 20 a Guanare, que había sido ocupado el día anterior por 250 o 300 hombres del comandante Francisco Baptista⁸¹. Impetuosa fue la acometida de Aranguren, el cual se precipitó con tambor batiente sobre la plaza,

79. L. Level de Goda, *op. cit.*, p. 300; *Diario Oficial* (Caracas), N° 141.

80. *Diario Oficial* (Caracas), N° 145.

81. *Diario Oficial* (Caracas), N° 148.

poniendo fuego a muchas casas distantes del recinto atrincherado y haciendo barricadas, pero Baptista se había reconcentrado en la plaza y protegídose con parapetos y tambores, pudiendo así aguantar por dos días la agresión. Herrera llegó al fin el 22 en la noche por caminos extraviados, cuando se había retirado Aranguren hacia Barinas. Aún ardían escombros que sirvieron de hoguera a los cadáveres. Cordero se quejaba con razón de la ausencia de un jefe superior como Brito que activase la operación, y determinó trasladar a Araure su cuartel general, mandando inmediatamente a Guanare al general Hernández el 5 de abril, mientras llegaba el general Pulgar nombrado comandante en jefe del ejército de occidente, por enfermedad de Brito que a poco murió en Barquisimeto el 8 de abril.

Más breve y funesta fue la misión que tocó al general Aguado. Salió por Espinito a San Sebastián que acometió con 300 hombres el 5 de marzo; en la defensa que hizo el comandante José Antonio Lara, fue el general herido en una pierna y se dirigió a San Casimiro perseguido por la columna Ustáriz⁸². Luego a poco lo fue por Marrero, quien procedente de Maturín había llegado a Caracas el 6 de febrero con la columna Dos de Septiembre, de 580 plazas. Mandado a la línea del Unare contra Sotillo, según orden expedida por Cordero desde Calabozo, había salido en efecto el 9 de la capital⁸³, mas de Orituco le hizo contramarchar a fines del mes el ministro de la Guerra para destinarle al Tuy. Marrero pues salió de Caracas a la semana, y llegó a su destino el 8 de marzo, a tiempo que Aguado y Julio Monagas trataban de reunir algunas guerrillas. A la aproximación de Marrero huyeron hacia Cúa y se esparcieron en las selvosas riberas del río de Cura. En San Casimiro bate a Monagas Eduardo Michelena, y Aguado mismo fue al fin abandonado de los suyos en la solitaria montaña de Monte Oscuro, donde acabó sus días impensadamente, devorado por alguna fiera. Todo esto puso a Monagas en tan apretada situación que tomó el partido de alejarse de aquellos sitios, y dirigióse con algunos compañeros y entre multiplicados riesgos a Barcelona, adonde llegó que era una lástima.

82. *Diario Oficial* (Caracas), N^{os} 142, 146.

83. *Diario histórico de las operaciones del Ejército de la República contra la facción federal* (Caracas), 1860, p. 55.

Camero mientras tanto noticioso de la aproximación de los Segovias, se movía de San Fernando con 700 infantes, 500 jinetes y 2 piezas de artillería. Encuentra el 2 de marzo a M. Segovia, que había sido reforzado con 400 hombres de Iriarte y disponía en todo de 900 jinetes y 300 infantes, los cuales fueron sin embargo derrotados en Médano Muñozcero, y acosados hasta la Mata Morenera⁸⁴. Camero repasó el Apure y lo rechazó hasta el paso de Nutrias, adueñándose del puerto, mas no de la ciudad, donde se mantuvo Rojas hostilizándole y habiendo hecho atrincherar este el camino que conduce a Dolores. Cuatro veces lo atacó Camero sin el menor éxito. Al fin tras de los combates del 13, 14 y 15 de junio, hubo de evacuar el puerto y se marchó [a] Apure a prepararse de nuevo contra los Segovia situados para entonces en Achaguas. A poco fue Camero llamado a Caracas.

A mediados de abril llegó Herrera a Libertad por disposiciones de Hernández, mientras que todavía ocupaba Camero a Nutrias atisbando a Aranguren, que se había detenido en Barinas apoyado por Rojas y Vásquez. Este obraba en las cercanías de la ciudad. Cordero, pues, no sabiendo de las fuerzas llamadas de Mérida y Trujillo, ni aun de las de Camero, juzgó insuficiente la fuerza de Herrera para maniobrar aislada contra un enemigo provisto de caballería, que no se presentaba en línea, y obraba fraccionado y sin campamentos fijos. En consecuencia ordenó a Herrera que se acantonase en Guanare. Dejó allí al general Pulgar, escalonó convenientemente sus tropas, estableció cuarteles de invierno y partió de Araure el 3 de mayo.

Se ha objetado que esta disposición de Cordero fue festinada, en atención a que no había entrado de lleno la época de las lluvias, y que pudo por tanto haber destruido las reliquias del ejército federal. La objeción es puramente hipotética.

84. *Diario Oficial* (Caracas), N° 146.

ÍNDICE

EZEQUIEL ZAMORA Y LA REVOLUCIÓN

PREÁMBULO	VII
PRÓLOGO, por Alexander Torres Iriarte y Manuel Carrero	IX
CRITERIO DE ESTA EDICIÓN	XXV

EZEQUIEL ZAMORA Y LA REVOLUCIÓN

CAPÍTULO I	3
CAPÍTULO II.....	54
CAPÍTULO III	93

Este volumen se terminó de imprimir el mes de julio de 2017,
En los talleres de Fundación Imprenta de la Cultura, Guarenas, Venezuela.
En su diseño se utilizaron caracteres roman, negra, seminegra y cursiva
de la familia Adobe Minion, tamaños 8.5, 9, 10, 11, 12 y 13.
La edición consta de 2.000 ejemplares.



Gobierno **Bolivariano**
de Venezuela

Ministerio del Poder Popular
para la **Cultura**



Alexander Torres Iriarte (Venezuela, 1971)

Docente universitario, investigador, escritor y ensayista.

Magíster en Historia (UCV). Doctor en Cultura y

Arte para América Latina y el Caribe (UPEL). Premio

Nacional de Literatura Stefania Mosca (Venezuela,

2016). De sus investigaciones publicadas se mencionan:

7 ensayos de historia de Venezuela (2006); *Pasión de*

actualidad: la visión del país y la concepción de la historia

en Enrique Bernardo Núñez (2006); y *Del pensar a la*

angustia. Cinco perfiles intelectuales venezolanos (2009).

Manuel Carrero Murillo (Venezuela, 1948)

Historiador y docente universitario. Especialista en

Historia de Venezuela. Doctor en Historia. Profesor

Titular Jubilado de la Universidad Pedagógica

Experimental Libertador (UPEL). Entre sus libros están

La lengua: un instrumento del conquistador (1993);

Cipriano Castro. El imperialismo y la soberanía nacional

venezolana (1895-1908) (2000); y *La compañía nacional*

minera Petrolia del Táchira, 1878-1934: pionera de la

industria petrolera en Venezuela (2003).



En la portada: Detalles de “Lancers of the Plains of Apure attacking Spanish Troops”; “Ezequiel Zamora”, grabado de Pío Slaghetter; “Rúbrica de Ezequiel Zamora acompañada de la consigna Dios y Federación (1859)”, xtomas de la revista *Memorias de Venezuela*, N° 39, 2016. “Mapa de la Campaña de Santa Inés”, *La Guerra Federal. Consecuencias*, de Jacinto Pérez Arcay.

Lisandro Alvarado

En este volumen reproducimos tres capítulos, titulados: “Libro Tercero, Libro Cuarto y Libro Quinto” de *Historia de la Revolución Federal en Venezuela* (1909) identificados en esta edición como capítulos I, II y III respectivamente, donde, de manera acuciosa, Lisandro Alvarado (1858-1929) relata episodios de la Guerra Federal (1859-1863) que se desarrollaron alrededor de Ezequiel Zamora (1817-1860). Lisandro Alvarado, médico, pero sobre todo historiador y lingüista, recorrió la geografía nacional en su empeño por conocer gentes, sucesos y ambientes que perfilan la identidad venezolana. La normal curiosidad lectora nos impulsa, como habitantes de esta época de renacido fervor patriótico, a querer saber más de esta figura histórica, a quien había despachado la historiografía decimonónica con los infames apelativos de “bandolero y asalta caminos”. El recorrido nos lleva al encuentro de Zamora desde su relampagueante accionar en la mitad primera del siglo XIX hasta su aniquilación física en 1860, y para ubicarnos en el tiempo y espacio de estos hechos, los historiadores Alexander Torres Iriarte y Manuel Carrero Murillo han escrito las palabras introductorias de este volumen.

COLECCIÓN CLAVES POLÍTICAS DE AMÉRICA



MINISTERIO

DEL PODER POPULAR
PARA LA CULTURA